



WILLIAM FAULKNER

SARTORIS



Lectulandia

Pocos años antes de su muerte, el propio William Faulkner recomendaba esta novela como aquella por la que debía empezar quien se acercara por primera vez a su obra. «He concebido la historia entera como un relámpago que iluminase de golpe un paisaje», declaró. La publicación de *Sartoris* en 1929, después de varios intentos fallidos, supuso que por fin viera la luz el mítico condado de Yoknapatawpha, escenario de muchos de sus relatos y novelas posteriores.

En *Sartoris*, Faulkner disecciona una clase social en decadencia a partir de una familia heredera de las tradiciones aristocráticas del Sur, a la que sólo le queda la retórica romántica, el orgullo y la autocompasión para enfrentarse a un mundo en el que ya no encuentra su sitio.

Lectulandia

William Faulkner

Sartoris

ePub r1.1
mandius 07.02.15

Título original: *Sartoris*
William Faulkner, 1929
Traducción: José Luis López Muñoz

Editor digital: mandius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A SHERWOOD ANDERSON

gracias a cuya amabilidad llegó a publicarse mi primera obra, con la confianza de que este libro no le dará motivos para lamentarlo.

UNO

COMO de costumbre, el viejo Falls había conseguido que John Sartoris estuviera con él en la habitación; una vez más había hecho tres millas a pie desde el asilo del condado, trayendo consigo, como una fragancia, como el olor a limpio de su mono desteñido, cubierto de polvo, el espíritu del hombre muerto; y en la oficina de su hijo, los dos, el pobre de solemnidad y el banquero, conversaron de nuevo durante media hora, en compañía de aquel que había pasado del otro lado de la muerte y regresado después.

Liberada del tiempo y de la carne, la presencia de John Sartoris resultaba mucho más real que la de los dos ancianos que permanecían sentados, tratando, sucesivamente, de penetrar a gritos la sordera del otro, mientras en la habitación contigua los asuntos del banco seguían su marcha y los clientes de las tiendas vecinas escuchaban el confuso alboroto de voces que les llegaba a través de las paredes. John Sartoris resultaba mucho más palpable que aquellos dos ancianos, unidos por su sordera común a una época ya muerta que se hacía cada vez más tenue con el lento desgaste de los días; incluso ahora, cuando el viejo Falls ya se había puesto en camino para recorrer las tres millas que lo devolverían al asilo que consideraba su hogar, John Sartoris aún seguía presente en el cuarto, por encima y alrededor de su hijo, con su rostro barbado y su perfil de halcón, de manera que, mientras el viejo Bayard seguía sentado, con la pipa en la mano, apoyando los pies cruzados contra el ángulo de la chimenea apagada, le parecía oír la respiración de su padre, como si el otro fuera mucho más palpable que un simple trozo de barro transitoriamente dotado de movimiento, y capaz incluso de penetrar el infranqueable reducto de silencio en que vivía su hijo.

La cazoleta de la pipa estaba profusamente esculpida, y chamuscada por el mucho uso y, en la boquilla, se notaban las huellas de los dientes de su padre, que había dejado allí la imagen indeleble de sus huesos, como en piedra perdurable, a semejanza de esas criaturas prehistóricas concebidas y llevadas a cabo de manera demasiado grandiosa tanto para mantenerse vivas mucho tiempo como para desaparecer por completo, una vez muertas, de esta tierra moldeada y acondicionada para criaturas mucho más insignificantes.

—¿Por qué me la das ahora, después de tanto tiempo? —le había preguntado Bayard al viejo Falls, con la pipa en la mano.

—Bueno; creo que al Coronel no le gustaría que siguiera guardándola —contestó el otro—. Un asilo no es sitio para tener cosas tuyas. Y yo voy a cumplir los noventa y cuatro.

Más tarde, el viejo Falls recogió sus paquetes y se marchó, pero Bayard siguió sentado durante algún tiempo, con la pipa en la mano, frotando lentamente la cazoleta con el pulgar. Al cabo de un rato, también John Sartoris se ausentó, o más bien se

retiró a ese lugar donde los muertos contemplan en paz sus idealizadas frustraciones, y el viejo Bayard, poniéndose en pie, se metió la pipa en el bolsillo y tomó un cigarro de la caja colocada sobre la repisa de la chimenea. Mientras encendía el fósforo, se abrió la puerta al otro lado de la habitación y un hombre que llevaba una visera verde entró y se acercó a él.

—Simón está aquí, Coronel —dijo con voz perfectamente neutra.

—¿Qué? —dijo Bayard, mirándolo por encima de la cerilla.

—Ha llegado Simón.

—Ah. Está bien.

El otro se dio la vuelta y salió. Bayard tiró la cerilla al hogar de la chimenea, se guardó el cigarro en el bolsillo del pecho, cerró el escritorio, recogió el sombrero negro de fieltro que estaba encima y abandonó la habitación por la misma puerta que el otro. El hombre de la visera y el cajero estaban atareados al otro lado de la ventanilla. El viejo Bayard cruzó el vestíbulo, atravesó la puerta con la persiana verde echada y salió a la calle, donde Simón, con un sobretodo de lino y una chistera antiquísima, mantenía a los caballos, relucientes en la tarde primaveral, pegados a la acera. Había allí un poste para atarlos, que Bayard conservaba con testaruda desconsideración hacia el progreso industrial; pero Simón no lo usaba nunca. Hasta que se abría la puerta y Bayard surgía de detrás de las persianas echadas, con la inscripción «El Banco Está Cerrado» en letras de oro resquebrajadas, permanecía con las riendas en la mano izquierda, la correa del látigo sujeta en el sitio exacto con la derecha y, habitualmente, la misma e invariable —y al parecer incombustible— colilla de puro en ángulo jactancioso contra su rostro oscuro, hablando a la reluciente pareja de caballos en un flujo sin altibajos, de amante a amante. mimaba a los caballos. El viejo cochero admiraba a los Sartoris y sentía por ellos una ternura cálida y protectora, pero los caballos eran su debilidad y entre sus manos hasta la bestia más desmedrada florecía y se llenaba de donaire como una mujer acariciada, y de temperamento como una diva de ópera.

Bayard cerró la puerta tras de sí y cruzó la acera hasta el coche con aquella rígida tiesura suya que, como uno de sus conciudadanos hizo notar en cierta ocasión, si el anciano diese un traspies alguna vez, se tropezaría consigo misma antes de caer al suelo. Uno o dos viandantes y algún que otro tendero desde la puerta de su establecimiento le saludaron con una especie de barroco servilismo.

Tampoco entonces abandonó el pescante. Con la fina sensibilidad de su raza para todo lo que tenga posibilidades teatrales, se irguió para arreglarse los desvaídos pliegues del sobretodo, comunicando la carga histriónica del momento a los caballos, que procedieron a llenar de estremecimientos sus pieles lustrosas y a agitar sus cabezas enjaezadas; y en el acartonado rostro negro de apareció una expresión indescriptiblemente majestuosa mientras rozaba el ala de su sombrero con la mano donde llevaba el látigo. Bayard se subió al coche, chasqueó la lengua, y los espectadores, detenidos para admirar el drama efímero de la partida, quedaron atrás.

Sin embargo, había algo diferente en el porte de aquel día; algo que se reflejaba en la forma de su espalda y en la inclinación del sombrero: se diría que estaba reventando por decir algo de mucha importancia. Pero consiguió dominarse por el momento y con paso brioso y contenido condujo entre los desvencijados carros que circulaban por la plaza y torció para adentrarse en la amplia calle donde las personas que Bayard calificaba de pobretones iban y venían en sus automóviles. Cuando la ciudad quedó tras ellos y trotaban ya atravesando campos florecientes, todavía atestados de consumidores de gasolina (aunque allí la distancia entre unos y otros fuera mayor que en la población), siguió sin hablar. Pero en cuanto su señor se dejó dominar por la pacífica somnolencia que el rítmico paso de los caballos y la familiar monotonía del paisaje le producía siempre. Simón redujo la marcha y volvió la cabeza.

La voz de Simón no era particularmente recia ni sonora y sin embargo conseguía hablar con Bayard sin dificultad. Otros tenían que gritar para horadar el muro de sordera que rodeaba la vida de su amo; en cambio podía mantener y de hecho, sobre todo cuando iban en el coche, cuya vibración mejoraba un tanto la capacidad auditiva de Bayard, mantenía con él largas conversaciones llenas de digresiones sin salirse de un monótono sonsonete, bastante agudo.

—Míster Bayard ha vuelto^[1] —hizo notar como de pasada.

Bayard regresó de sus somnolientas abstracciones y permaneció perfecta y furiosamente inmóvil, mientras los latidos de su corazón se debilitaban y se hacían demasiado rápidos, maldiciendo a su nieto durante un larguísimo instante; tan inmóvil, que su criado al mirar para atrás lo encontró contemplando tranquilamente el horizonte. alzó un poco la voz.

—Se bajó del tren de las dos —continuó—. Por el lado que no da al andén y desapareció corriendo entre los árboles. Lo vio uno de los empleados. Pero todavía no había llegado a casa cuando yo salí. Se me ocurrió que quizá estuviera con usted.

El polvo se arremolinaba bajo los cascos de los caballos para convertirse detrás en una nube perezosa. Contra los setos que se espesaban, las sombras corrían subiendo y bajando, entre radios centelleantes y el paso altivo de los caballos, con toda la futilidad de un movimiento sin progreso.

—Ni siquiera se bajó en el apeadero —continuó Simón, con una especie de irritada exasperación—. El apeadero que construyó su propia familia. ¡Saltar del tren por el otro lado como un vagabundo! Ni siquiera iba vestido de uniforme.

Su tono era ya de franca desaprobación.

—Llevaba un simple traje, como un viajante de comercio o cualquier cosa parecida. Y cuando me acuerdo de aquellas botas tan brillantes y los pantalones de color amarillo claro y de la guerrera con que vino a casa el año pasado...

Simón se dio la vuelta otra vez y miró fijamente al anciano.

—Coronel, ¿cree usted que esos extranjeros le habrán hecho algo?

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Bayard—. ¿Ha vuelto cojo?

—No, me refiero a eso de colarse de rondón en su propio pueblo. Colarse de rondón en el pueblo que construyó su abuelo, usando el ferrocarril de su familia como un cualquiera. Esos malditos extranjeros le han hecho algo o han conseguido que le persiga la policía. Ya le decía yo cuando se fue la primera vez a esa guerra que ni a él ni a Mr. Johnny se les había perdido nada...

—No vayas tan despacio —dijo Bayard secamente—. Sigue adelante, negro maldito.

Simón chasqueó la lengua e hizo que los caballos aligeraran el paso. La carretera se prolongaba entre los setos que seguían ofreciéndoles las terribles cabriolas sin sentido de sus propias sombras. Más allá de los árboles de goma, de las encinas y de los viñedos que bordeaban la carretera, se extendían campos recién abiertos o a punto de serlo hacia zonas de bosque de hoja caduca con brotes nuevos, esmaltados de cerezos silvestres y algarrobos locos. Tras los laboriosos arados, viscosos terrones brillaban húmedamente al sol.

Eran aquéllas tierras altas, que se elevaban en suaves pendientes sucesivas hasta el azul immaculado de las colinas; pero pronto la carretera empezó a descender en picado hacia un valle de amplios campos de buena tierra, somnolientos bajo el calor igualador de las primeras horas de la tarde. En seguida empezaron a cruzar las propiedades del mismo Bayard y, de cuando en cuando, algún negro levantaba la mano del arado para saludar al coche. Luego, la carretera se acercó a la vía del ferrocarril y la cruzó, hasta que, por fin, la casa que John Sartoris había construido apareció entre las encinas y los robles. Simón giró para atravesar el portón de hierro y subir por la avenida en curva.

Había un arriate de salvia en el sitio donde una patrulla yanqui se detuviera en un día ya lejano. Simón paró el coche haciendo una última floritura y Bayard se apeó. El cochero chasqueó la lengua para que la pareja se pusiera otra vez en marcha en dirección contraria; luego, colocándose el cigarro en una postura más cómoda, tomó rumbo a la ciudad.

Bayard permaneció por un momento inmóvil delante de la casa, pero su blanca simplicidad sólo le ofrecía un sueño ininterrumpido entre los árboles añosos iluminados por el sol. La glicina que subía por un extremo de la veranda había florecido, marchitándose después, y un débil rastro de pétalos ajados yacía pálidamente entre sus oscuras raíces y las de un rosal que crecía apoyándose en el mismo rodrigón. El rosal, lenta pero inexorablemente, estaba ahogando la otra enredadera, cuyos brotes no pasaban ya del tamaño de dedales y daban unas flores tan pequeñas como monedas de plata; abundantísimas, eso sí, pero sin aroma, y además se deshacían al intentar cortarlas.

Sin embargo, la inmovilidad y la serenidad de la casa resultaban sedantes, por lo que el viejo Bayard subió hasta el vacío y encolumnado porche y, después de cruzarlo, entró en el espacioso vestíbulo de altísimo techo.

La casa estaba silenciosa, exquisitamente huérfana de cualquier sonido o

movimiento.

—¡Bayard!

La escalera, con la barandilla blanca y su alfombra roja, subía en esbelta espiral hasta la penumbra de los pisos altos. Del centro del techo colgaba una lámpara de prismas de cristal y pequeñas pantallas, diseñada en un principio para iluminar con velas, pero conectada posteriormente a la red eléctrica; a la derecha de la entrada, junto a unas puertas plegables que daban a una habitación conocida con el nombre de sala de visitas, de la que emanaba una atmósfera de deslucida dignidad muy pocas veces perturbada, se alzaba un espejo tan lleno de oscuridad como un charco inmóvil a la caída de la tarde. Al otro extremo del vestíbulo, la luz del sol, ajedrezada, entraba oblicuamente por la puerta, y en algún lugar más allá de la barrera de la luz, una voz subía y bajaba en tono menor, desgranando una ininterrumpida salmodia que denotaba preocupación. No siempre se podían distinguir las palabras, pero para el viejo Bayard resultaban totalmente inaudibles. El anciano alzó la voz nuevamente.

—¡Jenny!

La salmodia cesó y mientras él se volvía hacia la escalera, una mulata de aventajada estatura apareció en la oblicua mancha de sol más allá de la puerta trasera y entró en el vestíbulo como deslizándose. Llevaba una bata azul descolorida, remangada hasta las rodillas y llena de manchas oscuras irregularmente distribuidas. Por debajo, sus pantorrillas eran rectas y descarnadas como las patas de un pájaro muy alto y sus pies, descalzos, contrastaban como pálidas manchas de café con leche sobre el oscuro suelo encerado.

—¿Llamaba usted a alguien, Coronel? —dijo, alzando la voz.

Bayard se detuvo con la mano en la barandilla de nogal y se volvió hacia el agradable rostro de la mulata.

—¿Ha venido alguien por la tarde? —preguntó.

—No, señor —contestó Elnora—. No hay nadie en la casa, que yo sepa. Miss Jenny se marchó a la reunión del club de la ciudad.

Bayard permaneció con un pie en el primer escalón, mirándola fijamente.

—¿Por qué demonios, negros malditos, siempre tenéis que mentir o no decir nada? —estalló de repente.

—Cielo santo, Coronel, ¿quién podría venir hasta aquí, si no es alguien que manden usted o Miss Jenny?

Pero él iba ya escaleras arriba, pisando furiosamente los peldaños. La mujer lo siguió con la vista unos instantes y después exclamó:

—¿Necesita usted a Isom o cualquier otra cosa?

Pero él siguió subiendo sin mirar atrás. Quizá no la había oído, y Elnora se quedó inmóvil viendo cómo se perdía de vista. «Se está haciendo viejo», dijo para sus adentros la mulata resignadamente; después dio media vuelta y, deslizándose más que andando, regresó por el fondo del vestíbulo al sitio de donde había venido.

Bayard se detuvo al llegar al primer piso. Las ventanas que daban a poniente

estaban cubiertas con persianas, y la luz del sol que se filtraba en pálidas estrías casi disueltas, tan sólo contribuía a aumentar la penumbra. En el lado opuesto, la puerta alta que daba a un balcón enrejado muy estrecho, ofrecía el panorama del valle y del semicírculo de colinas que lo protegían hacia el este. A cada lado de esta puerta había una ventana estrecha con vidrios emplomados de diferentes colores que, junto con la hermana más joven de John Sartoris, que los trajo desde Carolina el año sesenta y nueve en un cesto lleno de paja, constituían el legado de su madre a Bayard en el lecho de muerte.

Esta tía era Virginia Du Pre, que vino a instalarse con ellos recién cumplidos los treinta años, cuando llevaba siete de viudez después de dos de matrimonio. Miss Jenny, una mujer esbelta con la misma nariz que todos los Sartoris aunque más delicada, y con la expresión de indomable y total cansancio que las mujeres del Sur habían aprendido a adoptar, llegó con su guardarropa y un baúl de mimbre lleno de cristales de colores. Era ella quien contó cómo había muerto Bayard Sartoris antes de la segunda batalla de Manassas. Después había vuelto a contarlo muchas veces (todavía seguía haciéndolo, ya octogenaria, y de ordinario en las ocasiones más inoportunas) y, a medida que pasaban los años, la historia se iba enriqueciendo, y adquiriría el añejo esplendor de un buen vino; hasta que el alarde descabellado de dos muchachos tan temerarios como testarudos, emborrachados con su propia juventud, había llegado a convertirse en el punto culminante —lleno de arrojo y de trágica elegancia— gracias al cual la historia de la raza había salido de los antiguos pantanos de pereza espiritual, mediante dos ángeles valientes y llenos de encanto que, al caer y perderse, habían alterado el curso del acontecer humano, purificando las almas de los hombres.

Aquel Bayard de Carolina había resultado un bocado de difícil digestión hasta para los Sartoris. No tanto por oveja negra como por molestia llena de cualidades tan positivas como poco previsibles. Tenía unos ojos azules muy alegres y el cabello, que llevaba más bien largo, le caía en rizos leonados sobre las sienes. Su rostro atezado lucía la expresión de sincera y denodada simplicidad con que nos imaginamos a Ricardo antes de partir para las Cruzadas, y en una ocasión, persiguiendo a un zorro, azuzó a sus perros de caza para que atravesaran una rústica capilla en la que se celebraba una ceremonia metodista de renovación espiritual; treinta minutos más tarde (después de capturar el zorro) volvió solo y se metió junto con su caballo en la indignada asamblea que se produjo tras su primera invasión. Todo ello simplemente para divertirse: como todas sus acciones demostraban claramente, creía con demasiada firmeza en la providencia para tener convicciones religiosas. De manera que cuando Fort Moultrie cayó y el gobernador se negó a entregarlo,^[2] los Sartoris no lo lamentaron demasiado, al menos privadamente, porque significaba darle una ocupación a Bayard.

En Virginia, como ayudante de campo de Jeb Stuart,^[3] a Bayard no le faltó quehacer. Habría que decir más bien como *el* ayudante de campo, porque los otros

subalternos de Stuart eran soldados empeñados en ganar una guerra y necesitados de descabezar un sueño de cuando en cuando: Bayard Sartoris era el único dispuesto, e incluso deseoso, de retrasar sueño y seguridad hasta el momento en que la monotonía reinara otra vez en el mundo. Porque mientras tanto estaba de fiesta y no aceptaba restricciones de ninguna clase.

La guerra fue también un regalo celestial para Jeb Stuart, y poco después, recortados contra la turbia y sangrienta mediocridad de las campañas en el norte de Virginia, él a los treinta años y Bayard Sartoris a los veintitrés, se destacaron brevemente como dos estrellas llameantes, engalanadas con el laurel de la Fama y el mirto y las rosas de la Muerte, imprevisibles y repentinos como meteoros en el agitado cielo militar del general Pope, arrojando sobre él, como un manto no solicitado, la notoriedad que su talento de soldado nunca le hubiera conseguido. Y siempre por pura diversión: ni Jeb Stuart ni Bayard Sartoris, como sus acciones demostraron claramente, tenían convicciones políticas de ningún tipo.

La tía Jenny contó la historia por primera vez poco después de su llegada. Estaban en Navidades, reunidos ante un fuego de buena madera en la biblioteca reconstruida: la tía Jenny, de rostro triste y expresión decidida, John Sartoris, barbado y con perfil de halcón, sus tres hijos y un huésped: el ingeniero escocés que John Sartoris había conocido en Méjico el año cuarenta y cinco y que le estaba ayudando a construir el ferrocarril.

El trabajo en la vía férrea se había suspendido con motivo de las fiestas y John Sartoris y el ingeniero regresaron aquel día al atardecer desde el sitio en las colinas del norte hasta donde habían llegado con la vía, y estaban sentados junto al fuego después de cenar. El sol se había puesto entre esplendores escarlatas, helando el aire y dejándolo tan quebradizo como un cristal fino, cuando entró Joby en la habitación con una brazada de leña. Puso otro tronco en el fuego, y en el aire seco las llamas crepitaron y los leños crujieron, despidiendo brasas agonizantes por toda la chimenea.

—¡Navidad! —exclamó Joby con la reposada y sencilla satisfacción propia de su raza, mientras con el cañón de una escopeta yanqui que estaba en la esquina de la chimenea hurgaba entre los troncos incandescentes hasta que las chispas subieron en espiral por el hueco de la chimenea como fantásticos velos dorados.

—¿Habéis oído, niños?

La hija mayor de John Sartoris tenía veintidós años e iba a casarse en junio; Bayard tenía veinte y la hermana más pequeña diecisiete; de manera que la tía Jenny, a pesar de su ya larga viudez, no era más que otra niña para Joby. El negro volvió a dejar el cañón de la escopeta en su sitio y prendió una larga astilla de pino en el hogar para encender las velas. Pero la tía Jenny lo detuvo con un gesto y él se marchó en seguida: una figura sin prestancia, agachada y gris por la edad, con una vieja librea demasiado grande para él; y tía Jenny, hablando siempre de Jeb Stuart como Míster Stuart, contó su historia.

Tenía que ver con una tarde de abril y con café. O más bien con su falta. El

destacamento de Stuart estaba reunido en la perfumada oscuridad bajo una luna nueva, hablando de mujeres y de placeres muertos y pensando en el hogar. No lejos los caballos se movían en la oscuridad produciendo sonidos intranquilos y los fuegos de la acampada quedaban reducidos a puntos incandescentes semejantes a luciérnagas agotadas; en algún sitio que no estaba ni demasiado cerca ni demasiado lejos el ordenanza del General tocaba en la guitarra acordes sueltos que permanecían largo tiempo suspendidos en el aire. Se alimentaban así con la intensidad de la primavera y la tristeza inmemorial de la juventud, olvidados de fatiga y gloria, recordando en cambio otras veladas de Virginia con violines sobre los innumerables candelabros y ritmos graves y frágiles aprendidos entre risas despreocupadas, al tiempo que pensaban *¿Cuándo volverán a existir? ¿Iré yo a alguno?* hasta hundirse a fuerza de hablar en un estado de desesperada nostalgia en el que las frases se hacían cada vez más cortas y cada vez menos frecuentes. Entonces el General se animó y los hizo volver a la realidad hablándoles de café o más bien de su falta.

Esta conversación sobre el café desembocó poco después en una expedición nocturna, primero por carreteras y luego por bosques tan negros como el alquitrán, donde los caballos avanzaban al paso y los jinetes montaban con un sable o un mosquetón a manera de escudo, para evitar que ramas invisibles los arrebataran de la silla; así siguieron hasta que el bosque se aclaró con las primeras sombras del amanecer. Para entonces el grupo de veinte estaba ya muy dentro de las líneas federales. Al hacerse realidad la aurora, los jinetes renunciaron a ocultarse y avanzaron al galope —desbaratando asombradas patrullas que regresaban plácidamente a sus campamentos o grupos de fajina que se ponían en marcha con picos, palas y hachas en el dorado amanecer— hasta prorrumpir gritando en la loma donde el general Pope y su estado mayor desayunaban al fresco.

Dos hombres capturaron a un obeso comandante, y otros persiguieron brevemente a los oficiales que buscaron refugio en el bosque, pero la mayoría corrió hacia la tienda-almacén del general Pope y reaparecieron en seguida, después de devastarla como si por ella hubiera pasado un ciclón, acarreado provisiones diversas. Stuart y los tres oficiales que lo acompañaban detuvieron sus briosas monturas junto a la mesa y uno de ellos se agachó para alcanzar una enorme cafetera ennegrecida y ofrecérsela al General. Mientras el enemigo gritaba y disparaba sus mosquetones entre los árboles, ellos brindaban con café hirviendo, sin leche y sin azúcar, como si fuera el más exquisito de los licores.

—A la salud del general Pope —dijo Stuart, haciendo una inclinación desde su silla de montar al oficial capturado.

Después de beber ofreció la cafetera al comandante.

—Beberé, señor —replicó el otro—, agradeciendo a Dios que el General no esté aquí para responder en persona.

—Ya me pareció notar que se marchaba con cierta precipitación —dijo Stuart—. ¿Algún compromiso previo, quizás?

—Sí, señor. Con el general Halleck —confirmó el comandante con sequedad—. Siento que sea él nuestro adversario^[4] en lugar de Lee.

—También lo siento yo, caballero —replicó Stuart—. A mí me gusta hacer la guerra contra el general Pope.

Las cornetas chillaban entre los árboles, unas cerca y otras más lejos, transmitiendo la alarma entre las brigadas repartidas por el bosque, mientras los tambores redoblaban desesperadamente y hasta los oídos de los sudistas desde los diseminados puestos de avanzada llegaban descargas de fusilería o disparos aislados como secos chasquidos de un abanico al abrirse, porque el nombre de «Stuart», al correr de destacamento en destacamento, había poblado de fantasmas grises los tranquilos bosques florecidos.

Stuart se dio la vuelta sobre la silla y sus hombres se acercaron, inmovilizando sus caballos con la mirada fija en él, haciendo de sus rostros enjutos y tensos, espejos que reflejaban la llama inextinguible que consumía a su jefe. Luego, desde la derecha les alcanzó algo que parecía una descarga organizada y que arrancó la cafetera de manos de Bayard Sartoris, además de cercenar hojas y rebotar con fiereza entre las moteadas ramas por encima de sus cabezas.

—Haga el favor de montarse —dijo Stuart al oficial capturado, y aunque el tono era exquisitamente cortés no había ya el menor asomo de ligereza—. Capitán Wyatt, su caballo es el más robusto: ¿tendría usted inconveniente...?

El capitán dejó libre un estribo y ayudó al prisionero a encaramarse tras él.

—¡En marcha! —dijo el General, y giró picando espuelas a su bayo. Con la atronadora coordinación de un único centauro, los veinte jinetes abandonaron el otero y se internaron en el bosque precisamente por el sitio de donde había salido la descarga, antes de que los escopeteros tuvieran tiempo para cargar de nuevo sus armas. Formas diminutas vestidas de azul se dispersaron precipitadamente por delante y por detrás mientras ellos se adentraban entre los árboles donde las balas zumbaban como abejas enfurecidas. Stuart llevaba en la mano su sombrero empenachado y sus largos rizos leonados, agitándose al ritmo de la marcha, parecían llamas de valor, ardiendo con el esplendor salvaje y autodestructor de su audacia.

Detrás y a un lado de ellos los mosquetones seguían apareciendo inesperadamente para disparar contra los fantasmas que cruzaban el bosque como relámpagos; y de brigada en brigada las cornetas repetían estridentes sus inoportunas alarmas. Stuart torció gradualmente hacia la izquierda, dejando todo el alboroto a sus espaldas. Al clarear el bosque galoparon formando una columna. El prisionero rebotaba desacompañadamente sobre el caballo del capitán Wyatt, y el General frenó el suyo para ponerse a la altura del brioso corcel negro que galopaba animosamente bajo su doble carga.

—Siento mucho las molestias que le estoy causando, señor —empezó diciendo con su exquisita cortesía—. Si quisiera usted indicarnos la posición aproximada de la estacada que quede más a mano, con mucho gusto capturaría una montura para usted.

—Gracias, General —replicó el prisionero—, pero a los comandantes se les reemplaza mucho más fácilmente que a los caballos. No le causaré ninguna molestia.

—Como usted prefiera —contestó Stuart fríamente.

El General picó espuelas para situarse otra vez a la cabeza de la columna. Galopaban ya siguiendo el rastro casi perdido de un antiguo camino que serpenteaba entre masas de maleza primaveral, y lo fueron siguiendo a buen paso hasta desembocar súbitamente en un claro. Ante ellos un escuadrón de caballería yanqui, inmovilizado por el asombro, detuvo sus caballos e inmediatamente se precipitaron hacia ellos a mayor velocidad.

Sin disminuir la marcha Stuart dio media vuelta y él y sus hombres volvieron a ocultarse en el bosque. Balas de pistola pasaron rozándoles la cabeza y el seco sonido de los disparos por encima del convergente tableteo de los cascos resultaba tan trivial como chasquidos de ramas quebradas. Stuart se salió del camino, lanzándose sin vacilación entre la maleza. Los jinetes federales los siguieron gritando y Stuart hizo describir a su grupo una curva muy cerrada, para detenerse jadeantes al abrigo de un bosquecillo muy denso. En seguida oyeron cómo sus perseguidores pasaban de largo.

Los hombres de Stuart regresaron al camino y volvieron sobre sus pasos, silenciosos y alertas. A su izquierda el ruido de los perseguidores se fue alejando hasta desaparecer en la distancia. Entonces galoparon de nuevo. Al espesarse el bosque se vieron obligados a avanzar al trote y finalmente pusieron sus monturas al paso. Aunque no se oían más disparos y también habían callado las cornetas, dentro del silencio, por encima del rápido y entrecortado respirar de los caballos y del latido de sus propios corazones retumbando dentro de sus oídos, persistía un algo innominado: una tensión que se extendía como una neblina entre los árboles, aunque los pájaros siguieran saltando de rama en rama, desconociendo su presencia o ignorándola simplemente, llenando de un algo portentoso los bosques empapados de rocío matutino.

Al divisar un resplandor blanco entre los árboles fronteros, Stuart alzó la mano y los jinetes detuvieron la marcha, observándole tranquilos y conteniendo la respiración para escuchar mejor. El General avanzó de nuevo, se internó entre la maleza hasta llegar a otro claro y los demás le siguieron: ante ellos se alzaba la loma con la abandonada mesa del desayuno y el almacén saqueado. Atravesaron el claro al trote y permanecieron inmóviles junto a la mesa mientras el General escribía algo apresuradamente sobre un trozo de papel. El claro soñaba tranquilo, sin sombra alguna de amenaza, bajo un día que se anunciaba soleado; embalsada en él yacía una paz profunda y duradera como un vino dorado; sin embargo, bajo aquella soledad y permeándola, seguía acechando un algo portentoso, que esperaba innominado, paciente, cerniéndose siniestro.

—Su espada, señor —ordenó Stuart.

El prisionero se despojó del arma, el General la recogió y con ella clavó la nota sobre la mesa. El mensaje decía lo siguiente: «Saludos del general Stuart al general

Pope, con el pesar de no haber podido verlo. Repetirá la visita mañana».

Stuart tomó otra vez las riendas.

—¡En marcha! —dijo.

Descendieron la loma, cruzaron el claro vacío y con un galope corto volvieron al camino que habían atravesado al amanecer: el camino que les devolvía a sus líneas. Stuart regresó junto a su cautivo y al brioso caballo negro con la doble carga.

—Si nos orienta usted hacia la estacada más próxima le proporcionaré una montura adecuada —ofreció de nuevo.

—¿Pondrá en peligro el general Stuart, jefe de la caballería y mano derecha del general Lee, su seguridad y la de sus hombres, así como su propia causa, para proporcionar una comodidad pasajera a un prisionero de poca importancia? Eso no es valor, es la temeridad de un muchacho despreocupado y testarudo. En un radio de dos millas hay cerca de quince mil hombres; aunque sólo sean yanquis, ni siquiera el general Stuart puede vencerlos solo.

—No lo haría por el prisionero —respondió Stuart, altanero—, sino por el oficial que sufre los avatares de la guerra. Cualquier caballero haría lo mismo.

—Los caballeros no tienen nada que hacer en esta guerra —replicó el comandante—. Aquí no hay sitio para ellos. Son un anacronismo, como las anchoas.

Y añadió en seguida, burlonamente:

—El general Stuart no se ha llevado cautivas a nuestras anchoas. ¿Tiene quizá intención de mandar a Lee en persona a por ellas?

—Anchoas —repitió Bayard Sartoris que galopaba a poca distancia, e inmediatamente dio la vuelta a su caballo. Stuart lo llamó a gritos, pero él alzó una mano temeraria y testaruda y se alejó como un relámpago; y mientras el General se disponía a girar también para seguirlo, un centinela yanqui disparó su mosquetón desde el borde del camino y echó a correr por el bosque, dando la alarma. Inmediatamente se oyeron otras detonaciones por los alrededores y desde el bosque, a la derecha, llegaron los ruidos de un considerable contingente de hombres que se ponía precipitadamente en movimiento. Tras ellos, en dirección a la loma, cayó una descarga cerrada. Un tercer oficial picó espuelas para sujetar la montura de Stuart por la brida.

—Señor —exclamó—; ¿qué va usted a hacer?

Stuart encabritó al caballo mientras se oía tras ellos otra descarga que se fue extinguiendo en disparos aislados y que vino a caer en un área muy precisa. También el ruido de la derecha crecía, aproximándose.

—Déjame ir, Alian —dijo Stuart—. Es mi amigo.

Pero el otro siguió agarrado a la brida.

—Es demasiado tarde —explicó—. A Sartoris lo matarán; a usted lo capturarían.

—Siga adelante, señor, se lo ruego —añadió el prisionero—; ¿Qué es un hombre, frente a una fe renovada en la humanidad?

—¡Piense en Lee, General, por el amor de Dios! —imploró su ayudante—. ¡En

marcha! —gritó a la tropa, picando espuelas a su caballo y arrastrando el del General hacia adelante al advertir que un destacamento de caballería federal salía del bosque detrás de ellos.

—Y así fue —terminó tía Jenny— cómo Míster Stuart siguió adelante y Bayard regresó en busca de las anchoas, con todo el ejército de Pope disparando contra él. Cabalgó gritando «¡Yaaaiiiih, yaaaiiiih, venid a por mí, muchachos!» hasta llegar a la loma; luego saltó por encima de la mesa del desayuno y entró sin desmontar en el destrozado almacén del General. Allí, un cocinero que se había escondido entre la confusión de sacos y cajones, sacó un brazo y disparó contra Bayard por la espalda con una pistola de cañón corto.

Mr. Stuart se abrió camino luchando y regresó a su campamento sin perder más que dos hombres. Siempre hablaba bien de Bayard. Decía que era un buen oficial y un jinete sin par, aunque demasiado temerario.

Durante algún tiempo permanecieron callados, iluminados por el fuego. Las llamas saltaban y estallaban en el hogar y las chispas se alzaban en penachos turbulentos chimenea arriba, y la breve carrera de Bayard Sartoris atravesó como una estrella fugaz la oscura explanada de sus respectivos recuerdos y sufrimientos, iluminándola con el súbito resplandor de un silencioso fuego de artificio y dejando una especie de brillo después de extinguirse. El ingeniero escocés, que había escuchado en silencio, tardó un buen rato en hablar.

—Cuando Bayard volvió al campamento enemigo, no estaba seguro de que hubiera anchoas, ¿verdad?

—El mayor yanqui dijo que estaban allí —replicó tía Jenny.

—Sí, claro.

Pero el escocés siguió meditando sobre el asunto.

—Y... ¿Mr. Stuart regresó al día siguiente, como decía en la nota?

—Regresó aquella misma tarde —explicó tía Jenny—, en busca de Bayard.

Cenizas rosadas tan suaves como plumas revoloteaban por el hogar hasta caer y diluirse en grises sutiles. John Sartoris se inclinó hacia el fuego y atizó los leños incandescentes con el cañón del fusil yanqui.

—Creo que nunca ha habido en el mundo otro ejército como aquél —dijo.

—Sí —reconoció tía Jenny—. Y Bayard era el más loco de todos.

—Sí —admitió sobriamente John Sartoris—. Bayard era un caso aparte.

El escocés habló de nuevo.

—Ese Míster Stuart, que llamó temerario a su hermano, ¿quién era?

—Era Jeb Stuart, el general de caballería —contestó tía Jenny.

Luego siguió cavilando durante un rato junto al fuego; su pálido rostro, de indómita altivez, se dejó ganar momentáneamente por una reposada ternura.

—Tenía un extraño sentido del humor —dijo—. Nada le pareció nunca tan divertido como la imagen del general Pope en camisa de dormir.

Después se sumió otra vez en algún ensueño más allá de la rosada fortaleza de

cenizas.

—Pobre hombre —dijo.

Luego añadió suavemente:

—Una vez bailé un vals con él en Baltimore en el año cincuenta y ocho.

Y su voz resultaba tan orgullosa y sosegada como banderas sobre el polvo.

Pero la puerta estaba cerrada, y la poca luz que se filtraba por las vidrieras de colores tenía la riqueza solemne de un tapiz antiguo. A la izquierda quedaba el cuarto de su nieto, el cuarto donde, el pasado octubre, habían muerto su mujer y su hijo. Permaneció junto a la puerta durante un momento y luego la abrió suavemente. Las persianas estaban cerradas y la habitación, vacía; y él se quedó un rato en el quicio, rodeado de oscuridad. Después cerró dando un portazo y echó a andar haciendo retumbar la casa bajo sus pasos con la insensibilidad para los ruidos característica de los sordos. Al entrar en su alcoba dio otro violento portazo, ya que era aquélla su manera habitual de cerrar las puertas.

Después de sentarse se quitó los zapatos: el calzado que dos veces al año le hacía a la medida una firma de Saint Louis. Luego se levantó y se llegó hasta la ventana sólo con los calcetines puestos. En el patio de atrás su yegua, ya ensillada, estaba atada a una morera y un muchacho negro, tan flaco como un galgo y de movimientos igualmente fluidos, haraganeaba a su lado, disfrutando de la forzosa inmovilidad de la espera. Procedente de la cocina, aunque invisible desde su ventana, la inacabable salmodia de Elnora menguaba y crecía en la pereza de la tarde sin que Bayard pudiera oírla.

El anciano cruzó la habitación para abrir el armario y sacar de él un par de botas de montar llenas de cicatrices y manchas. Después de ponérselas a empellones sacó un cigarro de la caja que había en la mesilla junto a la enorme cama de nogal, y permaneció durante algún tiempo con el puro entre los dientes sin acordarse de encenderlo. A través de la tela del bolsillo su mano tocó la pipa; la sacó para mirarla de nuevo, y le pareció oír aún al viejo Falls, recordando a voz en grito:

—El Coronel estaba sentado en una silla, descalzo, con los pies sobre la barandilla del porche, y fumaba en esta misma pipa que ahora tienes en la mano. Louvinia, sentada en un escalón, pelaba en un cuenco guisantes para la cena. Te aseguro que a nadie le parecía mal un plato de guisantes en aquellos días. Y tú estabas recostado contra una columna. No había nadie más, excepto tu tía, la que vivió aquí antes de que llegara Miss Jenny. El Coronel había enviado a las dos chicas a Memphis a casa de tu abuelo la primera vez que fue a Virginia con aquel regimiento que se dio la vuelta y le quitó el mando mediante una votación. Votaron contra él porque tu padre no estaba dispuesto a confraternizar con el primer ratero que aparecía llevando un fusil de desecho y diciendo que era soldado. Tú estabas todavía creciendo, si no recuerdo mal. ¿Cuántos años tenías entonces, Bayard?

—Catorce.

—¿Cómo dices?

—Catorce. ¿Es que tengo que repetirlo cada vez que me cuentas esa maldita historia?

—Estabais todos sentados cuando entraron los yanquis y se acercaron al trote por la avenida.

»A Louvinia se le cayó el cuenco de los guisantes y dio un chillido, pero el Coronel le dijo que se callara y fuera corriendo a por sus botas y a por sus pistolas y las tuviera preparadas en la puerta trasera; y tú saliste como un rayo camino del establo para ensillar el semental. Y cuando los otros se pararon delante de la casa, justo en el sitio donde está ahora el arriate, no quedaba en el porche más que el Coronel, tan repanchigado como si nunca hubiera oído hablar de los yanquis.

»Ellos se quedaron allí sin desmontar, preguntándose unos a otros si aquélla era o no la casa; mientras, el Coronel seguía con los pies en la barandilla, mirándolos tan boquiabierto como un palurdo. El oficial yanqui le dijo a uno de sus hombres que fuera hasta el establo y viera si había algún caballo. Después se volvió hacia el Coronel: “Oye, Johnny, ¿dónde vive John Sartoris, el rebelde?” “Vive un poco más allá carretera abajo —contestó el Coronel sin pestañear siquiera—. Cosa de dos millas. Pero no lo van a encontrar. Se ha marchado otra vez a luchar contra los yanquis”. “Bueno; de todas maneras será mejor que vengas con nosotros para enseñarnos el camino”, dijo el oficial.

»De manera que el Coronel se levantó muy despacio y les dijo que le dejaran coger las botas y el bastón, y entró cojeando en la casa, mientras ellos esperaban a caballo.

»Tan pronto como lo perdieron de vista echó a correr. La vieja Louvinia lo estaba esperando en la puerta de atrás con la chaqueta, las botas, las pistolas y un bocadillo de pan de maíz. El otro yanqui había entrado a caballo en el establo y el Coronel envolvió con la chaqueta las cosas que le daba Louvinia y echó a andar por el patio de atrás como si estuviera dando un paseo. Cuando el yanqui apareció otra vez en la puerta del establo, dijo: “Aquí no queda ningún animal”. “Creo que no —contestó el Coronel; y luego añadió, mientras seguía andando—: Su capitán dice que vuelva usted con ellos”. Sentía cómo el yanqui lo vigilaba, clavándole los ojos en la espalda, en el sitio exacto por donde entraría la bala. El Coronel contaba después que lo más difícil que hizo en toda su vida fue cruzar aquel patio de espaldas al yanqui sin echar a correr. Quería llegar a la esquina del establo, para poner cuanto antes una pared por medio y le pareció que llevaba un año andando sin avanzar un milímetro; tampoco se atrevía a mirar para atrás. Y dijo que no pensaba en nada, excepto en lo bien que había hecho mandando a las chicas a Memphis; y que no se acordó ni una vez de tu tía, la que estaba en la casa, porque era una Sartoris de pura cepa, dijo, y capaz de hacer frente a una docena de yanquis.

»Cuando el soldado empezó a llamarlo a gritos, el Coronel siguió andando sin

mirar para atrás ni hacer movimientos bruscos; pero cuando el yanqui volvió a gritar y el Coronel oyó moverse el caballo, decidió que había llegado el momento de aligerar el paso. Dobló la esquina del establo al mismo tiempo que el soldado empezaba a disparar y para cuando el otro llegó hasta allí, él corría ya por entre la maleza hacia el arroyo donde tú lo esperabas escondido entre los sauces con el semental.

»Y allí te quedaste sujetando el caballo, con la patrulla yanqui dando gritos cada vez más cerca, mientras el Coronel se ponía las botas. Y antes de marcharse te encargó que le dijeras a tu tía que no podría cenar en casa aquella noche.

—Pero, ¿para qué me la das ahora, después de tanto tiempo? —le había preguntado Bayard, y el viejo Falls había dicho que el asilo no era un sitio adecuado para la pipa de John Sartoris.

—Era una cosa que llevaba en el bolsillo y de la que disfrutó en aquellos días. Todo resultaba diferente mientras construíamos el ferrocarril. Decía muchas veces que cualquier sábado por la noche acabaríamos en el asilo. Más probablemente en el cementerio, cabalgando como él lo hacía de día y de noche y de un extremo a otro de la vía con las alforjas llenas de dinero, tan sólo una traviesa por delante del asilo, como solía repetir. Fue entonces cuando cambiaron las cosas. Cuando tuvo que empezar a matar gente. Como aquellos dos aventureros del Norte que vinieron a revolucionar a los negros para que votaran y el Coronel entró en la habitación en la que estaban sentados detrás de una mesa, con las pistolas delante; o como el ladrón y aquel otro tipo que mató: a todos con la misma pistola de cañón corto. Cuando una persona empieza a matar gente, la mayor parte de las veces tiene que seguir matando. Y cuando le pasa eso es como si ya estuviera muerto.

A John Sartoris se le notaba ya en la frente —aquella sombra oscura de fatalidad y destrucción—, la noche que se sentó a cenar en el comedor bajo la luz de las velas y empezó a dar vueltas a la copa de vino entre los dedos mientras hablaba con su hijo. El ferrocarril estaba terminado, acababa de ganar las elecciones para la legislatura del Estado después de una campaña dura y despiadada y en su frente se había posado la sombra de la fatalidad y también un poco de hastío.

—De manera —dijo—, que Redlaw acabará mañana conmigo porque iré desarmado. Estoy cansado de matar hombres... Pásame el vino, Bayard.

Y al día siguiente ya estaba muerto, como si no hubiera hecho otra cosa que esperar aquel desenlace para librarse de la torpe limitación de huesos y aliento; como si al perder el sentimiento de frustración producido por la propia carne, pudiera ya tensar y dar forma a lo que brotaba de él convertido en la inevitable apariencia de su sueño, y ser así evocado, como un genio o una deidad, por los tediosos recuerdos de un anciano analfabeto o por una pipa chamuscada de la que hasta el rancio olor a tabaco quemado se había esfumado muchos años atrás.

El viejo Bayard salió de su ensimismamiento y dejó la pipa sobre la cómoda. Luego bajó pesadamente las escaleras y salió de la casa por la puerta trasera.

Isom, poniéndose en movimiento sin el menor gesto brusco, desató la yegua y ofreció el estribo a su amo. Bayard se montó y acordándose por fin de que llevaba el cigarro en la boca, lo encendió. El muchacho negro abrió el primer portón, volvió a cerrarlo tras el caballo y corrió para abrir el segundo, traspasado el cual, el jinete se encontraría ya en campo abierto. Bayard se alejó dejando flotar tras de sí el humo acre de su cigarro. De no se sabe dónde, surgió en seguida un setter inglés para situarse al lado de la yegua y acomodarse a su paso.

Elnora, en el centro de la cocina con las piernas al aire, empapó una vez más la bayeta en el agua del cubo y volvió a dejarla caer pesadamente sobre el suelo.

*Cuando el pecador se levanta del banco de los que gimen,
y se pasa al banco de los penitentes,
el predicador le pregunta por qué lo hace
y el otro le contesta: «El predicador se va con las mujeres igual que yo».
¡Señor, señor!
Eso es lo que pasa hoy día con la iglesia.*

EL LUGAR hacia donde Simón se dirigía era una enorme casa de ladrillo situada junto a la calle. La finca había albergado anteriormente una hermosa mansión colonial que se alzaba entre magnolios, robles y setos florecidos, pero al incendiarse el antiguo edificio, se derribaron algunos de los árboles y se hizo sitio para un disparate arquitectónico tan terriblemente desmesurado que poseía cierta grandiosidad caótica. Era el monumento a la sobriedad de un montañés (y el mausoleo de las aspiraciones sociales de las mujeres de su familia) que se había trasladado allí desde una pequeña aldea llamada Frenchman's Bend y que, como explicaba Miss Jenny Du Pre, construyó la casa más distinguida de Frenchman's Bend en el lugar más hermoso de Jefferson. El montañés había resistido dos años —durante los cuales las mujeres de su familia se pasaban las mañanas sentadas en la veranda con cofias de encaje y por las tardes salían a pasear, enfundadas en sedas de colores, en un birlocho nuevo con ruedas de goma— antes de vender la casa a un recién llegado, para volverse con sus mujeres a la montaña donde, sin duda alguna, las puso otra vez a trabajar.

Cierto número de automóviles colocados en la fila al lado de la acera daba un aire de solemnidad oficial a la ocasión, y Simón, con su colilla ladeada, se acercó, tiró de las riendas y se permitió mantener un breve altercado lleno de colorido con un negro sentado al volante de un automóvil estacionado delante del poste para atar los caballos.

—No impidas nunca el paso al coche de los Sartoris, chico —añadió cuando el otro retiró el automóvil, permitiendo que Simón tuviera acceso al poste—. Cierra el paso a la gente vulgar, si quieres, pero no te atrevas con un coche que esté esperando al Coronel o a Miss Jenny. No lo consentirían.

Simón se apeó para atar los caballos y con el espíritu apaciguado por la regañina administrada y purificado por la satisfacción de haberse salido con la suya, se detuvo a examinar el automóvil con curiosidad y algo de arrogancia, levemente teñidas de envidioso asombro, y cambió varias frases amistosas con el conductor. Pero no por mucho tiempo, porque Simón tenía en la cocina de aquella casa algunas hermanas en el Señor, de manera que en seguida cruzó el portón y echó a andar por el sendero que llevaba a la parte de atrás. Oyó el ruido de la reunión mientras pasaba bajo las ventanas: aquel ininterrumpido e ininteligible cotorreo con que las señoras de raza blanca conseguían envolverse sin el menor esfuerzo y que, al parecer, juzgaban condición necesaria (o inevitable) para pasar un buen rato. El hecho de que se tratara de una partida de cartas no le parecía a Simón ni paradójico ni asombroso, porque el tiempo y la mucha experiencia le habían equipado con una buena dosis de tolerancia, tanto hacia las excentricidades de los blancos en particular como, en general, a las de cualquier miembro del sexo débil.

El montañés había construido su casa tan cerca de la calle que la mayor parte del

primitivo jardín, con sus majestuosos árboles, quedaba en la parte de atrás. En otro tiempo abundaban allí los mirtos y las celindas, los arbustos de lilas y los jazmines creciendo sin orden, y no faltaban tocones y vallas cubiertos de madreselvas; cuando la casa primitiva se quemó, todas estas plantas se apoderaron del lugar convirtiendo su desgredado decoro en una espesa jungla llena de aromas, preferida por los sinsontes y las alondras, y en donde a los muchachos y a las muchachas se les pasaba el tiempo sin sentir durante las noches de primavera y verano, entre luciérnagas a la deriva e inquietas chotacabras. Cuando el montañés compró la finca, cortó algunos de los árboles para construir la casa cerca de la calle de acuerdo con la moda rural, arrasó la jungla de arbustos y enredaderas, encaló los restantes árboles y situó las vallas del establo, de la cochiguera y del corral de las gallinas entre sus fantasmales troncos. No se quedó allí el tiempo suficiente para enterarse de la aparición de los garajes.

La aséptica desolación impuesta por la tenacidad del montañés había desaparecido en parte, ya que el nuevo propietario decidió plantar algunos arbustos —jazmín, celinda y verbena—, colocando junto a ellos mesas de hierro pintadas de verde con sus correspondientes sillas, además de construir una piscina y una pista de tenis. Simón atravesó por allí con discreto aplomo y, con un zumbido de voces femeninas desprovisto de consonantes como fondo, entró en la cocina, donde una mujer muy delgada con un fúnebre turbante morado, que sostenía sobre un sucio guante de cabritilla una galleta cubierta con alguna sustancia sólida impregnada en mayonesa, y otra enorme fémina, con el manchado delantal propio de su estado, que comía helado derretido en un platillo, volvieron la vista al oír sus pasos.

—Lo vi ayer en la calle y tenía muy mal aspecto; no lo encontré nada favorecido —decía la visita cuando entró Simón, pero inmediatamente abandonaron aquel tema de conversación para darle la bienvenida.

—¡Pero si es el hermano Strother! —dijeron ambas al unísono—. Pase, pase, hermano Strother. ¿Cómo se encuentra?

—Malamente, señoras, malamente —contestó Simón, quitándose el sombrero y colocando la colilla del puro entre la cinta y el fieltro—. He tenido un dolor agudo muy molesto en la espalda. Y ustedes, ¿siguen bien?

—Bien, muchas gracias, hermano Strother —dijo la visita.

Simón acercó una silla a la mesa, como se le rogó que hiciera.

—¿Qué va usted a comer, hermano Strother? —preguntó la cocinera con entonación hospitalaria—. Tenemos canapés de la fiesta, algunas verduras frías y un poco de helado derretido que ha quedado de la comida.

—Creo que tomaré un poco de helado y unas verduras, hermana Rachel —contestó Simón—. Mis dientes no están ya para muchos trotes.

La cocinera se alzó con majestuosa solemnidad, y llegándose hasta la despensa con amplio contoneo, alcanzó una fuente. Era una de las mejores cocineras de Jefferson y ninguna señora se hubiese atrevido a protestar contra la generosa

hospitalidad de Rachel.

—¡No hay otro como usted! —exclamó la visita—. ¡Comiendo helado a su edad!

—Llevo sesenta años comiendo helado —dijo Simón—, ¿qué razón puede haber para que deje de hacerlo ahora?

—Tiene usted razón, hermano Strother —asintió la cocinera, colocándole delante un plato de espinacas—. Coma helado siempre que pueda. Un minuto y se lo...

Rachel interrumpió lo que estaba diciendo al entrar en la cocina una muchacha negra de piel clara con un bonito delantal blanco y una cofia, que llevaba una bandeja llena de fuentes con los restos de diferentes estructuras comestibles, copiadas de algún dibujo en revistas para señoras, tan carentes de volumen como de cualidades nutritivas, con las que las damas de la reunión habían estado embotando su apetito al aproximarse la hora de la cena.

—Oye, Meloney, sírvele al hermano Strother un cuenco de helado, haz el favor, querida.

La muchacha depositó estrepitosamente la bandeja sobre el fregadero y estuvo enjuagando un cuenco bajo el grifo mientras Simón la contemplaba fijamente con sus ojillos inquisitivos. La muchacha secó el cuenco con un paño, haciendo una excelente demostración de desdeñoso descuido, y con la nariz arrogantemente apuntando al cielo, cruzó la cocina sobre el estrépito de sus zapatos de tacón alto, sin que Simón pestañeara una sola vez mientras seguía mirándola, y salió de la habitación dando un portazo. Al perderse de vista, Simón volvió la cabeza.

—Sí, señora —repitió—, llevo demasiado tiempo comiendo helado para dejarlo a mi edad.

—Ningún alimento le hará daño mientras el estómago sea capaz de soportarlo —aseguró la cocinera, alzando otra vez su propio platillo hasta los labios.

La muchacha regresó con la mirada todavía puesta en las alturas y colocó el cuenco lleno de líquido viscoso delante de Simón que, aprovechándose de aquel movimiento, le tocó un muslo. La chica le dio un golpe en el cogote con la mano abierta.

—Miss Rachel, dígame que tenga las manos quietas.

—¿No le da vergüenza? —preguntó Rachel, sin dar la menor muestra de indignación—. ¡Un anciano canoso como usted, con hijos crecidos y un pie en el cementerio!

—Cállese la boca, mujer —dijo Simón plácidamente, mezclando dentro del cuenco las espinacas con el helado—. ¿No estarán ya a punto de terminar la reunión?

—Imagino que sí —contestó la primera invitada, introduciéndose en la boca otra galleta bien cargada de mayonesa con gesto de elegante displicencia—. Parece que hablan más alto.

—Entonces es que se han puesto a jugar otra vez —le corrigió Simón—. Hablan menos cuando comen. Sí, señor, están jugando otra vez. Los blancos son así. Los negros no somos tan listos como para jugar a las cartas y hacer todo ese ruido al

mismo tiempo.

Pero la reunión llegaba a su fin. Miss Jenny Du Pre, siguiendo su costumbre, acababa de contar una historia que turbó levemente a las otras tres jugadoras, consiguiendo que durante unos instantes no se atrevieran a levantar los ojos de la mesa. Miss Jenny viajaba muy poco y, cuando lo hacía, no frecuentaba los vagones para fumadores, de manera que la gente se preguntaba de dónde sacaba aquellas historias y quién se las contaba. Ella, por su parte, las repetía en cualquier sitio y aprovechaba cualquier oportunidad, escogiendo el peor momento y el público menos adecuado con alegre y premeditada audacia. A la gente joven le caía bien y estaba muy solicitada como carabina para los picnics.

A continuación se dirigió a la anfitriona, al otro extremo de la habitación.

—Me voy a casa, Belle —anunció—. Me parece que estamos todas un poco cansadas de tu fiesta. Por lo menos yo lo estoy.

La anfitriona era una mujer rolliza, relativamente joven, y su rostro inteligentemente maquillado mostraba un grado tal de concentración histérica que casi podría tomarse por reposo; pero cuando Miss Jenny rompió aquel frágil equilibrio con el anuncio de su marcha inminente apareció de nuevo en él su habitual expresión de cansancio y de vago descontento y empezó a protestar de forma convencional aunque con la petulante sinceridad que cabe esperar de un niño bien educado.

Pero Miss Jenny se mostró inflexible y mientras se ponía en pie, su fina mano llena de arrugas, sacudió migas invisibles del delantero de su vestido negro de seda.

—Si me quedo un minuto más no estaré en casa para cuando llegue Bayard a tomar el ponche —explicó con su habitual franqueza—. Vamos, Narcissa, te llevaré a casa.

—Tengo aquí mi coche, muchas gracias, Miss Jenny —replicó con grave voz de contralto la joven aludida, poniéndose en pie; las demás también se alzaron, iniciando, a pesar de las protestas petulantes de la anfitriona, un fluido movimiento de convergencia que las condujo suavemente hasta el vestíbulo, donde se amontonaron de nuevo frente a los espejos, parlanchinas y llenas de colorido. Miss Jenny se abrió camino hacia la puerta con determinación.

—Vamos, vamos —repitió—. A Harry Mitchell no le hará ninguna gracia encontrarse con toda esta algarabía cuando vuelva a casa del trabajo.

—Pues se puede quedar en el garaje sentado en el coche —replicó la anfitriona con voz cortante—. Me gustaría que no se marcharan ustedes. Miss Jenny, me parece que no voy a volver a invitarla.

Pero Miss Jenny sólo dijo un «Adiós, adiós» fríamente afable y con su nariz igual a la de todos los Sartoris y aquella espalda suya de granadero, tan recta que sólo cedía en tiesura a otra espalda de la ciudad —la de su sobrino Bayard—, se detuvo en lo

alto de la escalera, donde Narcissa Benbow se reunió con ella, trayendo consigo, como un aroma, aquella aura de grave y serena calma en que habitaba.

—No creas que Belle bromeaba —dijo Miss Jenny.

—Bromeaba... ¿sobre qué?

—Lo que dijo sobre Harry... ¡Vaya! ¿dónde supones que se habrá metido ese maldito negro?

—Bajaron las escaleras y de los coches aparcados a lo largo de la calle surgieron las apagadas explosiones de los motores poniéndose en marcha. Las dos mujeres atravesaron el breve camino bordeado de flores que llevaba hasta la acera.

—¿Sabes dónde está mi cochero? —preguntó Miss Jenny al conductor del automóvil más próximo.

—Se fue hacia la parte de atrás, señora.

El negro abrió la puerta y dejó que sus piernas, enfundadas en pantalones del ejército y polainas de linóleo, se deslizaran hasta el suelo.

—Iré a buscarlo.

—Muchas gracias. Bueno; gracias a Dios ya se ha terminado —añadió—. Es una pena que la gente no tenga el valor o la inteligencia de mandar las invitaciones y después cerrar la casa y marcharse. Toda la diversión de las fiestas está en vestirse y en ir a ellas, ¿no te parece?

Las señoras descendían en grupos hasta la acera y se subían en los diferentes coches o se marchaban a pie, despidiéndose con gritos que no resultaban demasiado musicales. El sol, inclinándose hacia el norte, estaba ya detrás de la casa de Belle y delante del edificio, las suaves manchas sedosas de los vestidos femeninos se apagaban delicadamente hasta que sus poseedoras, al salir de la sombra y entrar en una zona uniformemente iluminada por el sol, adquirirían una delicada brillantez, como plumas de pájaros tropicales. Narcissa Benbow iba vestida de gris y tenía los ojos de color violeta; y su rostro poseía la tranquila serenidad de los lirios.

—No se referirá usted a las fiestas de los niños —protestó.

—Estoy hablando de fiestas, no de pasarlo bien —arguyó Miss Jenny—. A propósito de niños: ¿qué noticias hay de Horace?

—¿No se lo he contado? —dijo la otra muy de prisa—. Tuve un telegrama ayer. Desembarcó el miércoles en Nueva York. Era un mensaje tan confuso que no he podido entender lo que trataba de decirme, excepto que tendría que quedarse unos días en Nueva York. El telegrama tenía más de cincuenta palabras.

—¿No sería para pedir dinero? —preguntó Miss Jenny, y cuando la otra respondió negativamente, añadió—: Horace debe haberse hecho rico, como dicen los soldados que ha pasado con los de la Y.M.C.A.^[5] Si la guerra ha enseñado a un hombre como él a hacer dinero, no es una cosa tan mala después de todo.

—¡Miss Jenny! Cómo puede usted hablar de esa forma después de que John... después de que...

—Bobadas —dijo Miss Jenny—. La guerra le dio a John una excelente excusa

para que lo mataran. De no haber terminado así, lo habría hecho de otra manera que consiguiera molestar a todo el mundo.

—¡Miss Jenny!

—Sé lo que me digo, querida. He vivido ochenta años con muchos Sartoris testarudos y no pienso darle a ninguno de sus fantasmas la satisfacción de derramar una lágrima por él. ¿Qué decía el telegrama de Horace?

—Hablabas de algo que iba a traer a casa —contestó la otra y su rostro sereno se llenó de tierna exasperación—. Era un mensaje tan incoherente... Horace nunca ha sido capaz de decir las cosas con claridad desde lejos.

Reflexionó otra vez, contemplando la calle, con su túnel de robles y olmos que cortaba en estrías la luz del sol.

—¿Cree usted que habrá adoptado un huérfano de guerra?

—Huérfano de guerra —repitió Miss Jenny—. Es más probable que sea la mamá de algún huérfano de guerra.

Simón apareció en la esquina de la casa, limpiándose la boca con el revés de la mano, y cruzó el césped con pesada celeridad. Su cigarro no estaba a la vista.

—No —dijo la otra deprisa, con tono preocupado—. ¿De veras cree usted que ha podido hacer eso? No, no, no es posible. Horace no lo haría. Nunca hace nada sin decírmelo antes. Habría escrito. Sé que lo hubiera hecho. Iría en contra de su manera de ser, ¿no es cierto?

—Humm —dijo Miss Jenny utilizando la nariz como caja de resonancia—, ¿un ser tan inocente como Horace, con su aire de buena persona, perdido entre todas esas europeas hambrientas de hombres? No se daría cuenta hasta que fuera demasiado tarde, sobre todo en otro idioma. Puedes estar segura de que en todas las ciudades donde pasó más de una semana, su patrona o cualquier otra metía la cena en el horno cuando él iba a llegar tarde o les quitaba azúcar a los otros soldados para que él se endulzara el café. Horace ha nacido para tener alguna mujer que le sirva de felpudo, de la misma manera que algunos hombres han nacido para ser cornudos... ¿Cuántos años tienes?

—No tengo más que veintiséis, Miss Jenny —contestó la joven amablemente.

Simón desató los caballos y se colocó junto al estribo del coche en la actitud que reservaba para Miss Jenny. Era diferente de la del banco; en lugar de aquella contenida disponibilidad para la acción, de carácter marcadamente militar, aquí se trataba de una deferencia galante, algo condescendiente.

Miss Jenny miró con fijeza el rostro tranquilo y sereno de la joven.

—¿Por qué no te casas y dejas que ese niño tuyo se cuide solo durante algún tiempo? Fíjate bien en lo que te digo, antes de seis semanas habrá ya alguna mujer desviviéndose por obtener el privilegio de secarle los pies; y tu pobre Horace ni siquiera te echará de menos.

—Se lo prometí a mi madre —contestó la otra amablemente, sin darse por ofendida—. No entiendo por qué no ha mandado un telegrama comprensible.

—Bueno —dijo Miss Jenny volviéndose hacia el coche—. Quizá no sea más que un huérfano, después de todo.

Pero con el tono de voz anulaba el contenido tranquilizador de sus palabras.

—Lo sabré muy pronto, en cualquier caso —concedió la otra; y dirigiéndose a un pequeño automóvil junto a la acera, abrió la portezuela.

Miss Jenny se subió al coche ayudada por Simón, el cochero se montó en el pescante y empuñó las riendas.

—No dejes de avisarme cuando llegue de Nueva York —exclamó Miss Jenny al ponerse el vehículo en movimiento—. Y no dejes de venir a por flores siempre que te apetezca.

—Gracias. Hasta la vista.

—Puedes seguir, Simón.

El cochero reanudó la marcha y también esta vez Simón esperó a que estuvieran fuera de la ciudad para dar la noticia.

—Míster Bayard ha vuelto —explicó con la voz de todos los días, como quitándole importancia.

—¿Dónde está? —quiso saber Miss Jenny inmediatamente.

—Todavía no ha llegado a casa —contestó Simón—. Supongo que habrá ido al cementerio.

—Bobadas —le atajó Miss Jenny—. Los Sartoris sólo van una vez al cementerio... ¿Sabe el Coronel que ha llegado?

—Sí, señora, se lo dije, pero tengo la impresión de que no se creyó que le estaba diciendo la verdad.

—¿Quieres decir que eres tú el único que lo ha visto?

—Tampoco yo lo he visto —aclaró Simón—. Un empleado lo vio saltar del tren y me dijo...

—¡Estúpido negro! —estalló Miss Jenny—. ¿Y tú fuiste y le soltaste una tontería semejante a Bayard? ¿Es posible que no tengas un poco más de sentido común?

—El empleado lo vio —respondió Simón testarudamente—. Estoy seguro de que es capaz de reconocer a Míster Bayard cuando lo ve.

—Entonces, ¿dónde está?

—Puede que haya ido al cementerio —sugirió Simón.

—¡Aprieta el paso! —dijo Miss Jenny con voz cortante.

Miss Jenny halló al viejo Bayard en su despacho, acompañado por dos perros de caza. Las paredes estaban cubiertas de estanterías ocupadas por hileras de pesados tomos jurídicos encuadernados en piel grisácea, que creaban un ambiente de meditación polvorienta, no sujeto a perturbación alguna, y por una considerable variedad de novelas de la escuela histórico-romántica (todo Dumas estaba allí, y la ininterrumpida progresión de sus volúmenes constituía en aquel momento la única

lectura de Bayard Sartoris, que tenía siempre uno de ellos sobre la mesilla de noche junto a la cama); en la habitación había también una colección de objetos indiscriminados —paquetitos de semillas, espuelas oxidadas, trozos de riendas y hebillas varias, folletos sobre enfermedades de animales y plantas, barrocas tabaqueras que le habían regalado a Bayard en diferentes ocasiones y que nunca había usado, inexplicables fragmentos de piedras, raíces disecadas y vainas de legumbres —, reunidos uno a uno, y por razones que el anciano no recordaba ya, aunque sin renunciar por ello a seguir conservándolos. La habitación contenía además un armario enorme con candado, una mesa muy grande abarrotada de objetos varios, un buró también cerrado con llave (llaves y candados eran una de las obsesiones del viejo Bayard), un diván y tres sillones de cuero. A esta habitación se la designaba siempre como el «despacho», y el anciano, que no se había quitado aún ni el sombrero ni las botas de montar, estaba allí trasvasando bourbon whisky de un barrilito a un frasco de cristal con tapón de plata, mientras los dos perros lo contemplaban con majestuosa gravedad.

Uno de ellos era muy viejo y estaba casi ciego. Se pasaba casi todo el día tumbado al sol en el patio de atrás o en la fresca oscuridad polvorienta bajo el suelo de la cocina en los días calurosos del verano. Pero hacia media tarde se situaba frente a la fachada de la casa y esperaba tranquilamente hasta que oía el ruido del coche en la avenida, y cuando Bayard se apeaba y entraba en casa, el perro volvía al patio de atrás y aguardaba a que Isom sacara la yegua al porche trasero y Bayard saliera para montarla. Después el hombre a caballo y el setter inglés que le acompañaba como un sesudo amigo pasaban juntos el resto de la tarde recorriendo sin prisas los pastizales, los campos donde se sembraba o se cosechaba, y los bosques llenos de paz, observando sus suaves cambios a lo largo de las estaciones, mientras el atardecer de sus vidas avanzaba hacia una pacífica conclusión sobre la tierra generosa que los había criado a ambos.

El perro más joven no había cumplido aún los dos años; su ritmo resultaba demasiado febril para la compostura que caracterizaba la larga asociación de los otros, y aunque a veces se ponía en camino al mismo tiempo o acudía desde algún sitio, mojado y entusiasta, para reunirse con ellos a mitad del recorrido, nunca se quedaba mucho rato, sino que en seguida echaba a correr con la lengua fuera y la cola convertida en tensa y delicada flecha, persiguiendo los olores enfurecedoramente esquivos con que el mundo lo rodeaba y que venían a tentarlo desde cada matorral, cada bosquecillo y cada barranco.

Las botas de Bayard Sartoris estaban completamente empapadas y las suelas tenían un cerco de barro; y él se inclinaba con preocupada intensidad sobre el barrilito y el frasco, vigilado por la sobria curiosidad de los perros. El anciano había apoyado el barril en una silla con la espita hacia arriba y trasegaba delicadamente el aterciopelado líquido ambarino hasta el frasco mediante un delgado tubo de goma. Miss Jenny entró con la toca negra todavía colocada en el exacto centro de su pulcra

cabeza blanca; los dos perros levantaron la vista para mirarla, el más viejo con grave dignidad, el más joven moviéndose más de prisa y golpeando el suelo con la cola, en actitud de adulatora desconfianza. Pero Bayard Sartoris no levantó la cabeza. Miss Jenny cerró la puerta y contempló sus botas desaprobadoramente.

—Tienes los pies mojados —observó.

Él siguió sin levantar la vista, manteniendo delicadamente el tubo dentro del cuello del frasco y contemplando cómo subía el nivel del líquido. A veces la sordera de Bayard Sartoris resultaba muy conveniente, quizá más conveniente que auténtica; pero, ¿quién podía saberlo con certeza?

—Sube a tu habitación y quítate las botas —ordenó Miss Jenny acercándose—. Ya terminaré yo de llenar el frasco.

Pero dentro de la serena torre amurallada de su sordera, la concentrada imperturbabilidad de Bayard no flaqueó hasta que el frasco estuvo lleno y hubo apretado el tubo, alzándolo, para que el sobrante volviera a vaciarse en el barril. El perro viejo seguía imperturbable delante de él, pero el otro se había colocado detrás, inmóvil y alerta, con la cabeza apoyada sobre las cruzadas patas delanteras, vigilando a Miss Jenny con ojos que se humedecían sin pestañear. Bayard Sartoris sacó el tubo del barrilito y miró a su tía por primera vez.

—¿Qué me decías?

Pero Miss Jenny había ido a abrir la puerta de nuevo y estaba dando gritos en el vestíbulo, obteniendo una alarmada respuesta desde la cocina, que concluyó en seguida con la aparición del mismo Simón en carne y hueso.

—Sube a por las zapatillas del Coronel —indicó Miss Jenny.

Al entrar otra vez en la biblioteca ni su sobrino ni el barrilito estaban a la vista, pero tras la puerta abierta del armario sobresalían los inquisitivos cuartos traseros del perro joven y la tensa flecha de su barométrica cola; en seguida Bayard Sartoris apartó al perro con un pie, reapareciendo; luego cerró la puerta del armario y echó el candado.

—¿Ha llegado Simón? —preguntó.

—Llegará en seguida —contestó ella—. Acabo de llamarlo. Siéntate aquí y quítate las botas.

En aquel momento entró Simón con las zapatillas. Bayard Sartoris se sentó obedientemente, y Simón se arrodilló y le quitó las botas bajo la rigurosa vigilancia de Miss Jenny.

—¿Tiene los calcetines secos? —preguntó ella.

—No, señora; están mojados —contestó Simón.

Pero Miss Jenny se agachó para comprobarlo por sí misma.

—¿Qué haces? —dijo su sobrino con tono irritado; pero Miss Jenny pasó la mano por ambos pies con calma imperturbable.

—No es que se haya esforzado especialmente para que no lo estén —dijo, alzando la voz para atravesar el muro de su sordera—. Y además tenías que venir tú

con esa estúpida patraña sobre Mr. Bayard.

—Lo vio un empleado —repitió Simón con testarudez, arrojando las zapatillas contra los pies de Bayard Sartoris—. Nunca he dicho que yo lo hubiera visto.

Y se quedó en pie frotándose las manos contra los muslos.

Bayard Sartoris metió a empellones los pies en las zapatillas.

—Trae las cosas del ponche, Simón —dijo. Y luego añadió, dirigiéndose a su tía con tono indiferente—: Simón dice que Bayard se apeó del tren esta tarde.

Pero Miss Jenny estaba otra vez ocupándose de Simón.

—Ven aquí, recoge estas botas y ponías detrás del fogón —dijo.

Simón, acercándose furtivamente a la chimenea, recogió las botas.

—Y llévate a los perros de paso —dijo ella—. Tendremos que agradecer a Dios que a Bayard no se le haya ocurrido traer también aquí a su caballo.

Inmediatamente el perro viejo se puso en pie y, seguido por la desconfiada presteza del más joven, salió de la biblioteca con la misma fingida premeditación con que tanto Bayard Sartoris como Simón se sometían a la implacable voluntad de Miss Jenny.

—Simón dice... —repitió Bayard Sartoris.

—Simón dice bobadas —le interrumpió Miss Jenny—. ¿Llevas sesenta años viviendo con él y todavía no te has enterado de que no es capaz de reconocer la verdad cuando se tropieza con ella?

Luego siguió a Simón desde la biblioteca hasta la cocina, y mientras su hija Elnora se afanaba sobre la tabla donde amasaba la pasta para las galletas y él llenaba una jarra con agua, cortaba limones en rodajas y los poma en una bandeja junto con un azucarero y dos vasos, Miss Jenny permaneció en el quicio de la puerta consiguiendo que al viejo criado negro se le erizaran los pocos cabellos grises que le quedaban. Miss Jenny manejaba el inglés con gran precisión en todo momento, pero cuando algo o alguien la enfurecía se elevaba sin esfuerzo hasta insospechadas alturas. Hablaba entonces con una claridad tan vigorosa y una simplicidad tan expresiva que el mismo Demóstenes se la hubiera envidiado, porque incluso las mulas la entendían, y hasta las personas más obtusas tardaban muy poco tiempo en captar plenamente su sentido; bajo el asalto de su elocuencia Simón fue inclinando más y más la cabeza hasta que su fingida pose de respetuosa indiferencia se fue desprendiendo de su indefenso yo como las hojas de los árboles en otoño, por lo que, apoderándose de la bandeja, abandonó precipitadamente la cocina. La voz de Miss Jenny lo siguió, descendiendo de las alturas sin dificultad, mediante una serie de consideraciones extraordinariamente amplias que incluían una amonestación y una sugerencia para el comportamiento futuro tanto de Simón como de todos sus descendientes, existentes o meramente posibles, durante un buen número de años.

—Y la próxima vez —terminó Miss Jenny— que tú o cualquier empleado, guardaagujas o mozo de los recados veáis u oigáis algo que os parezca de interés para el Coronel, decídmelo antes a mí: ya me encargaré yo de contárselo.

Y luego de lanzar a Elnora otra mirada fulminante por si acaso, Miss Jenny regresó a la biblioteca, donde su sobrino mezclaba cuidadosamente agua y azúcar en los dos vasos.

Simón con una chaqueta blanca oficiaba de mayordomo, y en lugar de las riendas manejaba una delicada cubertería de plata tan desgastada por el uso que los mangos de algunas cucharas tenían la delgadez del papel en el sitio donde los dedos de sucesivas generaciones las habían empuñado; cubertería de plata que Joby, el abuelo de Simón, había enterrado muchos años atrás en el suelo, con olor a amoníaco, del establo, mientras Simón, de tres años de edad y cubierto con una única prenda de vestir extremadamente sucia, lo miraba con todo el interés que puede sentir un niño por cualquier juego que se sale de lo normal.

Un efluvio de su primigenia vocación lo seguía a todas partes, incluso cuando se le cepillaba y se le adornaba e incluso se le deformaba un poco embutiéndolo para ir a la iglesia en una chaqueta Príncipe Alberto que Bayard Sartoris no usaba ya; de manera que una débil nostalgia de los establos acompañaba cada entrada suya en el comedor con los platos; se identificaba con las relajadas posturas que adoptaba cerca del buffet mientras contestaba las abruptas preguntas de Miss Jenny o proseguía algún fragmento de conversación que Bayard Sartoris y él habían iniciado previamente durante el día; o quedaba flotando tras él cuando salía del comedor. Pero aquella noche Simón traía los platos, los colocaba y se volvía inmediatamente a la cocina: se daba cuenta de que también en aquella ocasión había hablado más de la cuenta.

Miss Jenny, con un chal de lana sobre los hombros para protegerse del frío del atardecer, llevó todo el peso de la conversación, sumergiendo a su sobrino en un mar de trivialidades —hechos y dichos sin importancia, chismes—, apartándose con ello de su comportamiento habitual. Miss Jenny tenía sus opiniones, por supuesto, y una manera concisa y ferozmente divertida de expresarlas, pero sólo practicaba el cotilleo en muy contadas ocasiones. Mientras tanto Bayard Sartoris se había encerrado en la torre amurallada de su sordera, alzando el puente levadizo y bajando incluso el rastrillo, con lo que nadie podía saber si oía o no, mientras su yo corpóreo seguía cenando sin inmutarse. En cuanto terminaron, Miss Jenny hizo sonar la campanilla de plata que tenía al lado. Cuando Simón abrió la puerta los ojos de la anciana le lanzaron una andanada tan fría que inmediatamente volvió a cerrarla y esperó agazapado a que sus amos salieran del comedor para entrar a quitar la mesa.

Bayard Sartoris encendió su cigarro en la biblioteca y Miss Jenny, siguiéndolo hasta allí, acercó su sillón a la mesa donde estaba la lámpara y abrió el diario de Memphis. Miss Jenny disfrutaba con la humanidad en sus manifestaciones más llamativas, y como prefería cualquier jugosa novelería al más impecable recuento de grisáceas realidades, estaba suscrita a un periódico sensacionalista de la tarde a pesar de que no le llegaba hasta el día siguiente, y en él leía con fría avidez relatos de incendios, asesinatos, violentas separaciones matrimoniales y adulterios; muy pronto

—a su debido tiempo— América le proporcionaría nuevas diversiones gracias a las guerras entre contrabandistas de licores, pero eso no había llegado todavía. Su sobrino, situado fuera del ambarino estanque de luz creado por la lámpara —con los pies contra la esquina de la chimenea, en el sitio donde las suelas de sus botas y las de las botas de John Sartoris antes de las suyas habían hecho desaparecer el barniz años atrás—, lanzaba bocanadas de humo periódicamente. Bayard no estaba leyendo y de cuando en cuando Miss Jenny lanzaba miradas en dirección suya por encima de las gafas y del borde del periódico, sin que se produjera otro sonido en la habitación que el esporádico crujido del papel al pasar las páginas.

Cuando Bayard se puso en pie, lo hizo con la especial brusquedad que le caracterizaba, y Miss Jenny lo siguió con la vista mientras cruzaba la habitación y salía dando un portazo. Ella continuó leyendo durante un rato, pero toda su atención había quedado prendida en el ruido de sus pisadas, y cuando éste cesó, Miss Jenny se levantó también, dejó el periódico y salió hasta la puerta principal.

La luna había surgido por encima de la oscura muralla de las colinas del este e iluminaba discretamente el valle, subiendo como un globo infantil entre los robles y las acacias que bordeaban la avenida. Bayard Sartoris estaba sentado a la luz de la luna con los pies en la barandilla del porche. Su cigarro se iluminaba a intervalos regulares y una estridente monotonía de grillos se alzaba del vecino césped; más allá, entre los árboles, como diminutas burbujas de plata que se desprendieran, inacabables, surgían los frágiles silbidos de las ranas, mezclados con un leve aroma de acacia imposible de localizar y tan sutil como un humo de tabaco desvanecido. Desde el fondo de la casa llegaba hasta el vestíbulo en sombras la voz de Elnora manteniendo una absurda cadencia en tono menor.

Miss Jenny dio unos pasos hacia la derecha sin salir de la casa, buscando a tientas alrededor de la bostezante semioscuridad del espejo el sombrero de fieltro de su sobrino. Cuando lo encontró, salió con él y se lo dejó en la mano.

—No te quedes ahí sentado mucho tiempo. Todavía no estamos en verano.

Bayard dejó escapar un gruñido ininteligible pero se puso el sombrero. Miss Jenny volvió a la biblioteca, terminó de leer el periódico, y lo dobló, dejándolo sobre la mesa. Apagó la luz y subió a oscuras las escaleras hasta su habitación. Desde allí la luna brillaba ya sobre los árboles y su resplandor penetraba en anchas franjas plateadas a través de las ventanas del este.

Antes de encender la luz se llegó al lado sur de la casa y abrió una ventana que daba sobre el clamor de los grillos, de las ranas y a veces de algún sinsonte. Junto a la ventana había un magnolio, todavía sin florecer; tampoco se habían abierto las madreselvas que cubrían la valla del jardín. Pero ya no tardarían mucho y desde aquella ventana Miss Jenny podía dominar todo el jardín y contemplar los jazmines del Cabo, las celindas y las lilas allí donde la luna iluminaba todavía su sueño bronceado sin florecer, y los retoños y los injertos de otros jardines de Carolina y de Virginia que había conocido siendo muchacha.

Un poco más allá de la ventana estaba la cocina y de ella la voz de Elnora manaba en suave cadencia descendente. *No todas las personas que hablan del Cielo han de ir allí*, decía su canto; y en seguida ella y Simón aparecieron bajo la luz de la luna y tomaron el camino de su casa, un poco por debajo del establo. Simón había encendido por fin la colilla de su cigarro y el humo reconcentrado se iba desvaneciendo lentamente a sus espaldas; incluso cuando ya los dos habían desaparecido se tenía la impresión de que su rancia fetidez persistía aún junto con el sonido de los grillos y de las ranas en el aire plateado, indisolublemente mezclado con la cadencia agonizante de la voz de Elnora.

No todas las personas que hablan del Cielo han de ir allí.

Se le había apagado el cigarro, de manera que movió el brazo para sacarse una cerilla del chaleco. El viejo Bayard volvió a encender el puro y colocó otra vez los pies sobre la barandilla; y de nuevo el aroma del tabaco se extendió a la deriva por los corredores inmóviles del aire, perdiéndose y disolviéndose lentamente entre el murmullo de las acacias y la frágil e incesante reiteración de los grillos y de las ranas. Muy lejos, en algún sitio del valle, cantó un sinsonte y al cabo de un rato lo hizo otro desde el magnolio junto a la valla del jardín. Pasó un automóvil por la cuidada carretera del valle, disminuyendo la marcha en el paso a nivel para luego aumentar otra vez la velocidad; cuando el ruido de su motor se perdió a lo lejos, el silbato del tren de las nueve y media resonó entre las colinas.

Dos largos pitidos, cuyos ecos se disolvieron lentamente, y a continuación otros dos breves; pero antes de que fuera posible divisarlo, a Bayard se le había vuelto a apagar el puro y siguió sin moverse con el cigarro entre los dedos mientras la locomotora arrastraba la hilera de ventanillas iluminadas valle arriba hasta desaparecer otra vez entre las colinas, donde al cabo de cierto tiempo, silbó una vez más, arrogante y triste a la vez. John Sartoris, sentado en aquella misma veranda, había contemplado cómo sus trenes salían de las colinas para atravesar el valle y perderse otra vez entre los montes, con acompañamiento de luces, humo, campanas y una ruidosa imitación de velocidad. Pero ahora su ferrocarril pertenecía a un sindicato y había más de dos trenes haciendo el recorrido desde Chicago hasta el Golfo de México, con lo que su sueño se había visto realizado aunque ahora el mismo John Sartoris durmiera entre marciales querubines y la inútil vanagloria de cualquier Dios que su orgullo no le impidiera reconocer como tal.

Luego el puro se le volvió a apagar y siguió sin encenderlo mientras observaba cómo una figura alta emergía de los arbustos de lilas junto a la verja del jardín y avanzaba, iluminada a retazos por la luz de la luna, hacia el porche donde él estaba sentado. Su nieto no llevaba sombrero y se le acercó y subió los escalones y permaneció inmóvil dejando que la luz de la luna marcara los acusados relieves de su rostro mientras su abuelo, con el cigarro apagado entre los dedos, lo contemplaba.

—Bayard, hijo —murmuró el anciano. El joven Bayard siguió en el mismo sitio, iluminado por la luna. Las órbitas de sus ojos eran sombras cavernosas.

—Traté de evitar que subiera en aquel estúpido avión de juguete —dijo por fin con cavilosa ferocidad.

Después se movió de nuevo y el viejo Bayard retiró los pies de la barandilla, pero su nieto arrastró una silla hasta ponerla a su lado y se dejó caer en ella. Sus movimientos eran tan abruptos como los de su abuelo, pero controlados y armoniosos dentro de su violencia.

—¿Por qué demonios no me has anunciado que venías? —preguntó el anciano—. ¿Qué sentido tiene que te presentes aquí como lo has hecho?

—Nadie lo sabía.

El joven Bayard sacó un pitillo y frotó una cerilla contra la suela del zapato.

—¿Cómo?

—No le dije a nadie que venía —repitió, alzando la voz por encima de la cerilla encendida entre sus manos ahuecadas.

—Simón lo sabía. ¿Te dedicas a informar a los criados negros de tus movimientos en lugar de hacérselo saber a tu abuelo?

—¡Condenado Simón! —replicó el joven Bayard—. ¿Quién le ha dicho que me vigile?

—No me grites, muchacho —contraatacó el anciano.

Su nieto tiró la cerilla y aspiró el humo del cigarrillo con chupadas profundas, llenas de preocupación.

—No despiertes a Jenny —añadió el otro con tono más amable, acercando una cerilla a su cigarro apagado—. Tú estás bien, ¿no es cierto?

El joven Bayard notó que a su abuelo le temblaban las manos.

—Espere —dijo, extendiendo un brazo—. Déjeme que le sostenga la cerilla. Va a prenderse fuego al bigote.

Pero su abuelo le rechazó con viveza y aspiró testaruda e impotentemente mientras el fósforo temblaba entre sus dedos inseguros.

—Te he preguntado si te encuentras bien —repitió.

—¿Por qué no? —contestó su nieto con brusquedad—. Casi hace falta ser tan estúpido para que le hieran a uno en la guerra como en tiempo de paz. Hay que ser un imbécil integral, eso es lo que se necesita.

Volvió a chupar el cigarrillo y luego lo arrojó casi entero hacia el mismo sitio que la cerilla.

—A uno tuve que esperar cuatro días para cazarlo y acabé mandando a Sibleigh en un Ak. W. que es como una canasta vieja, para que me sirviera de cebo. Sólo buscaban combates sin riesgo, él y los de su escuadrilla. Le di una buena lección. Estuve encima de él durante seis mil pies y le metí un cargador entero en la cabina. Los impactos estaban tan juntos que hubiera usted podido taparlos todos con su sombrero. Pero el muy canalla no quiso arder.

La voz del joven Bayard se fue alzando de nuevo mientras seguía hablando. El aroma de las acacias se extendía en suaves ráfagas, y los grillos y las ranas cantaban con la monotonía de un idiota tocando la flauta en el sopor de un mediodía de verano. Desde su ventana de plata, la luna miraba hacia el valle disolviéndose con opalina tranquilidad en la serena y misteriosa infinitud de las colinas, mientras la voz del joven Bayard seguía contando historias de violencia, de velocidad y de muerte.

—Habla más bajo —repitió el anciano—. Vas a despertar a Jenny.

Y el otro redujo el volumen de su voz obedientemente, pero pronto volvió a alzarla; al cabo de un rato apareció Miss Jenny con su chal de lana blanca sobre el camisón y, acercándose, le dio un beso.

—Imagino que estás bien de salud —dijo—, de lo contrario no estarías de tan mal humor. Cuéntanos lo que le pasó a Johnny.

—Estaba borracho —contestó el joven Bayard ásperamente—. Estaba borracho o se había vuelto completamente imbécil. Traté de impedir que se subiera en el maldito Camel. Uno no se podía ver la propia mano aquella mañana. Había nubes por todas partes y hasta el más tonto se habría dado cuenta de que en el lado enemigo iban a abundar los Fokkers capaces de subir hasta veinticinco mil pies; y él, con un maldito Camel. Pero estaba decidido a subir aunque Lille se hallara a dos pasos. No pude impedirselo. Disparó sobre mí. Traté de apartarlo y de hacerle volver, pero me mandó una rociada. Había subido ya todo lo que daba de sí su avión, pero ellos debían estar a cinco mil pies por encima de nosotros cuando nos localizaron. Se le echaron todos encima. Lo rodearon como a una ternera en un corral, y uno de ellos se le colocó detrás hasta que empezó a arder y cayó en picado. Después se volvieron corriendo a casa.

El aroma de las acacias seguía extendiéndose por el aire tranquilo y las ranas continuaban produciendo su oleaje plateado desde los árboles. En el magnolio de la esquina del jardín cantó un sinsonte. A lo lejos, en el valle, otro le contestó.

—Salió zumbando hacia casa con el resto de su pandilla —dijo el joven Bayard—. Él y sus compañeros. Era Proeckner —añadió, y por un momento su voz se hizo firme y tranquila, llena de justificado orgullo—. Uno de los mejores aviadores que tenían. Discípulo de Richthofen.

—Bueno, eso ya es algo —asintió Miss Jenny, acariciándole la cabeza.

El joven Bayard estuvo cavilando durante un rato.

—Traté de evitar que se subiera en aquel estúpido avión de juguete —estalló de nuevo.

—¿Qué esperabas, después de haberlo educado como lo hiciste? —preguntó Miss Jenny—. Tú eras el mayor... Has estado en el cementerio, ¿no es cierto?

—Sí —contestó él tranquilamente.

—¿De qué estáis hablando? —quiso saber el anciano.

—Este viejo loco de Simón dijo que era allí donde estabas... Pero ahora lo que tienes que hacer es entrar en casa y cenar —dijo Miss Jenny con tono firme y

enérgico, irrumpiendo otra vez en su vida sin pedirle permiso y recogiendo todos aquellos hilos tan enmarañados con su característica eficiencia.

El joven Bayard se puso en pie obedientemente.

—¿De qué estáis hablando? —repitió su abuelo.

—Y tú no te quedes ahí.

Miss Jenny incluyó también al anciano en la órbita de su voluntad como se recoge al pasar una prenda de vestir abandonada sobre una silla.

—Ya es hora de que estés en la cama.

Los dos siguieron hasta la cocina y se quedaron en pie mientras ella abría la nevera, colocaba alimentos y una jarra de leche sobre la mesa y acercaba una silla.

—Prepárale un ponche, Jenny —sugirió el anciano. Pero Miss Jenny puso el veto inmediatamente.

—Es leche lo que necesita. Estoy segura de que ha bebido suficiente whisky durante la guerra como para pasarse sin él una temporada. Siempre que Bayard volvía a casa de la suya quería subir a caballo los escalones del porche y entrar en casa montado. Vamos —y fue sacando al anciano de la cocina y llevándolo escaleras arriba—. Acuéstate, ¿me oyes? Déjalo solo un rato.

Esperó a que cerrara la puerta y luego entró en el cuarto del joven Bayard y le preparó la cama; al cabo de un rato, ya desde su habitación, le oyó subir las escaleras.

También su habitación se hallaba engañosamente iluminada por la luna, y Bayard, sin encender la luz, se sentó en la cama. Al otro lado de la ventana los interminables grillos y ranas sonaban como si los rayos de la luna fuesen frágiles cristales cayendo entre los árboles y los matorrales, desmenuzándose sobre el suelo en una lluvia musical; por encima de todo ello, con una cualidad profunda y vibrante, alentaban las mesuradas respiraciones de la bomba de agua en la planta eléctrica, más allá del establo.

Sacó otro cigarrillo y lo encendió. Pero sólo le dio dos chupadas antes de tirarlo. Después permaneció inmóvil en la habitación que él y John habían compartido de muchachos, llenos de juvenil violencia masculina; inmóvil sobre la cama que él y su mujer habían ocupado durante su última noche de permiso, antes de que volviera a Inglaterra y de allí otra vez al frente, donde John le esperaba. Junto a él, sobre la almohada, la viva llama de bronce de los cabellos de su mujer palidecía en la oscuridad y ella estaba tumbada sujetando el brazo de Bayard contra su pecho con las dos manos, mientras hablaban por fin tranquila y sobriamente.

Pero ni aún entonces pensaba en ella. Cuando se ocupaba de la mujer que estaba tumbada a su lado en la oscuridad, apretando un brazo suyo entre los pechos, era sólo porque se sentía un poco salvajemente avergonzado de lo mal que se había portado con ella. Pensaba en su hermano, a quien no había visto desde hacía más de un año, y en que volverían a verse al cabo de un mes.

Tampoco ahora pensaba en ella, aunque aquellas paredes encerraran, como una flor mustia dentro de un ataúd, la fragancia del caos mágico en que vivieron

fugazmente; tan trágico y tan pasajero como una floración de madreselva. Bayard pensaba en su hermano muerto; el espíritu de los violentos días en que el uno completaba al otro, cubría como polvo toda la habitación, obliterando el perfume de aquella otra presencia, y le impedía respirar, hasta que tuvo que abrir la ventana violentamente y apoyarse contra el alféizar, llenándose de aire los pulmones como un hombre que ha estado sumergido y todavía no acaba de creer que haya conseguido alcanzar de nuevo la superficie.

Más tarde, cuando yacía desnudo entre las sábanas, le despertaron sus propios gemidos. La habitación estaba llena de una helada luz grisácea, sin origen preciso y al volver la cabeza vio a Miss Jenny, con el chal de lana sobre los hombros, sentada en una silla junto a la cama.

—¿Qué pasa? —dijo Bayard.

—Eso es lo que me gustaría saber a mí —contestó Miss Jenny—. Haces más ruido que la bomba de agua.

—Necesito un trago.

Miss Jenny se inclinó hacia adelante y le presentó un vaso que estaba en el suelo junto a ella. Bayard lo cogió, alzándose sobre el codo pero la mano se detuvo antes de llegar a la boca, con el vaso debajo de la nariz.

—Demonios —dijo—. Te he pedido un trago.

—Bébetela leche, vamos —ordenó Miss Jenny—. ¿Crees que me voy a quedar levantada toda la noche para darte whisky? Bebe, anda.

Él tomó el vaso, lo apuró obedientemente y volvió a tumbarse. Miss Jenny depositó el vaso en el suelo.

—¿Qué hora es?

—Calla —dijo ella, poniéndole una mano sobre la frente—. Duérmete.

Él movió la cabeza sobre la almohada, pero no pudo liberarse de la mano.

—Vete —dijo—. Déjame solo.

—Calla —replicó Miss Jenny—. Duérmete.

DOS

LO QUE PASA es que usted no planta lo que se debe plantar en el sitio en que hay que plantarlo —dijo Simón.

Estaba sentado en el último peldaño del porche, afilando la hoja de su azadón con una lima. Miss Jenny —con unos guantes muy gruesos y un sombrero masculino de fieltro— se hallaba en el borde de la veranda encima de él, acompañada de una visita. Por debajo de la cintura le colgaban unas tijeras de podar, que brillaban al sol de la mañana.

—Y eso, ¿a quién le importa? —preguntó ella—. Porque no será ni a ti ni al Coronel. Cualquiera de los dos es bien capaz de haraganear en este porche y de decirme en qué sitio agarrará mejor una planta o dónde tendrá mejor aspecto, pero ninguno de los dos ha conseguido nunca hacer crecer un miserable hierbajo, que yo sepa. Me importa dos cominos dónde haya que plantar una flor según tú o el Coronel; yo planto mis flores exactamente en el sitio donde quiero plantarlas.

—Y luego las desafía a que se atrevan a no salir —añadió Simón—. Así es como usted e Isom trabajan en el jardín. Hay que darle gracias a Dios de que Isom no tenga que ganarse la vida con la jardinería que aprende aquí. —Sin dejar de afilar la hoja del azadón, movió la cabeza en dirección a la casa.

Simón llevaba un sombrero horrendo, hecho de un tejido que ya podía ser calificado de anónimo cuando se fabricó muchos años atrás. Miss Jenny lo estuvo contemplando desapasionadamente desde arriba.

—Isom ha conseguido ganarse la vida naciendo negro —dijo con voz tajante—. Supongamos que dejas de rascar ese azadón y vas a ver si puedes desafiar a las malas hierbas del arriate de salvia para que no se atrevan a salir.

—Tengo que afilar esta almohaza —dijo Simón—. Usted váyase a su jardín, ya me encargo yo de limpiar el arriate.

Y siguió raspando el azadón sin inmutarse.

—Llevas haciendo eso el tiempo suficiente para comprender que no conseguirás desgastar la azada hasta el mango con una simple lima. Has estado rascando desde el desayuno. Te he oído. Y ya sé que te pones ahí para que las personas que pasan piensen que estás trabajando.

Simón gruñó y empleó medio minuto en dejar la lima. La puso primero en un escalón, luego la cogió y la trasladó a otro. A continuación la situó contra el escalón de atrás. Luego pasó un pulgar por el borde de la pala, examinándola con malhumorada expectación.

—Puede que sirva —dijo—. Pero seguirá siendo como arrancar malas hierbas con una almohaza.

—Inténtalo, de todas formas —replicó Miss Jenny—. Quizá las malas hierbas piensen que es una azada. Dales una oportunidad por lo menos.

—Ya he dicho que voy, ya he dicho que voy —aseguró Simón con tono irritado, levantándose renqueante—. Vaya usted a ver qué tal va su jardín que ya me ocupo yo de esto.

Miss Jenny y su visitante descendieron los escalones y doblaron la esquina de la casa.

—Por qué prefiere quedarse ahí sentado y rascar ese azadón nuevo con una lima en lugar de arrancar media docena de hierbas malas en el arriate de salvia, es algo que no logró entender —dijo Miss Jenny—. Pero lo cierto es que lo prefiere. Se sienta ahí y si se le deja afila la azada hasta que parece una sierra. Bayard compró una máquina para segar el césped hace tres o cuatro años. Dios sabe para qué, y se lo traspasó a Simón, claro. El año pasado, leyendo acerca de todos esos destrozos y desastres pensé con frecuencia en lo bien que Simón lo hubiera pasado en la guerra. Les habría enseñado cosas sobre arrasar y devastar que nunca hubieran imaginado antes. ¡Isom! —gritó.

Entraron en el jardín y Miss Jenny se detuvo junto a la puerta.

—Isom, ¿dónde te has metido?

Esta vez obtuvo respuesta y Miss Jenny siguió adelante con su visitante; Isom se levantó de algún sitio donde estaba tumbado y cerró la puerta tras de sí.

—Por qué no... —empezó Miss Jenny mirando hacia atrás por encima del hombro, pero en seguida se detuvo y contempló brevemente la repentina apariencia militar de Isom con desapasionado asombro. Porque Isom iba vestido de color caqui con el emblema de una división en el hombro y un deslucido galón en el puño. Su flaco cuello de muchacho de dieciséis años encontraba amplio acomodo en el desmesurado abrazo de la desaseada guerrera y una sorprendente cantidad de brazo resultaba visible por debajo de los puños. Los pantalones hacían unas bolsas imposibles antes de desaparecer bajo las polainas que, ya fuera por un sentido muy agudizado de la originalidad o un total desinterés por las costumbres militares, Isom se había abrochado antes de ponerse las botas. En cuanto a la gorra del Ejército Expedicionario, descansaba de la manera más lamentable que imaginarse pueda sobre su redonda cabeza.

—¿De dónde has sacado esa ropa?

La luz del sol se reflejó en las tijeras para podar de Miss Jenny, y Miss Benbow, con un vestido blanco y un sombrero blando de paja, también se volvió a mirar a Isom con una extraña expresión.

—Es de Caspey —contestó Isom—. Acabo de cogerla prestada.

—¿Caspey? —repitió Miss Jenny—. ¿Ha vuelto a casa?

—Sí, señora. Llegó anoche en el tren de las nueve y media.

—¿Anoche, eh? ¿Dónde está ahora? Imagino que durmiendo, ¿no es cierto?

—Sí, señora. Eso era lo que estaba haciendo cuando salí de casa.

—Y me imagino que esa es la razón de que te haya prestado el uniforme —dijo Miss Jenny con aspereza—. Bueno, que duerma toda la mañana. Le daremos un día

para que se olvide de la guerra. Porque si está tan entontecido como Bayard, será mejor que se ponga otra vez el uniforme y se vuelva a Europa. Nadie me negará que los hombres no parecen capaces de soportar nada.

Miss Jenny echó a andar nuevamente, seguida de su invitada con su sencillo vestido blanco.

—Trata usted muy duramente a los hombres a pesar de no tener un marido del que preocuparse, Miss Jenny —dijo—. Además, juzga a todos los hombres como si fueran sus Sartoris.

—No son mis Sartoris —aclaró Miss Jenny inmediatamente—. Yo no he hecho más que heredarlos. Pero aguarda un poco; pronto vas a tener un hombre del que preocuparte; sólo necesitas que Horace vuelva a casa y esperar a ver cuánto tiempo le hace falta para olvidarse de la guerra. No parece que los hombres tengan nervio para nada —repitió—. Ni siquiera soportan una espera sin preocupaciones ni responsabilidades y en cuanto a las mezquindades que se les pueden ocurrir, su número es infinito. ¿Crees que un hombre aguantaría, como lo hace cualquier mujer, viendo pasar los días y los meses en una casa a muchas millas de cualquier sitio y teniendo que llenar el tiempo entre las sucesivas listas de bajas haciendo hilas con la ropa de las camas y las mantelerías y viendo cómo desaparecen las reservas de azúcar, de harina y de carne, y teniendo que usar teas de madera de pino para alumbrarte porque no hay velas ni candelabros donde ponerlas en el caso de que las hubiera, y escondiéndote en las cabañas de los negros mientras los generales yanquis completamente borrachos prenden fuego a la casa que construyó tu tatarabuelo y donde has nacido tú y toda tu familia? No me hables de los sufrimientos de los hombres durante la guerra —Miss Jenny se puso a podar salvajemente las espuelas de caballero—. Espera a que Horace vuelva a casa, entonces verás. No es más que una buena excusa para dar la lata y estorbar mientras las mujeres de sus familias tratan de poner orden en la confusión que ellos dejan con sus guerras. John por lo menos, después de meterse en un asunto que le traía totalmente sin cuidado, ha tenido la consideración de no volver y empezar otra vez a darnos a todos quebraderos de cabeza. Pero ahí tienes a Bayard, sin ir más lejos, que se volvió cuando la guerra estaba a mitad e hizo creer a todo el mundo, cuando se puso a enseñar en la escuela de aviación de Memphis, que por fin había sentado cabeza, y luego fue y se casó con esa muchacha tan estúpida.

—¡Miss Jenny!

—Bueno, no era eso lo que quería decir, pero habría que haberle dado una buena azotaina. Ya sé: me vas a decir que yo hice lo mismo. Fueron todos esos arreos que llevaba Bayard. ¡Y luego decimos que los hombres se dejan influir por los uniformes! —Miss Jenny siguió podando espuelas de caballero—. Hacerme ir hasta allí para la boda, fíjate bien, con no sé cuántas espadas alquiladas y algunos de los alumnos de Bayard tratando de echar rosas a la calle. Imagino que algunos no eran alumnos suyos porque uno por fin dejó caer varias rosas sin que se quedaran enganchadas en los

balcones —Miss Jenny podó más deprisa—. Cené con ellos una noche. Estuve una hora esperando en el hotel hasta que vinieron a buscarme. Después nos paramos en una *delicatessen*,^[6] Bayard y Caroline se apearon, entraron y volvieron a salir con un montón de paquetes que tiraron dentro del coche, debajo de mis pies. Aquella era la cena a la que me habían invitado, fíjate; no había el menor rastro de algo con pinta o con olor de cocina en el sitio donde vivían. Tampoco yo me ofrecía a ayudarles. Le dije a Caroline que no sabía nada de aquella manera de llevar una casa, porque mi familia estaba tan pasada de moda que cocinábamos nosotros.

»Luego llegaron los demás: soldados amigos de Bayard y una manada de esposas de otros hombres, por lo que me pareció entender. Mujeres jóvenes, que en lugar de estar en sus casas, ocupándose de la cena, iban por allí cotorreando y dando chillidos de la forma tan estúpida en que suelen hacerlo las casadas jóvenes cuando quieren desagradar a sus maridos. Empezaron a abrir envoltorios que no contenían más que botellas, por lo menos una docena; luego llegaron Bayard y Caroline trayendo la cubertería de plata que les regalé, servilletas con iniciales y lo que habían comprado en la *delicatessen*, que sabía a hierba de cenagal, colocado en platos de papel. Lo comimos allí, sentados en el suelo, o en pie o donde quiera que uno estuviera en el momento de servirlo.

»Ésa era la idea que tenía Caroline de cómo llevar una casa. Dijo que se instalarían de verdad cuando se hicieran viejos. Hacia los treinta y cinco, imagino que era lo que quería decir. Tan delgada como un alambre; no habría sido fácil darle una azotaina. Pero le hubiera ido muy bien. En cuanto se enteró de que iba a tener un niño, le puso nombre. Lo llamó Bayard nueve meses antes de que naciera y se lo iba diciendo a todo el mundo. Y hablaba de él como si fuera su abuelo o algo parecido. Siempre andaba comentando que Bayard no le dejaría hacer esto o lo de más allá.

Miss Jenny seguía podando espuelas de caballero, acompañada por la alta visitante vestida de blanco. La elegante simplicidad de la enorme casa surgía entre los apretados árboles mientras el jardín brillaba al sol en innumerables floraciones, envueltas en aromas y en el somnoliento zumbido de las abejas —un ininterrumpido sonido dorado, como la luz del sol hecha audible— configurando así el velo impalpable de lo inmediato, de lo familiar; un poco más allá parecía surgir una muchacha con cabellos de bronce y cuerpo pequeño y flexible, en constante inquietud epicena, con un dinamismo contenido como el de talladas figuras sin sexo, capturadas en el momento de la acción, del esfuerzo; como un mecanismo en el que todos los miembros necesitan moverse para realizar el acto más insignificante, con sus manos fogosas que no acusaban ya aunque siguieran siendo apasionadas, más allá del velo impalpable pero igualmente eficaz.

Miss Jenny se inclinó sobre el arriate de espuelas de caballero y su espalda, aunque doblada, todavía seguía siendo recta e indomable. Un zorzal brilló modestamente cruzando el aire luminoso y fue a ocultarse en el magnolio describiendo una parábola.

—Y luego, cuando él tuvo que volverse a la guerra, la trajo aquí, por supuesto, dejándola a mi cargo.

La visitante seguía escuchándola, con su altura realzada por el vestido blanco, y Miss Jenny añadió:

—No; no es eso lo que quiero decir.

Cortó más espuelas de caballero.

—Pobres mujeres —dijo—. Imagino que no nos queda más remedio que vengarnos cuando podemos y como podemos. Pero ella tendría que haberse desahogado con Bayard.

—¿A pesar de que cuando murió —dijo Narcissa—, él no se enteró y de que no hubiera podido venir aunque lo hubiera sabido? ¿Cómo puede usted decir esas cosas?

—¿Crees que ese demonio sin pizca de humanidad puede querer a alguien? —Miss Jenny seguía cortando espuelas de caballero—. Nunca le ha importado nadie en toda su vida excepto John —sus movimientos se hicieron frenéticos—. Y por ahí anda, lleno de resentimiento como si tuviéramos nosotros la culpa, como si les hubiéramos obligado a ir a esa maldita guerra. Y ahora necesita un automóvil y tiene que irse a Memphis a comprar uno. Un automóvil en el establo de Bayard Sartoris, fíjate bien, cuando su abuelo no presta dinero en el banco a un hombre que tenga uno... ¿Quieres guisantes de olor?

—Sí, por favor —dijo la invitada. Miss Jenny se enderezó, quedándose después completamente inmóvil.

—Mira ese muchacho, hazme el favor —dijo, señalando con las tijeras—. Ésos son los sufrimientos que les causa la guerra, pobrecillos.

Más allá de un empujado de guisantes de olor, Isom, vestido de uniforme, marcaba el paso solemnemente, arriba y abajo. Sobre el hombro derecho llevaba una azada y en el rostro una expresión de arrobo; cada vez que se daba la vuelta, repetía como para sus adentros una rítmica cantinela.

—¡Oye, Isom! —gritó Miss Jenny.

El muchacho se detuvo a mitad de una zancada, todavía con el arma al hombro.

—Diga, señora —contestó afablemente.

Miss Jenny siguió mirándolo con evidente indignación y su porte marcial se desvaneció; en seguida bajó la azada del hombro y trató de ejecutar un movimiento como de disculpa a pesar de su envoltura militar.

—Deja esa azada y trae el cesto que tienes al lado. Es la primera vez que te veo coger un instrumento de jardinería por voluntad propia. Me encantaría descubrir el tipo de uniforme capaz de hacerte sujetar la azada con las dos manos; puedes estar seguro de que te lo compraría.

—Sí, señora.

—Si quieres jugar a los soldados vete con Bayard. Soy capaz de ocuparme de las flores sin ninguna ayuda del ejército —añadió, volviéndose hacia su huésped con el manojo de espuelas de caballero.

—Y tú, ¿de qué te estás riendo? —le preguntó.

—Resultaban los dos muy divertidos —explicó la joven—. Usted tenía mucho más aspecto militar que el pobre Isom, a pesar del uniforme.

Se tocó los ojos con la punta de los dedos.

—Siento haberme reído. Miss Jenny sorbió aire por la nariz con gesto altivo. Puso las espuelas de caballero en el cesto y se dirigió al emparrado de los guisantes de olor. La invitada fue detrás y lo mismo hizo Isom con el cesto. En cuanto Miss Jenny terminó con los guisantes de olor se puso otra vez en movimiento, seguida por su séquito, haciendo pausas aquí y allá para cortar alguna rosa y deteniéndose delante de un arriate donde los tulipanes alzaban sus brillantes corolas. Isom y ella habían acertado en aquel caso; los diferentes colores armonizaban perfectamente.

—Cuando los plantamos el otoño pasado —dijo Miss Jenny a su huésped—, colocaba un tulipán rojo en la mano derecha de Isom y otro blanco en la izquierda y luego le decía «Vamos a ver, Isom, dame el rojo». No fallaba nunca: siempre extendía la mano izquierda y si me quedaba mirándolo el tiempo suficiente, acababa extendiendo las dos manos. «¿No te dije que sujetaras el rojo en la mano derecha?», le decía. «Sí, señora, aquí está». Y extendía otra vez la mano izquierda. «Ésa no es la mano derecha, estúpido», le decía. «Ésa es la que usted dijo hace un rato que era mi mano derecha», contestaba Míster Isom. ¿No es cierto, negrito?

Miss Jenny volvió a mirar a Isom con profunda desaprobación, y éste intentó a su vez un torpe movimiento de disculpa, protegido por la lenta ecuanimidad de su sonrisa de marfil.

—Sí señora; supongo que sí.

—Más te vale —replicó Miss Jenny con tono de amonestación—. De manera que, ¿cómo puede nadie tener un jardín decente con semejante cretino? Todas las primaveras espero que aparezca maíz o tréboles o cualquier otra cosa en el arriate de los jacintos.

Examinó los tulipanes de nuevo, considerando mentalmente el armonioso contraste de colores.

—No, seguro que no quieres tulipanes —decidió con voz enérgica, poniéndose otra vez en movimiento.

—No, Miss Jenny —asintió la invitada, modestamente.

Siguieron andando hasta llegar a la puerta donde Miss Jenny se detuvo de nuevo y le pidió el cesto a Isom.

—Y tú vete a casa y quítate eso, ¿me oyes? —le dijo al muchacho.

—Sí, señora.

—Y cuando mire por esa ventana dentro de unos minutos quiero verte otra vez en el jardín con esa azada —añadió—. Y quiero verte manejándola con esas dos manos derechas que Dios te ha dado. ¿Me oyes?

—Sí, señora.

—Y dile a Caspey que mañana por la mañana esté listo para ponerse a trabajar.

Hasta los negros que comen aquí tienen que trabajar de cuando en cuando.

Pero Isom ya se había marchado, y las dos mujeres siguieron andando hasta los escalones del porche.

—¿No daba toda la impresión de que iba a hacer exactamente lo que le he mandado? —el tono de Miss Jenny se volvió confidencial mientras cruzaban el vestíbulo—. Pero sabe tan bien como yo que nunca me atreveré a mirar por la ventana después de lo que he dicho. Pasa —dijo abriendo la puerta de la sala de visitas.

Esta habitación se abría ya muy pocas veces aunque en los días de John Sartoris se usara constantemente. Él siempre estaba dando cenas y, en algunas ocasiones, incluso bailes, abriendo las puertas plegables que separaban el comedor de la sala, con tres negros que tocaban instrumentos de cuerda escondidos en la escalera y todos los candelabros encendidos. Debido a su confesada preferencia por lo espectacular y a su innata sociabilidad, le gustaba rodearse de una atmósfera de aromas, de telas delicadas, de manjares y de música. También estuvo de cuerpo presente en aquella habitación, enfundado en su uniforme gris, concluyendo así el brillante, aunque no siempre imaculado, espectáculo de su propia carrera; quizá los fantasmas que él conoció lo recibieron allí de nuevo, agrupados como en otros tiempos junto a la grata tibieza de su chimenea.

Pero durante la época de Bayard se fue usando cada vez menos, y lenta e imperceptiblemente perdió su alegre aunque majestuosa virilidad, convirtiéndose mediante un tácito acuerdo en un lugar que su mujer y la mujer de su hijo John y Miss Jenny limpiaban minuciosamente dos veces al año y en el que recibían a las visitas más importantes, realizando previamente la ritual operación de quitar y doblar las grisáceas fundas de holanda que cubrían los muebles. Tal era la situación de la sala cuando nacieron los nietos de Bayard y murieron sus padres; y así continuó hasta que falleció su mujer. A partir de entonces Miss Jenny se preocupaba muy poco de las visitas de etiqueta y todavía menos de la sala. Decía que le daba escalofríos.

De manera que permanecía cerrada casi todo el tiempo y poco a poco adquirió una solemne y macabra atmósfera de decadencia y se hablaba de ella como de la Sala con S mayúscula. A veces el joven Bayard o John abrían la puerta tratando de penetrar con la mirada la solemne oscuridad en la que los muebles enfundados destacaban con una especie de fantasmal benevolencia, semejantes a albinos mastodontes. Pero nunca entraban; en su mente la habitación estaba ya asociada con la muerte, idea que ni siquiera el muérdago y los oropeles de la Navidad lograban oscurecer por completo. Estaban ya estudiando en un internado cuando alcanzaron la edad necesaria para asistir a fiestas, pero incluso durante las vacaciones, aunque llenasen la casa con la discreta algarabía de sus contemporáneos, la habitación seguía utilizándose sólo la víspera de Navidad. Y después de que se marcharan a Inglaterra en 1916, sólo se había abierto dos veces cada año para limpiarla —siguiendo el viejo ritual que el mismo Simón había heredado de sus antepasados— y para afinar el

piano; y también se abría cuando Miss Jenny y Narcissa Benbow pasaban allí unas horas de la mañana o de la tarde; pero en ninguna otra ocasión.

Los muebles semejaban bultos informes envueltos en sus grisáceas fundas; sólo el piano estaba destapado y la joven acercó el taburete, se quitó el sombrero y lo dejó deslizarse hasta el suelo a su lado. Miss Jenny dejó también el cesto y de las tinieblas que rodeaban el piano extrajo una silla de asiento duro y respaldo recto que tampoco estaba enfundada, sentándose en ella después de quitarse el sombrero de fieltro que cubría su pulcra cabeza cana. Entraba luz por la puerta abierta y algo más se filtraba a través de las pesadas cortinas marrones con encajes, aunque todo ello sólo sirviera para realzar la oscuridad y dotar de siluetas todavía más informes a los anónimos muebles encapuchados.

Pero detrás de aquellos bultos grisáceos y en todos los rincones de la habitación, como esperan los actores entre bastidores, aguardaban figuras con miriñaques y con vestidos de seda y muselina, o con alzacuellos y chaquetas amplias; y también figuras en gris, con fajines de color carmesí y sables en envainado reposo: quizá Jeb Stuart en persona, sobre su reluciente bayo, cubierto de guirnaldas, o con sus cabellos dorados cayendo sobre fino velarte bajo las ramas de muérdago y acebo en Baltimore el año cincuenta y ocho. Miss Jenny se sentó con su inflexible espalda de granadero y el sombrero sobre las rodillas y se dispuso a escuchar. El vestido blanco de Narcissa resultaba tan dúctil como la luz al enfrentarse con las tinieblas e igualmente sereno; y sus manos, al posarse sobre el teclado, consiguieron mezclarlas y hacer que descendiera el telón sobre la escena.

En la cocina, Caspey desayunaba mientras Simón, su padre, Elnora, su hermana, e Isom, su sobrino (todavía con el uniforme puesto), lo contemplaban. Antes de la guerra, Caspey había sido ayudante de Simón en el establo y encargado general de arreglos, haciendo todos los trabajos que Simón, mediante la engañosa excusa de su decrepitud, conseguía dejar caer sobre sus hombros así como los que Miss Jenny inventaba y Caspey no lograba eludir. Bayard Sartoris también lo utilizaba de cuando en cuando para trabajar en el campo. Luego lo llamaron a filas y dio con sus huesos en Francia —más concretamente en los muelles de Saint Sulpice— como miembro de un batallón de trabajo; allí hizo todas las faenas que cabos y sargentos conseguían dejar caer sobre sus hombros (totalmente desprovistos de marcialidad) así como las que los oficiales blancos inventaban y Caspey no lograba eludir.

De manera que desde la marcha de Caspey todo el trabajo en casa de los Sartoris recaía sobre Simón e Isom, pero como Miss Jenny retenía a Isom mucho tiempo en el jardín para faenas perfectamente baladíes, Simón adoptó muy pronto una actitud tan amarga hacia los Señores de la Guerra^[7] como cualquier demócrata profesional. Mientras tanto Caspey trabajaba poco y adoptaba ante la vida europea, con las transformaciones que la guerra había introducido en ella, una frívola actitud que

redundaría en su propio detrimento, porque llegó un momento en que la confusión se extinguió, los capitanes se marcharon y dejaron un vacío que vinieron a llenar los herederos legales de Armageddon con sus enconadas disputas; y Caspey regresó a su tierra natal hecho una completa ruina, desde un punto de vista sociológico, con una decidida aversión hacia el trabajo (honrado o de cualquier otro tipo) y dos dignísimas heridas recibidas en una partida de dados que terminó a navajazos. Eso sí, volver, lo que se dice volver, había vuelto para satisfacción de su quejumbroso padre y admiración de Elnora e Isom, y ahora, sentado en la cocina, les estaba hablando a los tres de la guerra.

—No, señor, ya no volveré a permitir que ningún blanco me diga lo que tengo que hacer —estaba diciendo—. La guerra ha cambiado todo eso. Si nosotros, la gente de color, servimos para salvar a Francia de los alemanes, quiere decirse que también servimos para tener los mismos derechos que los alemanes. Los franceses opinan así, en cualquier caso, y si los americanos no lo aceptan, hay maneras de enseñárselo. Sí señor, han sido los soldados de color los que han salvado Francia y América. Los regimientos de negros han matado a más alemanes que todos los blancos juntos, aparte de descargar buques de la mañana a la noche por un dólar al día.

—En cualquier caso, la guerra no le ha hecho ningún daño a esa boca tuya —dijo Simón.

—La guerra ha desatado la boca del negro —corrigió Caspey—. Le ha dado el derecho a hablar. Matad alemanes y después decid lo que tengáis que decir, nos dijeron. Bueno, ya lo hemos hecho.

—¿Cuántos has matado, tío Caspey? —preguntó Isom con tono deferente.

—Nunca me he molestado en contarlos. A veces he matado más en una mañana que personas hay en toda esta casa. Un día estábamos en la bodega de un buque amarrado al muelle y uno de esos submarinos alemanes vino y se detuvo junto al barco y todos nuestros oficiales blancos se fueron corriendo al muelle y se escondieron. Nosotros no supimos que pasaba nada raro hasta que los alemanes empezaron a bajar por las escalerillas. Nunca teníamos armas cuando estábamos descargando, de manera que al ver un uniforme verde bajando por la escalerilla, nos pusimos todos detrás y a medida que llegaban, uno los golpeaba en la cabeza con un trozo de madera, otro los arrastraba a un lado y les cortaba el cuello con una navaja. Liquidamos cosa de treinta... Elnora, ¿queda algo de café?

—Vaya —murmuró Simón, mientras los ojos de Isom se abrían desmesuradamente y Elnora retiraba la cafetera del fuego para volver a llenar la taza de Caspey.

Caspey guardó silencio unos instantes, ocupado en beberse el café.

—Otra vez un muchacho y yo íbamos por una carretera. Nos habíamos cansado de descargar barcos de la mañana a la noche, y un día, el asistente del capitán descubrió dónde guardaba los impresos para los pases y se llevó un buen paquete; así que él y yo íbamos ya por la carretera camino de la ciudad cuando apareció un

camión y el negro que lo conducía nos preguntó si queríamos subir. Como había ido a la escuela, sabía rellenar los pases, y lo hacía siempre que llegábamos a un sitio donde pudiera estar investigando la policía militar, de manera que nos fue muy bien a los tres, recorriendo el país en aquel camión para nosotros solos; hasta que una mañana miramos hacia donde estaba el camión y vimos a uno de la policía militar sentado dentro mientras nuestro amigo el conductor trataba de darle explicaciones. Así que nos dimos la vuelta y salimos de allí a patita. Después de eso teníamos que evitar las ciudades donde había policía militar porque ni mi amigo ni yo sabíamos rellenar los pases.

»Un día íbamos por una carretera. Estaba completamente destrozada y no tenía pinta de ser una zona donde hubiera policía militar, pero como los habíamos visto en la última ciudad que esquivamos, no supimos lo cerca que estábamos del frente hasta que al salir de una curva que daba a un puente, nos encontramos con todo un regimiento de alemanes nadando por el río. Ellos nos vieron casi al mismo tiempo y se pusieron a bucear. De manera que yo y el otro chico agarramos dos ametralladoras que estaban allí, nos colocamos en la barandilla del puente y cada vez que un alemán sacaba la cabeza para respirar, disparábamos. Era como cazar tortugas en un estero. Calculo que matamos cerca de cien antes de que se acabara la munición. Y ésa es la razón de que el capitán me diera esto.

Caspey se sacó del bolsillo una barroca medalla plateada de procedencia portorriqueña, e Isom se acercó sosegadamente a verla.

—Humm —dijo Simón. Tenía las manos sobre las rodillas y contemplaba a su hijo con extasiado asombro.

Elnora también se acercó a ver, con los brazos enharinados.

—¿Qué aspecto tienen los alemanes? —preguntó Elnora—. ¿Son como personas?

—Enormes —contestó Caspey—. Tienen la piel de color sonrosado y miden más de dos metros. La única gente de todo el ejército americano capaz de enfrentarse con ellos eran los regimientos negros.

Isom se volvió a su rincón junto al montón de la leña.

—¿No tienes que trabajar en el jardín, muchacho? —le preguntó Simón.

—No, señor —contestó Isom, sin dejar de mirar a su tío con ojos embelesados—. Miss Jenny ha dicho que ya nos hemos puesto al día esta mañana.

—Bueno, luego no vengas a llorarme cuando se te eche encima —le advirtió—. ¿Cuándo volvisteis a matar más? —preguntó después a su hijo.

—Ya no matamos a más después de aquello —contestó Caspey—. Decidimos que ya era bastante y que mejor les dejábamos el resto a los muchachos que cobraban por matar. Seguimos adelante hasta que la carretera terminaba en un campo. Había trincheras y alambradas viejas y hoyos, con gente viviendo dentro. Eran soldados americanos y nos aconsejaron que eligiéramos un hoyo y nos quedáramos una temporada si queríamos conocer la paz y las comodidades de la guerra. De manera que buscamos uno que estaba seco y nos instalamos allí. No había nada que hacer

durante todo el día excepto tumbarse a la sombra, ver pasar los dirigibles y escuchar los tiroteos en la carretera unas cuatro millas más allá. Los soldados americanos sabían escribir, de manera que nos rellenaban los pases, y podíamos ir hasta donde estaban las tropas para conseguir comida. Cuando se nos acabaron los pases descubrimos un sitio en el bosque donde estaba viviendo un ejército francés con varios cañones, de manera que íbamos allí y comíamos.

«Seguimos así durante mucho tiempo, hasta que un día desaparecieron los dirigibles y los soldados americanos dijeron que había que cambiarse otra vez de sitio. Pero a nosotros no nos pareció que hiciera falta marcharse, así que el otro chico negro y yo nos quedamos. Aquella noche fuimos a donde estaba el ejército francés a por algo de comer, pero también ellos se habían ido. Mi amigo dijo que quizá los hubieran atrapado los alemanes, pero no lo sabíamos con certeza; no habíamos oído ruido de disparos desde el día anterior. Así que volvimos a nuestra cueva. Como no había nada de comer, nos acostamos y dormimos aquella noche y a la mañana siguiente alguien vino a nuestro hoyo haciendo ruido y nos despertamos. Era una de esas mujeres que van detrás de los ejércitos buscando bayonetas alemanas y hebillas de cinturones. Dijo “¿Quién está ahí?”, y mi amigo contestó, “Tropas de asalto”. De manera que salimos, pero no habíamos dado más de tres pasos cuando apareció un camión de la policía militar. Y ya no teníamos pases.

—¿Qué hicisteis entonces? —preguntó Simón.

Los ojos de Isom se dilataron sosegadamente en la oscuridad detrás de la leña.

—Nos agarraron y nos metieron en la cárcel una temporada. Pero la guerra estaba casi terminada y nos necesitaban para volver a cargar los barcos, así que nos mandaron a una ciudad llamada Brest... No permito que ningún blanco me diga lo que tengo que hacer, tanto si es de la policía militar como si no —hizo saber Caspey nuevamente—. Unos cuantos negros jugábamos una noche a los dados en una habitación. El corneta ya había tocado retreta, pero estábamos en el ejército, donde un hombre puede hacer lo que quiera mientras le dejen, de manera que cuando la policía militar llegó y dijo «Apagad esa luz», uno de los chicos dijo «Entrad aquí y os apagaremos la vuestra». Los de la policía militar eran dos: abrieron la puerta a patadas y empezaron a disparar. Alguien tiró a la luz y salimos corriendo. A la mañana siguiente encontraron a uno de la policía sin nada donde abrochase el cuello; dos de los nuestros también estaban muertos. Pero a los demás no nos descubrieron. Y después volvimos a casa.

Caspey vació la taza.

—Ya no permito que ningún blanco me diga lo que tengo que hacer, ni teniente, ni capitán, ni policía militar. La guerra les ha enseñado a los blancos que son capaces de salir adelante sin los negros. Mucho revolverlos por el polvo, pero cuando aparecen los problemas, empiezan a decir «Por favor, Señor Negro, siga adelante hasta donde suena la corneta; es usted el salvador de la patria». Y ahora la raza negra va a cosechar los beneficios de la guerra, y muy ponto.

—Vaya —dijo Simón, impresionado.

—Sí, señor. Y también las mujeres. Ya tuve una mujer blanca en Francia y la tendré también aquí.

—Déjame que te diga una cosa, negro —intervino Simón; el Señor, que es bondadoso, lleva mucho tiempo cuidando de ti, pero no creas que está obligado a hacerlo siempre.

—En ese caso imagino que saldré adelante sin Él —replicó Caspey.

Levantándose de la silla se estiró.

—Me parece que voy a echarme carretera adelante hasta que alguien me lleve en coche a la ciudad. Quítate el uniforme, Isom.

Miss Jenny y su huésped estaban de pie en la veranda cuando pasó junto a la casa y cruzó el césped hacia la avenida.

—Ahí va su jardinero —dijo Narcissa.

Miss Jenny se volvió a mirar.

—Éste es Caspey —le corrigió—. ¿Adonde crees que irá? A la ciudad, apuesto cualquier cosa —añadió, contemplando su ociosa espalda color caqui, con la que de alguna manera conseguía diseminar una sensación de perezosa insolencia.

—¡Oye, Caspey!

El negro disminuyó la marcha al pasar junto al coche de Narcissa que estaba aparcado a un lado de la avenida, y lo examinó con un menosprecio demasiado perezoso incluso para llegar a darle expresión corporal; luego se alejó indolentemente.

—¡Caspey! —volvió a llamar Miss Jenny, alzando la voz.

Pero él siguió alejándose por la avenida, insolente, perezoso, tomándose todo el tiempo del mundo.

—Me ha oído —dijo Miss Jenny con tono ominoso—. Ya hablaremos de eso cuando vuelva. ¿A quién se le ocurriría, de todas formas, vestir a los negros con el mismo uniforme que a los blancos? Mr. Vardamanf sabía lo que iba a suceder y les dijo a esos cretinos de Washington en su momento cuáles serían los resultados. Pero ¡ya se sabe con los políticos! —en su boca aquella palabra se cargaba con el más total e inmisericorde de los desprecios—. Si alguna vez me canso de relacionarme con gente bien nacida, sé muy bien lo que haré: presentarme como candidata para el Congreso... ¡Vaya! Ya estoy otra vez discursando. Te aseguro que, a veces, me convenzo de que todos estos Sartoris y sus posesiones no tienen otra finalidad que molestarme y amargarme la vida. Gracias a Dios, no tendré que seguir viviendo con ellos después de muerta. No sé dónde se meterán, pero puedes estar segura de que ningún Sartoris se quedará en el cielo más tiempo del estrictamente necesario.

La otra se echó a reír.

—Parece usted muy segura del juicio divino, Miss Jenny.

—¿Por qué no habría de estarlo? ¿No me he pasado muchos años almacenando arpas y coronas de martirio?

Se colocó una mano sobre los ojos para evitar el brillo del sol y miró hacia el fondo de la avenida. Caspey había atravesado el portón y estaba parado junto a la carretera, esperando que alguien lo llevara a la ciudad.

—No se te ocurra parar para recogerlo, ¿me oyes? —dijo de repente—. ¿Por qué no te quedas a cenar?

—No —contestó la otra—. Tengo que volver a casa. Tía Sally no se encuentra bien hoy...

Se detuvo un momento, meditabunda, bajo el sol, con el sombrero y el cesto de flores colgado del brazo. Después, como resultado de una repentina decisión, de la pechera del vestido sacó un papel doblado.

—Has recibido otra, ¿no es cierto? —preguntó Miss Jenny, mirándola fijamente—. Déjame verla.

Cogió el papel, lo desdobló y dio un paso atrás para resguardarse del sol. Sus quevedos colgaban de un fino cordón de seda que se enrollaba alrededor de un muelle en una funda de oro prendida del pecho. Dio un tirón del cordón y situó los quevedos sobre su curva nariz. Tras ellos sus ojos grises eran fríos y penetrantes como los de un cirujano.

El papel era una cuartilla sin ninguna marca especial; estaba escrito con una letra clara que a primera vista no revelaba la menor individualidad; una mano juvenil pero al mismo tiempo tan insulsa y tan poco reservada que despertaba sospechas.

«No respondiste a mi carta del día veinticinco. No esperaba que lo hicieras. Pero me contestarás pronto. Esperaré. No te haré daño. Soy una persona formal y honrada como comprobarás cuando nuestros caminos se encuentren. Sé que no me contestarás todavía. Pero ya sabes dónde».

Miss Jenny volvió a doblar el papel con un gesto de delicada repugnancia.

—La quemaría si no fuera porque es la única cosa que tenemos para atraparlo. Se lo daré a Bayard esta noche.

—No, no —protestó la otra, precipitadamente, extendiendo la mano—. Eso no, por favor. Déjeme que la rompa yo.

—No seas niña, es nuestra única prueba... ésta y la otra. Contrataremos a un detective.

—No, no, ¡por favor! No quiero que lo sepa nadie más. Por favor, Miss Jenny —extendió la mano de nuevo.

—Quieres conservarla —le acusó Miss Jenny fríamente—. Te sientes halagada por una cosa así como cualquier jovencita estúpida.

—La romperé yo —repitió la otra—. Lo hubiera hecho ya, pero quería contárselo a alguien. Me pareció que... que no me sentiría tan sucia después de habérsela enseñado a otra persona. Devuélvame, por favor.

—Bobadas. ¿Por qué tendrías que sentirte sucia? ¿No lo habrás fomentado,

verdad?

—Por favor, Miss Jenny.

Pero Miss Jenny seguía sin entregarle la carta.

—No seas absurda —dijo con tono cortante—. ¿Cómo es posible que una cosa así te haga sentirte sucia? Cualquier mujer joven está expuesta a recibir una carta anónima. Y hay muchas a quienes les gusta. Todas estamos convencidas de que los hombres nos miran siempre así y no podemos sino admirar a uno que tiene la valentía de decírnoslo, sea quien sea.

—Si al menos firmara. No me importaría quién fuera. Pero así... Por favor, Miss Jenny.

—No seas absurda —repitió Miss Jenny—. ¿Cómo vamos a enterarnos de quién es, si destruyes la carta?

—No quiero saberlo.

Miss Jenny le entregó el papel. Narcissa lo rompió en pedazos muy pequeños, los arrojó por encima de la barandilla y se frotó las manos en el vestido.

—No quiero saberlo. Quiero olvidarme de ello por completo.

—¡Bah! Estás deseando saberlo. Estoy segura de que miras a todos los hombres que pasan y te preguntas si será ése. Y mientras no hagas algo concreto, te seguirá pasando. Peor aún, probablemente. Será mejor que me dejes decírselo a Bayard.

—No, no. Sería horrible que lo supiera, que pensara que yo... haya podido... No tiene importancia: quemaré todas las que lleguen después de ésta sin abrirlas... No tengo más remedio que irme.

—Claro: las echarás directamente a la lumbre —asintió Miss Jenny, fríamente irónica.

Narcissa descendió los escalones y Miss Jenny se adelantó hasta la zona donde daba el sol, y los quevedos, al dejarlos caer, volvieron a meterse solos en la funda.

—Es asunto tuyo, por supuesto. Pero yo no lo aguantaría, si me pasara a mí. También es cierto que ya no tengo veintiséis años... Bueno, ven cuando recibas otra carta o necesites más flores.

—Sí; lo haré. Gracias por éstas.

—Y no dejes de contarme lo que sepas de Horace. Gracias a Dios que no es más que una máquina para soplar vidrio y no una viuda de guerra.

—Sí; lo haré. Hasta la vista.

Atravesó las franjas de luz y sombra con su sencillo vestido blanco en contraste con las manchas del cesto de flores y se subió al coche. Tenía quitada la capota y Narcissa se colocó el sombrero, puso el motor en marcha, miró para atrás y agitó la mano.

—Hasta la vista.

El negro había echado a andar carretera adelante, muy despacio, para volverse a parar en seguida, y la estaba mirando disimuladamente mientras se acercaba. Al pasar junto a él, levantó los ojos y Narcissa se dio cuenta de que estaba a punto de pedirle

que lo llevara a la ciudad. Apretó el acelerador, el coche aumentó de velocidad y la muchacha condujo deprisa todo el camino hasta Jefferson, donde vivía sobre una colina, en una casa de ladrillo entre cedros.

Estaba arreglando las espuelas de caballero en un jarrón de color amarillo pálido colocado sobre el piano. Tía Sally se balanceaba pausadamente en su mecedora junto a la ventana, golpeando el suelo de plano con los pies para tomar impulso. El cesto de la costura descansaba sobre el reborde de la ventana entre la suave ondulación de los visillos y a su lado había un bastón de caoba.

—De manera que has estado allí dos horas —dijo tía Sally—, ¿y no lo has visto ni un solo momento?

—No estaba allí —contestó Narcissa—. Se ha ido a Memphis.

Tía Sally siguió meciéndose pausadamente.

—Si yo estuviera en su lugar, no lo dejaría volver. No tendría a ese muchacho cerca de mí, tanto si fuera pariente mío como si no... ¿Se puede saber a qué ha ido a Memphis? Creía que esa organización suya de los aeroplanos se había disuelto ya.

—Imagino que ha ido por cuestión de negocios.

—¿Qué negocios pueden ser éstos? Bayard Sartoris tiene el suficiente sentido común para no confiarle ningún negocio a ese loco salvaje.

—No lo sé —contestó Narcissa, distribuyendo las espuelas de caballero—. Volverá pronto, me imagino. Se lo podrás preguntar entonces.

—¿Yo? ¿Preguntarle? No he hablado dos palabras con él en toda mi vida. Y además no tengo ningún interés. Estoy acostumbrada a tratar con gente bien nacida.

Narcissa cortó algunos de los tallos, y arregló las flores siguiendo un esquema decorativo.

—¿Qué ha hecho él que no hagan los caballeros, tía Sally?

—¿Qué ha hecho? Saltar desde depósitos de agua y subir en globo para asustar a la gente. ¿Tú crees que viviría tranquila con ese muchacho cerca? Haría que lo encerraran en un manicomio si yo fuera Bayard o Jenny.

—No saltó desde el depósito. Se columpió en una cuerda desde él y se tiró de cabeza a una piscina. El que subió en globo fue John.

—No es eso lo que yo he oído. A mí me han dicho que saltó desde aquel depósito, por encima de toda una línea de vagones de mercancías y montones de madera, y que no le faltó más de una pulgada para chocar con el borde de la piscina.

—No, no es cierto. Se columpió en una cuerda desde la azotea de una casa y después se tiró a la piscina. La cuerda estaba atada al depósito.

—Bueno, pero ¿no tuvo que saltar por encima de muchísima madera y vagones de mercancías? ¿Y no se podía haber roto el cuello exactamente igual que si hubiera saltado desde el depósito?

—Sí —dijo Narcissa.

—¡Ahí lo tienes! ¿Qué es lo que yo había dicho? ¿Y qué ganaba haciéndolo?

—No lo sé.

—Claro que no lo sabes. Por eso lo hizo.

Tía Sally se meció triunfalmente durante un rato. Narcissa dio los últimos toques al dibujo azul que formaban las espuelas de caballero. Un gato de color caramelo apareció repentina y silenciosamente en la ventana junto al cestillo de la costura. Todavía agazapado, contempló un momento la habitación, luego retrocedió hasta el alféizar y arqueando el cuello procedió a lavarse una paletilla con su puntiaguda lengua sonrosada. Narcissa se acercó a la ventana y puso una mano sobre la lustrosa espalda del animal.

—Y después, subiéndose en aquel globo, cuando...

—No fue Bayard —repitió Narcissa—. Fue John.

—No es eso lo que yo he oído. Me dijeron que fue el otro y que Bayard y Jenny estuvieron los dos pidiéndole con lágrimas en los ojos que no lo hiciera. Y que...

—Ninguno de los dos estaba allí. Bayard tampoco. Fue John el que lo hizo. Y lo hizo porque el hombre que vino con el globo se puso enfermo. John subió para que los campesinos no se quedaran sin espectáculo. Yo estaba presente.

—¿Estabas allí y le dejaste hacerlo, cuando podías telefonar a Jenny o cruzar la plaza hasta el banco y decírselo a Bayard? ¿Te quedaste allí sin decir esta boca es mía?

—Sí —contestó Narcissa.

Se quedó allí, al lado de Horace, en el círculo de parsimoniosos e intrigados campesinos, viendo cómo el globo se hinchaba y chocaba con las cuerdas, contemplando a John Sartoris con una camisa descolorida de franela y unos pantalones de pana, mientras el feriante le explicaba el manejo del escape de gas y del paracaídas; se quedó allí sintiendo que le costaba trabajo respirar cuando el globo empezó a subir dando tumbos con John sentado en una frágil barra de trapecio que se columpiaba debajo; y con los ojos que no era capaz de cerrar vio cómo el globo y la gente y todo lo demás giraba lentamente hacia arriba y después se encontró agarrada a Horace, refugiada detrás de un carro, tratando de recobrar el aliento.

John aterrizó tres millas más allá en medio de unos espesos zarzales, se quitó el paracaídas, salió a la carretera y se hizo recoger por un negro que pasaba con un carro. A una milla de la ciudad se encontraron con el viejo Bayard conduciendo furiosamente el coche de caballos y los dos vehículos se detuvieron uno al lado del otro en la carretera mientras el viejo Bayard daba rienda suelta a la furia acumulada de su indignación, mientras su nieto, con la ropa hecha trizas y el rostro cubierto de arañazos, tenía la expresión de alguien que por un instante ha estado a punto de realizar un deseo tan sublime, que el ver cómo se le escapa de entre las manos tiene más de purificación que de pérdida.

Al día siguiente, cuando Narcissa pasaba junto a una tienda, John salió del interior con la abrupta violencia que tenía en común con su hermano, frenando

bruscamente para no chocar con ella.

—Perdone... ¡Vaya! ¿Cómo estás? —dijo. Detrás de los parches de esparadrapo su rostro tenía una expresión alegre y desenfadada; llevaba la cabeza descubierta y el pelo alborotado. Por un momento ella lo contempló con ojos muy abiertos y desesperanzados, luego se llevó una mano a la boca y se alejó muy deprisa, casi corriendo.

Después John con su rostro regocijado y audaz y su ropa tosca y raída se marchó, junto con su hermano, atrapados los dos por aquella guerra extranjera como si fueran perros demasiado ruidosos que se ven confinados en una perrera lejos de la casa. Miss Jenny le daba noticias de ambos, de las aburridas y concienzudas cartas que mandaban a casa muy de tarde en tarde; después se enteró que John había muerto. Pero lo había hecho muy lejos, al otro lado del mar, y no existía un cuerpo que devolver torpe y tediosamente a la tierra, y por eso a ella le parecía que todavía se estaba riendo de aquella palabra, muerte, como se había reído de los otros conjuntos de sonidos que querían indicar reposo; le parecía que John no había esperado a que el Tiempo le enseñara que la meta de la prudencia es soñar lo bastante alto como para no perder el sueño mientras se está empeñado en su búsqueda.

La tía Sally seguía meciéndose sosegadamente.

—Bueno, no importa cuál fuera de los dos. Tan malo es el uno como el otro. Pero imagino que no es culpa suya, con la educación que les dieron. Los echaron a perder a los dos, de tan consentidos. Lucy Sartoris no permitió que nadie los controlara mientras ella vivió. Si hubieran sido hijos míos, en cambio... —siguió meciéndose—. Los hubiera molido a palos, te lo aseguro. ¡Criar dos salvajes como éstos! Pero toda aquella gente pensaba que no había nadie en el mundo que se pudiera comparar con un Sartoris. Hasta Lucy Cranston, que venía de una de las mejores familias del Estado, se comportaba como si el casarse con un Sartoris y ser madre de otros dos fuera un favor especialísimo de la divina providencia. Orgullo, falso orgullo.

Seguía meciéndose sosegadamente. Bajo la mano de Narcissa el gato ronroneaba con perezosa arrogancia.

—Ha sido un castigo de Dios que muriera John en lugar de ese otro. John por lo menos se quitaba el sombrero cuando veía a una señora por la calle, pero ese otro muchacho... —seguía meciéndose monótonamente, dando con los pies de plano contra el suelo—. Más valdrá que no te acerques a él. Te mataría de la misma forma que mató a esa esposa suya.

—Al menos, tía Sally, antes tendría que casarse conmigo —dijo Narcissa. Bajo su mano, bajo la lustrosa piel del gato, los músculos se tensaron repentinamente en apretados nudos, como de alambre, y el cuerpo del animal pareció alargarse mientras se deslizaba bajo su mano, desapareciendo instantáneamente al otro lado del porche.

—Oh —dijo Narcissa. Después se dio la vuelta y, cogiendo el bastón de tía Sally, salió corriendo de la habitación.

—¿Qué de...? —dijo la tía Sally—. Devuélveme el bastón inmediatamente. —Y

se quedó mirando hacia la puerta, escuchando el veloz repiqueteo de los tacones de la otra en el vestíbulo primero y después en el porche.

Luego se levantó y fue a apoyarse contra la ventana.

—¡Tráeme el bastón! —gritó.

Narcissa atravesó corriendo el porche y bajó al jardín. En el arriate de los cañacoros, el gato, agazapado, levantó la cabeza, mostrando unos ojos amarillos que no parpadearon. Narcissa se acercó a él con el bastón levantado.

—¡Suéltalo! —gritó—. ¡Déjalo caer!

Durante un segundo los ojos amarillos permanecieron fijos en ella, luego el animal agachó la cabeza y se alejó con un grácil salto, llevándose el pájaro entre los dientes.

—¡Maldito seas, cochino... Sartoris! —y le tiró el bastón cuando con un último salto doblaba ya la esquina de la casa.

—¡Recoge mi bastón y devuélvemelo ahora mismo! —gritó la tía Sally desde la ventana.

Narcissa y Miss Jenny estaban sentadas en la penumbra de la sala de visitas. Las puertas, como de costumbre, se hallaban entreabiertas, y el joven Bayard apareció de repente entre ellas y se las quedó mirando.

—Es Bayard —dijo Miss Jenny—. Entra y dile algo a Narcissa, hijo.

Él dijo «Hola» y ella se dio la vuelta en el taburete del piano, encogiéndose un poco contra el instrumento.

—¿Quién es? —dijo él, entrando en la habitación y trayendo consigo como un vendaval aquella violencia contenida que ella recordaba.

—Es Narcissa Benbow —repitió Miss Jenny irritada—. Vamos, dile algo y deja de comportarte como si no supieras quién es.

Narcissa le dio la mano y él estuvo un rato estrechándosele pero sin mirarla. Ella retiró la mano, él fijó los ojos en ella, luego apartó la vista y se quedó allí junto a las dos, pasándose la mano por el pelo.

—Necesito un trago —dijo—. No encuentro la llave del escritorio.

—Quédate a hablar con nosotras unos minutos y tendrás tu trago.

Siguió un momento inmóvil y luego, con un súbito movimiento y antes de que Miss Jenny pudiera hablar, le había quitado la funda a otra silla.

—¡No toques eso, salvaje! —exclamó Miss Jenny, levantándose—. Ten, coge mi silla, si es que no puedes resistir más tiempo de pie. Vuelvo en seguida —añadió, dirigiéndose a Narcissa—. Tengo que ir a por mis llaves.

Él se sentó en la silla descuidadamente, pasándose la mano por el pelo, con su mirada cavilosa perdida en algún lugar entre sus botas. Narcissa permaneció absolutamente quieta, encogida contra el piano. Finalmente dijo:

—Siento mucho lo de tu mujer... y John. Le pedí a Miss Jenny que te lo dijera al

escribirte...

Él siguió frotándose la cabeza lentamente, con la cavilosa violencia de su transitorio reposo.

—¿Tú no estás casada, verdad? —preguntó.

Ella siguió inmóvil, mirándolo.

—Deberías intentarlo —añadió—. Todo el mundo debiera casarse una vez, y participar en una guerra.

Miss Jenny volvió con las llaves y él enderezó bruscamente su largo cuerpo y las dejó.

—Puedes seguir —dijo la anciana—. Ya no nos molestará más.

—No, tengo que irme. —Narcissa se incorporó precipitadamente y cogió el sombrero que había dejado sobre el piano.

—Pero si sólo hace un momento que has llegado...

—Tengo que irme —repitió Narcissa. Miss Jenny se puso en pie.

—Si no hay otro remedio... Te cortaré unas flores. Será cosa de un minuto.

—No, otro día; tengo... volveré muy pronto para que me dé usted las flores.

Adiós.

Ya en la puerta de la sala, Narcissa lanzó una rápida mirada hacia el vestíbulo; luego siguió adelante. Miss Jenny fue tras ella hasta el porche. La otra había descendido los escalones y caminaba a buen paso hacia su automóvil.

—Vuelve pronto —le gritó Miss Jenny.

—Sí, muy pronto —contestó Narcissa—. Adiós.

EL JOVEN Bayard regresó de Memphis con su automóvil. Memphis estaba a setenta y cinco millas, y tardó una hora y cuarenta minutos en hacer el viaje porque algunas de las carreteras eran caminos vecinales muy estrechos y con firme de tierra. El coche era largo, aerodinámico y gris. El motor de cuatro cilindros tenía dieciséis válvulas y ocho bujías, y el vendedor había garantizado las ochenta millas por hora, aunque una tira de papel pegada al parabrisas —de la que Bayard no hizo el menor caso— pedía en letras rojas que no se fuera a esa velocidad durante los primeros quinientos kilómetros.

Bayard subió con el coche por la avenida y se detuvo delante de la casa, en el sitio donde su abuelo estaba sentado con los pies en la barandilla del porche. Miss Jenny se hallaba de pie junto a una columna, muy pulcra con su vestido negro, y en seguida bajó los escalones, examinó el automóvil, abrió la portezuela, se subió y probó uno de los asientos. Simón se llegó hasta la puerta de la casa, lanzó una breve y desdeñosa mirada al coche y se retiró inmediatamente. En cuanto a Isom, apareció por una esquina y estuvo dando vueltas alrededor del automóvil con viva y anhelante admiración. El viejo Bayard, por su parte, con el cigarro entre los dedos, miró aquella cosa tan larga y cubierta de polvo y dejó escapar un gruñido.

—Vaya, es tan cómodo como una mecedora —dijo Miss Jenny—. Ven aquí a probarlo —le gritó a su sobrino. Pero él gruñó de nuevo, con los pies en la barandilla, y vio cómo el joven Bayard se situaba detrás del volante. El motor arrancó sin convicción para detenerse en seguida. Isom estaba muy cerca, como un perro de caza atado aún a la correa. El joven Bayard lo miró un momento.

—Vendrás la próxima vez —dijo.

—¿Por qué no ahora? —dijo Miss Jenny—. Súbete, Isom.

Isom obedeció y el viejo Bayard les vio deslizarse colina abajo y cómo el coche se perdía de vista por el valle. En seguida se alzó una nube de polvo por encima de los árboles hasta el azul de la tarde, adquiriendo un tono rosado bajo los rayos del sol y también un sonido como de trueno enjaulado desapareció rezongando tras él. El viejo Bayard dio otra chupada a su cigarro. Simón apareció de nuevo en la puerta y se quedó allí.

—¿Dónde se imagina usted que podrán haber ido a la hora de cenar? —dijo. El viejo Bayard lanzó un gruñido, y Simón siguió en la puerta, hablando consigo mismo.

Veinte minutos más tarde el coche se deslizó avenida arriba hasta detenerse casi en el mismo sitio donde habían quedado sus huellas. En el asiento de atrás el rostro de Isom era como un piano enseñando todas las teclas. Miss Jenny no se había puesto el sombrero y venía sujetándose el pelo con las dos manos. Cuando el coche se detuvo siguió sentada durante un momento. Luego respiró muy hondo.

—Siento que no me guste fumar —dijo, y añadió—: ¿Es eso todo lo de prisa que

puede ir?

Isom se apeó y le abrió la portezuela. Miss Jenny descendió con movimientos algo envarados, pero le brillaban los ojos y tenía las viejas y secas mejillas cubiertas de arrebol.

—¿Hasta dónde han ido? —preguntó Simón desde la puerta.

—Hemos llegado hasta la ciudad —explicó orgullosa, con voz tan firme como la de una muchacha. La ciudad quedaba a cuatro millas.

Un día de la semana siguiente el viejo Falls fue a la ciudad y visitó al viejo Bayard en su despacho, que era también el del director del banco. Se trataba de un cuarto muy amplio con una larga mesa y sillas alineadas a ambos lados, y un armario donde se guardaban impresos diversos para operaciones bancarias; también estaba allí el buró de Bayard, su silla giratoria y un sofá donde dormía la siesta durante una hora todas las tardes.

En aquel escritorio, como en el de su casa, se acumulaba una sorprendente variedad de objetos carentes de cualquier relación con los asuntos bancarios, y en la repisa de la chimenea encontraban acomodo otros de naturaleza agrícola, así como un polvoriento surtido de pipas y tres o cuatro botes de tabaco que proporcionaban solaz a todos los empleados del banco y a los clientes que fumaban en pipa. Si el tiempo lo permitía, el viejo Bayard pasaba la mayor parte de la jornada en una silla echada para atrás a la puerta del banco, y cuando los clientes lo veían allí, se llegaban hasta la oficina en la parte de atrás para llenar la pipa. Existía un tácito convenio que prohibía coger más tabaco del necesario para cargar la pipa una vez. A esta habitación se retiraban Bayard y el viejo Falls cuando el anciano le hacía sus visitas mensuales, y se gritaban el uno al otro (los dos eran sordos) por espacio de media hora, poco más o menos. Desde la calle y a través de las paredes de las tiendas vecinas se les podía oír sin dificultad.

Los ojos del viejo Falls eran azules e inocentes como los de un muchacho y lo primero que hacía era abrir el paquete que el otro le tenía preparado, sacar una pastilla de tabaco para mascar, cortar un trozo, metérselo en la boca, poner la pastilla en su sitio y atar de nuevo el paquete con gran meticulosidad. Dos veces al año el paquete contenía un traje nuevo con todos sus accesorios y en las otras ocasiones tabaco y una bolsita de caramelos de menta. Nunca cortaba el cordel, sino que desataba el nudo con sus rígidos y deformes dedos para volverlo a atar a continuación. Tampoco aceptaba dinero.

En aquel momento estaba sentado con su mono limpio y desteñido, y el paquete sobre las rodillas, hablándole a Bayard del automóvil que le había adelantado aquella mañana mientras caminaba por la carretera. El anciano permaneció inmóvil, contemplándolo con gesto fiero hasta que terminó.

—¿Estás seguro de que era él?

—Pasó a mi lado demasiado deprisa para saber siquiera si iba alguien dentro. He preguntado quién era al llegar a la ciudad. Parece que todo el mundo sabe lo deprisa

que conduce excepto tú.

Bayard siguió sin moverse durante algún tiempo. Luego alzó la voz.

—Byron.

Se abrió la puerta y entró el contable.

—¿Qué desea, Coronel? —preguntó con voz sin inflexiones.

—Telefonee a mi casa y diga a mi nieto que no toque el coche hasta que yo vuelva.

—Sí, Coronel.

Y desapareció tan silenciosamente como había entrado.

Bayard se volvió violentamente en la silla giratoria y el viejo Falls se inclinó hacia adelante, fijando la mirada en su rostro.

—¿Qué es eso que tienes en la cara, Bayard? —preguntó.

—¿El qué? —quiso saber el otro; y en seguida alzó la mano hasta un pequeño bulto que su cara, al enrojecer, había dotado de blanco relieve—. ¿Esto? No sé lo que es. Lleva ahí cosa de una semana, pero no creo que tenga importancia.

—¿Se está haciendo más grande? —preguntó el viejo Falls.

Poniéndose en pie, dejó el paquete en el suelo y extendió la mano. Bayard apartó la cara.

—No es nada —repitió con tono irritado—. Déjalo tranquilo.

Pero el viejo Falls le apartó la mano y tocó el bulto con los dedos.

—Humm —dijo—. Duro como una roca. Todavía crecerá más. Yo lo vigilaría y cuando estuviera a punto, me lo quitaría. Pero aún no está maduro.

El contable apareció de repente a su lado sin hacer el menor ruido.

—Su cocinera dice que él y Miss Jenny han ido en coche a algún sitio. Le he dejado el recado.

—¿Jenny está con él?

—Eso es lo que dice la cocinera —repitió el contable con su voz sin inflexiones.

—Bien, de acuerdo.

El contable se retiró y el viejo Falls recogió su paquete.

—Yo también me voy a ir —dijo—. Vendré la semana que viene y veré qué tal lo tienes. Será mejor que no lo toques hasta que yo vuelva.

Salió del despacho detrás del contable y en seguida Bayard se levantó, cruzó el vestíbulo y se sentó otra vez junto a la puerta echando para atrás el respaldo de la silla.

Cuando llegó a casa aquella tarde no se veía el automóvil por ningún sitio ni obtuvo respuesta al llamar a su tía. Subió a su habitación, se puso las botas de montar y encendió un puro, pero cuando se asomó al patio de atrás no vio ni a Isom ni a la yegua ensillada. El viejo setter estaba mirando hacia su ventana. Cuando vio aparecer la cabeza del anciano, se alzó y fue a situarse delante de la puerta de la cocina; luego miró otra vez hacia la ventana. El viejo Bayard bajó pesadamente las escaleras, atravesó el vestíbulo y entró en la cocina. Allí estaba Caspey, comiendo y hablando

con Isom y Elnora.

—Y también una vez, yo y otro chico... —estaba diciendo Caspey.

Isom, al ver a Bayard, se levantó de su asiento junto al montón de la leña abriendo los ojos desmesuradamente. Elnora detuvo también el movimiento de la escoba, pero Caspey, volviendo la cabeza sin levantarse y todavía masticando plácidamente, se limitó a mirar con sorpresa la figura de Bayard en el marco de la puerta.

—Hace una semana te mandé recado de que vinieras aquí inmediatamente o que no volvieras más —dijo Bayard—. ¿No lo recibiste?

Caspey murmuró algo, sin dejar de masticar, y el anciano entró en la habitación.

—Levántate de ahí y ensíllame el caballo.

Pausadamente, Caspey le volvió la espalda y alzó el vaso de leche que tenía sobre la mesa.

—Vamos, Caspey —le susurró Elnora.

—No trabajo aquí —contestó él con voz suficientemente baja como para que Bayard no le oyera. Luego se volvió hacia Isom—: ¿Por qué no vas a por su caballo? Tú sí que trabajas aquí.

—Caspey, ¡por el amor de Dios! —imploró Elnora—. Sí, Coronel; ahora mismo va —añadió en voz más alta.

—¿Quién? ¿Yo? —dijo Caspey—. ¿Tengo pinta de ir a hacerlo?

Se llevó calmosamente el vaso a la boca, pero al ver que Bayard avanzaba de nuevo, perdió su sangre fría y se levantó a toda prisa antes de que el otro lo alcanzara y empezó a cruzar la cocina en dirección a la puerta, pero manifestando su malhumorada insolencia hasta en la manera misma de mover la espalda. Mientras manipulaba desmañadamente el picaporte, Bayard lo alcanzó.

—¿Vas a ensillar la yegua? —preguntó.

—No voy a escurrir el bulto, grandullón —contestó Caspey de forma que Bayard no pudiera oírle.

—¿Qué?

—¡Dios mío! —gimió Elnora.

Isom se acurrucó en su rincón. Caspey levantó los ojos para mirar a Bayard a la cara y abrió la puerta.

—Digo que no voy a escurrir el bulto —repitió, alzando la voz.

Simón estaba inmóvil al pie de los escalones, con el setter al lado, mirándolos con la desdentada boca abierta. El viejo Bayard cogió un palo del montón de leña y golpeó a Caspey, que cayó fulminado a los pies de su padre.

—Ahora ya puedes ir a ensillar la yegua —dijo.

Simón ayudó a su hijo a levantarse y lo fue guiando, un poco tambaleante, hacia el establo, y también en busca de un sitio donde no se pudiera oír lo que hablaran, mientras el setter los contemplaba con sesudo interés.

—Ya te dije que esas ideas nuevas de la guerra no iban a funcionar en este sitio

—le explicó Simón con tono enojado—. Más vale que le des gracias a Dios por esa cabeza tan dura que tienes. Vete a ensillar la yegua y guárdate tus discursos sobre la libertad de los negros para la gente de la ciudad: quizá a ellos no les parezcan mal. De todas formas, ¿para qué queremos la libertad los negros? ¿No tenemos ya todos los blancos que podemos aguantar?

Aquella noche, durante la cena, el viejo Bayard miró fijamente a su nieto desde el otro lado del cordero asado.

—Will Falls me ha dicho que lo adelantaste esta mañana en la colina del asilo yendo a más de cuarenta millas por hora.

—Cuarenta bobadas —dijo Miss Jenny con presteza—; eran cincuenta y cuatro. Precisamente iba yo mirando el... ¿cómo se llama, Bayard? el cuentakilómetros.

El anciano inclinó un poco la cabeza, viendo cómo le temblaban las manos mientras empuñaba el cuchillo y el tenedor de trinchar; oyendo —bajo la servilleta que se sujetaba con el chaleco— cómo los latidos de su corazón se debilitaban y hacían demasiado rápidos; y sintiendo los ojos de Miss Jenny fijos en él.

—Bayard —dijo con voz inquisitiva—. ¿Qué es eso que tienes en la cara?

El anciano se levantó tan de repente que la silla cayó para atrás con gran estruendo, y después salió de la habitación ciegamente, temblándole las manos y el corazón latiéndole cada vez más de prisa.

YA SÉ lo que quieres que haga —le dijo Miss Jenny al viejo Bayard por encima del periódico—. Que me despreocupe de llevar la casa y me pase todo el tiempo en ese coche; eso es lo que quieres. Bueno, pues no voy a hacerlo. No me importa acompañarlo de cuando en cuando, pero tengo demasiadas cosas que hacer para perder el tiempo evitando que vaya demasiado de prisa. Y tampoco me gusta arriesgar el pellejo todos los días —añadió sacudiendo el periódico con viveza—. Además, no estás tan loco como para creer que conducirá despacio porque vaya alguien a su lado, ¿verdad? Si crees que sí, no tienes más que mandar a Simón con él. Bien sabe Dios que a Simón le sobra tiempo. Desde que has dejado de usar el coche de caballos ignoro cuáles puedan ser sus ocupaciones.

Miss Jenny volvió otra vez a su periódico. El puro de Bayard humeaba entre sus dedos.

—Puede que mande a Isom —dijo.

El periódico de Miss Jenny crujió con violencia y ella permaneció con los ojos fijos en su sobrino durante un largo rato.

—¡Cielo santo! ¿Por qué no lo atas con una cadena y así terminas de una vez?

—¿No acabas de sugerirme tú misma que mande a Simón con él? Simón tiene cosas que hacer; Isom, en cambio, se limita a ensillar la yegua una vez al día, y eso lo puedo hacer yo.

—Estaba tratando de mostrarme irónica —dijo Miss Jenny—. Aunque bien sabe Dios que ya tendría que haber escarmentado. Pero si tienes que inventar nuevas ocupaciones para los negros, encárgaselas a Simón. Yo necesito a Isom para que tú sigas teniendo un techo sobre la cabeza y comida en la mesa —tamborileó con los dedos sobre el periódico—. ¿Por qué no vas al grano directamente y le dices que no conduzca tan de prisa? Un hombre que tiene que estarse ocho horas cada día sentado en una silla a la puerta de ese banco, no tendría que pasar el resto de la tarde yendo en un automóvil como un loco si no tiene ganas de hacerlo.

—¿Crees que serviría de algo pedírselo? Ninguno de ellos se ha molestado nunca en tener en cuenta ni uno solo de mis deseos.

—¿Pedírselo? ¡Qué tontería! —dijo Miss Jenny—. ¿Quién ha hablado aquí de pedir? Dile que no lo haga. Dile que si te enteras de que ha vuelto a ir demasiado de prisa le romperás el alma. De todas maneras, estoy convencida de que te gusta ir en ese coche, pero no quieres reconocerlo y no quieres que lo conduzca cuando tú no le acompañas.

Pero el viejo Bayard había dejado caer los pies sobre el suelo con gran estrépito y, levantándose, salió pesadamente de la habitación.

En lugar de subir las escaleras, Miss Jenny pudo oír cómo sus pisadas se alejaban por el vestíbulo; en seguida se levantó y le siguió hasta el porche de atrás, donde el

anciano permanecía de pie, envuelto en tinieblas. La noche estaba muy oscura, aunque habitada por los innumerables olores de la primavera y por los insectos. Como una mancha negra sobre un fondo menos negro, el establo se destacaba contra el cielo.

—No ha vuelto todavía —dijo Miss Jenny, con tono impaciente, tocándole el brazo—. Te lo podría haber dicho yo. Sube a acostarte, anda; sabes perfectamente que irá a hacerte una visita cuando vuelva. Seguro que te lo estás imaginando ya tumbado en alguna cuneta.

Luego añadió con tono más amable:

—Te lo tomas demasiado a pecho. Ese coche no es más peligroso de noche que con luz de día. Vamos, sube a acostarte.

Él le apartó la mano, pero se volvió obedientemente y entró en la casa. Esta vez subió las escaleras y Miss Jenny le oyó en su cuarto, andando pesadamente. En seguida dejó de dar portazos y de abrir y cerrar cajones, se tumbó bajo la lámpara con su novela de Dumas y estuvo leyendo tranquilamente. Al cabo de un tiempo se abrió la puerta, entró el joven Bayard y se llegó hasta el cono de luz con sus ojos sombríos.

Su abuelo no advirtió su presencia y él tocó el brazo del anciano. Al levantar éste la vista, su nieto se dio la vuelta y salió de la habitación.

Después de bajar las persianas de las ventanas a las tres en punto, el viejo Bayard se retiró a su despacho para esperar a que su nieto viniera a buscarlo. En la parte delantera del banco el cajero y el contable le oían hablar solo y tropezar con los muebles. El cajero hizo una pausa, sujetando hábilmente un montón de monedas de plata con los dedos de una mano.

—¿Lo oyes? —dijo—. Hay algo que le preocupa últimamente. Solía estarse tan quieto como un ratón en su agujero hasta que venían a buscarlo, pero en las últimas semanas no hace más que dar vueltas y tropezar con todo como si estuviera peleándose con un avispero.

El contable no dijo nada. El cajero dejó a un lado el montón de monedas y empezó a hacer otro.

—Hay algo que le preocupa. Quizá el último inspector ha conseguido que le zumben los oídos.

El contable no dijo nada. Trasladó la máquina de sumar a su escritorio y apretó la palanca. En el cuarto de atrás, el viejo Bayard hacía ruidos perfectamente audibles. El cajero hizo un montón perfecto con las monedas que quedaban y empezó a liar un cigarrillo. El contable, inclinándose, concentró su atención sobre la máquina de sumar y su monótono repiqueteo, mientras el otro, después de encender el pitillo, se acercó hasta la ventana y apartó la cortina.

—Simón ha venido con los caballos —dijo—. Ese muchacho ha debido estrellar por fin el automóvil. Será mejor avisar al Coronel.

El contable se levantó del taburete y llegándose hasta la puerta del despacho, la abrió. El viejo Bayard levantó la vista del escritorio.

—Está bien, Byron —dijo. El contable se dio la vuelta.

El anciano cruzó el banco, abrió la puerta de la calle y se quedó inmóvil, con la mano en el picaporte.

—¿Dónde está Bayard? —dijo.

—No viene —contestó Simón. El anciano cruzó la acera.

—¿Qué? ¿Dónde está?

—Isom y él se marcharon en el coche —contestó Simón—. Dios sabe dónde estarán ya. ¡Llevarse a ese muchacho a pasear en coche al mediodía, cuando tendría que estar trabajando! Después de lo que me he esforzado por meterle un poco de sentido común en la cabeza a ese chico —continuó—. A pasear en coche. Eso es lo que ha hecho, llevárselo a pasear.

—Que me ahorquen —dijo el viejo Bayard— si en todo el mundo hay alguien que tenga que sacar adelante a un grupo de gente tan absurda y despilfarradora como vosotros. Sólo me queda un consuelo: y es que cuando finalmente me vaya al asilo ya me habréis precedido vosotros.

—Regáñeme usted también —dijo Simón—. Miss Jenny gritándome hasta que salí por la puerta y ahora empieza usted en cuanto llego. Pero si Mr. Bayard no deja a ese chico en paz, no será mejor que los negros de ciudad a pesar de todo lo que yo pueda hacer.

—De arruinarlo ya se ha encargado Jenny —dijo el anciano—. Bayard no podrá perjudicarlo mucho.

—Ahí ha dicho usted una cosa bien cierta —asintió Simón, agitando las riendas—. Vamos.

—Espera un momento, Simón —dijo Bayard.

Simón tiró de las riendas.

—Y ahora, ¿qué quiere usted?

El anciano volvió a respirar hondo.

—Entra en mi despacho y tráeme un cigarro del bote que hay en la repisa.

Dos días después, mientras Simón y él avanzaban sosegadamente hacia casa, casi simultáneamente con la advertencia sonora del ruido del motor, el mismo coche apareció ante ellos en una curva, giró hacia la cuneta, volvió otra vez a la carretera y siguió a toda velocidad; y en el vertiginoso momento del cruce Bayard y Simón vieron el blanco de los ojos de Isom y la marfileña floración de sus dientes detrás del volante. Más tarde, cuando el coche volvió a casa, Simón llevó a Isom al establo y le dio una azotaina con las correas de una brida.

Aquella noche tía y sobrino estaban sentados en el despacho después de cenar. El viejo Bayard tenía entre los dedos un cigarro sin encender. Miss Jenny leía el periódico. Llegaba hasta ellos una brisa muy suave, cargada de efluvios de primavera.

De repente, Bayard dijo:

—Quizá se canse de él cuando pase algún tiempo.

Miss Jenny levantó la cabeza.

—Y cuando eso suceda —dijo—, ¿sabes lo que hará? ¿Cuándo descubra que el coche no corre lo suficiente? —preguntó, mirándolo por encima del periódico.

Bayard seguía con el cigarro en la mano y la cabeza un poco inclinada.

—Se comprará un aeroplano —dijo Miss Jenny. El periódico crujió al volver la página—. Tendría que casarse —añadió con voz indiferente, poniéndose otra vez a leer—. Que tenga un hijo y luego podrá romperse la crisma todas las veces que le apetezca. No parece que la providencia tenga el menor sentido de la justicia —dijo, pensando en los mellizos y en el hermano muerto—. Pero bien sabe Dios que no me gustaría nada ver casada con él a una chica que me fuera simpática —hizo otra vez ruido con el periódico al pasar la página—. No sé qué esperas de él. O de cualquier Sartoris. Y no me digas que te pasas las tardes en ese coche porque crees que con eso vas a impedir que lo vuelque: vas con él porque quieres estar dentro cuando suceda. Así que, ¿de verdad crees que tienes más consideración por los demás que tu nieto?

Él seguía con el cigarro en la mano, sin mirarla. Miss Jenny lo contempló por encima del periódico.

—Mañana por la mañana voy a ir contigo a la ciudad para que el doctor te mire ese bulto que tienes en la cara, ¿me oyes? En su habitación, mientras se quitaba el cuello y la corbata delante de la cómoda, Bayard reparó en la pipa que había dejado allí encima cuatro semanas antes. Al dejar el cuello y la corbata, la cogió y empezó a frotar lentamente con el pulgar la ennegrecida cazoleta.

Luego, con repentina determinación, salió de su cuarto y descendió a la planta baja. Al fondo del vestíbulo, a oscuras, empezaba una escalera. Antes de subir buscó a tientas un interruptor y luego fue siguiendo con muchas precauciones las apretadas curvas de la espiral hasta llegar a una puerta colocada en un difícil ángulo, que se abrió dejando ver una habitación muy ancha y de poca altura, con techo en declive y olor a polvo y a silencio y a cosas antiguas que llevaban mucho tiempo sin usarse.

En la habitación se amontonaban los muebles más variados —sillas y sofás que como pacientes fantasmas rodeaban a otros fantasmas en seco y rígido abrazo—, creando un lugar muy adecuado para que los Sartoris muertos se reunieran a hablar entre ellos de desastrosos y fascinantes tiempos pasados. La lámpara sin pantalla colgaba de un único cordón desde el centro del techo. El anciano deshizo el nudo que tenía, extendiendo el cable del todo y llevando la bombilla hasta un clavo en la pared, encima de un cofre de cedro. Ató allí el cordón, acercó una silla hasta ponerla junto al baúl y se sentó.

El cofre no se abría desde 1901, cuando su hijo John había muerto de la fiebre amarilla y de una antigua herida de bala. Había habido dos ocasiones más para abrirlo desde entonces, en julio y en octubre del año anterior, pero su otro nieto era todavía un hombre capaz de hacer las cosas de prisa y con todo el peso incalculable de su ominosa herencia. De manera que Bayard lo había ido retrasando, con la esperanza de

matar dos pájaros de un tiro, por así decirlo.

El candado no quería abrirse, y el anciano forcejeó con él pacientemente durante un rato. El orín, al desprenderse, le iba manchando las manos; finalmente desistió y, poniéndose en pie, estuvo buscando por el desván hasta regresar junto al arcón con una pesada palmatoria de hierro forjado. Luego golpeó el candado hasta hacerlo saltar. Después de retirarlo, levantó la tapa. Del arcón se levantó un olor a madera de cedro, estimulante, aunque tenue, y algo más: un aroma seco y mohosamente nostálgico, como de cenizas antiguas, y las manos del anciano, bien formadas pero no tan grandes y un poco menos capaces que las de su padre, descansaron levemente sobre una prenda de brocado. El tejido había enriquecido sus matices al perder color y los vuelos de encajes de Malinas resultaban tan amarillentos, pálidos e inconsútiles como la luz del sol en febrero. Bayard alzó el vestido cuidadosamente. Los encajes, pálidos y ambarinos, se extendieron sobre sus manos como un vino derramado. Poniéndolo a un lado sacó un espadín del arcón. Era de acero toledano, con una hoja tan bella y delicada como una nota sostenida por el arco de un violín; la funda, de terciopelo, aunque elegante y barroca, estaba manchada y se le habían saltado las costuras.

El anciano tuvo el espadín entre las manos durante un rato, sopesándolo. Era el tipo de utensilio que un Sartoris consideraría adecuado para cultivar tabaco en un territorio sin civilizar; espadín, botas carmesíes y puños con fruncidos, para enfrentarse con subrepticios y elementales vecinos.

También acabó dejándolo a un lado. A continuación venía un pesado sable de caballería, y una caja de palo de rosa que contenía dos pistolas de duelo con adornos de plata y la esbelta y engañosa delicadeza de caballos de raza, y junto a ellas lo que el viejo Falls llamaba «aquel maldito derringer»: una pistola chata de aspecto siniestro, con tres cañones, fría y malignamente utilitaria, que yacía entre las otras dos como un insecto venenoso entre dos flores.

Sacó después un quepis azul de los años cuarenta, un pequeño frasco de cerámica, un machete mejicano y una aceitera de cuello muy largo, como las que usan los maquinistas. Era de plata y grabado en ella, rodeado con una guirnalda muy barroca, se veía el dibujo de una locomotora con una enorme chimenea en forma de campana. Debajo el nombre, «Virginia», y la fecha, «9 de agosto de 1873».

Bayard dejó estas cosas a un lado y con repentina determinación retiró los otros dos objetos —una guerrera gris confederada con galones y alamares y un vestido de muselina bordada con un leve aroma de lavanda, evocador de antiguos y ceremoniosos minuetos y de madreselvas entre llamas de candelabros—, llegó a un conglomerado de papeles amarillentos cuidadosamente ordenados en paquetes, y finalmente a una enorme biblia con cierres de latón. Bayard la alzó hasta el borde del arcón, abriéndola. El papel se había vuelto frágil y de color marrón con los años, adquiriendo una textura de cenizas de madera ligeramente húmedas, como si fuera la arcaica y casi desvanecida impresión lo que impedía que las páginas se deshicieran.

Fue pasando las hojas cuidadosamente hasta llegar a la cubierta de atrás. Empezando en la parte baja de la última página en blanco, se alzaba, con absoluta simplicidad, una columna de nombres y fechas que se iban haciendo más débiles cuanto más alejados en el tiempo. Al principio de aquella página eran legibles todavía, y también en la parte inferior de la página precedente. Pero a mitad de ella desaparecían y de ahí en adelante las hojas quedaban en blanco, con la excepción de las manchas amarillentas de los años y de algún trazo ocasional a pluma que aún sobrevivía.

Bayard permaneció inmóvil durante mucho tiempo, mirando la austera apoteosis de disolución experimentada por su nombre. Los Sartoris se habían burlado del Tiempo, pero el Tiempo no era vengativo porque duraba más que los Sartoris. Probablemente ni se daba cuenta de su existencia. Pero era un gesto válido, de todas formas. Y el anciano recordó las palabras de su padre.

«En el siglo diecinueve —había dicho John Sartoris— es necesidad discutir sobre genealogías. Esto es especialmente cierto en América, donde sólo tiene valor lo que un hombre obtiene y conserva, donde todos tenemos antepasados comunes y sólo podemos estar seguros de descender de Old Bailey.^[8] Sin embargo, el hombre que manifiesta un absoluto desinterés por sus antepasados sólo es un poco menos vanidoso que el que basa todas sus acciones en la sangre que ha heredado. Y yo creo que un Sartoris tiene derecho a un poco de vanidad y a un poco de teatro, si así lo desea».

Sí, era una postura aceptable, y Bayard meditó sosegadamente sobre el tiempo verbal que acababa de usar sin darse cuenta: era. Otra vez la Fatalidad: el augurio, la premonición sobre su destino que un hombre puede ver mirándolo desde el seto a un lado del camino si es capaz de reconocerlo; y mientras Bayard seguía contemplando, con ojos que no veían, la página que tenía delante, el Tiempo dio marcha atrás y el anciano volvió a correr jadeando entre la maleza mientras la patrulla yanqui se alejaba al galope, hasta agacharse, totalmente sin aliento, junto a un zarzal y oír el decreciente fragor de los cascos de los caballos junto a un camino para carros apenas marcado. Después siguió andando a gatas hasta llegar a una fuente que conocía bien y que manaba entre las raíces de un haya; cuando acercó la boca al agua, la última luz del día se reflejó en su cara, poniendo muy de relieve la frente y la nariz sobre las cavernosas órbitas de los ojos y el jadeante gruñido animal que escapaba entre sus dientes; y desde el agua tranquila, por un fugaz momento, lo estuvo contemplando una calavera.

Las esquinas todavía por doblar del destino de un hombre. Bien; el cielo, aquel lugar tan superpoblado, estaba justo detrás de una de ellas, según todos aseguraban; el cielo, lleno de todas las ilusiones de un hombre sobre sí mismo y de las conflictivas ilusiones que acerca de él cruzan las mentes de otras ilusiones... Bayard cambió levemente de posición, suspiró tranquilamente y abrió su pluma estilográfica. Al final de la columna escribió:

«John Sartoris, 5 de julio de 1918.»

y debajo:

«Caroline White Sartoris y su hijo. 27 de octubre de 1918.»

Cuando la tinta estuvo seca, cerró el libro y lo volvió a poner en su sitio. Luego sacó la pipa del bolsillo y la colocó en la caja de palo de rosa, entre las pistolas de duelo y el arma de cañón corto. A continuación volvió a meter todas las demás cosas en el arcón y bajó la tapa.

El joven Bayard llevó a Jenny a la ciudad a la mañana siguiente. El viejo Bayard estaba sentado a la puerta del banco, con el respaldo inclinado, como de costumbre, y miró a su tía fingiendo sorpresa, al mismo tiempo que su sordera parecía acentuarse más de lo ordinario. Pero ella le hizo levantarse de la silla con implacable frialdad y lo condujo, todavía refunfuñando, calle adelante, donde los comerciantes y los que holgazaneaban ante las tiendas hablaban a Miss Jenny como si se tratara de una divinidad guerrera, mientras el anciano caminaba a su lado con calmosa desgana, como un niño pequeño.

En seguida torcieron y subieron por una estrecha escalera entre dos tiendas, debajo de una hilera de deslustrados rótulos profesionales. Arriba había un pasillo oscuro con varias puertas. La más cercana era de pino, y en la parte inferior carecía de pintura, como si hubiera sido repetidamente pateada a la misma altura y con la misma fuerza. En la puerta misma, cerca del borde, dos agujeros a una pulgada de distancia daban mudo testimonio de la cadena ausente, que colgaba de una argolla en la jamba, sujeta a ella por un enorme candado oxidado de un modelo muy antiguo. Bayard hizo ademán de detenerse allí, pero Miss Jenny le guió sin vacilaciones hacia una puerta al otro lado del corredor.

Esta puerta estaba recién pintada, con vetas que imitaban nogal. En la parte superior había un lienzo de grueso cristal opaco con un nombre en letras doradas en relieve y las horas de consulta. Miss Jenny abrió esta puerta y, seguida de Bayard, entró en una habitación diminuta de una asepsia espartana pero sin estridencias. Las paredes eran de un gris inmaculado, con una reproducción de un Corot y dos grabados a buril de líneas muy finas y marcos muy estrechos; la habitación contenía además una alfombra nueva de color ante, una mesa sin ningún adorno y cuatro sillas de roble, todo impersonal, limpio y barato, pero que revelaba en seguida el alma de su propietario; un alma constreñida en aquel momento por estrecheces materiales, pero destinada y decidida a funcionar algún día entre alfombras persas, muebles de caoba o teca y un único grabado irreprochable en una casta pared. La joven de uniforme blanco almidonado que estaba detrás de una mesa en un rincón se levantó alisándose el pelo.

—Buenos días, Myrtle —dijo Miss Jenny—. Dile al doctor Alford que nos gustaría verlo, por favor.

—¿Tienen ustedes hora? —preguntó la muchacha con una voz sin inflexiones.

—No, pero podemos pedirla ahora mismo —replicó Miss Jenny—. ¿No querrás decir que el doctor Alford viene a la consulta después de las diez, verdad?

—El doctor Alford no recibe a nadie sin cita previa —recitó la muchacha mirando al vacío—. Si no tienen hora, tendrán que pedir...

—Vamos, vamos —le interrumpió Miss Jenny con gesto enérgico—. Pórtate como una buena chica y corre a decirle al doctor Alford que el Coronel Sartoris quiere verlo.

—Sí, señora —dijo la chica obedientemente, empezando a cruzar la habitación; pero al llegar a la puerta del fondo se detuvo otra vez y su voz cambió de nuevo—. ¿Harían el favor de sentarse? Voy a ver si el doctor está ocupado.

—Entra y dile al doctor Alford que estamos aquí —repitió Miss Jenny afablemente—. Dile que tengo que hacer algunas compras esta mañana y no puedo esperar.

—Sí, Miss Jenny —asintió la muchacha, desapareciendo y regresando después de un decoroso intervalo, poseída una vez más de su actitud impecablemente profesional—. El doctor los verá ahora mismo. Pasen, por favor —dijo, sujetando la puerta y apartándose a un lado.

—Gracias, querida —replicó Miss Jenny—. ¿Tu mamá sigue en la cama?

—No, señora, ya se levanta, gracias.

—Eso está bien —aprobó Miss Jenny—. Vamos, Bayard.

Esta habitación era más pequeña que la otra y olía brutalmente a ácido fénico. Había un armario blanco esmaltado, lleno de siniestros brillos niquelados, una mesa metálica de operaciones y una serie de calderas eléctricas, hornos y esterilizadores. El doctor, con una chaqueta blanca, estaba inclinado sobre un pequeño escritorio y durante algún tiempo les ofreció su elegante y abstraído perfil. Después alzó la vista y se irguió.

Era un hombre joven, alrededor de los treinta, aunque sería difícil precisar su edad exacta; recién llegado a la ciudad, pero sobrino de un antiguo residente. Había obtenido excelentes calificaciones durante la carrera y tenía un aspecto agradable, pero había en él una especie de preocupada dignidad, una como fría y erudita actitud desilusionada sobre la humanidad que frenaba la fácil intimidad de las ciudades pequeñas y hacía que incluso los que recordaban las visitas que había hecho durante la adolescencia a su tía y a su tío, se dirigieran a él sin apearse el tratamiento de doctor. Tenía un bigotito y un rostro que parecía una máscara en reposo: un rostro tranquilizador pero frío; mientras Bayard se agitaba inquieto, sus dedos inmaculados palpaban delicadamente el bulto en la cara del anciano. Miss Jenny le hizo una pregunta, pero él continuó absorto la delicada exploración como si no hubiera oído, como si Miss Jenny nunca hubiera abierto los labios, y procedió a introducir una

pequeña bombilla, que previamente esterilizó, en la boca de Bayard, encendiendo y apagando su rojizo resplandor desde dentro de la mejilla. Después la sacó, volvió a esterilizarla y la colocó de nuevo en el armario.

—¿Y bien? —dijo Miss Jenny, impaciente.

El doctor cerró el armario pausadamente, se secó las manos, y se acercó a donde ellos estaban; luego, con los pulgares enganchados en los bolsillos de la chaqueta, adoptó una actitud solemne y untuosa, dejando caer sus duras palabras con epicúrea ponderación.

—Habría que extirparlo inmediatamente —concluyó—. No le causa dolores y ésa es la razón de que aconseje operarlo ahora.

—¿Quiere usted decir que puede convertirse en cáncer? —preguntó Miss Jenny.

—Sin duda alguna. Cuestión de tiempo. Si lo abandonan, no puedo prometer nada; extírpeselo ahora y no tendrá que volver a preocuparse —contempló de nuevo a Bayard fría y desapasionadamente—. Será muy sencillo. Se lo puedo quitar sin la menor dificultad —e hizo un breve gesto con la mano.

—¿Cómo dice? —quiso saber Bayard.

—Digo que puedo quitarle ese bulto tan fácilmente que no se dará usted cuenta, Coronel Sartoris.

—¡Que me ahorquen si le dejo! —Bayard se puso en pie con uno de sus característicos movimientos precipitados.

—Siéntate —le ordenó Miss Jenny—. Nadie te va a operar sin que lo sepas. ¿Habría que hacerlo inmediatamente? —preguntó.

—Sí, señora. Yo no tendría eso en mi cara una noche más. Si no, me parece justo advertirle que no acepto ninguna responsabilidad... No tardaría más de dos minutos en quitárselo —añadió, contemplando fríamente una vez más el rostro de Bayard.

Después torció a medias la cabeza y se detuvo en actitud de escuchar; desde el otro lado de la frágil pared retumbó una voz que se fue extendiendo en cálidas oleadas.

—Buenos días, hermana —estaba diciendo—. ¿No acabo de oír a Bayard Sartoris maldiciendo ahí dentro?

El doctor y Miss Jenny siguieron inmóviles unos instantes; luego la puerta se abrió y el hombre más gordo del condado la tapó por completo. Vestía una brillante chaqueta de alpaca sobre un chaleco y unos pantalones de velarte negro, sin planchar y con rodilleras; sobre la pechera plisada, sus diferentes papadas ocultaban prácticamente el cuello de la camisa y el nudo de su corbatín negro. Su cabeza de senador romano estaba adornada con una ensortijada melena de cabellos plateados.

—¿Qué demonios te pasa? —tronó mientras entraba de lado en la habitación, llenándola por completo y empujando a sus ocupantes y todo el mobiliario.

Era el doctor Lucius Quintus Peabody, de ochenta y siete años, trescientas diez libras y el tubo digestivo de un caballo. Ya practicaba la medicina en el condado cuando el equipo de un doctor consistía en una sierra, un galón de whisky y un

saquito de calomelanos; había sido cirujano del regimiento de John Sartoris, y hasta la aparición del automóvil se ponía en camino a cualquier hora del día o de la noche, sin importarle el mal tiempo ni la distancia, y recorriendo caminos prácticamente intransitables sobre una calesa escorada, para visitar a cualquiera, blanco o negro, que lo llamara; y aceptando normalmente como honorarios una torta de maíz y un café o quizá una pequeña cantidad de grano o de fruta, unos cuantos bulbos de flores o algún injerto.

Cuando era joven e impaciente había llevado un diario, haciendo meticulosas anotaciones hasta que las partidas de su hipotético activo sumaron diez mil dólares. Pero de esto hacía ya cuarenta años y desde entonces no había vuelto a apuntar nada; y ahora, de cuando en cuando, un campesino entraba en su desastrada oficina y satisfacía una deuda, conmemorando a veces su propia venida al mundo; deuda contraída por su padre o su abuelo y que el mismo doctor Peabody había olvidado hacía ya mucho tiempo. Todos los habitantes del condado lo conocían y se decía que podría pasar el resto de sus días recorriendo la zona en la calesa que todavía seguía usando, sin tener que preocuparse por la manutención y el alojamiento ni gastar un céntimo en ninguna de las dos cosas.

El doctor Peabody llenó la habitación con su humanidad cordial y fanfarrona y mientras atravesaba la habitación y le daba unas palmadas en la espalda a Miss Jenny con una mano tan ancha como un rastrillo, el edificio entero temblaba al ritmo de sus pisadas.

—Buenos días, Jenny —dijo—. ¿Es que quieres hacerle a Bayard un seguro de vida?

—Este maldito carnicero quiere sajar me —dijo Bayard quejumbrosamente—. Haz que me dejen en paz, Loosh.

—Las diez de la mañana es demasiado pronto para empezar a trinchar blancos —tronó el doctor Peabody—. Con los negros es diferente. Con un negro se puede hacer picadillo a cualquier hora a partir de la medianoche. ¿Qué le pasa, hijo? —le preguntó al doctor Alford.

—Yo creo que no es más que una verruga —dijo Miss Jenny—. Pero estoy cansada de verla.

—No es una verruga —le corrigió el doctor Alford algo molesto. Acto seguido resumió su diagnóstico en términos técnicos, mientras el doctor Peabody los envolvía a todos en la rubicunda magnanimidad de su presencia.

—¿Tiene mala pinta, verdad? —comentó, y el piso retembló de nuevo mientras hacía sentarse otra vez a Bayard con una mano enorme al tiempo que con la otra le levantaba la cara para que le diera mejor la luz. Después sacó unos quevedos con montura de hierro del bolsillo de la chaqueta y examinó el bulto de Bayard a través de ellos—. ¿Crees que hay que quitárselo, no es cierto?

—Así es —contestó fríamente el doctor Alford—. Me parece imprescindible que le sea extirpado. Totalmente innecesario ahí. Cáncer.

—La gente se las arreglaba con el cáncer mucho tiempo antes de que se inventaran los cuchillos —dijo el doctor Peabody secamente—. Estate quieto, Bayard.

Y las personas como usted son una de las razones, estuvo a punto de decir el joven doctor. Pero se contuvo y dijo en cambio:

—Puedo extirparle ese bulto en dos minutos, Coronel Sartoris.

—¡Que me ahorquen si lo permito! —replicó Bayard bruscamente, tratando de levantarse—. Déjame en paz, Loosh.

—Estáte quieto —dijo el doctor Peabody afablemente, obligándolo a seguir sentado, mientras palpaba el bulto—. ¿Te duele?

—No. Nunca he dicho que me doliera. Y que me condene...

—Probablemente te condenarás de todas formas —le dijo el doctor Peabody—. Y en cualquier caso no estarías mucho peor muerto. No conozco a nadie que se divierta viviendo menos que tú.

—Por una vez has dicho la verdad —concedió Jenny—. Es el hombre más viejo que he conocido en mi vida.

—De manera —continuó mansamente el doctor Peabody—, que yo no me preocuparía por ello. Que siga ahí. A nadie le importa qué aspecto tiene tu cara. Si fueras un jovencito que tuviera que deslumbrar a las muchachas por la noche...

—Si al doctor Peabody se le permite interferir impunemente... —empezó el joven doctor.

—Will Falls dice que me lo curará —intervino Bayard.

—¿Con ese unguento suyo? —preguntó el doctor Peabody.

—¿Ungüento? —repitió el doctor Alford—. Coronel Sartoris, si usted permite que el primer curandero que aparezca le trate ese tumor con remedios caseros o elixires curalotodo, estará usted muerto antes de seis meses. Hasta el doctor Peabody me dará la razón en esto —añadió, marcando la ironía.

—No sé qué decir —replicó lentamente el doctor Peabody—. Will ha hecho cosas muy curiosas con ese unguento suyo.

—Tengo que protestar contra esto —dijo el doctor Alford—. Mrs. Du Pre, protesto contra el hecho de que un miembro de mi profesión sancione semejante práctica, aunque sea absteniéndose de condenarla.

—Vamos, muchacho —contestó el doctor Peabody—. No le vamos a dejar a Will que ponga su emplasto en la verruga de Bayard. Está bien para los negros y para el ganado, pero Bayard no lo necesita. Vamos a dejarlo tranquilo mientras siga sin dolerle.

—Si este tumor no es extirpado inmediatamente, renuncio a toda responsabilidad —afirmó el doctor Alford—. Descuidarlo será tan contraproducente como el unguento de Mr. Falls. Mrs. Du Pre, pongo a usted como testigo de que esta consulta ha tomado derroteros contrarios a la ética profesional sin culpa alguna por mi parte y a pesar de mis protestas.

—Vamos, muchacho —dijo de nuevo el doctor Peabody—. ¡Si apenas merece la molestia de ponerse a cortarlo! Te reservaremos un brazo o una pierna en cuanto ese cretino que tiene por nieto vuelque el automóvil con los dos dentro. Ven conmigo, Bayard.

—Mrs. Du Pre... —trató de intervenir el doctor Alford.

—Bayard puede volver aquí, si quiere —el doctor Peabody palmeó el hombro del joven médico con su pesada mano—. Voy a llevarlo a mi oficina y a hablar con él un rato, Jenny lo puede traer luego si así lo desea. Vamos, Bayard.

E hizo salir al anciano de la habitación. Miss Jenny se puso también en pie.

—Ese Loosh Peabody es tan carcamal como el viejo Falls —dijo—. Todos estos vejstorios me sacan de quicio. Usted espere aquí: se lo volveré a traer inmediatamente y terminaremos con este asunto de una vez.

El doctor Alford le abrió la puerta. Miss Jenny salió muy tiesa, con un rabioso crujir de sedas, y fue siguiendo a su sobrino y al doctor Peabody hasta el otro lado del corredor, donde cruzó la puerta con la parte inferior despintada y el candado oxidado, y entró en una habitación que era una reproducción en miniatura de los efectos de un ciclón, pacíficamente dulcificada con polvo que nadie se había molestado en quitar desde hacía mucho tiempo.

—Óyeme bien, Loosh Peabody —dijo Miss Jenny.

—Siéntate, Jenny —le dijo el doctor Peabody—, y estáte quieta. Desabróchate la camisa, Bayard.

—¿Qué? —dijo el anciano con tono belicoso.

El otro le hizo sentarse.

—Quiero verte el pecho —explicó. Se llegó a un viejo buró y empezó a explorar el polvoriento revoltijo de cosas que lo cubría. La enorme habitación estaba llena de polvo y de objetos varios. Sus cuatro ventanas miraban a la plaza, pero los olmos y las moreras daban sombra a las oficinas del primer piso, de manera que el sol llegaba tan filtrado como la luz dentro del agua. En las esquinas del techo se acumulaban telas de araña tan espesas como musgo y tan sucias como encajes grisáceos; las paredes, blancas en otro tiempo, eran de un discreto y uniforme color pardo con la excepción de rectángulos más claros aquí y allá en los sitios donde algún viejo calendario había sido finalmente retirado. Además del escritorio la habitación contenía tres o cuatro sillas enormes con los muelles rotos, una estufa oxidada dentro de una caja llena de serrín, y un sofá de cuero que retenía sufridamente en su gastada superficie la figura reclinada del doctor Peabody; junto a él y acumulando lentamente sucesivas capas de polvo, había un montón de novelas baratas. Era la biblioteca del doctor Peabody, y en aquel sofá, leyéndolas una y otra vez, transcurrían sus horas de oficina. En la habitación no había ningún otro libro.

Pero la papelería junto al escritorio, la mesa misma, la sucia repisa de la chimenea y los bordes de las ventanas estaban llenos de circulares y catálogos para comprar cosas por correo y de boletines de todas clases. En un rincón, sobre un cajón de

embalaje puesto del revés, descansaba un oxidado refrigerador de agua de vidrio coloreado; en otro rincón había un manojito de cañas de pescar alabeándose bajo su propio peso; y en todas las superficies horizontales se acumulaba una colección de objetos que sólo se encontrarían en una tienda de compraventa —ropa vieja, una lámpara de queroseno, un cajón de latas de grasa para ejes prácticamente lleno, un insípido reloj de porcelana en forma de guirnalda de campanillas, sostenido por cuatro doncellas coronadas de flores que habían sufrido diversos y asombrosos percances anatómicos, y aquí y allá, bajo el polvo igualatorio, varios instrumentos relacionados con la profesión del ocupante. Era uno de éstos lo que, sobre el abarrotado escritorio en el que se alzaba una fotografía enmarcada de su hijo, buscaba el doctor Peabody en aquel momento, y aunque Miss Jenny dijo de nuevo. «Escúchame bien, Loosh Peabody», él continuó su investigación con imperturbable ecuanimidad.

—Abróchate la camisa y ahora mismo volveremos con el doctor Alford —ordenó Miss Jenny a su sobrino—. Ni tú ni yo podemos perder más tiempo con un loco senil.

—Siéntate, Jenny —repitió el doctor Peabody mientras abría un cajón, y sacaba una caja de cigarros, un puñado de descoloridas moscas artificiales para pescar truchas, un cuello sucio de celuloide y finalmente un estetoscopio; en seguida dejó caer las otras cosas en el cajón y lo cerró con la rodilla.

Miss Jenny no tuvo más remedio que estarse sentada, muy compuesta y con aire ultrajado, mostrando a las claras su irritación mientras el doctor Peabody auscultaba el corazón de Bayard.

—Bien —dijo ella con voz cortante—, ¿te vas a enterar haciendo eso de cómo quitarle la verruga de la cara? Will Falls no necesitó ningún auricular para averiguarlo.

—Me entero de mucho más —contestó el doctor Peabody—. Me entero de cómo se libraré Bayard de todos sus problemas si se sigue montando en ese endemoniado automóvil.

—Bobadas —dijo Miss Jenny—. Bayard es un buen conductor. Nunca he ido con otro mejor.

—Va a hacer falta algo más que un buen conductor para conseguir que esto —golpeó el pecho de Bayard con la roma punta de un dedo— siga marchando cuando ese muchacho tome una o dos curvas más como le he visto hacerlo.

—¿Has oído hablar alguna vez de un Sartoris que muriera de muerte natural como el resto del mundo? —preguntó Miss Jenny—. ¿No te consta que ese corazón no ha de llevarse a Bayard antes de tiempo? Levántate y ven conmigo —añadió, dirigiéndose a su sobrino.

Bayard se abrochó la camisa y el doctor Peabody lo estuvo mirando, sentado tranquilamente en el sofá.

—Bayard —dijo de repente—, ¿por qué te empeñas en ir en ese maldito cacharro?

—¿Qué?

—Si sigues montando en ese coche, no vas a necesitarme ni a mí, ni a Will Falls; ni siquiera vas a necesitar a ese muchacho de ahí al lado con todos sus bisturíes tan bien hervidos y desinfectados.

¿Y a ti que más te da? —quiso saber Bayard—. ¡Santo cielo! ¿Es que no puedo romperme la crisma en paz si me apetece?

Se puso en pie. Estaba temblando otra vez, abrochándose torpemente los botones del chaleco, y Miss Jenny se levantó e intentó ayudarle pero él la rechazó bruscamente. El doctor Peabody siguió tranquilamente sentado, dándose golpecitos en la rodilla con sus gruesos dedos.

—He vivido ya más de lo que me corresponde —continuó Bayard con tono más sosegado—. Soy el primer Sartoris del que se sabe a ciencia cierta que ha cumplido los sesenta. Creo que Dios me conserva como testigo fidedigno de la extinción de mi nombre.

—Bueno —dijo Miss Jenny con fría desaprobación—; ya has lanzado tu discurso y Loosh Peabody ha perdido la mañana ocupándose de ti, de manera que podemos marcharnos y dejar que Loosh vaya a medicinar mulas durante un rato. Tú puedes volver a tu banco a sentarte el resto del día, consciente de ser un Sartoris y apiadándote de ti mismo. Buenos días, Loosh.

—No le dejes que haga nada con el bulto, Jenny —dijo el doctor Peabody.

—¿No se lo ibais a curar entre tú y Will Falls?

—Tú ocúpate de que Will Falls no le ponga nada encima —insistió el doctor Peabody amablemente—. Está perfectamente. Déjalo tranquilo.

—Vamos a ir a un médico, eso es lo que vamos a hacer —replicó Miss Jenny—. Ven aquí.

Cuando la puerta se cerró el doctor siguió inmóvil escuchándolos mientras discutían al otro lado. Después el sonido de sus voces se alejó por el corredor hacia las escaleras, sin dejar de discutir y con profusión de juramentos por parte de Bayard, hasta perderse a lo lejos. Entonces el doctor Peabody se recostó en el sofá que sumisamente reproducía su figura ciclópea y con lentitud poco frecuente abrió una de las novelas que se amontonaban en el suelo a su lado.

CUANDO Miss Jenny y Bayard estaban ya cerca del banco, apareció Narcissa, que se aproximaba en la dirección contraria, y los tres se encontraron en la puerta. El anciano hizo un trabajoso y complicado elogio de la belleza de la muchacha y ella se detuvo con su pálido vestido estampado y alzó su grave voz hasta la sordera del otro. Luego el viejo Bayard se instaló de nuevo en su silla inclinada, y Miss Jenny entró con Narcissa en el banco y la acompañó hasta la ventanilla. En aquel momento sólo estaba el contable que, después de lanzarles una breve y cauta mirada por encima del hombro, bajó de su taburete y cruzó hasta la ventanilla con paso subrepticio y sin levantar la vista.

Recogió el talón de Narcissa, y mientras ella escuchaba el resumen que le hacía Miss Jenny de la testaruda estupidez masculina de Bayard y Loosh Peabody, la muchacha, por debajo del ala de su sombrero, se fijó en los antebrazos del contable, que llevaba remangada la camisa, y en cómo el fino vello rojizo que los cubría llegaba incluso hasta la segunda articulación de los dedos; y cuando Miss Jenny cesó momentáneamente de exteriorizar sus ultrajados sentimientos, notó con desagrado y un poco de asombro, porque el día no era particularmente caluroso, que los brazos y manos del contable estaban cubiertos de gotas de sudor.

Después borró toda expresión de sus ojos, recogió los billetes que él presentaba por debajo de la rejilla y abrió el bolso para guardarlos. Sobre el forro de satén azul destacó de repente la esquina de un sobre y parte de la dirección, pero ella lo escondió en seguida, puso el dinero encima y cerró el bolso. Las dos se alejaron sin que Miss Jenny dejara de hablar, y al llegar a la puerta Narcissa hizo otra pausa, envuelta en su aura de tranquilidad, gritando serenamente al viejo Bayard que bromeaba, con pesada galantería, sobre los imaginarios amores de Narcissa, único tema de conversación entre los dos. Luego la muchacha siguió andando, rodeada de su tranquilidad como si fuera una presencia visible, o un olor, o un sonido.

Mientras Narcissa permaneció junto a la puerta, el contable siguió pegado a la ventanilla. Con la cabeza inclinada, estuvo haciendo una serie de figuras sin sentido en el bloc que tenía debajo de la mano. Luego Narcissa se puso otra vez en movimiento y desapareció. También él se movió entonces, y al hacerlo notó que el bloc se le había pegado a la muñeca sudorosa, de manera que al levantar el brazo se alzó con él, hasta que cayó al suelo, liberado por su propio peso.

Cuando el banco se cerró aquella tarde, Snopes cruzó la plaza, entró por una de las calles que desembocaban en ella y se dirigió hacia un edificio cuadrado de madera con un porche doble, del que brotaba la penosa cacofonía de un fonógrafo barato. Snopes entró en la casa. La música procedía de una habitación a la derecha; al pasar

ante la puerta vio a un hombre con una camisa sin cuello, sentado en una silla y con los pies en otra, que fumaba en pipa. El desagradable olor del tabaco quemado le fue siguiendo mientras avanzaba por el corredor, que olía a jabón barato; el linóleo que cubría el suelo brillaba, todavía húmedo. Siguiéndolo hacia el interior de la casa, se fue acercando a un ruido de incesante y rabiosa actividad, hasta llegar junto a una mujer con un informe vestido gris que dejó de fregar y le miró por encima del hombro, echándose los lacios cabellos grises a un lado con un antebrazo enrojecido.

—Buenas tardes, Mrs. Beard —dijo Snopes—. ¿Está Virgil en casa?

—Ha pasado por aquí hace un minuto —contestó ella—. Si no lo ha visto usted delante de la casa imagino que su padre lo habrá mandado a hacer un recado. Mr. Beard tiene otra vez dolores en la cadera. Quizá haya mandado a Virgil a hacer alguna cosa. —Sus lacios cabellos le cayeron otra vez sobre la cara, y de nuevo los apartó con un gesto brusco—. ¿Tiene otro trabajo para él?

—Sí, señora. ¿No sabe en qué dirección se marchó?

—Si Mr. Beard no lo ha mandado a algún sitio puede que esté en el patio de atrás. No suele alejarse mucho.

Mrs. Beard volvió a apartarse el cabello; sus músculos estaban tan acostumbrados al trabajo que les desconcertaba la inacción. Acto seguido empuñó de nuevo la bayeta.

El contable siguió adelante, deteniéndose en los escalones de la cocina que daban a un patio desprovisto de hierba, con un corral para pollos también sin hierba, en el que unas pocas aves se apelotonaban o movían sobre el polvo en desesperanzada confusión. A un lado había una pequeña huerta, bien cuidada. Y en una esquina de la valla, una especie de refugio, hecho con tablas curtidas por la intemperie.

—¡Virgil! —llamó.

Aquel patio desolado estaba lleno de fantasmas; fantasmas de malas hierbas arrancadas, de alimentos en forma de latas, de cajas rotas y de barriles. Había también un montón de leña para la estufa y un taco de madera sobre el que descansaba un hacha cuyo mango había sido reparado con alambre herrumbroso, atado de forma muy poco profesional. Al descender Snopes hasta el patio, los pollos se fijaron en él y alzaron un clamor discordante, imaginando, sin duda, que venía a darles de comer.

—¡Virgil!

Los gorriones, al parecer, encontraban algún tipo de alimento en el polvo entre las aves, pero éstas, quizá con un presentimiento de destrucción, caminaban apelotonadas arriba y abajo junto a la alambrada, discordantes y desesperanzadas, vigilando a Snopes con insolentes ojos apremiantes. Estaba a punto de darse la vuelta para regresar a la cocina cuando el muchacho surgió del refugio, silenciosa e inocentemente, con su pelo color paja y sus ojos poco expresivos. La boca apenas tenía color y casi resultaba agradable, pero en las comisuras había líneas que indicaban reserva. En cuanto a la barbilla, casi no existía.

—Hola, Mr. Snopes, ¿me llamaba usted?

—Sí, a menos que estés haciendo algo importante —contestó Snopes.

—No —dijo el muchacho.

Juntos entraron en la casa y cruzaron la habitación en que la madre de Virgil trabajaba con monótona furia. El olor acre de la pipa y los lúgubres compases del fonógrafo siguieron llenando el corredor mientras ellos subían las escaleras, también alfombradas con linóleo sujeto a cada escalón mediante traicioneras láminas de hierro que trataban de imitar latón, deformadas y arañadas por pies cansados o poco cuidadosos. En el pasillo del piso alto se alineaban dos hileras de puertas idénticas. Entraron en una habitación que contenía una cama, una silla, un tocador y un lavamanos con una tinaja al lado. El suelo estaba cubierto con una estera de paja deshilachada en algunos sitios. La única bombilla colgaba sin pantalla de un cordón verdoso. Desde la pared, sobre la chimenea llena de papeles, en una litografía enmarcada, una doncella india con unos immaculados pantalones de ante inclinaba su pecho desnudo sobre un barroco estanque de mármol italiano iluminado por la luna, llevando en las manos una guitarra y una rosa. Desde el alféizar de la ventana, polvorientos gorriones llenos de vida contemplaban al hombre y al niño, a través de la polvorienta persiana.

Al entrar en la habitación el muchacho, discretamente, captó con una sola mirada todos los objetos que contenía. Y en seguida preguntó:

—¿No ha llegado todavía la escopeta de aire comprimido, Mr. Snopes?

—No, todavía no —contestó Snopes—. Pero la traerán en seguida.

—Ya hace mucho tiempo que la encargó usted.

—Es cierto. Pero vendrá en seguida. Quizá no tengan una en el almacén ahora mismo.

El contable se llegó hasta el tocador, sacó unas cuartillas de un cajón y las puso encima; luego acercó la silla, arrastró la maleta que estaba debajo de la mesa y la colocó sobre la silla. Después cogió la pluma estilográfica que llevaba en el bolsillo y la destapó, situándola al lado de las cuartillas.

—Llegará cualquier día de estos.

El niño se sentó sobre la maleta y cogió la pluma.

—Tienen una en el almacén de Watt —sugirió.

—Si la que he encargado no llega pronto, la compraremos allí —dijo Snopes—. ¿Cuándo la encargamos, te acuerdas?

—El martes hizo una semana —contestó el chico sin pensarlo dos veces—. Lo tengo apuntado.

—Bueno; estará aquí en seguida. ¿Estás listo?

El niño se acodó delante del papel.

—Sí, señor.

Snopes sacó el papel doblado del bolsillo para el reloj y lo extendió.

—Número de orden, cuarenta y ocho. Míster Joe Butler, Saint Louis, Missouri —leyó. Luego, inclinándose sobre el hombro del muchacho, observó los movimientos

de la pluma—. Así está muy bien: muy cerca del borde —elogió—. Ahora.

El chico bajó la pluma como dos pulgadas y mientras Snopes leía, él iba transcribiendo sus palabras con letra clara, casi de modelo caligráfico, deteniéndose sólo de cuando en cuando para preguntar la ortografía de alguna palabra.

—Pensé en una ocasión que trataría de olvidarte. Pero no te puedo olvidar porque tú no me puedes olvidar. Hoy he visto mi carta en tu bolso. Todos los días podría extender la mano y tocarte y tú no te darías cuenta. Me basta con verte andar por la calle. Saber lo que sé y que también tú sabes. Algún día lo sabremos juntos cuando te acostumbres. Guardas mi carta pero no la contestas. Eso es una buena señal de que no... —el muchacho había llegado al final de la cuartilla. Snopes la retiró, dejando lista la siguiente. Y continuó leyendo con su voz monótona, sin inflexiones—: me olvidas o no la guardarías. Pienso en ti por la noche, tu manera de andar por la calle como si yo fuera basura. Puedo decirte algo que te sorprendería, sé algo más de ti que verte andar por la calle con la ropa puesta. Lo haré algún día y no te sorprenderás entonces. Pasas junto a mí, tú no te das cuenta, yo sí. Lo sabrás algún día. Porque yo te lo diré. Ahora —dijo Snopes, y el chico bajó la pluma hasta el pie de la página—. Sinceramente suyo Hal Wagner. Número de orden, veinticuatro.

Volvió a mirar por encima del hombro de Virgil.

—Muy bien.

Pasó papel secante sobre la última cuartilla y la recogió también. El muchacho cerró la pluma, echó la silla para atrás y Snopes sacó de la chaqueta la bolsa de papel con los caramelos.

Virgil la recibió con aire indiferente.

—Muchas gracias, Mr. Snopes —dijo. Abrió la bolsa y lanzó una mirada de soslayo a su contenido—. Es curioso que la escopeta de aire comprimido no haya llegado todavía.

—Sí que lo es —asintió Snopes—. No me explico cómo no ha llegado.

—Quizá la hayan perdido en correos —sugirió el muchacho.

—Quizá. Puede que sea eso lo que ha pasado. Volveré a escribir mañana.

El chico se levantó, pero se quedó en pie con su pelo color de paja y su cara inocente, poco expresiva. Sacó un caramelo de la bolsita y empezó a masticarlo sin entusiasmo.

—Será mejor que le diga a papá que vaya a correos y pregunte si se ha perdido.

—No, yo no haría eso —dijo Snopes muy de prisa—. Espera un poco; ya me ocuparé yo de ello. Ya verás cómo lo conseguimos en seguida.

—A papá no le importaría ir allí y enterarse en cuanto llegara a casa. Seguro que podría encontrarlo ahora mismo y pedirle que lo hiciera.

—No conseguiría nada —contestó Snopes—. Déjame a mí. Tendrás tu escopeta, puedes estar seguro.

—Podría decirle que he estado trabajando para usted —siguió el muchacho—. Me acuerdo de las cartas.

—No, no, tú espera y deja que me ocupe yo de ello. Será lo primero que haga mañana por la mañana.

—Está bien, Mr. Snopes —se puso a masticar otro caramelo, también sin entusiasmo. Anduvo en dirección a la puerta—. Me acuerdo de todas las cartas. Apuesto cualquier cosa a que sería capaz de sentarme y escribirlas de nuevo. Estoy seguro de que podría. Dígame, Mr. Snopes, ¿quién es Hal Wagner? ¿Vive en Jefferson?

—No, no. No lo conoces. No viene casi nunca aquí. Por eso me ocupo yo de sus asuntos. No me olvidaré de la escopeta, puedes estar seguro.

El chico abrió la puerta y luego se detuvo otra vez.

—Las tienen en el almacén de Watt. De buena calidad. Me gustaría mucho tener una de éstas. Me gustaría muchísimo, de verdad.

—Claro, claro —intervino Snopes—. La nuestra estará aquí mañana. No tienes más que esperar: ya me ocupo yo de que tengas tu escopeta.

El chico se fue. Snopes cerró la puerta con llave, y durante algún tiempo permaneció junto a ella con la cabeza inclinada, apretando y retorciendo las manos lentamente. Después quemó la hoja doblada en la chimenea y con el tacón redujo a polvo el papel carbonizado. Cortó la dirección ficticia del borde superior de la primera cuartilla y la firma al final de la segunda, las dobló y las metió dentro de un sobre barato. Cerró la carta, le puso el sello y con la mano izquierda escribió laboriosamente la dirección con letra de imprenta. Aquella noche la llevó a la estación y la echó en el vagón correo.

SIMÓN, a veces, en lugar de perder el tiempo por la casa durante el día miraba más allá del establo, hacia los pastizales, y veía los caballos de tiro que, debido al ocio y a la falta de atención, perdían prestancia y se hacían cada vez más perezosos; o bien pasaba junto al carruaje inmóvil en el cobertizo, con la lanza apuntalada en un ángulo acusador sobre el mecanismo de madera que Simón había inventado para sujetarla; o cruzaba por el cuarto de los arreos, donde el sobretodo y la chistera acumulaban polvo lentamente en un clavo de la pared, profiriendo, en su muda espera, pacientes quejas llenas de interrogaciones. Y, a veces, cuando con su aspecto raído, un tanto abatido por la edad y la testaruda perplejidad, se detenía en la veranda con sus rosas antiguas y la glicina y toda su inmutable serenidad y veía ir y venir a los Sartoris en un artefacto que un caballero de otra época hubiera despreciado, al alcance de cualquier pobretón y que sólo un loco utilizaría, sentía a su lado la presencia de John Sartoris, expresando en su rostro barbado con perfil de halcón, todo el inmenso desprecio que aquello le inspiraba.

Mientras Simón permanecía así, con el sol de la tarde cayendo oblicuamente sobre el extremo del porche, entre los innumerables olores embriagantes de todo lo que florece en primavera, el somnoliento zumbido de los insectos y los pájaros cantando incansables dominándolo todo, Isom, en el sombreado y fresco vano de la puerta o junto a la esquina de la casa, le oía mascullar su monótona cantinela hecha de incompreensión y del quejumbroso resentimiento de los viejos; y luego se retiraba a la cocina donde su madre, conservando en su cara la misma expresión de placidez y dejando brotar de sus labios la misma interminable salmodia, trabajaba sin desfallecimientos.

—El abuelo está ahí fuera hablando otra vez con míster John —dijo Isom aquella tarde—. Dame las patatas, mamá, que tengo hambre.

—¿No te ha encargado Miss Jenny algún trabajo para hoy? —preguntó Elnora, haciendo una pausa para darle las patatas.

—No. Se ha marchado otra vez en el coche.

—Es una bendición de Dios que no hayáis ido los dos, como sucede siempre que Mr. Bayard te lo permite. Y ahora sal de mi cocina. Acabo de fregar el suelo y no quiero que me lo dejes lleno de marcas de pies.

No era infrecuente en aquellos días que Isom oyera a su abuelo hablando con John Sartoris cuando trabajaba en el establo o en los arriates de delante de la casa, en permanente diálogo con aquel fantasma arrogante que dominaba la casa y sus ocupantes e incluso el escenario en su conjunto, atravesado por el ferrocarril que él mismo construyera y que se divisaba con toda nitidez a pesar de que la distancia lo hacía parecer diminuto, como si todo ello fuera un teatro preparado para diversión de aquél cuyo sueño testarudo, que se burló de él tan tortuosa y astutamente mientras fue

impuro, había terminado por delinearse con toda claridad y precisión ahora que el soñador había quedado purgado de la imperfección del orgullo mediante la desaparición de su carne mortal.

—No debieran hacerlo —masculló Simón. Estaba otra vez trabajando con su azada en el arriate de salvia al principio de la avenida—. No debieran pasearse en ese trasto, mientras el coche de caballos se apolilla en el establo.

No estaba pensando en Miss Jenny. No tenía mucha importancia lo que usaran las mujeres para pasear, siempre, por supuesto, que sus maridos se lo permitiesen. En todo caso, no hacían más que lucir el carruaje de un caballero; no eran más que el barómetro de su situación social, el indicador de su categoría: hasta los mismos caballos lo sabían.

—Su mismo hijo, Coronel, y su nieto se atreven a aparecer delante de usted en un artefacto como ese —continuó—, y usted les deja hacerlo. Es usted tan culpable como ellos. Tiene que decirles con toda claridad cuál es la ley, amo John; con todas esas guerras extranjeras y cosas parecidas la gente joven ya no se comporta correctamente; no saben cómo debe conducirse un caballero. ¿Qué se imagina que piensa la gente cuando ven a los Sartoris en el mismo vehículo que a los pobretones? Tiene usted que imponerse, amo John. ¿No han marcado los Sartoris el criterio de calidad en este país desde que usted nació? Mírelos ahora en cambio.

Se apoyó en la azada y vio cómo el automóvil subía por la avenida para detenerse delante de la casa. Miss Jenny y el joven Bayard se apearon y subieron al porche. El motor seguía en marcha, y la tenue nube del escape se extendía por el aire luminoso de las primeras horas de la tarde. Simón se acercó con la azada y echó una ojeada al despliegue de contadores y manecillas del tablero. Bayard, ya en la puerta de la casa, se dio la vuelta y lo llamó.

—Apaga el motor —ordenó.

—¿Que haga qué? —preguntó Simón.

—Esa palanquita de color brillante junto al volante. Bájala.

—No, señor —contestó Simón, retrocediendo—. No pienso tocarlo. No tengo ganas de que me explote en la cara.

—No te pasará nada —dijo Bayard, impaciente—. No tienes más que poner la mano y empujar hacia abajo. Ese aparatito brillante que tienes ahí.

Simón contempló con gesto dubitativo los instrumentos y mandos, pero sin dar un solo paso hacia adelante; después estiró más el cuello y recorrió todo el coche con la mirada.

—No veo más que una palanca muy grande que sale del suelo. No es ésa de la que me habla, ¿verdad?

—Demonios —dijo Bayard, bajando en dos zancadas. Inclinandose sobre la portezuela bajó la palanca ante la curiosidad parpadeante de Simón. El ronroneo del motor cesó inmediatamente.

—¡Vaya! —dijo Simón—. ¿Era ésa la que decía usted?

Contempló la palanca durante un rato, luego se enderezó y miró el capó.

—¿Ha dejado de hacer ruido, no es cierto? ¿Es así como hace que se detenga?

Pero Bayard había vuelto a subir los escalones, desapareciendo en el interior de la casa.

Simón se quedó allí un poco más examinando con parsimonia aquella larga cosa reluciente, tan dinámica y tan impresionante como una locomotora, tocándola suavemente y frotándose luego la mano contra el muslo. Dio la vuelta alrededor, lentamente, y palpó los neumáticos hablando consigo mismo y moviendo la cabeza. Acababa de volver a su arriate de salvia cuando Bayard salió de nuevo.

—¿Quieres venir a dar un paseo, Simón? —preguntó.

La azada de Simón se detuvo y él se enderezó.

—¿Quién, yo?

—Claro. Vamos. —Simón, inmóvil la azada, empezó a rascarse la cabeza lentamente. Bayard siguió persuadiéndolo—. Vamos; sólo iremos un rato por la carretera. No te pasará nada.

—No, señor; no creo que me pase nada —concedió.

Después se fue acercando al coche de manera gradual, contemplando sus diferentes partes con lenta reflexión llena de parpadeos, al ver que aquella máquina iba a adquirir peso de realidad en su vida. Ya ante la portezuela, con un pie en el guardabarros, hizo un último intento de resistir el maléfico poder de aquellos cantos de sirena.

—¿No irá a salirse de la carretera como cuando usted e Isom se cruzaron con el Coronel y conmigo camino de casa, verdad?

Bayard lo tranquilizó. Simón subió al coche lentamente, mascullando sonidos premonitorios, y se sentó inclinado hacia adelante, con los pies recogidos, agarrando con una mano la portezuela y con la otra un bulto bajo la camisa a la altura del pecho. Cuando atravesaron el portón y entraron en la carretera, Simón todavía seguía inclinado hacia adelante. Al aumentar el coche la velocidad, con un rápido movimiento convulso, tuvo que sujetarse el sombrero que había estado a punto de salir volando.

—Creo que ya hemos ido bastante lejos, ¿no le parece? —sugirió, alzando la voz. Se encasquetó el sombrero, pero al ir a soltarlo tuvo que agarrarlo otra vez con toda su fuerza, por lo que decidió quitárselo y llevarlo bajo el brazo; de nuevo su mano buscó algo desmañadamente a la altura del pecho, hasta inmovilizarse sujetando firmemente el pequeño bulto bajo la camisa.

—Tengo que arrancar las malas hierbas del arriate de salvia hoy por la mañana —dijo, en voz aún más alta—. Por favor, míster Bayard —añadió, y su cuerpo acartonado se inclinó aún más hacia adelante en el asiento mientras lanzaba rápidas miradas furtivas para comprobar la creciente velocidad con que se deslizaba el seto que corría paralelo a la carretera.

Luego Bayard se inclinó hacia adelante y Simón vio cómo se tensaban sus

antebrazos y el coche salía disparado hacia adelante con un estruendo de confusas alas tormentosas. La tierra, en forma de carretera, se hacía pedazos bajo ellos, reapareciendo por detrás en espirales de polvo, pardas y fatigosas, como la náusea de la velocidad; también el verdor de los lados del camino era un rígido túnel que fluía sin solución de continuidad. Pero Simón no dijo nada más, y al volver Bayard hacia él la cruel burla de sus dientes descubiertos, el viejo criado estaba arrodillado en el suelo, con su viejo y desastrado sombrero bajo el brazo y aferrando con la mano el bulto bajo la camisa. Después, cuando el hombre blanco se volvió de nuevo hacia él, Simón lo estaba mirando, y el borroso iris de sus ojos no era ya de un marrón uniforme desprovisto de pupila: había adquirido color de sangre; a pesar del chorro de aire Simón no parpadeaba y había en sus ojos la salvaje fosforescencia de un animal acorralado. Bayard apretó el acelerador hasta el fondo.

El carro avanzaba, somnoliento y pacífico, por la carretera. Tiraban de él dos mulas y estaba lleno de negras que dormían en sillas. Algunas llevaban bragas. Las mismas mulas no llegaron a despertarse, y siguieron adelante, con su paso cansino, arrastrando el carro vacío y las sillas volcadas incluso cuando el coche se metió en la cuneta, volvió otra vez al camino y continuó su tormentosa carrera sin disminuir la velocidad. Luego cesó el rugido del motor, pero el coche siguió corriendo y, debido a su propia inercia, empezó a dar bandazos mientras Bayard intentaba arrancar las manos de Simón de la palanca del contacto. Pero Simón, arrodillado en el suelo, con los ojos cerrados y el aire jugando con los restos entrecanos de su cabello, seguía sujetando la palanca con las dos manos.

—¡Suéltala! —gritó Bayard.

—¡Así es como haces que se pare, Señor! ¡Así es como haces que se pare! —salmodió Simón, cubriendo la palanca con las dos manos mientras Bayard se las martilleaba con el puño. Y siguió así hasta que el coche disminuyó la marcha y se detuvo por completo. Luego consiguió torpemente abrir la portezuela y se apeó del coche. Bayard lo llamó pero él echó a andar en dirección contraria, un tanto renqueante pero a buen paso.

—¡Simón! —llamó Bayard de nuevo, pero el otro no disminuyó el paso ni miró para atrás, de manera que Bayard puso el coche en marcha y siguió avanzando hasta poder dar la vuelta. Simón estaba a un lado de la carretera, con la cabeza inclinada sobre algo que tenía en las manos, cuando Bayard lo alcanzó y se detuvo a su lado.

—¡Vamos, súbete! —le ordenó.

—No, señor. Voy a ir andando —contestó Simón.

—Que subas, te he dicho —insistió Bayard, secamente. Luego abrió la portezuela, pero Simón siguió inmóvil en la cuneta con una mano dentro de la camisa; fue entonces cuando Bayard notó que estaba temblando de pies a cabeza—. Vamos, no seas tonto; no voy a hacerte ningún daño.

—Volveré andando a casa —repitió Simón testarudamente aunque sin calor—. Siga usted adelante.

—Vamos, sube. No me había dado cuenta de que estuvieras tan asustado. No volveré a hacerlo.

—Vuelva usted a casa —dijo Simón—. Estarán preocupados por usted. Puede decirles lo que me ha pasado.

Bayard lo contempló durante un momento, pero Simón no lo miraba, y en seguida cerró la portezuela y siguió adelante. Tampoco entonces levantó Simón la vista, ni siquiera cuando el coche produjo otra vez el estruendo de rugientes alas dentro de una arremolinada nube de polvo que siguió flotando pesadamente después de que cesara el fragor. Al cabo de un rato surgió el carro entre el polvo, con las mulas a un trote rápido que les hacía agitar las orejas, pasando a su lado con un repiqueteo de campanillas, y dejando tras sí, en el aire polvoriento poblado de chirridos de insectos, el sonido de una voz de mujer en trémula histeria sin palabras, pasiva pero vibrante y sostenida. Luego también el carro desapareció, hundiéndose muy despacio en el tenue resplandor de la llanura. Simón se sacó de la camisa el objeto que colgaba de una cuerda alrededor de su cuello. Era pequeño, vagamente redondo, reseco y cubierto de pelo espeso y sucio: la primera sección de la pata trasera de un conejo, teóricamente capturado en un cementerio en noche de luna nueva; Simón se frotó con ella la frente sudorosa y el cogote, volviéndola a colocar después dentro del pecho. Todavía le temblaban las manos, mientras se ponía el sombrero y regresaba a la carretera, donde tomó la dirección de la casa de los Sartoris bajo el calor del polvoriento mediodía.

Bayard atravesó el valle en dirección a la ciudad, pasando ante el portón de hierro que no se cerraba nunca y la serenidad de la casa blanca entre los árboles añosos, y luego siguió adelante cada vez más de prisa. El sonido del motor sin silenciador se estrellaba contra el polvo arremolinándolo en formas letárgicas que se disgregaban, desapareciendo, insignificantes, sobre el valle fecundo, preñado de algodón y maíz. En las afueras de la ciudad se cruzó con otro negro en un carro y mantuvo el coche en línea recta hacia el vehículo hasta que las mulas se espantaron, ladeando el carro por un momento. Entonces Bayard giró y le pasó rozando sin que le sobrara más de una pulgada; tan cerca, que el negro del carro, que no paraba de gritar, pudo advertir la burla salvaje de sus dientes descubiertos.

Siguió adelante y en un rápido descenso como de avión en picado, pasó a toda velocidad el cementerio con la pomposa efigie de su bisabuelo mirando a través del valle hacia el ferrocarril. Bayard pensó en el viejo Simón renqueando camino de casa por la carretera polvorienta, bien agarrado a su pata de conejo y volvió a sentir el mismo feroz deseo de violencia y la misma vergüenza.

En seguida apareció la ciudad entre árboles, con las calles sombreadas como túneles verdes en las que vidas sin horizontes llevaban a buen término sus pacíficas tragedias; Bayard puso el silenciador y se dirigió despacio hacia la plaza. Sobre los olmos frondosos el reloj del juzgado asomaba sus cuatro esferas, fugazmente

enmarcadas entre los arcos que formaban los robles próximos a la calle. Las doce menos diez. A las doce en punto su abuelo se retiraría al despacho en la parte trasera del banco y allí se bebería la pinta de leche que llevaba consigo todas las mañanas en un termo, para dormir después, por espacio de una hora, en el sofá del rincón más oscuro de la habitación. Cuando Bayard entró en la plaza la silla inclinada junto a la puerta del banco estaba ya vacía; disminuyó la velocidad y fue a detenerse junto a la acera, delante de un tablero doble apoyado directamente sobre el suelo en el que estaba escrito, con tiza diluida, Hoy Barbos Frescos; de las puertas batientes que había detrás llegaba un olor a alimentos refrigerados: queso y pepinillos, junto con una leve sugerencia de grasa frita.

Estuvo un momento parado en la acera mientras las personas que dejaban de trabajar a las doce salían a la calle y pasaban a su alrededor. Negros lentos e indecisos como figuras en un oscuro y plácido sueño, con olor animal, cuchicheando y riendo entre ellos. Había en sus murmullos sin consonantes una propensión al regocijo, y en su risa, seriedad y tristeza; campesinos —hombres vestidos con mono o pantalones de pana o ropa caqui, que iban sin corbata; mujeres con informes trajes de percal y bonetes para el sol; grupos de muchachas engalanadas con tiosos atavíos comprados contra reembolso, desvirtuada ya la gracia natural de sus cuerpos jóvenes por la falta de espontaneidad, por el trabajo y por los altos tacones y muy pronto definitivamente oscurecida por los embarazos; muchachos y hombres jóvenes, un poco beligerantemente vocingleros, con trajes, camisas y gorras baratos y de mal gusto, pero con pieles saludables y miembros tan bien proporcionados como los de los caballos de raza. En cuclillas contra la pared, un mendigo negro y ciego con una guitarra y un armazón de alambre sujetando una armónica delante de sus labios, ponía fondo a los olores y sonidos con una quejosa reiteración de amplios y monótonos acordes, tan rítmicos como una fórmula matemática pero sin relación alguna con la música. Era un hombre alrededor de los cuarenta y tenía la paciente resignación de muchos años de ceguera; vestía sin embargo sucia ropa caqui con galones de cabo en una manga, un emblema de Boy Scout torpemente bordado en la otra, y, sobre el pecho, una insignia del cuarto empréstito para la Libertad^[9] y un pequeño broche de metal con dos estrellas doradas, concebido sin duda como adorno femenino. Su añejo sombrero hongo llevaba, a modo de cinta, el cordón de una gorra de oficial, y en el suelo entre sus pies descansaba una taza de estaño con una moneda de diez centavos y tres de uno.

Bayard se metió la mano en el bolsillo. El mendigo notó que se acercaba y su tonada se convirtió en un único acorde repetido sin variación rítmica hasta que la moneda rebotó en la taza; sin romper el rasgueo monocorde ni los sonidos lineales de la armónica, su mano izquierda, con un solo movimiento, descendió para palpar el interior de la taza y averiguar el valor de la moneda; a continuación la guitarra y la armónica reanudaron la tonada anterior. Cuando Bayard se disponía a alejarse alguien habló a su lado: un hombre corpulento y ancho de espaldas, con rostro bronceado y

despierto y sienes canosas. Llevaba botas y pantalones de pana, su cuerpo tenía elasticidad de jinete y sus morenas manos tranquilas eran las manos que los caballos respetan. Su nombre, MacCallum; miembro de una familia de seis hermanos que vivían en las colinas a dieciocho millas de distancia. Bayard y John habían cazado zorros y mapaches con ellos durante las vacaciones escolares.

—Me han hablado mucho de tu coche —dijo MacCallum—. ¿Es ése, verdad?

Bajó de la acera y se paseó alrededor del automóvil, examinándolo, con las manos en las caderas.

—Demasiada barriga —dijo—, y da la impresión de ser de huesos pesados. Torpe. Seguro que tienes que montarlo con barbada, ¿no es cierto?

—Te equivocas —contestó Bayard—. Súbete y te enseñaré lo que es capaz de hacer.

—No, muchísimas gracias —respondió el otro, volviéndose a la acera, entre los negros congregados para admirar el coche.

El reloj del juzgado dio las doce y por la calle aparecieron grupitos de niños camino de casa debido al descanso escolar del mediodía: niñas con cajas de colores, libros, cuerdas para saltar a la comba, que hablaban siseando entre ellas de absorbentes preocupaciones femeninas y muchachitos, en diferentes grados de desarreglo indumentario, gritando, peleándose y dando empujones a las niñas, que se apelotonaban y les devolvían frías miradas de indignación.

—Voy a comer algo —explicó MacCallum. Cruzó la acera y abrió la puerta batiente—. ¿Has almorzado ya? —preguntó, mirando para atrás—. Entra un minuto de todas formas —y se golpeó la cadera significativamente.

La tienda era mitad pastelería y almacén de ultramarinos y mitad restaurante. Cierta número de clientes estaba de pie en la parte delantera, escasa de espacio pero limpia, con bocadillos y botellas de refrescos, y el propietario les hizo una inclinación de cabeza con apresurada y un tanto ausente afabilidad desde detrás del mostrador. La mitad posterior de la sala estaba llena de mesas en las que unos cuantos hombres y una mujer o dos, campesinos en su mayor parte, comían con envarado y solemne decoro. Al lado estaba la cocina, rebosante de olores a fritura y del característico chirrido de los alimentos al freírse, donde dos negros se movían como espectros apáticos entre nubes de humo azulado. Los recién llegados cruzaron esta sala; luego MacCallum abrió una puerta colocada en un saliente de la pared y entraron en una habitación muy pequeña, o más bien una amplia despensa en desuso. Había una ventana diminuta en lo alto de la pared, una mesa sin mantel y tres o cuatro sillas; en seguida el más joven de los dos negros entró tras ellos.

—Ustedes dirán, Mr. MacCallum y Mr. Sartoris.

Colocó encima de la mesa dos vasos recién enjuagados, con agua escurriendo todavía por las paredes, y se quedó en pie, al lado de la mesa, secándose las manos en el delantal. Tenía un rostro ancho y tranquilo, una de esas caras que inspiran confianza.

—Limonos, azúcar y hielo —dijo MacCallum—. ¿Tú no querrás algún refresco de esos, verdad? —El negro se detuvo con la mano en el picaporte.

—No —contestó Bayard—. Prefiero un ponche frío.

—Sí, señor —asintió el negro—. Todos ustedes quieren ponche. —Inclinó la cabeza con sesudo gesto aprobatorio, se dio la vuelta y se hizo a un lado para dejar pasar al propietario, que se había puesto un delantal limpio, y entró trotando atropelladamente como era costumbre suya.

—Buenos días —dijo mientras se frotaba las manos contra las caderas—. ¿Qué tal, Rafe? Bayard, el otro día vi a Miss Jenny y al viejo Coronel camino de la consulta del doctor Alford. ¿No es nada grave, verdad?

Su cabeza era como un huevo invertido; llevaba el pelo de color rojizo meticulosamente ondulado a partir de una raya central, formando dos alas simétricas a manera de tupé, y sus ojos castaños brillaban con suavizada vehemencia.

—Cierra la puerta y acércate —ordenó MacCallum. El otro obedeció inmediatamente. Acto seguido Rafe sacó de debajo de la chaqueta una botella de asombrosas proporciones y la puso sobre la mesa. Contenía un delicado líquido ambarino. El propietario del restaurante se frotó las manos contra las caderas, clavando glotonamente en la botella sus ojos ardientes y sumisos.

—¡Cielo santo! —dijo—, ¿dónde tenías escondida esa garrafa, en la pernera del pantalón?

MacCallum descorchó la botella y la presentó al propietario quien, después de inclinarse para olería con los ojos cerrados, dio un suspiro.

—Es de Henry —dijo MacCallum—. La mejor partida que ha fabricado nunca. Imagino que querrás echar un trago si Bayard y yo te sostenemos después, ¿no es cierto?

El otro rió con fuerza, untuosamente.

—¿No es un tipo muy divertido? —le preguntó a Bayard—. Todo un gracioso, ¿verdad? —Lanzó una mirada a la mesa—. No tenéis más que dos vasos. Esperad a que...

Alguien dio unos golpes a la puerta: el propietario inclinó en aquella dirección su cónica cabeza y agitó una mano hacia los otros dos. MacCallum escondió la botella sin apresurarse demasiado mientras el dueño abría la puerta. Era el mismo negro, con otro vaso, limones, azúcar y trozos de hielo en un cuenco. El propietario lo dejó pasar.

—Si preguntan por mí, di que he salido pero que volveré en seguida, Houston.

—Sí, señor —replicó el negro, poniendo sobre la mesa las cosas que traía.

MacCallum sacó otra vez la botella.

—¿Por qué sigues contando esa historia tan vieja a tus clientes? —preguntó—. Todo el mundo sabe lo que estás haciendo.

El propietario rió de nuevo, contemplando la botella con ansia.

—Sí, señor —repitió—. Todo un gracioso. Bueno, muchachos, vosotros tenéis

mucho tiempo por delante, pero yo he de volver tras el mostrador y hacer que siga marchando el negocio.

—Sírvete —le dijo MacCallum y el dueño se preparó un ponche. Alzó el vaso, agitándolo y oliéndolo alternativamente mientras los otros mezclaban el limón, el whisky y el agua. Después el propietario sacó su cucharilla, dejándola sobre la mesa.

—Bueno, siento tener que beberme de prisa una cosa tan buena —dijo—, pero el deber es antes que la devoción, ya se sabe.

—No cabe duda de que el trabajo interfiere con la bebida —asintió MacCallum.

—Sí, señor, ya lo creo que lo hace —replicó el otro. Alzó su vaso—. A la salud de tu padre —dijo. Bebió—. No lo he visto mucho por aquí, últimamente.

—No —contestó MacCallum—. No ha llegado a reponerse de que Buddy se fuera al ejército yanqui. Asegura que no volverá a la ciudad hasta que los demócratas repudien a Woodrow Wilson.^[10]

—Sería lo mejor que hayan hecho nunca; tendrían que echarlo y elegir presidente a un hombre como Debs o el senador Vardaman —corroboró prudentemente el propietario—. Sí, señor, el ponche estaba muy bueno —añadió—. Henry sabe lo que se hace, ¿no es cierto? —dejó el vaso y se dirigió hacia la puerta—. Bien, chicos, ya sabéis: como si estuvierais en vuestra propia casa. Si necesitáis algo, llamad a Houston.

Y salió de la habitación trotando aturulladamente.

—Ponte cómodo —dijo MacCallum. Él se acercó una silla y Bayard colocó otra frente a él al lado opuesto de la mesa—. Deacon debe de saber cuándo un whisky es bueno. Con lo que ha bebido se podría inundar este local y hacer que el mostrador saliera flotando por la puerta principal.

Se llenó el vaso, empujó la botella hacia Bayard y los dos bebieron de nuevo en silencio.

—Tienes mal aspecto, chico —dijo MacCallum de repente; y Bayard al levantar la cabeza encontró al otro examinándolo con su mirada serena y llena de viveza—. Pareces desconcertado —añadió; y Bayard hizo un brusco gesto negativo y alzó de nuevo el vaso. Pero se daba cuenta de que el otro lo seguía mirando fijamente, aunque sin descortesía—. Bueno; en cualquier caso no te has olvidado de cómo beber buen whisky... ¿Por qué no vienes a cazar con nosotros? Hay un zorro viejo por allí que te lo estamos reservando. Llevamos dos años siguiéndolo con los perros jóvenes, pero en seguida pierden el rastro. No le he echado el viejo General todavía, porque ése seguro que lo encuentra y yo quería guardarlo para vosotros. A John le hubiera gustado este zorro. ¿Te acuerdas de aquella noche que Johnny tomó un atajo hasta el puente de Samson, llegó antes que los perros, y para cuando aparecimos nosotros, venían el zorro y él por el río, subidos en un tronco, el zorro en un extremo y John, cantando aquella canción tan loca a voz en grito, en el otro? A John le hubiera gustado este zorro. Siempre consigue despistar a los perros jóvenes. Pero el viejo General lo atraparé.

Bayard le escuchaba dando vueltas al vaso entre las manos. Sacó un paquete de cigarrillos de la chaqueta y volcó unos cuantos en la mesa; luego arrojó el paquete hacia el otro lado. MacCallum se bebió el ponche sin hacer ninguna pausa y volvió a llenarse el vaso. Bayard encendió uno de los cigarrillos, vació su vaso y cogió la botella.

—Tienes muy mal aspecto, en serio —repitió MacCallum.

—Debe ser que estoy seco —contestó Bayard con voz tan serena como la de su amigo. Se preparó otro ponche, mientras el cigarrillo humeaba a su lado sobre el borde de la mesa. Levantó el vaso, pero en lugar de beber lo alzó hasta la nariz, dilatando las ventanas con una fuerte contracción muscular; luego apartó el vaso y con mano segura derramó el contenido sobre el suelo. El otro lo contempló tranquilamente mientras cogía otra vez la botella, se llenaba el vaso hasta la mitad, añadía una pizca de agua y se lo echaba al colete.

—Llevo demasiado tiempo portándome bien —dijo Bayard con voz fuerte, y empezó a hablar de la guerra. No de combates, sino más bien de un mundo poblado de hombres jóvenes semejantes a ángeles caídos, más allá del cielo o del infierno y participando de ambos: condenados a la inmortalidad de un fracaso eterno.

MacCallum le escuchaba con atención, bebiendo whisky lenta pero continuamente aunque sin efecto apreciable, como si fuera leche lo que bebía; Bayard siguió hablando y de pronto se dio cuenta, sin sorprenderse, de que estaba comiendo. Quedaba menos de la mitad de la botella. Houston, el negro, había traído comida, bebiéndose de paso un vaso de whisky puro sin parpadear.

—Si tuviera una vaca que diera eso, el choto se quedaría sin leche —dijo—. Tampoco creo que hiciera mantequilla. Muchas gracias, Mr. MacCallum.

Cuando volvió a salir, la voz de Bayard se alzó otra vez sobre el olor de comida barata, cocinada precipitadamente, y sobre el fuerte aroma del whisky derramado, llenando aquel cuchitril con fantasmas de algo tan exaltado como un ataque de histeria, como un resplandor de meteoros caídos sobre la oscura retina del mundo. De nuevo unos suaves golpes en la puerta, seguidos por la cabeza ahuevada del dueño y sus ardientes ojos inseguros.

—¿No os hace falta nada? —preguntó, frotándose las manos en las caderas.

—Pasa y échate otro trago —dijo MacCallum, indicando la botella con un gesto de cabeza; el dueño se hizo otro ponche en el vaso usado, se lo bebió y siguió allí mientras Bayard terminaba una historia sobre él, un mayor australiano y dos damas, una noche en un bar de Leicester (el bar estaba fuera de la zona militar y el australiano perdió dos dientes y su chica, mientras Bayard no pasaba de un ojo morado), contemplando al narrador con sumiso asombro.

—¡Cielo santo! —dijo—, los aviadores eran gente de cuidado, ¿no es cierto? Bueno, me imagino que estoy haciendo falta en el mostrador. Hay que estar siempre a la que salta para ganarse la vida en estos días que corren.

Y se esfumó de nuevo.

—Llevo demasiado tiempo portándome bien —repitió Bayard ásperamente, viendo cómo MacCallum llenaba los dos vasos—. Johnny no sirvió nunca más que para eso. Evitar que me acostumbrara a la rutina. Maldita rutina, con un par de viejos pendientes de mí y sin otra cosa que hacer, excepto asustar negros decrepitos.

Se bebió el whisky y puso el vaso sobre la mesa pero sin soltarlo.

—Maldito alemán —dijo—. Johnny nunca aprendió a volar. Traté de evitar que subiera tan alto con aquel condenado avión de juguete —e insultó a su hermano muerto salvajemente. Luego alzó de nuevo el vaso hacia la boca, pero se detuvo a mitad de camino—. ¿Qué ha pasado con el whisky?

MacCallum vació la botella en el vaso de Bayard, que se bebió el licor y golpeó la mesa con el grueso fondo del vaso. Luego, alzándose, retrocedió con paso vacilante hacia la pared. Su silla cayó hacia atrás y él se enderezó mirando al otro.

—Traté de impedir que subiera allá arriba con aquel Camel. Pero me mandó una rociada. Pasó rozándome las narices.

MacCallum se levantó también.

—Ven, vámonos —dijo calmamente e intentó coger a Bayard del brazo, pero Bayard le evitó y así atravesaron la cocina y el largo túnel del establecimiento. Bayard andaba sin dar bandazos, y el propietario les hizo una inclinación de cabeza desde detrás del mostador.

—Vuelvan pronto, caballeros —dijo—. Vuelvan pronto.

—De acuerdo, Deacon —contestó MacCallum. Bayard siguió adelante sin volver la cabeza. Antes de que llegaran a la puerta un joven abogado que acompañaba a un desconocido se dirigió a Bayard.

—Capitán Sartoris, estreche la mano de Mr. Gratton, aquí presente. Gratton estuvo en el frente británico durante algún tiempo el año pasado.

El desconocido se dio la vuelta y ofreció la mano, pero Bayard lo miró sombríamente y siguió andando tan sin cambiar de ritmo que el otro, involuntariamente, dio un paso atrás para no verse arrollado.

—¡Caramba! ¡Por mí que se vaya al infierno! —dijo a espaldas de Bayard. El abogado lo cogió del brazo.

—Está borracho —susurró precipitadamente—, está borracho.

—Me importa un comino —dijo el otro alzando la voz—. El que fuera un oficial no le da derecho...

—Shhh, shhh —susurró el abogado. El dueño apareció junto a la vitrina de los dulces, con los ojos muy abiertos en encendida alarma.

—¡Caballeros, caballeros! —exclamó.

El forastero hizo otro movimiento violento y Bayard se detuvo.

—Espera un momento mientras le rompo la cara —le dijo a MacCallum, dándose la vuelta.

El forastero apartó al abogado a un lado y dio un paso al frente.

—Eso es más fácil decirlo que... —empezó.

MacCallum agarró a Bayard por el brazo, suave pero firmemente.

—Vamos, muchacho.

—Voy a partirle la cara —anunció Bayard mirando al indignado forastero con expresión sombría.

El abogado cogió de nuevo a su acompañante por el brazo.

—Déjame tranquilo —dijo el otro, sacudiéndoselo—. Déjale que lo intente. Ven a por mí, inglesito...

—¡Caballeros, caballeros! —gimió el propietario.

—Vamos, anda —dijo MacCallum—. Tengo que echarle un vistazo a un caballo.

—¿Un caballo? —repitió Bayard. Después de darse la vuelta obedientemente, recapacitó, se detuvo y miró para atrás—. No le puedo partir la cara ahora mismo —le dijo al desconocido—. Lo siento. Tengo que ir a ver un caballo. Lo buscaré luego en el hotel.

Pero el forastero le daba ya la espalda y desde detrás el abogado le hacía muecas a MacCallum, moviendo la mano.

—Lléveselo, MacCallum, por el amor de Dios.

—Le romperé la cara luego —repitió Bayard—. A ti, no puedo, Eustace —añadió, dirigiéndose al abogado—. En la academia nos enseñaron que no se debe seducir a las tontas ni pegarles palizas a los lisiados.

—Vamos, anda —repitió MacCallum, llevándosele. En la puerta Bayard tuvo que pararse de nuevo a encender un cigarrillo, pero después reanudaron la marcha. Eran las tres en punto y de nuevo caminaron entre oleadas de colegiales. Bayard caminaba sin dar tumbos y con ademán algo beligerante. En seguida MacCallum torció para meterse por una calle lateral, cruzaron delante de tiendas de negros, y pasaron entre un molino harinero y una silenciosa desmotadora de algodón hasta llegar a un callejón lleno de caballos y de mulas atados, en cuyo fondo retumbaba un yunque. Dejaron atrás el rojo resplandor de la fragua y la línea de hombres vestidos con monos, acuclillados junto a la pared en sombra, hasta llegar a una valla con un portón detrás de un largo edificio de ladrillo de color grisáceo que olía a amoníaco. Había unos pocos hombres sentados encima del portón y otros apoyados de brazos en él; del interior del corral salían voces y a través de los listones del portón brillaba una altiva silueta inmóvil, como una llama bruñida.

El semental se recortaba contra la bostezante caverna de la caballeriza como una inmóvil llama de bronce y a lo largo de su piel bruñida corrían a intervalos pequeños temblores de un fuego más pálido, pequeñas llamaradas de nerviosismo y orgullo. Pero su ojo permanecía inmóvil y arrogante, y de cuando en cuando, con gesto aristocrático y desdeñoso, su vista recorría el grupo del portón —sin verlos en absoluto como individuos aislados—, y de nuevo lenguas de un fuego más pálido ondulaban levemente su piel. Llevaba cabezada que, por el ramal, estaba sujeta a una jamba de la puerta, y al fondo un blanco se movía a respetuosa distancia con aire de ser el propietario: junto a él, un mozo de cuadra de raza negra llevaba un saco de

arpillera atado alrededor de la cintura. MacCallum y Bayard se detuvieron junto al portón y el blanco describió un círculo alrededor de la altanera inmovilidad del semental y se dirigió hacia ellos. El negro se acercó al caballo con un trapo sucio, salmodiando una triste cantinela. El semental le permitió acercarse y consintió que borrara con su trapo las llamitas nerviosas que corrían en renovadas oleadas bajo su piel.

—¿No es una preciosidad? —preguntó el blanco a MacCallum, apoyándose con un codo en el portón. Llevaba un reloj barato de níquel colgado de un tirante de cuero sin curtir, ennegrecido y suavizado por los años, y su barba afeitada se marcaba especialmente desde las comisuras de los labios hasta la barbilla; siempre daba la impresión de estar mascando tabaco con la boca abierta. Era un tratante de caballos, que pleiteaba frecuentemente con la compañía del ferrocarril por la muerte violenta de algunos de sus animales.

—Fíjense en ese negro —añadió—. A Tobe le deja que cuide de él como si fuera un niño. Yo no me acercaría a menos de diez pies. Que me ahorquen si sé cómo lo hace Tobe. Debe de ser algún tipo de parentesco entre los negros y los animales, es lo que siempre digo.

—Me imagino que el caballo tiene miedo de que cruces la vía con él a la hora que pasa el treinta y nueve —dijo MacCallum con seriedad.

—Sí; nadie tiene peor suerte que yo —asintió el otro—. Pero esta vez cederán: los tengo bien cogidos.

—Sí —dijo MacCallum—. La compañía del ferrocarril tendría que proporcionar un horario de trenes a tus animales.

Los otros espectadores rieron a carcajadas.

—La compañía tiene mucho dinero —replicó el tratante. Luego añadió—: Hablas como si hubiera puesto las mulas delante del tren. Déjame que te explique lo que pasó...

—Estoy seguro de que a ése no conseguirás ponerlo nunca delante de un tren —dijo MacCallum indicando el semental con un movimiento de cabeza. El negro le brillantaba la lustrosa piel, canturreando monótonamente. El tratante rió.

—Creo que no —reconoció—. A no ser que Tobe fuera también. Míralo. Tengo tan poca intención de acercarme a ese animal como de echarme a volar.

—Voy a montar ese caballo —dijo Bayard de repente.

—¿Qué caballo? —preguntó el tratante, y los otros espectadores vieron cómo Bayard se subía al portón y saltaba al interior del corral.

—Deje usted tranquilo a ese caballo —añadió el tratante, pero Bayard no le hizo el menor caso. Al notar que se movía, el semental lo miró altivamente, sin llegar a detener la vista.

—¡Deje tranquilo a ese caballo —gritó el tratante—, o haré que lo detengan!

—Déjale —intervino MacCallum.

—¿Y que eche a perder un semental que vale mil quinientos dólares? Ese caballo

lo va a matar. ¡Eh, usted, Sartoris!

MacCallum se sacó un fajo de billetes sujetos con una goma del bolsillo trasero del pantalón.

—Déjale —repitió—. Es eso lo que quiere.

El tratante lanzó rápidamente una mirada calculadora al dinero.

—Todos ustedes son testigos, caballeros... —empezó a decir con voz muy alta, luego se calló y contempló junto con los otros, en tenso silencio, cómo Bayard se acercaba al semental. El animal volvió a mirarlo con brillantes ojos altaneros, alzó la cabeza sin alarma y resopló; el negro se arrimó a la paletilla del caballo y su salmodia adquirió un ritmo más rápido. Luego el animal resopló de nuevo, alzó la cabeza, rompió el ramal como si fuera una tela de araña, y el negro agarró inmediatamente el cabo suelto.

—Váyase, blanco —dijo muy de prisa—. Váyase en seguida.

Pero el semental eludió su mano. Enseñó los dientes en un arco salvaje y el negro saltó y cayó tendido mientras el cuerpo entero del animal se alzaba como una explosión bronceada. Bayard evitó sus cascos y mientras el caballo arremolinaba las innumerables lenguas temblorosas de su lustrosa piel, los espectadores vieron que el hombre había conseguido sujetarle el hocico con el cabo suelto; y luego vieron cómo el animal se alzaba de brazos otra vez levantando al hombre del suelo, zarandeando su cuerpo como un trapo. Después se detuvo, temblando, mientras Bayard le apretaba el hocico con el ramal torcido, y de repente ya estaba a caballo mientras el animal todavía continuaba con la cabeza baja, girando los ojos, llenándose la piel bruñida de temblorosas lenguas de fuego antes de explotar otra vez.

El animal estalló como si desplegara sus alas de bronce; los mirones se bajaron a trompicones y buscaron refugio mientras el portón se disgregaba en astillas del tamaño de fósforos bajo la volcánica violencia de su choque. Bayard iba acurrucado detrás del cuello, sujetándole la cabeza, e inmediatamente se lanzaron al callejón, creando absoluto pandemonio entre los pacientes caballos y mulas que estaban atados delante de la fragua del herrero y entre los carros. Donde el callejón desembocaba en una calle, un grupo de negros se dispersó delante de ellos y el semental, sin disminuir la marcha, saltó sobre un niño negro agarrado a un bastón de caramelo que se cruzó directamente en su camino. Un carro tirado por mulas iba a entrar en el callejón: los animales se encabritaron, retrocediendo ante el asombro boquiabierto del blanco que conducía el vehículo, y de nuevo Bayard hizo dar la vuelta a su ciclón alejándolo de la plaza. Tras él, corrían los espectadores, gritando, con el tratante entre ellos y Rafe MacCallum todavía empuñando su fajo de billetes.

El semental se movía bajo Bayard como una música absolutamente enloquecida, incontrolada, espléndidamente incontrolable. El ramal servía sólo para modificar su dirección, no su velocidad, y entre los gritos que le llegaban desde las aceras a los dos lados, hizo torcer al animal por otra calle que se abrió repentinamente ante sus ojos. Era una calle más tranquila; pronto estarían en el campo y el semental podría

desahogar su rabia sin el peligro añadido de coches y peatones. Las voces se iban debilitando tras él, mezcladas con el trueno de las herraduras: «¡Apártense, apártense!», pero esta calle estaba desierta, con la excepción de un automóvil pequeño que iba en la misma dirección, y más allá, bajo el somnoliento túnel de los árboles, diminutas manchas brillantes de color se escabulleron hacia un lado, apelotonándose. Niños. «Confío en que se queden ahí», se dijo Bayard a sí mismo. Le lloraban un poco los ojos; debajo de él la marea se alzaba y descendía; a las ventanas de la nariz le llegaba una acre sensación de rabia y de energía y el calor humeante del cuerpo del animal. Al adelantar al automóvil se fijó durante una fracción de segundo en un rostro de mujer, una boca con los labios separados y dos ojos muy abiertos, serenamente asombrados. Pero la cara desapareció sin grabarse en su mente y vio a los niños, tensas formas asustadas de colores brillantes, y al otro lado de la calle un negro regando la acera, y junto a él un segundo negro con un rastrillo.

Alguien chilló desde un porche próximo, y el grupo de niños se dispersó gritando; una figurilla con camisa blanca y diminutos pantalones de color azul pálido se precipitó en la calzada desde la acera, y Bayard se inclinó hacia adelante y tiró de la cuerda haciendo que el caballo torciera en dirección a la acera opuesta, donde estaban los dos negros. La figurilla quedó atrás sin percance; después, verde que se precipitaba hacia él bajo los cascos del semental; y al pasar junto a un desnudo tronco de árbol, el animal hizo que brotaran chispas del cemento húmedo, resbaló, trató de enderezarse y cayó; en cuanto a Bayard, lo vio todo rojo y en seguida, oscuridad total. El caballo consiguió levantarse, se dio la vuelta y golpeó furiosamente al jinete caído con las patas delanteras, pero el negro con el rastrillo lo apartó; el semental, agitando la cabeza, volvió calle abajo con un trote algo envarado y pasó junto al coche inmóvil. Al final de la calle se detuvo temblando y resoplando y permitió que el mozo negro le tocara. Rafe MacCallum todavía llevaba en la mano el fajo de billetes.

LO RECOGIERON y lo llevaron a la ciudad en un automóvil requisado, despertando de la siesta al doctor Peabody, que procedió a vendar, con acompañamiento de palabras malsonantes, la cabeza de Bayard, y después de darle un trago de la botella que guardaba en la papelera junto con otras muchas cosas, amenazó con telefonar a Miss Jenny si no se iba directamente a casa. Rafe MacCallum prometió ocuparse de que lo hiciera, y el propietario del automóvil requisado se ofreció a llevarlo. El vehículo era un Ford que, en lugar de asiento posterior, tenía una cabaña en miniatura con una sola habitación, hecha de láminas de hierro y poco más grande que una perrera; a través de sus ventanas simuladas podía verse a una ama de casa también pintada sonriendo bobaliconamente junto a una máquina de coser igualmente pintada; dentro de la cabaña estaba colocada una máquina de coser auténtica, con la que el viajante recorría las zonas rurales. Su nombre era V. K. Suratt, y se trataba de un hombre de rostro despierto, que inspiraba confianza, y que en aquel momento estaba sentado detrás del volante. Bayard, con la cabeza llena de zumbidos, se hallaba a su lado, y en el guardabarros iba montado un joven de morenos antebrazos y ladeado sombrero de paja completamente nuevo, cuyo ágil cuerpo absorbía las sacudidas con negligente destreza juvenil a medida que el coche traqueteaba sin prisa por la carretera del valle.

El licor que le había dado el doctor Peabody, en lugar de sosegar su crispado sistema nervioso, ardía y rebotaba contra las paredes de su estómago y sólo servía para marearlo un poco; dentro de sus párpados cerrados, extrañas formas rojas daban vueltas en pulsátiles y tediosos ciclos. Bayard las contemplaba sin interés ni asombro mientras surgían de la oscuridad y giraban lentamente, se consumían y reaparecían, cada vez un poco más débiles a medida que su mente se aclaraba. Y sin embargo, mezclada con ellas de alguna manera, pero al mismo tiempo aparte y más allá de ellas, con serena indiferencia e inmóvil entre sus espirales sin sentido, surgía un rostro. Parecía tener alguna relación con el instante mismo que culminaba en la oscuridad producida por el golpe; y también, a pesar de su indiferencia, formaba parte del subsiguiente caos giratorio que ahora lo envolvía; era parte de todo ello, trayendo sin embargo a su centro mismo una especie de permanente frescura, como una leve brisa entre árboles frondosos. Así permaneció, indiferente y sin concretarse del todo, mientras las formas giratorias se transformaban en un sordo malestar exclusivamente físico debido a las sacudidas del coche, dejando a su alrededor, como un eco, aquella fresca serenidad y algo más: un sentimiento de fascinada repulsión, del que él o algo que él había hecho era el objeto.

Avanzaba la tarde. A los dos lados de la carretera el algodón y el maíz formaban puntiagudos promontorios verdes sobre la tierra fértil y oscura, y en las manchas de bosque florecido las palomas se arrullaban melancólicamente. Al cabo de un rato Suratt se salió de la carretera principal entrando en un desdibujado camino para

carros con hondos surcos, situado entre un sembrado y una zona de árboles. El sol les daba ahora de frente y Bayard se puso el sombrero delante de la cara.

—¿Le hace daño el sol? —preguntó Suratt a su lado—. Ya no falta mucho.

El camino se curvó entre árboles donde el sol llegaba intermitentemente y se alzó gradualmente hacia una cresta arenosa. Detrás, la tierra se extendió en campos irregulares mal cultivados, y más allá, entre un grupo de árboles frutales y un bosquecillo de plateados álamos, tan pálidos como ajénjo y que temblaban incesantemente aunque no había ni una brizna de viento, se alzaba una casita con techo de dos aguas. Más allá asomaba un granero gris y desvencijado mucho más grande. El camino se bifurcaba allí. Un ramal casi desdibujado con abundante arena torcía en dirección a la casa; el otro seguía entre malezas decrepitas hacia el granero. El joven que viajaba sobre el guardabarros introdujo la cabeza por la ventanilla del coche.

—Sigue hasta el granero —indicó.

Suratt obedeció. Más allá de la maleza que bordeaba el sendero una valla conseguía apenas mantenerse en pie y de entre las malas hierbas surgía la esteva de un arado cuya reja se oxidaba plácidamente sobre el suelo; otros aperos se enmohecían medio ocultos por la maleza: esqueletos de trabajo vestidos por la tierra que tendrían que haber violado y que se mostraba más benévola que ellos. La valla cambiaba de dirección haciendo un ángulo, Suratt detuvo el coche, el joven descendió, abrió un portón de maderas alabeadas, y Suratt entró con el coche en un corral que albergaba un carro de ruedas borrachas, una cama de fabricación casera y el oxidado esqueleto de un Ford. A los lados de su abombado radiador sin capó los dos faros le daban una expresión de paciente asombro, como una calavera. Había también una vaca enjuta que estaba rumiando y que los contempló con ojos melancólicos.

Las puertas del granero colgaban ebriamente de goznes quebrados, sujetas a las jambas con alambre de embalar retorcido; más allá, la caverna del zaguán bostezaba en rancia desolación: parodia de la acumulada plenitud de la tierra y de sus suculentas consecuencias. Bayard se sentó en el guardabarros, apoyó la vendada cabeza contra el coche y contempló cómo Suratt y el joven entraban en el granero y ascendían lentamente hasta desaparecer por los invisibles peldaños de una escalera de mano. La vaca seguía rumiando con la misma expresión de abatimiento, y bajo un grupo de retoños de acacia y de sauce, sobre la amarillenta superficie de una charca con orillas de arcilla resquebrajada por el sol, se deslizaban unos gansos, simulando nubecillas embarradas. Los rayos de un sol ya muy bajo iluminaban sus traseros y sus esbeltos cuellos y el descarnado flanco de la vaca, recorrido por rítmicos estremecimientos, subrayando sus ya visibles costillas con oro deslustrado. En seguida reaparecieron las piernas de Suratt tanteando el camino escalera abajo, seguidas de su cauteloso cuerpo, y tras él descendió sin esfuerzo el joven, dejándose caer de escalón en escalón con una sola mano.

El muchacho salió del granero llevando una garrafa de arcilla apoyada contra la pierna. Suratt lo siguió con su limpia camisa azul sin corbata y le hizo un gesto a Bayard con la cabeza; luego los dos doblaron la esquina del granero y se alejaron siguiendo la pared, entre malezas que les llegaban hasta la cintura. Bayard los alcanzó cuando el joven con la garrafa se deslizaba en ágil y continuo movimiento entre dos hilos muy flojos de alambre espinoso, Suratt se agachó para pasar más calmadamente y tensó el de arriba sujetando el de abajo con un pie mientras cruzaba Bayard. Detrás del granero la tierra descendía en sombras hacia la maraña vegetal de un sauce y un saúco, contra la que se recortaban como fantasmas jaspeados las siluetas de una haya gigantesca y de un grupo de retoños, y de donde subió a recibirlos una humedad tan refrescante como una brisa. La fuente surgía entre las raíces de la haya, iba a parar a un cerco de madera hundido hasta el borde en arena blanca que temblaba delicada e incesantemente bajo la límpida movilidad del agua, para deslizarse después hacia la maraña del sauce y el saúco sin hacer el menor ruido.

La tierra alrededor de la fuente estaba apisonada y alisada hasta parecer el suelo de una casa. Cerca de la fuente una ennegrecida cacerola de hierro descansaba sobre cuatro ladrillos, y debajo había un montón de incoloras cenizas, tizones apagados y los chamuscados restos de algunas ramillas. Apoyada contra la cacerola había una tabla de lavar, recubierta por un lado con una plancha de metal estriado, que brillaba con la uniforme opacidad de la plata vieja; una oxidada taza de estaño colgaba de una escarpia clavada en la haya junto a la fuente. El muchacho depositó la garrafa en el suelo y Suratt y él se sentaron ceremoniosamente frente a ella.

—No sé si nos meteremos en un lío dándole whisky a Bayard, Hub —dijo Suratt—. Pero el mismo doctor Peabody le dio un trago, de manera que calculo que podemos darle otro. ¿No es cierto, Bayard?

Sentado como estaba, tuvo que levantar la cabeza para mirar a Bayard con su rostro afable y despierto. Hub sacó el tapón hecho con el corazón de una mazorca y le pasó la garrafa a Suratt que se la ofreció a Bayard.

—Conozco a Bayard desde que llevaba pantalones cortos —explicó Suratt a Hub—, pero ésta es la primera vez que bebemos juntos. ¿No es cierto, Bayard?... Imagino que querrá usted un vaso para beber, ¿no?

Pero Bayard ya estaba bebiendo, con la garrafa inclinada sobre el antebrazo en posición horizontal y acercando la boca del recipiente a los labios con la misma mano, como mandan los cánones.

—Sabe beber de una garrafa, ¿verdad? —añadió Suratt—. Estaba seguro de que era un buen tipo —dijo, reivindicando lo acertado de su opinión con tono confidencial.

Bayard bajó la garrafa y se la devolvió a Suratt, que se la ofreció cortésmente a Hub.

—Sigue tú —dijo Hub—. ¿A qué esperas?

Suratt lo hizo así, con medidas contracciones de su tensa garganta, en relieve

sobre el verde concentrado de la maraña vegetal. Por encima de la corriente, los mosquitos giraban y se revolvían en un rayo horizontal de sol como erráticas limaduras de oro. Suratt pasó la garrafa a Hub y se secó la boca con el revés de la mano.

—¿Qué tal se encuentra ahora, Mr. Bayard? —preguntó. Después añadió laboriosamente—: Tendrá usted que disculparme. Creo que debiera haber dicho capitán Sartoris, ¿no es verdad?

—¿Por qué? —preguntó Bayard.

También él se sentó sobre los talones, de espaldas al árbol, junto a la límpida risa muda de la fuente. La loma por la que habían bajado ocultaba el granero y la casa y los tres estaban sentados en un minúsculo cuenco de paz, alejado del mundo y de sus rumores, lleno con la incesante y fresca respiración del manantial y con un rezumar de luz de sol entre el saúco y el sauce semejante a un vino muy lentamente derramado. Sobre la superficie de la fuente descansaba el reflejo del cielo, punteado de inmóviles hojas de haya. Hub se abrazaba las rodillas con los morenos antebrazos, mientras fumaba un cigarrillo bajo el ala inclinada de su sombrero de paja. Suratt estaba frente a él al otro lado de la fuente. Llevaba una camisa limpia de un azul descolorido, y en contraste con ella sus manos y su rostro eran de un uniforme marrón oscuro, como caoba. La garrafa reposaba en el centro, ofreciéndoles su generosa rotundidad.

—Sí, señor —repitió Suratt—, siempre descubro que la mejor cura para una herida es whisky en abundancia. Los médicos, esos médicos jóvenes tan estirados que hay ahora, dicen que no es cierto, pero el viejo doctor Peabody le cortó una pierna a mi abuelo mientras estaba tumbado en la mesa del comedor con una garrafa en la mano, un colchón y una silla sobre las piernas, y cuatro hombres sujetándolo; y él juraba y cantaba unas cosas tan escandalosas que las mujeres y los niños se fueron al prado, detrás del granero a esperar. Eche otro trago —dijo, alcanzando la garrafa desde el lado de allá de la fuente; y Bayard bebió de nuevo—. Imagino que se va sintiendo mucho mejor, ¿no es cierto?

—Que me aspen si lo sé —contestó Bayard—. Esto es dinamita, muchachos.

Suratt se echó a reír con la garrafa ya en el aire; luego aplicó los labios contra el cuello y su nuez subió y bajó de nuevo en arqueado relieve sobre las enmarañadas ramas del saúco y del sauce. El saúco florecería pronto, con pálidos grupos de flores diminutas. Miss Jenny hacía un poco de vino con ellas todos los años. Buen vino, si se sabía hacer y se tenía la paciencia necesaria. Vino de flores de saúco. Como el ritual de un juego infantil; para que lo jueguen niñas con pálidos vestidos después de cenar y antes de acostarse. Sobre la hondonada donde la luz del sol llegaba aún en un rayo horizontal, los mosquitos giraban y se revolvían como motas de polvo en una tranquila habitación que no se usa. La voz de Suratt seguía sonando afablemente, manifestando una y otra vez su cortés admiración por la dureza del cráneo de Bayard y por el hecho de que era aquélla la primera vez que Bayard y él echaban un trago

juntos.

Bebieron de nuevo y Hub empezó a pedirle pitillos a Bayard y a contar enjundiosas anécdotas salpicadas de palabrotas en su jerga campesina; anécdotas sobre whisky y chicas y dados; y en seguida Suratt y él empezaron a discutir amigablemente sobre el trabajo. Parecían capaces de seguir sentados eternamente en aquella postura, pero a Bayard se le durmieron las piernas en seguida y tuvo que estirarlas, padeciendo el característico hormigueo de la sangre liberada, de manera que se sentó con la espalda contra el árbol y las largas piernas por delante, oyendo la voz de Suratt sin escucharla.

Su cabeza no era ya más que una tensa incomodidad; a veces parecía separarse flotando de sus hombros y colgar junto a la muralla de verdor como un globo transparente, dentro o más allá del cual, aquella cara que ni llegaba a precisarse por completo ni desaparecía del todo, dejando así de molestarle, seguía persistiendo con incorpórea exasperación: unos ojos muy abiertos, asustados, asombrados sin perder su seriedad, dos manos alzadas que aparecían por un momento tras la minúscula camisa blanca y los pantalones azules, antes del brusco giro y del salto en el aire con la caída, el estruendo, el golpe, la oscuridad...

La voz lenta y convincente de Suratt seguía sonando incansable, pero sin cualidades irritantes. Parecía encajar sin problemas en el tranquilo escenario, hablando de cosas vulgares.

—La manera que tuve de aprender a cortar el algodón —estaba diciendo— fue que mi hermano mayor me llevó y me puso en la misma hilera por delante de él. Me enseñó cómo se hacía y no había hecho más que dar un par de golpes cuando vi que casi me había alcanzado. En el tiempo que yo tardaba en dar una azadonada él daba dos. Y por entonces nunca llevaba zapatos —añadió fríamente—. De manera que tuve que aprender a cortar de prisa. Pero juré que pasara lo que pasara, nunca volvería a plantar nada en cuanto pudiera evitarlo. Está muy bien para gente que tenga tierras, pero las familias como la mía nunca han tenido tierra y cada vez que hacíamos un surco, estábamos destripando terrones para otros. —Los mosquitos danzaban y giraban aún más de prisa en los rayos del sol sobre la escondida trayectoria del arroyo y la luz iba tomando un suntuoso matiz cobrizo. Suratt se puso en pie—. Bueno, muchachos, tengo que volver a la ciudad —miró de nuevo a Bayard con sus ojos sagaces y sociables—. Imagino que míster Bayard se ha repuesto completamente del golpe, ¿no crees?

—Maldita sea —dijo Bayard—, deja de llamarme Mr. Bayard.

Suratt cogió la garrafa.

—Sabía que era un buen tipo; sólo hace falta conocerlo bien —le dijo a Hub—. Lo conozco desde cuando apenas levantaba un palmo del suelo, pero no habíamos pasado juntos un rato como el de hoy. A mí me educaron como a pobre, mientras que la familia de Mr. Bayard vivía en esa casa tan grande, con mucho dinero en el banco y negros para servirlos. Pero él es un buen tipo —repitió—. Y no diré nada sobre

quién le invitó a whisky.

—Que lo diga si quiere —contestó Hub—. Me trae sin cuidado.

Bebieron de nuevo. El sol casi se había ocultado y desde las escondidas zonas pantanosas del arroyo llegaban los frágiles silbidos de las ranas jóvenes. Se oyó mugir a la vaca desde el corral, Hub colocó el tapón sobre la boca de la garrafa, le dio un golpe con la palma de la mano para ajustado y los tres subieron la loma por encima de la fuente y se agacharon para cruzar la valla de alambre espinoso. La vaca estaba junto a la puerta del granero, los vio aproximarse y volvió a mugir, melancólica y doliente. Los gansos habían salido de la charca y se dirigían procesionalmente, atravesando el corral, hacia la casa en cuya puerta, enmarcada por dos arbustos de mirto, permanecía inmóvil una mujer.

—Hub —dijo con característico acento campesino.

—Voy a la ciudad —le informó Hub lacónicamente—. Tendrá que ordeñarla Sue.

La mujer siguió en la puerta sin moverse. Hub entró en el granero con la garrafa. La vaca se dio la vuelta y lo siguió, pero él, al oírla, giró y le dio una sonora patada en las costillas, mientras la insultaba sin ira. Reapareció en seguida, se llegó al portón, lo abrió y esperó a que Suratt lo atravesara con el coche. Después lo cerró, pasó el alambre que hacía de picaporte y se subió al guardabarros. Pero Bayard se corrió hacia adentro y Hub entró también en el coche. La mujer seguía en la puerta, mirándolos en silencio. Cerca de la entrada los gansos se agitaban, erráticos, entre gritos discordantes y cuellos tan gráciles y ondulantes como los gestos ritualizados de una pantomima.

La sombra del bosquecillo de álamos se alargaba sobre los campos descuidados, y la del automóvil se adelantó también, como si fuera la sombra de un gigantesco pájaro jorobado. Subieron la colina arenosa entre los últimos rayos del sol, descendiendo luego hacia una penumbra violeta. La arena hacía el camino silencioso y el coche se inclinó sobre los gastados y torcidos surcos hasta salir de nuevo a la carretera del valle.

La luna, en cuarto creciente, estaba suspendida sobre sus cabezas, aunque todavía no daba luz alguna, y ellos continuaron camino de la ciudad, pasando de cuando en cuando un carro campesino de vuelta a casa; Suratt, que conocía a casi todo el mundo en el condado, los saludaba con un gesto de su mano morena y, en seguida, en el sitio en que la carretera cruzaba un puente de madera entre más sauces y saúcos y donde la penumbra era ya más densa, Suratt paró el coche y salió por la ventanilla.

—Quédense donde están —dijo—. Será cosa de un minuto. Tengo que llenar el radiador.

Le oyeron llegarse hasta la parte trasera del vehículo, para reaparecer luego con un cubo de hojalata y descender cautelosamente por la frondosa ribera. El agua reía y murmuraba bajo el puente, invisible en la penumbra, y su murmullo crecía con las voces de los grillos y las ranas. Sobre los sauces que señalaban su curso, los mosquitos todavía giraban y se revolvían, porque aparecían murciélagos de no se

sabía dónde cayendo en picado, desvaneciéndose luego a mitad de su trayectoria para reaparecer de nuevo contra el cielo sereno, descendiendo otra vez, silenciosos como gotas de agua sobre un cristal; rápidos, callados y decididos como si sus alas estuvieran hechas de penumbra y de silencio.

Suratt trepó por la ribera con su balde, quitó la tapa del radiador e inclinó el cubo sobre la abertura. La luna seguía luciendo descolorida sobre sus cabezas, aunque la débil sombra del balde caía ya sobre el capó del coche y, en la pálida tablazón del puente, las colgantes frondas de los sauces se repetían débilmente pero con delicada precisión. Cuando las últimas gotas de agua fueron aceptadas por las entrañas del motor con suaves borborismos, Suratt devolvió el cubo a la parte posterior del coche y trepó por encima de la puerta que no se abría. Los faros estaban alimentados por un generador y procedió a encenderlos. Mientras el coche iba en primera o en segunda, la luz aumentaba, pero cuando apretaba el embrague se convertía en un mero resplandor intermitente que arrojaba una vaga sombra luminosa sobre la cinta de la carretera.

Se hizo completamente de noche antes de que llegaran a la ciudad. Desde el valle sin altibajos las luces del reloj del juzgado eran como cuentas amarillas suspendidas sobre los árboles, por encima de la oscura línea del horizonte; sobre el verde resplandor crepuscular hacia el este, se alzaba una columna de humo como una pluma en equilibrio. Suratt los dejó a la puerta del restaurante, continuando después su camino. Al verlos entrar el propietario alzó su cónica cabeza y sus sumisos ojos asombrados tras la fuente de soda.

—¡Santo cielo, muchacho! —exclamó—. ¿Todavía no has vuelto a casa? El doctor Peabody anda tras de ti desde las cuatro, y Miss Jenny ha venido a la ciudad en el coche de caballos, buscándote. Te vas a matar como sigas haciendo estas cosas.

—Vete a ese infierno que tienes ahí mismo —contestó Bayard— y tráenos a Hub y a mí unos dos dólares de huevos con jamón.

Más tarde, cuando volvieron por la garrafa en el coche de Bayard, les acompañaba un tercer joven, factor en la estación del ferrocarril, y en el asiento de atrás tres negros con un contrabajo. Pero sólo llegaron hasta el límite del sembrado que quedaba por encima de la casa. Se quedaron allí mientras Hub seguía a pie por el camino arenoso bordeado de maleza que llevaba hacia la plateada soledad del granero. La luna brillaba pálida y fría sobre sus cabezas y por todas partes los insectos chillaban entre la maleza polvorienta. En el asiento de atrás los negros susurraban entre ellos.

—Hermosa noche —sugirió Mitch, el factor. Pero Bayard fumaba un pitillo melancólicamente, con la cabeza bien protegida por el casco de sus vendajes blancos. La luna y los insectos eran una sola realidad, audible y visible, carente de dimensiones y de origen.

Al cabo de un rato Hub apareció de nuevo en la diluida vaguedad de la carretera,

coronado por el resplandor de su sombrero y, alzando la garrafa hasta la portezuela, le quitó el tapón. Mitch se la pasó a Bayard.

—Bebe —dijo Bayard lacónicamente; Mitch lo hizo así y después también bebieron los otros.

—No tenemos nada para que beban los negros —dijo Hub.

—Es cierto —asintió Mitch. Luego giró en el asiento—. Muchachos, ¿ninguno de vosotros tiene un vaso o algo parecido?

Los negros emitieron suaves susurros, interrogándose entre sí con dulce consternación.

—Esperad —dijo Bayard. Apeándose, levantó el capó y quitó la tapa del tubo por donde se echaba el aceite—. No sabrá muy bien las dos primeras veces, pero después no lo notaréis ya.

—No, señor —asintieron los negros a coro. Uno de ellos cogió la tapadera, la limpió con una esquina de su chaqueta y fueron bebiendo por turno, chasqueando la lengua apreciativamente. Después Bayard puso la tapa en su sitio y se volvió a sentar.

—¿Alguien quiere otro trago ahora mismo? —preguntó Hub, colocando el tapón sobre la boca de la garrafa.

—Dale a Mitch —indicó Bayard—. Tiene que ponerse a nuestra altura.

Mitch volvió a beber. A continuación fue Bayard quien cogió la garrafa. Los otros lo miraron respetuosamente.

—Que me aspen si no bebe de verdad —murmuró Mitch—. Yo tendría miedo de beber tan de prisa si fuera usted.

—Es esta maldita cabeza. —Bayard bajó la garrafa y se la pasó a Hub—. Todas las veces pienso que con otro trago dejaré de molestarme.

—El doctor le puso el vendaje demasiado apretado —dijo Hub—. ¿Quiere que se lo aflojemos un poco?

—No sé —Bayard encendió otro cigarrillo y tiró la cerilla—. Me parece que me lo voy a quitar. Ya lo he tenido bastante tiempo puesto.

Alzó las manos y empezó a hurgar en el vendaje.

—Será mejor que no lo toque —le advirtió Mitch.

Pero Bayard estaba ya despegando el esparadrapo, luego metió los dedos por debajo de una de las vueltas de la venda y tiró de ella salvajemente. Uno de los negros se inclinó hacia adelante con una navajita y la cortó; los demás vieron en silencio cómo Bayard terminaba de quitársela, tirándola después.

—No debiera haber hecho eso —dijo Mitch.

—Déjale que se la quite si quiere —dijo Hub—. Está perfectamente.

Luego se sentó en el coche con la garrafa entre las rodillas. Bayard dio la vuelta. El camino arenoso silbó bajo sus anchos neumáticos y fue elevándose otra vez hacia los árboles donde la moteada luz de la luna se filtraba intermitentemente, creando engañosas perspectivas. Invisibles y sin ubicación entre los cambiantes dibujos de luz y sombra, las chotacabras sonaban como flautas de líquidas modulaciones. La

carretera salió del bosque y descendió, con la arena cubriendo los irregulares baches que el coche pasaba silenciosamente, hasta encontrarse entre campos cada vez más llanos que les llevaban a la recta carretera del valle. Al llegar a ella tomaron la dirección opuesta a la ciudad.

El automóvil siguió adelante, acompañado por el uniforme silbido del silenciador. Los negros del asiento de atrás susurraban entre sí y suaves ráfagas de risas escapaban de sus labios como fragmentos de papel que se alejaban revoloteando. Pasaron el portón de hierro y la casa de Bayard que soñaba serenamente a la luz de la luna entre los árboles, y también dejaron atrás el silencioso apeadero rectangular y la desmotadora con techo de metal sobre el desvío del ferrocarril.

Finalmente la carretera se empinó entre las colinas. A pesar de sus curvas, era ancha y lisa y estaba vacía, y los negros guardaron silencio cuando Bayard aumentó la velocidad, pero no era aún nada parecido a lo que habían imaginado. Otras dos veces más se detuvieron a beber y finalmente, desde la cima de una última colina vieron a lo lejos un grupo de luces. Hub volvió a quitar la tapa del tubo del aceite y bebieron una vez más.

Recorrieron pausadamente calles idénticas a las de Jefferson camino de una plaza también idéntica. Los peatones se volvían a mirarlos con curiosidad. Cruzaron la plaza sin detenerse y entraron en otra calle silenciosa; avanzaron entre amplias extensiones de césped y ventanas con las cortinas echadas, hasta que más allá de una verja de hierro, a bastante distancia entre árboles añosos, aparecieron ventanas iluminadas en ordenadas hileras, como linternas rectangulares colgadas entre las ramas.

Se detuvieron allí entre las sombras. Los negros se apearon y sacaron el contrabajo y una guitarra. El tercer negro sostenía entre las manos un esbelto cilindro adornado con registros sobre los que la intermitente luz de la luna se reflejaba con apagados brillos. Luego juntaron las cabezas, susurrando entre ellos y arrancando de las cuerdas sofocados acordes quejosos. Finalmente el del clarinete se lo llevó a los labios.

Las melodías eran antiguas. Algunas de ellas, sofisticadas y de complicada estructura; todo esto se perdía sin embargo al interpretarlas y quedaban hermanadas en quejumbrosa semejanza y borrosa y rítmica simplicidad, extendiéndose por el aire plateado en melancólicos acordes, disolviéndose y muriendo en ecos apagados entre las engañosas perspectivas de luna y sombras. Tocaron otra vez, un viejo vals. El perro guardián de la residencia universitaria acudió por el césped hasta la verja, pero sin intenciones hostiles. Al otro lado de la calle, entre las sombras, escuchaban otros espectadores; un coche se acercó, parándose junto a la acera, y apagó el motor y las luces; en las ventanas de la residencia se recortaban las cabezas, aureoladas por las luces de las habitaciones, sin individualidad, pero femeninas, distantes, delicadas y divinamente jóvenes.

Tocaron al fin *Home, sweet Home*, y cuando los últimos acordes en tono menor se

extinguieron, llegó hasta ellos un suave aplauso de manos esbeltas. Después Mitch cantó *Goodnight, Ladies* con su voz de tenor, demasiado acaramelada, y las palmas juveniles se hicieron más insistentes; luego, mientras el coche se alejaba, en las ventanas iluminadas seguían recortándose las gráciles cabezas, aureoladas de cabellos brillantes; los suaves aplausos les fueron siguiendo durante un largo rato, cada vez más débiles en el silencio plateado.

En la cima de la primera colina al salir de la ciudad se detuvieron y Hub quitó la tapa del tubo del aceite. Quedaban tras ellos las luces diseminadas entre los árboles, y era como si todavía les llegara, a través del mundo en silencio, el sonido de aplausos juveniles como delicadas flores, ofrecidas a su juventud y a su masculinidad; bebieron en silencio, sin hablar, envueltos todavía en la magia agonizante del momento perdido. Mitch cantaba muy bajo como para sí mismo; el coche se deslizaba ronroneando nuevamente. La carretera descendía en curvas suaves, vacías y descoloridas. La voz de Bayard resonó áspera, cortante.

—Quita el silenciador, Hub —dijo.

Hub se inclinó hacia adelante y extendió la mano bajo el tablero. El coche siguió deslizándose con un uniforme murmullo contenido como de alas tormentosas que se despiertan; luego la carretera se allanó en una larga curva hacia otra altura y el murmullo pasó a rugido en un rápido crescendo y el coche salió disparado hacia adelante con violencia capaz de desencajar el cuello. Los negros habían dejado de hablar y uno de ellos dejó escapar un grito que era un gemido.

—Reno ha perdido el sombrero —dijo Hub, mirando para atrás.

—No lo necesita —replicó Bayard. El automóvil rugió colina arriba, atravesó como una flecha la cumbre y tomó a la misma velocidad una curva flanqueada por un precipicio.

—¡Dios mío! —gimió el negro—. ¡Míster Bayard! —sus palabras salían volando como hojas arrancadas por el vendaval—. ¡Deje que me apee, míster Bayard!

—Salta si quieres —contestó Bayard.

La carretera se alejaba tras ellos como un suelo que se hunde y los iba precediendo a través del valle, tan recta como una cuerda tensa. Los negros sujetaban sus instrumentos y se agarraban entre sí. El cuentakilómetros señaló 55 y 60 y siguió avanzando lentamente. Casas aisladas surgían ante el abanico luminoso de los faros, brillando un instante para adormecerse otra vez en la distancia, mientras campos y zonas de bosque se transformaban en túneles.

La carretera siguió atravesando la tierra, negra y plateada. Las chotacabras se llamaban unas a otras desde ambos lados en inquieto asombro de líquidas modulaciones; a intervalos, cuando la luz de los faros, en las curvas pronunciadas, se salía de la carretera, dos puntos de pálido fuego parpadeaban en el polvo antes de que el pájaro desapareciera torpemente en algún lugar por debajo del radiador. La cordillera seguía elevándose, con pendientes boscosas a ambos lados. De cuando en cuando se veían cabañas de negros construidas a mitad de una ladera o junto a la

carretera.

El automóvil se hundió para volver a alzarse después en una larga pendiente interrumpida por otro descenso; después la carretera se alzó directamente delante de ellos como una pared. El coche siguió disparado cuesta arriba y al llegar al cambio de rasante las cuatro ruedas abandonaron la calzada, cayendo después en picado mientras el unísono gemido de los negros quedaba flotando, desesperanzado, sobre la carretera. Finalmente, la cordillera alcanzó su punto más alto; allí cesó el rugido del coche que, poco a poco, disminuyó la marcha hasta detenerse por completo. Los negros estaban sentados en el suelo.

—¿Es esto el cielo? —murmuró uno al cabo de un rato.

—No creo que te dejaran entrar oliendo a whisky y sin sombrero, muchacho —dijo otro.

—Si el Señor no tiene más cuidado de mí que de mi sombrero, no tengo interés en ir allí —replicó el primero.

—Mmmm —asintió el segundo—. Cuando bajábamos la última cuesta, casi se me fue de las manos el clarinete y no digamos nada del sombrero.

—Pues cuando saltamos sobre aquel tronco o lo que fuese allí atrás —añadió el tercero—, pensé por un momento que todo el automóvil se me había ido de las manos.

Bebieron de nuevo. Estaban a bastante altura y la brisa era más fresca. A ambos lados yacía un valle en sombra, lleno de chotacabras que cantaban incesantes; más allá de aquellos valles, la tierra plateada seguía girando en el cielo. Atravesándola, dolorido y remoto, llegó el aullido de un perro. La cabeza de Bayard estaba tan fría y tan clara como una campana sin badajo y sin viento. Dentro de ella, aquel rostro apareció por fin con claridad: los dos ojos tan abiertos, graves y llenos de asombro, serenamente coronados por cabellos oscuros partidos en dos. Era esa chica Benbow, dijo para sus adentros, y se quedó quieto un rato, mirando al cielo. Las luces del reloj del juzgado brillaban uniformes, amarillas y sin parpadeos, a una distancia imprecisa; pero en todas las otras direcciones el mundo seguía girando con sus dormidas cordilleras, lechosamente opalinas.

Cuando llegó la hora de cenar había perdido el apetito y tía Sally Wyatt engulló sus alimentos blandos, especialmente preparados para ella, mientras se lamentaba de que Narcissa no quisiera comer.

—Mi madre se ocupaba de que me tomara una buena taza de té de safrán cuando me sentaba enfurruñada a la mesa y no quería comer —hizo saber tía Sally—, pero ahora todo el mundo cree que el Señor les mantendrá sanos sin que tengan que molestarse en levantar un dedo.

—Estoy perfectamente —insistió Narcissa—. Lo único que me pasa es que no tengo ganas de cenar.

—Eso es lo que tú dices. Si te pones enferma, Dios sabe que me faltan las fuerzas para cuidarte. En mis tiempos los jóvenes eran más considerados con las personas de edad.

Tía Sally siguió masticando con su característica falta de elegancia —quejosa y monótonamente rememorativa—, mientras Narcissa jugueteaba inquieta con los alimentos que se sentía incapaz de comer. Más tarde tía Sally continuó su monólogo en la mecedora, mientras proseguía su interminable labor de costura. Nunca explicaba qué sería cuando estuviera terminada, ni para quién la hacía, aunque llevaba quince años trabajando en ella, como tampoco se desprendía nunca de una informe bolsa, sucia y raída, de brocado, que contenía retales de colores de todas las formas imaginables. No acababa de decidirse a cortarlos, de manera que les daba vueltas, los colocaba en una posición, cavilaba, y volvía a cambiarlos como si fueran trozos de un rompecabezas, tratando de encajarlos en un patrón, o de crearlo sin tener que cortarlos; y así seguía alisando los retales de colores sobre una mesa con dedos blandos y pacientes de color de masilla, cambiándolos de sitio una y otra vez. En el delantero de su vestido estaba clavada, todavía sin utilizar, la aguja que Narcissa le había enhebrado.

La muchacha estaba sentada al otro lado de la habitación, con un libro sobre el regazo. La voz de tía Sally zumbaba con quejumbrosa perseverancia mientras Narcissa leía. De repente se levantó, dejó el libro, cruzó la habitación y entró en el cuarto donde estaba el piano. Pero antes del cuarto compás, dejó caer las manos sobre el teclado, bajó la tapa y fue a llamar por teléfono.

Miss Jenny le agradeció su solicitud ásperamente, y se atrevió a afirmar que Bayard estaba perfectamente bien y seguía siendo un miembro activo de la —así llamada— raza humana; de lo contrario habrían recibido ya alguna comunicación del forense. No, no se sabía nada de él desde que Loosh Peabody telefonara a las cuatro en punto para informarle de que Bayard iba hacia casa con la cabeza rota. Que tuviera la cabeza rota lo había aceptado inmediatamente; en cambio la otra parte del mensaje no le había parecido digna de crédito, ya que después de vivir ochenta años con aquellos condenados Sartoris sabía muy bien que a ninguno que tuviera la cabeza rota se le ocurriría volver a casa. No, tampoco sentía el menor interés por su ubicación presente, y confiaba en que no hubiese hecho daño al caballo. Los caballos eran animales valiosos.

Narcissa regresó a la sala de estar y explicó a tía Sally con quién había estado hablando y por qué; luego acercó una silla baja a la lámpara y tomó de nuevo el libro.

—Está bien —dijo tía Sally al cabo de un rato—. Si no vas a decirme ni una palabra... —Amontonó sus retales de colores y los volvió a meter en la bolsa de brocado—. A veces doy gracias a Dios de que tú y Horace no seáis parientes míos, viendo la forma que tenéis de comportaros. Aunque si quisieras sasafrás, no sé quién te lo conseguiría: yo ya no puedo ir a cogerlo y tú serías capaz de confundirlo con manzanilla cimarrona o con candelaria.

—Pero si estoy perfectamente —protestó Narcissa.

—Tú sigue así —insistió tía Sally—, y cuando tengas que meterte en la cama sólo estaremos yo y esa negra con cabeza de chorlito para cuidarte. Que yo sepa, lleva seis meses sin quitar el polvo a los cuadros. Y yo he hecho todo lo posible, excepto rogar y suplicar. —Se puso en pie, dio las buenas noches y salió renqueando de la habitación.

Narcissa continuó sentada, pasando páginas, oyendo cómo la otra subía las escaleras acompañada por los laboriosos y mesurados golpes de su bastón de ébano, y durante algún tiempo más siguió sentada pasando las páginas del libro. Al cabo de un rato lo dejó y volvió al piano, pero tía Sally golpeó el suelo con el bastón desde el piso de arriba, por lo que Narcissa desistió y regresó a su libro. De manera que cuando poco después el doctor Alford llamó a la puerta, lo recibió con sincero alivio.

—Pasaba por aquí y oí el piano —explicó—. ¿Ha dejado usted de tocar?

Ella le explicó que la tía Sally ya se había acostado, y él se sentó ceremoniosamente y con el tono pedante y envarado que le era habitual estuvo habiéndole durante dos horas de temas tan eruditos como carentes de interés. Luego se fue y Narcissa se quedó en la puerta viéndole alejarse. La luna brillaba en el cielo; a lo largo de la avenida, los cedros, en solemne curva, apuntaban hacia un cielo pálido y vagamente estrellado.

Narcissa regresó a la sala de estar, recogió el libro, apagó las luces y subió las escaleras. Al otro lado del corredor tía Sally roncaba plácidamente y Narcissa se quedó un momento en el descansillo, escuchando aquel ruido tan familiar. «Qué bien me parece que Horry esté a punto de volver a casa», pensó mientras echaba otra vez a andar.

Encendió la luz, se desnudó, y se llevó el libro a la cama; allí siguió manteniendo su imaginación deliberadamente sumergida en él como se mantiene en un perrillo recién nacido bajo el agua hasta que su cuerpo deja de ofrecer resistencia. Y al cabo de un rato su mente se rindió al libro incondicionalmente y continuó leyendo, deteniéndose a veces para pensar gustosamente en el sueño y seguir después con la lectura. Así que cuando los negros empezaron a tocar sus instrumentos delante de la casa, apenas les hizo el menor caso. «¿Qué hacen esos locos dándome una serenata?», pensó, vagamente divertida, imaginándose inmediatamente a tía Sally con su gorro de dormir asomada a la ventana y gritándoles que se fueran. Y siguió en la cama, con el libro entre las manos, viendo sobre sus páginas abiertas la escena imaginada, mientras subía hasta su ventana el ritmo melancólico de las cuerdas y del clarinete.

Pero de pronto se sentó en la cama completamente rígida, poseída de una absoluta certeza; cerró el libro de golpe, se levantó de la cama y fue a mirar por la ventana de la habitación vecina.

Los negros estaban agrupados sobre el césped: el deslustrado clarinete, la guitarra, y el bulto solemne y algo cómico del contrabajo. En la entrada de la avenida,

junto a la calle, un automóvil permanecía en la sombra. Los músicos tocaron sólo una vez, alguien los llamó desde el coche y se retiraron cruzando el césped. El automóvil se alejó en seguida con las luces apagadas. A Narcissa no le cupo ya ninguna duda: sólo a él se le ocurriría tocar una pieza bajo la ventana de una dama y marcharse acto seguido, nada más despertarla.

Regresó a su habitación. El libro descansaba boca abajo sobre la cama, pero Narcissa volvió a la ventana y se quedó allí, entre las cortinas abiertas, mirando el mundo negro y plateado y la noche serena. Sentía el sereno frescor del aire contra la cara y entre sus oscuros cabellos partidos en dos. «El animal, el muy animal», musitó. Luego cerró las cortinas y descalza, en total silencio, bajó de nuevo las escaleras y buscó a tientas el teléfono. Con los dedos cubrió la campana para que no se oyera apenas.

La voz de Miss Jenny resonó en la noche con su habitual energía y fría aspereza, sin manifestar sorpresa ni curiosidad. No, no había vuelto a casa porque a aquellas horas estaba convenientemente encerrado en la cárcel, o al menos eso creía ella, a no ser que la policía municipal estuviera demasiado corrompida para obedecer la petición de una dama. ¿Una serenata? Bobadas. ¿Qué interés tendría Bayard en ir por ahí dando serenatas? No podía hacerse daño dando serenatas, a no ser que alguien lo matara, tirándole una plancha o un despertador. Y, ¿por qué se preocupaba por él?

Narcissa colgó y estuvo durante unos instantes en la oscuridad, golpeando con los puños la indiferente caja del teléfono. El animal, el muy animal.

Había recibido tres visitas aquella noche. Un visitante acudió de forma oficial; el segundo sin pedir que se le recibiera; el tercero, anónimamente.

El garaje donde Narcissa guardaba su coche era un pequeño edificio de ladrillo rodeado de enredaderas. Una de las paredes continuaba la valla del jardín. Más allá de la valla, un pasaje en el que crecía la hierba llevaba hasta la calle. El garaje quedaba a unas quince yardas de la casa y su tejado se hallaba a la misma altura que el piso alto. Las ventanas del dormitorio de Narcissa daban precisamente al tejado de pizarra del garaje.

Este tercer visitante entró por el callejón, se subió a la valla del jardín y de allí al tejado del garaje, donde se quedó tumbado bajo la sombra de un cedro cuyas ramas empezaban un poco más arriba, protegiéndose así de la luz de la luna. Pasó mucho tiempo tumbado allí. La habitación frente a él estaba a oscuras cuando llegó, pero, con singular perseverancia, se había mantenido tan silencioso y tan quieto como un animal, sin hacer otro movimiento que levantar de cuando en cuando la cabeza para reconocer rápidamente el escenario con los furtivos dardos de sus ojos.

Pero la habitación frente a él seguía a oscuras al cabo de una hora. En el intervalo entró un coche (que él reconoció porque tenía identificados todos los automóviles de la ciudad) y un hombre cruzó el umbral de la casa. Pasó otra hora y la habitación

seguía a oscuras y el coche continuaba parado delante de la casa. Luego el visitante salió y desapareció con su automóvil, y un momento después se apagaron las luces del piso bajo, en seguida la ventana frente a él se iluminó y a través de los visillos casi transparentes vio moverse a Narcissa por la habitación y contempló sus difuminados movimientos mientras se desnudaba. Luego dejó de verla. Pero la luz continuaba encendida y él siguió tumbado con infinita paciencia, de manera que todavía estaba allí cuando al cabo de otra hora un coche distinto se detuvo en la calle y tres hombres que llevaban un bulto de extraña conformación subieron por la avenida y se colocaron bajo la ventana a la luz de la luna; siguió allí mientras tocaban su pieza y se marchaban. Después de que se fueran, ella se acercó a la ventana, abrió los visillos y se quedó quieta durante un rato, con los oscuros cabellos partidos en dos, mirando directamente al sitio donde sus ojos permanecían ocultos.

Luego los visillos se cerraron de nuevo y una vez más la muchacha se convirtió en un borroso movimiento detrás de la ventana. En seguida se apagó la luz y él siguió boca abajo sobre la inclinada vertiente del tejado, absolutamente inmóvil durante mucho tiempo, lanzando incansables miradas furtivas, rápidas como dardos, que captaban todos los detalles de una vez, como los animales.

Finalmente llegaron a casa de Narcissa. Habían visitado las casas adormecidas de todas las otras chicas solteras una a una, quedándose en el coche mientras los negros, sobre el césped, combinaban los sonidos de sus instrumentos. Habían visto aparecer cabezas en ventanas a oscuras; en otros casos se habían encendido las luces; en una ocasión se les invitó a entrar, pero Hub y Mitch, desconfiados, no quisieron aceptar; en otra les sacaron refrescos y en otra, finalmente, recibieron las maldiciones de un joven que estaba sentado con la muchacha en cuestión en un porche a oscuras. Mientras tanto habían perdido el tapón del tubo del aceite y en el trayecto entre casa y casa, los seis bebían fraternalmente de la garrafa, pasándola de mano en mano. Cuando llegaron a casa de los Benbow, los negros cruzaron el césped y tocaron bajo los cedros. Había luz en una ventana pero nadie se asomó a mirar.

La luna estaba muy baja en el cielo. Su luz era ya un frío fulgor de plata, gastado y un poco aburrido, y el mundo daba la impresión de estar completamente desierto mientras avanzaban con los faros apagados por una calle sin vida y tan anclada en negro-y-plata como cualquier calle de la misma luna. Pasaron bajo sombras intermitentes, atravesaron cruces de tranquilas calles que se difuminaban a lo lejos, descubriendo de cuando en cuando un coche inmóvil junto a la acera delante de una casa. Un perro cruzó la calzada trotando delante de ellos, y siguió por un trozo de césped hasta perderse de vista, con aire resuelto aunque sin prisa; pero excepto esto nada se movía en ningún sitio.

La plaza se abría espaciosamente alrededor de la masa de olmos de color ajeno turbio que encuadraba el juzgado. Entre los árboles los globos redondos de los faroles

se parecían más que nunca a gigantescos y pálidos granos de uva. Sobre la cámara acorazada, en cada uno de los bancos, estaba encendida una sola bombilla; en el vestíbulo del hotel, frente al cual se alineaban unos cuantos automóviles, brillaba otra más mortecina. Pero no quedaban más luces.

Dieron la vuelta alrededor del juzgado y una sombra se movió junto a la puerta del hotel, llegándose hasta la acera; su camisa blanca destacaba apenas entre los tonos oscuros de la chaqueta desabrochada. Cuando el coche, lentamente, se alejaba camino de otra calle, el hombre los llamó. Bayard disminuyó la marcha hasta pararse, y el hombre atravesó el polvo descolorido y puso una mano en la portezuela.

—Hola, Buck —dijo Mitch—. ¡Qué tarde te acuestas!

El hombre tenía una cara de caballo tranquilo y bonancible y llevaba una estrella de metal en el chaleco sin abrochar. La chaqueta le abultaba un poco más de lo normal a la altura de la cadera.

—¿Qué habéis estado haciendo, chicos? —preguntó—. ¿Venís de un baile?

—Dando una serenata —contestó Bayard—. ¿Quieres un trago?

—No, muy agradecido —seguía con la mano en la puerta, serio y afable al mismo tiempo—. ¿Y no es también un poco tarde para que estéis levantados?

—Sí que se está haciendo tarde —asintió Mitch.

El policía puso un pie en el guardabarros. Bajo el ala del sombrero los ojos le quedaban en sombra.

—Ya nos íbamos —dijo Mitch.

Hub musitó algo, quedamente, y Bayard añadió:

—Claro; estamos ya camino de casa.

El policía torció la cabeza ligeramente y se dirigió a los negros:

—Imagino, muchachos, que también vosotros habéis terminado por hoy, ¿no es cierto?

—Sí, señor —contestaron los negros, apeándose y sacando el contrabajo.

Bayard le puso a Reno un billete en la mano; luego los negros le dieron las gracias y las buenas noches, levantaron el contrabajo y se marcharon silenciosamente por una calle lateral. El policía giró de nuevo la cabeza.

—¿No es tu coche el que está delante del café de Rogers, Mitch? —preguntó.

—Imagino que sí. Ahí es donde lo dejé.

—Bien; supongamos que llevas a Hub a su casa, a no ser que vaya a quedarse esta noche en la ciudad. En cuanto a Bayard, será mejor que venga conmigo.

—¡Caramba, Buck! —protestó Mitch.

—¿Por qué me tengo que ir contigo? —quiso saber Bayard.

—Su familia está preocupada —dijo el otro, hablando con Mitch y Hub—. No han tenido la menor noticia desde que lo tiró el caballo. ¿Qué has hecho con la venda, Bayard?

—Me la quité —contestó él, lacónicamente—. Mira, Buck: íbamos ya a dejar a Mitch y luego Hub y yo seguiremos derechos hasta casa.

—Estás en camino para casa desde las cuatro de la tarde —respondió el policía tranquilamente—, pero no parece hacer grandes progresos. Será mejor que vengas conmigo como ha dicho tu tía.

—¿Te ha dicho la tía Jenny que me detengas?

—Están preocupados por ti. Miss Jenny acaba de telefonar y de pedirme que me encargue de que no te pase nada durante lo que queda de noche. Creo que será lo mejor. Tenías que haberte ido a casa por la tarde.

—¡Caramba, Buck, no seas tan duro! —dijo Mitch.

—Prefiero enfadar a Bayard que a Miss Jenny —contestó el otro pacientemente—. Vosotros seguid por vuestra cuenta y que Bayard venga conmigo.

Mitch y Hub se apearon, Hub sacó su garrafa, los dos dijeron buenas noches y se dirigieron hacia el sitio donde estaba aparcado el Ford de Mitch. El policía se sentó al lado de Bayard. La cárcel no estaba lejos. En seguida apareció junto al patio amurallado, cuadrada e implacable, con las ventanas del piso alto, poco más anchas que rendijas, tan brutales como sablazos. Entraron en un callejón y el policía se apeó y abrió un portón. Bayard metió el coche en un patio sucio y sin hierba mientras el otro cruzaba hasta un pequeño garaje con un Ford en el interior. Lo sacó marcha atrás e hizo un gesto a Bayard con la mano. El garaje estaba construido para las dimensiones del Ford y cuando el parachoques de Bayard tocó la pared del fondo, todavía quedaba fuera una parte del coche.

—Mejor que nada —comentó el policía—. Vamos.

Pasando por la cocina, llegaron a la zona donde vivía el carcelero, y Bayard se quedó esperando en un pasillo oscuro hasta que el otro encontró la luz y entraron en una habitación limpia y sin personalidad, con unos pocos muebles de conglomerado y alguna ropa de hombre.

—Oye —protestó Bayard—, ¿me vas a dar tu cama?

—No la necesitaré hasta mañana —contestó el otro—. Ya te habrás ido para entonces. ¿Quieres que te ayude a quitarte la ropa?

—No. Estoy perfectamente —y luego añadió más amablemente—: Buenas noches, Buck, y muchas gracias.

—Buenas noches —contestó el policía.

Cerró la puerta al salir, Bayard se quitó la chaqueta, los zapatos y la corbata, apagó la luz y se tumbó en la cama. La luz de la luna se filtraba en la habitación de manera impalpable, sin origen visible; el silencio era absoluto. Más allá de la ventana se alzaba una cornisa en sucesivos escalones poco profundos; y más allá, el cielo, opalino e infinito. Bayard tenía la cabeza clara y fría. El efecto del whisky había desaparecido por completo. O más bien era como si su cabeza fuera un Bayard tumbado en una cama extraña y cuyos nervios, adormecidos por el alcohol, se extendían como cintas de hielo a través de aquel cuerpo que tenía que arrastrar constantemente consigo por un mundo sombrío y desierto.

Se quedó así, tumbado boca arriba, mirando por una ventana donde no había nada

que ver, esperando a que llegara el sueño, sin saber si vendría o no y sin importarle un camino cualquiera de las dos posibilidades. Nada que ver y todo el largo trayecto de una vida humana por delante. Tres veces veinte y diez más arrastrando por el mundo un cuerpo testarudo, defraudando sus insistentes demandas. Tres veces veinte y diez más, decía la Biblia. Setenta años. Y él no tenía más que veintiséis. Poco más de la tercera parte. Se lo llevaban los demonios.

TRES

HORACE BENBOW, con su limpio uniforme caqui que le sentaba horriblemente mal, pero que servía para acentuar su aspecto de elegante y delicada futilidad, y cargado con una asombrosa impedimenta de mochilas, maletines y paquetes, se apeó del tren de las dos y media. A través de la muchedumbre de pasajeros que descendían del tren o se subían a él, le llegó el sonido de una voz que pronunciaba su nombre, y Horace paseó de un lado a otro su mirada aturdida, como un sonámbulo que se despierta con gran esfuerzo para evitar que lo atropellen, examinando la multitud de rostros.

—Hola, hola —dijo, y, abriéndose paso, llegó a un sitio despejado; allí se desprendió de todos los bultos que llevaba y con inusitada rapidez se dirigió hacia la cabecera del tren, donde se hallaba el vagón de los equipajes.

—¡Horace! —llamó de nuevo su hermana, corriendo tras él. El factor salió de su oficina, lo detuvo sujetándolo como si fuera un inquieto caballo de raza, estrechó su mano, y en aquel momento su hermana lo alcanzó. Él se volvió al oír su voz, salió por completo de su ensimismamiento, la cogió en brazos hasta que los pies de Narcissa perdieron contacto con el suelo y la besó en la boca.

—Mi querida Narcy —dijo, besándola de nuevo. Después la depositó en el suelo y le pasó las manos por la cara como haría un niño.

—Mi querida Narcy —repitió, tocándole la cara con sus finas y delicadas manos, contemplándola como si estuviera bebiendo la inextinguible serenidad de su hermana a través de la mirada. Y continuó repitiendo Mi querida Narcy y acariciándole la cara, completamente olvidado de lo que le rodeaba, hasta que ella se lo recordó.

—¿Puede saberse a dónde vas en esta dirección?

Entonces él cayó en la cuenta, se separó de ella, apresuró el paso, seguido de Narcissa, hasta detenerse frente a la puerta del vagón de los equipajes, donde el mozo de la estación y el del tren recogían los baúles y las cajas a medida que el factor los iba colocando inclinados sobre el borde.

—¿No puedes mandar luego a recogerlo? —preguntó Narcissa.

Pero él siguió mirando hacia el interior del vagón, olvidándola de nuevo. Tuvo que apartarse porque estorbaba el trabajo de los dos negros, pero siguió escudriñando el interior del tren, con movimientos de cabeza semejantes a los de un pájaro.

—Ya mandaremos luego a buscarlo —sugirió su hermana nuevamente.

—¿Cómo? Cada vez que cambiaba de trenes he venido a comprobar que no la habían perdido —explicó, olvidando por completo lo que Narcissa le había dicho—. Sería absurdo que desapareciera cuando la tengo ya a la puerta de mi casa, ¿no te parece?

Los negros se alejaron llevando un baúl y él se adelantó otra vez y escudriñó el interior del vagón.

—Y seguro que es eso lo que ha pasado; algún mozo se olvidó de ponerlo en el

tren en M... Ahí está —se interrumpió—. Tenga cuidado, por favor —exclamó con febril alarma al ver que el empleado del tren dejaba caer sobre el borde del vagón una caja de aspecto extranjero, marcada con una dirección militar—. Tiene cristal dentro.

—De acuerdo, coronel —asintió el empleado—, creo que no hemos roto nada. Pero en el caso contrario no tiene más que demandarnos.

Los dos negros regresaron junto al tren y Horace posó sus manos sobre la caja mientras el empleado la inclinaba.

—Tened cuidado, muchachos —repitió nervioso, y los siguió al trote por el andén—. Dejadla en el suelo muy despacio. Oye, Narcy, ¿quieres echarnos una mano?

—La tenemos bien sujeta, capitán —dijo el mozo de la estación—. No vamos a dejarla caer.

Pero Horace siguió tocándola suavemente y cuando la depositaron en el suelo, inclinó la cabeza sobre ella, escuchando.

—No se ha roto nada, ¿verdad?

—Está perfectamente —le tranquilizó el mozo del tren. Luego se dio la vuelta—. ¡Vámonos! —gritó en dirección al factor.

—Me parece que no le ha pasado nada —concedió Horace, todavía con la oreja pegada a la caja—; no oigo ningún ruido. Está muy bien embalada.

La máquina silbó, Horace se incorporó de un salto y echó a correr hacia los vagones en movimiento, buscándose algo en el bolsillo. El mozo estaba ya cerrando la puerta corredera, pero se agachó hacia la mano extendida de Horace y al incorporarse después saludó tocándose la gorra. Horace volvió junto a su caja y le dio otra moneda al mozo de la estación.

—Haz el favor de meterla dentro con cuidado —le indicó—. Volveré en seguida por ella.

—Sí, míster Benbow. Ya me ocupo yo de ella.

—Una vez creí que se había perdido —explicó mientras agarraba a su hermana del brazo y echaban a andar en dirección contraria, camino del automóvil—. En Brest la dejaron en tierra y tuvo que esperar al barco siguiente. El primer equipo que compré, uno más pequeño, lo llevaba conmigo y ése casi lo perdí también. Estaba haciendo una pequeña vasija en mi camarote una tarde cuando se prendió fuego todo, incluida la cabina. El capitán decidió que sería mejor no volver a intentarlo hasta que llegara a tierra, teniendo en cuenta la de hombres que había a bordo. La vasija salió bastante bien, a pesar de todo —hablaba deprisa, descargándose de la tensión anterior—. Francamente bonita. Estoy mejorando mucho, te lo digo en serio. Venecia. Un sueño de voluptuosidad, aunque un poco siniestro. Tengo que llevarte allí algún día.

Luego apretó el brazo de su hermana y repitió varias veces Mi querida Narcy, como si al modular con su lengua el familiar diminutivo paladeara un sabor que le gustaba mucho y que no había olvidado. Todavía quedaban unas cuantas personas en la estación. Algunos le hablaron y él se detuvo a estrecharles la mano; un marinero raso con el emblema de la Segunda División en el hombro —una cabeza india— se

percató del triángulo^[11] en la manga de Horace y emitió un ruido de desprecio sin separar los labios.

—¿Cómo estás, compañero? —dijo Horace, volviéndose tímidamente hacia él, con aire sorprendido.

—Buenas tardes, general —contestó el marinero. Luego escupió, sin apuntar a los pies de Horace pero tampoco a ningún otro sitio preciso.

Narcissa con el codo apretó el brazo de su hermano.

—Vámonos a casa para que te pongas una ropa más decente —dijo en voz baja, tirando de él.

—¿Que me quite el uniforme? —dijo—. Yo me siento muy bien vestido de caqui —añadió, un tanto herido—. ¿De veras crees que estoy ridículo vestido así?

—Claro que no —contestó ella inmediatamente, apretándole la mano—. Claro que no. Siento haberte dicho eso. Puedes llevar el uniforme todo el tiempo que quieras.

—Es un buen uniforme —dijo Horace, tratando de no poner énfasis en la voz—. No me refiero a esto —añadió, señalando el emblema que llevaba en la manga. Siguieron andando—. La gente se dará cuenta de ello dentro de diez años, cuando se haya pasado la histeria de la no intervención y cada uno de los soldados descubra que el Ejército Expedicionario Americano no inventó la desilusión.

—¿Qué ha inventado entonces? —preguntó ella, apretándole el brazo y rodeándolo con la cálida e indiscriminada serenidad de su afecto.

—Sabe Dios... Mi querida Nancy —dijo él de nuevo, mientras cruzaban el andén en dirección a su coche—. Así que tanto caqui te ha embotado el paladar.

—Por supuesto que no —contestó ella, sacudiéndole un poco el brazo antes de soltarlo—. Lleva el uniforme todo el tiempo que quieras.

Narcissa abrió la portezuela del coche. Alguien los llamó y al volver la cabeza vieron al mozo trotando hacia ellos con el equipaje de mano que Horace había olvidado en el andén.

—Vaya por Dios —exclamó Horace—: estoy pendiente de ello durante cuatro mil millas y lo pierdo al llegar a casa. Muchas gracias, Sol. —El mozo metió las cosas dentro del coche—. Es el primer equipo que compré —añadió, dirigiéndose a su hermana—. Y la vasija que hice a bordo. Te la enseñaré cuando lleguemos a casa.

Narcissa se sentó al volante.

—¿Dónde llevas la ropa? ¿Dentro de la caja?

—Me he quedado sin nada. Tuve que desprenderme de la mayor parte al hacer sitio para lo otro. No quedó más espacio.

Su hermana lo miró un momento con incredulidad y afectuosa irritación.

—¿Qué te pasa? —preguntó él inocentemente—. ¿También has olvidado tú algo?

—No. Sube. Tía Sally está esperando para verte.

El coche remontó la sombreada y suave colina hacia la plaza, y Horace contempló feliz escenas familiares. Vías muertas con vagones de mercancías; el andén que en

otoño estaría lleno de balas de algodón en apretadas filas; la central eléctrica de la ciudad, un edificio de ladrillo del que surgía un continuo zumbido sin altibajos, y a cuyo alrededor, en primavera, los nudosos árboles del paraíso balanceaban sus flores de color lila contra el ocre chillón y el almagre del terraplén de arcilla que había detrás. Luego una calle con casas más bien pequeñas, nuevas en su mayor parte. Idénticas casas diminutas con la menor cantidad posible de césped —hogares edificadas por campesinos y situados muy cerca de la calle, según la moda rural—; en otros casos, edificios en construcción en solares que estaban vacíos dieciséis meses antes, cuando él se marchara. Más allá se extendían otras calles con más sombra y casas un poco más antiguas y un poco más señoriales a medida que se alejaban de la estación; y peatones: a esta hora, usualmente, muchachos negros haraganeando o ancianos camino de la ciudad después de la siesta, para pasar la tarde en serias ocupaciones perfectamente inútiles.

La colina terminaba en la meseta sobre la que se construyó la ciudad propiamente dicha más de cien años atrás, y la calle adquirió en seguida un aire decididamente urbano, con garajes y tiendas nuevas con comerciantes en mangas de camisa y clientes; el cine, y su vestíbulo cubierto con las coloreadas mutaciones litográficas que imitaban la vida. A continuación la plaza, con los enormes techos bajos de los edificios de ladrillo deslucido por el tiempo y los descoloridos nombres muertos que se negaban testarudamente a desaparecer bajo los más recientes, superimpuestos; y negros a la deriva con ropa de dril usada por los dos sexos; campesinos con prendas de color caqui; y la gente de la ciudad, más apresurada, tejiendo sus trayectorias entre la tranquila placidez de los que mascaban chicle y de los grupos sentados en sillas delante de algunas tiendas.

El juzgado también era de ladrillo, con arcos de piedra que se alzaban entre los olmos, junto con el monumento al soldado confederado, semejante a un cirio blanco. Bajo los pórticos del juzgado y en los bancos repartidos sobre el césped se sentaban, hablaban y dormitaban los padres de la ciudad, vestidos de uniforme en algunos casos. Pero el suyo era el uniforme gris de Old Jack y de Beauregard y de Johnston^[12] y los que lo usaban permanecían en la plaza con la serena tranquilidad que les proporcionaban sus insignificantes prebendas políticas, murmurando, fumando y escupiendo alrededor de tableros de damas en los que se jugaba sin prisa. Cuando el tiempo era malo se refugiaban dentro de la oficina del secretario del juzgado.

Era en aquella plaza donde haraganeaban los jóvenes, jugando a meter monedas en un agujero o a tirar pelotas de béisbol de un lado a otro o donde se tumbaban en la hierba hasta que aparecían las muchachas con sus vestidos de colores y sus baratos perfumes nostálgicos camino de la heladería a última hora de la tarde. Cuando el tiempo era malo los jóvenes se refugiaban en las tiendas donde vendían refrescos y en la barbería.

—Todavía se ven muchos uniformes —dijo Horace—. Todos estarán en casa para

junio. ¿Han vuelto los Sartoris?

—John murió —contestó su hermana—. ¿No lo sabías?

—No —contestó él de prisa, con súbita preocupación—. Pobre abuelo Bayard. Tienen una suerte atroz. Curiosa familia. Siempre yendo a la guerra y siempre haciéndose matar. Y la mujer de Bayard murió también: me lo contaste en una carta.

—Sí. Pero Bayard está aquí. Se ha comprado un automóvil de carreras y se pasa el tiempo superando sus propias marcas de velocidad. Todos los días tenemos oír que se ha matado.

—Pobre diablo —dijo Horace, y en seguida repitió—: Pobre Coronel. Sentía por los automóviles el mismo afecto que por las serpientes. Me pregunto qué piensa de todo esto.

—Se pasea con él.

—¿Cómo? ¿El viejo Bayard en un automóvil?

—Miss Jenny dice que es para evitar que su nieto se rompa la cabeza. Luego añade que, aunque el Coronel no lo sabe, a Bayard le da lo mismo que la cabeza se la rompan los dos. Y que probablemente no tardará mucho en hacerlo —condujo atravesando la plaza, entre carros y coches aparcados sin orden—. Detesto a Bayard Sartoris —dijo con repentina vehemencia—. Detesto a todos los hombres.

Horace le lanzó una mirada rápida.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te ha hecho Bayard? No; al revés. ¿Qué le has hecho tú a Bayard?

Pero ella no contestó. Giró entrando en otra calle en la que se alineaban tiendas de negros de un solo piso, con toldos metálicos; bajo ellos callejeaban los negros, pelando plátanos o sacando pasteles de pequeños recipientes recargados de adornos; y luego un molino de harina movido por un espasmódico motor de gasolina. Expulsaba paja desmenuzada y un polvo cernido que oscurecía el sol; y sobre la puerta un letrero minuciosamente escrito a mano: MOLINO DE W. C. BEARD. Entre él y una cerrada y silenciosa desmotadora adornada con plumosos festones sucios de borra vieja, se oía el clamor de un yunque al fondo de un callejón muy breve lleno de carros, caballos y mulas, sombreado por moreras bajo las que se sentaban campesinos vestidos con mono.

—Tendría que ser un poco más considerado con el viejo —dijo Horace con tono preocupado—. De todas formas, acaban de pasar por una experiencia que ha debido resquebrajarles todas las certezas y los sentimientos humanitarios; y les espera pronto otra que rematará el destrozo convenientemente. Bastará darle un poco de tiempo... Aunque personalmente no veo por qué no le dejan que se mate si es eso lo que quiere. Lo siento por Miss Jenny, claro.

—Sí —asintió su hermana, serenada otra vez—; también les preocupa el corazón del Coronel Sartoris. Están todos preocupados excepto Bayard y él, naturalmente. No sabes lo que me alegro de que tú seas tú y no uno de esos Sartoris, Horry.

Con suavidad, puso una mano rápida sobre su flaca rodilla.

—Mi querida Narcy —dijo él; luego su rostro se ensombreció de nuevo—. Ése es un hombre sin principios —dijo—. Bueno; el problema es suyo. ¿Qué tal, tía Sally?

—Bien.

En seguida añadió:

—No sabes lo contenta que estoy de tenerte otra vez en casa.

Las miserables tiendas habían quedado atrás y la calle se abría entre jardines de árboles añosos, amplios y llenos de quietud. Aquellas casas eran muy antiguas, si no siempre de hecho al menos en apariencia y, situadas a considerable distancia de la calle y de su polvo, emanaban paz: una paz tan inmutable como una tarde sin viento en un mundo silencioso e inmóvil. Horace miró a su alrededor y respiró hondo.

—Quizá sea esto lo que justifica las guerras —dijo—. El valor de la paz. Torcieron en un cruce, entrando en una calle más estrecha pero con más sombra y todavía más silenciosa, con una dorada somnolencia arcádica, y atravesaron el portón de una verja cubierta de madreselvas y con puntas de hierro. Desde el portón, la avenida con piso de ceniza ascendía curvándose entre cedros. Los cedros habían sido colocados por un arquitecto inglés en los años cuarenta; aquel arquitecto construyó la casa en el fúnebre estilo Tudor preferido por la entonces joven reina Victoria (aunque con la pequeña concesión de un porche); y sobre los árboles y también entre ellos, incluso en los días más claros, flotaba siempre una penumbra resinosa que resultaba estimulante. Los sinsontes, los tordos y los zorzales, púdicamente tiernos al atardecer, los preferían; pero bajo ellos la hierba era escasa o faltaba por completo y no había insectos, excepto luciérnagas al anochecer.

La avenida subía hasta la casa, se curvaba delante de ella y descendía de nuevo a la calle en un ininterrumpido arco de cedros. Dentro del arco se alzaba un roble solitario, ancho, voluminoso y bajo; alrededor de su tronco había un banco de madera. Ciñendo esta media luna de césped y por fuera del arco de la avenida, se alzaban arbustos de espireas y mirtos tan viejos y tan grandes como sus posibilidades naturales, sin limitación de tiempo, les permitían. Eran tan altos como árboles. En una esquina de la verja había un asombroso grupo de plátanos enanos y en la otra una lantana de coaguladas heridas que Francis Benbow trajo desde Barbadas el año 71 en la caja de un sombrero de copa.

Alrededor del roble y desde la fúnebre cimitarra de la avenida, césped de buena calidad se extendía en dirección a la calle, interrumpido por grupos distribuidos al azar de junquillos, narcisos y gladiolos. Al principio esta zona estuvo dividida en terrazas, y las flores quedaban encerradas en un típico arriate en la primera de ellas. Pero Will Benbow, el padre de Horace y Narcissa, decidió eliminar las terrazas. Lo hizo utilizando arados y escardillos, y plantando luego toda la extensión con nuevas semillas de césped, por lo que Will pensó haber destruido el arriate de las flores. Pero la primavera siguiente los bulbos esparcidos brotaron de nuevo y a partir de entonces cada año el césped se poblaba de flores amarillas, blancas y rosadas sin orden ni concierto. Los hijos de los vecinos jugaban sosegadamente bajo los cedros y unas

pocas jovencitas pedían y recibían permiso para cortar algunas de las flores cada primavera. En la parte más alta, donde la avenida se curvaba para descender de nuevo, estaba el edificio con aire de casa de muñecas donde vivían Horace y Narcissa, siempre rodeados del olor fresco y algo astringente de los cedros.

La casa tenía adornos en blanco y ventanas de dos hojas traídas de Inglaterra; en los aleros del porche y sobre la puerta crecía una enredadera de glicina tan oscura como una soga bien alquitranada y más gruesa que la muñeca de un hombre. Las ventanas de la planta baja estaban abiertas, permitiendo que las cortinas de cotonía blanca se agitaran suavemente; sobre el alféizar hubiera sido lógico encontrar un cuenco de madera bien limpio o al menos un immaculado y desdeñoso gato. Pero en la ventana no había más que un cestillo de costura que, como una flor lánguida, salía el extremo de una labor hecha con retales blancos y carmesíes; y en el umbral, la tía Sally, una mujer pequeña y un tanto chalada con un bonete de encaje, se apoyaba sobre un bastón de ébano con empuñadura de oro.

Exactamente como tenía que ser, y Horace se dio la vuelta y miró a su hermana que estaba cruzando la avenida con todos los paquetes que él había olvidado de nuevo.

Horace daba golpes y chapoteaba alegremente en su cuarto de baño, hablando a gritos, a través de la puerta, con su hermana que estaba sentada en la cama. Su uniforme caqui descansaba sobre una silla, reteniendo aún, debido a la larga asociación, en sus ásperos pliegues pardos, algo de la tensa y delicada futilidad de su dueño. Sobre la cómoda antigua cubierta de mármol se apilaban el crisol y los tubos de su equipo para soplar vidrio, el primero que había, comprado, y al lado la vasija que hizo a bordo: un objeto de vidrio transparente de líneas muy simples que no tenía más que cuatro pulgadas de altura, tan frágil como un lirio de plata e inacabado.

—Trabajan en cuevas —gritó Horace desde el otro lado de la puerta—, hay que descender infinitos escalones para llegar allí. Se nota cómo brota el agua bajo los pies mientras se pasa al escalón siguiente, y cuando se extiende la mano para mantener mejor el equilibrio y se toca la pared, al retirarla está mojada. Y se queda uno con la impresión de que es sangre.

—¡Horace!

—Sí, es magnífico. Muy a lo lejos se ve el resplandor. De repente, no se sabe de dónde, aparece el túnel brillando. Después el horno, con cosas que suben y bajan delante de él, y cuando tapan la luz las paredes brillan de nuevo. Al principio no son más que cosas sin forma que se mueven. Todo resulta extraño con aquellas sombras en las paredes húmedas y además rojas; un apagado resplandor granate y formas negras, como recortadas en cartón, subiendo y bajando, igual que el obturador de una linterna mágica. Y luego aparece un rostro, soplando, y las otras caras, que también parecen salir del rojo oscuro como globos pintados.

»¡Y los mismos objetos! Absoluta y trágicamente bellos. ¿Sabes? Como flores momificadas. Macabras e inmaculadas; purificadas como el bronce, y al mismo tiempo frágiles como pompas de jabón. Música de caramillos, cristalizada. Flautas y oboes, pero sobre todo cañas. Tallos de avena. ¡Florece delante de tus ojos, maldita sea! El sueño de la noche de San Juan de una salamandra.

Su voz se hizo ininteligible, remontándose en frases medidas que ella era incapaz de reconocer pero que, por el timbre de su voz, supuso serían las de los arcángeles de Milton hundiéndose en su estrepitosa ruina.

Finalmente apareció él, con camisa blanca y pantalones de sarga, pero todavía volando solitario sobre sus ardientes alas verbales y, mientras su voz salmodiaba en sílabas medidas, ella sacó un par de zapatos del armario; todavía con los zapatos en la mano, él dejó de salmodiar y le tocó la cara de nuevo como lo habría hecho un niño.

A la hora de la cena, la tía Sally interrumpió su entrecortado parloteo.

—¿No ha vuelto Snopes contigo? —preguntó.

Este Snopes era un joven, miembro de una familia al parecer inagotable, que durante los diez o doce últimos años había ido emigrando a la ciudad poco a poco desde un pequeño pueblo conocido como Frenchman's Bend. Flem, el primero de los Snopes, había aparecido un día, sin llamar la atención y sin provocar la menor alteración en la vida de la ciudad, tras el mostrador de un pequeño restaurante en una calle sin importancia, que frecuentaban los campesinos. Con este apoyo y como Abraham en tiempos pretéritos, fue trasladando a su familia a la ciudad, pieza a pieza. El mismo Flem era ya gerente de la central eléctrica y del suministro de agua a la ciudad y durante algún tiempo también había sido una especie de factótum de la alcaldía. Tres años antes, para sorpresa y consternación del viejo Bayard Sartoris y a pesar de su evidente disconformidad, se había convertido en vicepresidente de su banco, donde un pariente suyo era ya contable.

Todavía conservaba el restaurante, y la tienda de lona en la parte posterior que él, su mujer y un niño pequeño habían utilizado como vivienda durante los primeros meses de residencia en la ciudad y que posteriormente servía de apeadero para los Snopes que iban llegando, hasta que se distribuían por los variados e insignificantes negocios de tercera categoría —tiendas de ultramarinos, barberías (había un Snopes, aquejado de alguna especie de invalidez, que regentaba un tostador de cacahuetes de segunda mano), etc.— donde se multiplicaban y florecían. Los residentes más antiguos, en sus hogares de estilo Jefferson y en sus decorosas tiendas y oficinas, los contemplaban divertidos al principio. Pero hacía ya mucho tiempo que esta actitud se había convertido en algo mucho más parecido a la consternación.

El Snopes al que se refería la tía Sally se llamaba Montgomery Ward y acababa de cumplir veintiún años en 1917. Muy poco antes de que se proclamara la ley sobre conscripción obligatoria se presentó voluntario en una oficina de reclutamiento en Memphis y fue rechazado debido a una afección cardíaca. Posteriormente, para sorpresa de todo el mundo, y en particular de los amigos de Horace Benbow, se

marchó con él a ocupar un puesto en la Y.M.C.A. Más adelante se dijo que, el día que fue a ofrecerse voluntario, viajó todo el camino hasta Memphis con una pastilla de tabaco de fumar bajo la axila izquierda. Pero él y su protector ya se habían marchado cuando esta historia salió a luz.

—¿Y Snopes no ha vuelto contigo? —preguntó la tía Sally.

—No —contestó él, y su rostro nervioso y descarnado se ensombreció, expresando una helada repugnancia—. Me defraudó mucho. Ni siquiera me apetece hablar de ello.

—Cualquiera te lo podría haber dicho ya cuando te marchaste —dijo la tía Sally, masticando lentamente.

Horace meditó un momento, mientras su mano apretaba cada vez con más fuerza el tenedor.

—Son los individuos de esa especie, los parásitos... —comenzó, pero su hermana le interrumpió.

—¿A quién le importa un Snopes cualquiera, después de todo? —dijo Narcissa—. Además, hoy ya es demasiado tarde para hablar de los horrores de la guerra.

La tía Sally hizo un ruido húmedo a través de la comida que tenía en la boca, reivindicando la superioridad de su buen juicio.

—La culpa es de los generales que hay ahora —dijo—. Ni el general Johnston ni el general Forrest^[13] hubieran admitido a un Snopes en el ejército.

La tía Sally no tenía el menor parentesco con los Benbow. Vivía dos puertas más arriba con dos hermanas solteras, una más joven y otra mayor que ella. Llevaba entrando y saliendo de la casa desde que Horace y Narcissa tenían uso de razón y ya se había atribuido ciertos derechos sobre sus vidas desde antes de que supieran andar; privilegios no expresados que ella nunca reclamaba, pero que siempre había tenido buen cuidado de que no cayeran en desuso. Entraba en cualquiera de las habitaciones sin anunciarse, y le gustaba hablar largo y tendido y con cierta falta de tacto de las enfermedades infantiles de Horace y Narcissa. Se decía que en una ocasión había mirado con ojos tiernos a Will Benbow aunque ya era una mujer de treinta y cuatro o treinta y cinco cuando Will se casó; y todavía hablaba de él con un vago aire posesivo; de su mujer también hablaba bien. «Julia era una chica excelente con muy buen carácter», solía decir.

De manera que cuando Horace se fue a la guerra, la tía Sally se mudó para hacer compañía a Narcissa: a ninguno de los tres se le había ocurrido que fuera posible otro arreglo; que Narcissa tuviera a tía Sally en la casa durante un año, o dos o tres, parecía tan inevitable como el hecho de que Horace se fuera a la guerra. La tía Sally era una buena mujer, pero vivía demasiado en el pasado, cerrando su inteligencia con imperturbable determinación a todo lo que había sucedido a partir de 1901. Para ella, el tiempo se había marchado tirado por caballos y el chirriar de los frenos de un automóvil no había penetrado nunca en la plácida y testaruda vacuidad de su existencia. La tía Sally tenía muchos de los defectos a que tienen derecho los

ancianos. Le gustaba demasiado el sonido de su propia voz, prefería no quedarse sola en la casa después de oscurecer, y como nunca había llegado a acostumbrarse a sus dientes postizos y sólo los tocaba para cambiar de vez en cuando el agua del vaso donde estaban, comía sin elegancia alimentos poco atractivos pero fácilmente maleables.

Narcissa extendió la mano por debajo de la mesa y tocó la rodilla de su hermano.

—No sabes lo contenta que estoy de tenerte otra vez en casa, Horry.

Él le lanzó una mirada rápida y la nube desapareció de su rostro tan deprisa como había venido, y se dejó deslizar de nuevo, como si se zambullera en el agua, en la perseverante serenidad de su afecto.

Horace era abogado, sobre todo debido a un sentimiento de deber hacia la tradición familiar, y aunque no tenía otra afinidad con aquella profesión que el gusto por la palabra impresa y los sitios donde se conservan los libros, pensaba en volver a su mohoso despacho casi con... no, no podía hablar de ansia; pero sí de una profunda y total conformidad, casi una sensación de placer. El valor de la paz. Los viejos días todos iguales; sin alas, quizá, pero también sin desastres. Es algo que no se ve ni se siente, excepto con perspectiva. Las luciérnagas no habían llegado aún, y los cedros fluían sin interrupción por ambos lados hasta la calle, como una ola de ébano formando una curva de crestas rígidas que apuntan al cielo. A través de la ventana la luz caía sobre el porche y el arriate de resistentes cañacoros, que parecían hechos de bronce; no había en ellos la menor fragilidad floral; dentro de la habitación, la trémula verborrea de la tía Sally. También Narcissa estaba allí, bajo la lámpara, con su libro, llenando la habitación con su presencia tranquila y constante como un aroma de jazmín, pendiente de la puerta por la que él había salido; y Horace siguió de pie en el porche, con la pipa apagada, rodeado, como si se tratara de otra presencia, por aquel olor fresco y astringente de los cedros. «El valor de la paz», repitió de nuevo para sí mismo, dejando escapar las graves palabras una a una en la fría campana de silencio en la que él había venido por fin a refugiarse, oyéndolas demorarse y morir después con un sonido tan puro como un leve entrecuchar de cristal y de plata.

—¿Qué tal está Belle? —preguntó la noche de su llegada.

—Están bien —contestó su hermana—. Tienen un coche nuevo.

—Era de esperar —asintió Horace, indiferente—. La guerra tenía que servir para eso por lo menos.

La tía Sally los había dejado por fin, recorriendo a golpes de bastón su lento camino hacia la cama. Horace extendió sensualmente sus piernas profundas en sarga, dejó durante un rato de arrimar cerillas encendidas a su testaruda pipa y se quedó contemplando la oscura cabeza de su hermana inclinada sobre la revista que tenía en

las rodillas, completamente ajena a cosas menos importantes. Sus cabellos eran más suaves que cualquier ala en reposo, reuniéndose con bruñida docilidad en un simple rodete que descansaba sobre el cuello.

—Belle es una pésima corresponsal —añadió su hermano—. Como todas las mujeres.

Narcissa pasó la página sin levantar la vista.

—¿Le has escrito con frecuencia?

—Las mujeres se dan cuenta de que las cartas sólo sirven para enlazar acciones, como los entreactos en las obras de Shakespeare —siguió él, sin atender a la pregunta—. Y, ¿has conocido alguna vez a una mujer que leyera a Shakespeare sin saltarse los entreactos? El mismo Shakespeare lo sabía, y por eso no puso a ninguna mujer. Que los hombres practiquen sus frases ampulosas, haciéndose unos eco de otros, mientras las mujeres se quedan entre bastidores lavando los platos de la cena y acostando a los niños.

—Nunca he conocido a una mujer que leyera a Shakespeare —corrigió Narcissa—. Habla demasiado.

Horace se levantó y poniéndose a su lado le palmeó la oscura cabeza.

—Oh, profundidad —dijo—. Has reducido toda la sabiduría a una frase y medido vuestro sexo por la estatura de una estrella.

—Como quieras, pero es cierto que no lo leen —repitió ella, alzando la cabeza.

—¿No? ¿Y por qué no? —acercó a la pipa otra cerilla encendida, mirando a Narcissa por encima de sus manos ahuecadas, tan serio como ella, con serena avidez, como un pájaro que se dispone a atacar—. Vuestro Arlen y vuestro Sabatini hablan muchísimo, y nadie ha tenido nunca más que decir y más problemas para decirlo que el bueno de Dreiser.

—Pero tienen secretos —explicó ella—. Shakespeare no tiene ningún secreto. Lo cuenta todo.

—Ya entiendo. Shakespeare no sabe discriminar y le falta el sentido de la reticencia. En otras palabras, no es un caballero —sugirió Horace.

—Sí... Eso es lo que quería decir.

—Por lo tanto, para ser un caballero, hay que tener secretos.

—No te pongas pesado.

Narcissa volvió a su revista y él se sentó a su lado en el sofá, le cogió una mano, la llevó hacia sí, pasándosela por la mejilla y por el delicado desorden de sus cabellos.

—Es como pasear por un jardín al anochecer —dijo él, alegremente—. Las flores que conoces están todas allí, en camisón y con el pelo bien cepillado para irse a la cama; pero como las conoces a todas no las molestas; sólo paseas por allí, y de cuando en cuando te paras y levantas una hoja en la que no habías reparado antes; quizá encuentres debajo una violeta, o una campánula o una luciérnaga; quizá sólo encuentres otra hoja. Pero siempre hay una gota de rocío en ella.

Siguió acariciándose la cara con la mano de su hermana. Con la otra, Narcissa pasó lentamente una hoja de la revista, escuchándolo con su serena y afectuosa indiferencia.

—¿Has escrito muchas veces a Belle? —repitió—. ¿Que le decías?

—Le contaba lo que quería oír. Lo que todas las mujeres quieren oír. La gente tiene realmente derecho a la mitad de lo que creen que les corresponde en justicia.

—¿Qué le decías? —insistió Narcissa, pasando despacio las páginas, sin levantar la vista, manteniendo pasiva la otra mano, siguiendo los movimientos de él.

—Le decía que era desgraciado. Quizá lo era —explicó. Su hermana liberó la mano calmadamente y la puso sobre la revista. Él continuó—: Admiro a Belle. Es tan astutamente estúpida. En otro tiempo me daba miedo. Quizá... no, ahora no. Soy inmune a la destrucción: tengo un talismán. Lo que quizá es un claro signo de que me ha llegado el turno, al decir de los sabios —añadió—. Pero también es cierto que la sabiduría adquirida es una cosa reseca; consigue deshacerse en polvo allí donde una ciega corriente de estúpida savia se revela indestructible —ya no hacía intención de tocarla, súbitamente dominado por una especie de éxtasis—. A diferencia de la tuya, oh serenidad personificada —dijo, saliendo del trance.

En seguida empezó a repetir Mi querida Nancy y le cogió de nuevo la mano. Narcissa no se resistió pero tampoco se rindió por completo.

—No es necesario que me llames torpe con tanta frecuencia, Horry —dijo sin pasión.

—Lo mismo creo yo —asintió él—. Pero de alguna manera tengo que vengarme de tanta perfección.

Más tarde, Narcissa estaba acostada en su habitación a oscuras. Al otro lado del pasillo la tía Sally roncaba con tranquila regularidad; en la habitación contigua, Horace estaría también acostado mientras su desatada fantasía, tan poco práctica, viajaba por regiones solitarias más allá de la luna, entre prados clavados con estrellas al último tejado de las cosas, donde los unicornios galopaban por un aire lleno de relinchos, o pastaban, o yacían en un inquieto reposo de cascos dorados.

Horace tenía siete años cuando ella nació. La infancia de Narcissa había estado marcada por tres seres: un muchachito delgado con un extraño rostro y una inacabable capacidad para crearse problemas; otra silueta de modesta gallardía, con el romántico atractivo de proporcionarle manjares prohibidos, de manos robustas, que siempre olían a un misterioso jabón desinfectante: un ser que representaba algo así como la Omnipotencia, pero sin el lógico acompañamiento de terror; y en último lugar, una figura amable, sin piernas ni otros adminículos que sugirieran ideas de locomoción, como un pequeño santuario, siempre rodeado de una suave melancolía, y de la interminable y delicada manipulación de coloreados hilos de seda. A esta última figura la caracterizaba su suave y melancólica manera de no imponerse nunca; la segunda giraba en una órbita que la llevaba periódicamente al espacio exterior, para regresar luego al concentrado mundo de Narcissa con su fuerte y risueña

virilidad; pero en cuanto a la primera, Narcissa se la había asimilado mediante su práctica y maternal perseverancia. De manera que ya para cuando ella tenía no más de cinco o seis años, la gente amenazaba a Horace con ir a contárselo a Narcissa.

Julia Benbow murió delicada e irreprochablemente cuando Narcissa tenía siete años, desapareciendo de sus vidas como se retira una bolsita de lavanda de un armario de ropa blanca, dejando tras sí un rastro delicado e impalpable y durante la intensa madurez de los siete, los ocho y los nueve años, Narcissa había halagado y se había hecho obedecer por los otros dos. Luego Horace se fue a estudiar a Sewanee y más tarde a Oxford, de donde regresó a tiempo para ver cómo Will Benbow se reunía con su mujer entre cedros puntiagudos, palomas esculpidas y otras serenas formas marmóreas; después Horace se había visto separado de su hermana por una desafortunada concatenación del acontecer humano.

Pero ahora Horace ocupa la habitación contigua, viajando, sin peligro alguno, por resplandecientes regiones más allá de la luna y ella yacía en su oscuro lecho, tranquila, llena de paz; demasiado llena de paz para dormir.

HORACE se acomodó en seguida a la ordenada monotonía de los días repartidos entre el despacho y la casa; se familiarizó de nuevo con los solemnes y anticuados volúmenes forrados en piel que nadie había tocado durante su ausencia y en cuyas polvorientas encuadernaciones podrían encontrarse aún huellas de los dedos muertos de Will Benbow; por las tardes jugaba un poco al tenis, de ordinario en la excelente pista de Harry Mitchell; y a las cartas después de cenar, también con Belle y Harry la mayoría de las veces o, mejor aún, pasaba las veladas acudiendo a la magia siempre accesible que nunca le defraudaba, la de las páginas impresas, mientras su hermana se sentaba al otro lado de la mesa o tocaba el piano en sordina en la habitación a oscuras al otro extremo del vestíbulo. De cuando en cuando venían hombres a visitarla; Horace los recibía con inalterable cortesía y cierto grado de exasperación, y acababa marchándose a pasear por las calles o se iba a leer a la cama. El doctor Alford aparecía, lleno de envaramiento, una o dos veces por semana, y Horace, que era algo aficionado a la casuística, se divertía despuntando dardos metafísicos, con un delicado penacho de plumas, contra la imperturbable piel científica del médico por espacio de una hora aproximadamente; y sólo entonces se daban cuenta de que Narcissa no había dicho una palabra durante sesenta, setenta u ochenta minutos.

—Vienen a verte por eso precisamente —le dijo Horace—. Emocionalmente, estas visitas son para ellos como un tratamiento médico, como si se dieran baños de lodo para curarse el reumatismo.

La tía Sally había vuelto a su casa, con la bolsa de retales de distintos colores y los dientes postizos, dejando tras de sí la impalpable certeza de unos derechos, nebulosos pero reales, obtenidos mediante algún innominado sacrificio personal, y un débil olor de ajada carne femenina que desaparecía muy lentamente de las habitaciones, demorándose en sitios inesperados, hasta el punto de que Narcissa, al despertarse a oscuras por la noche y disfrutar del placer sensual de saber que Horace estaba otra vez en casa, se imaginaba oír, mezclados con los innumerables y oscuros sonidos que formaban el silencio de la casa, los suaves y plácidos ronquidos de tía Sally.

Algunas veces la sensación de su presencia era tan clara que Narcissa hacía repentinamente una pausa y pronunciaba su nombre en una habitación vacía. Y a veces la tía Sally contestaba, porque había usado nuevamente la prerrogativa de presentarse sin avisar a cualquier hora para ver qué tal se iban desenvolviendo y para lamentarse quejumbrosamente de la situación en su propia casa. La tía Sally era vieja, demasiado vieja, para acomodarse fácilmente al cambio, y le resultaba difícil aceptar las costumbres de sus hermanas después de pasar una larga temporada en una casa en la que todo el mundo cedía ante ella en los asuntos domésticos. En su casa, la hermana mayor gobernaba eficientemente pero con mal genio; y ella y su hermana

más pequeña insistían en tratar a tía Sally como la niña que había sido sesenta y cinco años antes, y a supervisar con rigor y excesiva minuciosidad todo lo relativo a su dieta, a su ropa y a su horario.

—No me dejan ir en paz ni al cuarto de baño —se lamentaba, quejumbrosa—. Estoy casi decidida a hacer las maletas, volverme aquí y dejarles que se las entiendan como puedan.

Malhumorada, se balanceaba en la mecedora que por tácito acuerdo nadie le disputaba, mientras examinaba la habitación con una mirada turbia, cansada, pero siempre dispuesta a encontrar motivos de queja.

—Esa negra apenas limpia desde que me marché. Esos muebles, por ejemplo... con un paño húmedo...

—Me gustaría que volviera a vivir contigo —le dijo a Narcissa la hermana mayor, Sophia—. Se ha vuelto tan quisquillosa que no es posible vivir con ella. ¿Cuál es esa nueva afición de Horace? ¿Hacer objetos de vidrio?

Los apropiados crisoles y retortas habían llegado intactos. Al principio Horace había insistido en usar el sótano, quitando de allí la cortadora del césped, los utensilios del jardín y todas las demás cosas acumuladas; tenía intención de tapiar las ventanas y convertirlo en una mazmorra. Pero Narcissa consiguió convencerle para que usara el piso alto del garaje. Instaló allí su horno, logrando, después de cuatro intentos frustrados, una vasija casi perfecta de ámbar claro, más grande, más elegante y más castamente serena que la primera. Horace la había puesto en su mesilla de noche, llamándola con el nombre de su hermana en los momentos rapsódicos en que tomaba conciencia del valor de la paz y de cómo alcanzarla inmaculadamente, y apostrofando a las dos imparcialmente con «Oh, tú, novia aún inviolada de la quietud».^[14]

Destocado, con pantalones de franela, una chaqueta azul con el emblema de su club de Oxford bordado sobre el bolsillo del pecho y la raqueta debajo del brazo, Horace dobló la esquina de la casa, apareciendo ante él la pista completa y sus dos ocupantes en fluida y violenta actividad. Detrás de una arcada de pilastras blancas y vigas decoradas con enredaderas, Belle, rodeada de todos los frágiles y armoniosos utensilios que la ocasión requería, daba la impresión de ser una mariposa. Dos personas la acompañaban, en brillante relieve contra el oscuro follaje de los mirtos todavía sin florecer. La otra mujer (el tercer miembro del grupo era una jovencita vestida de blanco, con un austero flequillo color de miel y una raqueta de tenis sobre las rodillas) le dijo unas palabras y Belle le saludó con una especie de lánguida y desolada posesividad. Su mano era cálida, prensil, como mercurio derramado, capaz de explorar suavemente la palma de Horace con huesos delicados y carne perfumada e impaciente. Sus ojos eran como uvas de invernadero y su boca rojamente móvil destilaba descontento.

Se había quedado sin Meloney, le dijo.

—Meloney se ha dado cuenta de que tu distinción era falsa —respondió Horace—. Probablemente te descuidaste. Tu elegancia es muy inferior a la suya. Estoy seguro de que no soñabas con engañar eternamente a alguien que aporta tanta rígida incomodidad a la simple función de comer y beber como Meloney sabe hacerlo, ¿no es cierto? ¿O acaso se ha vuelto a casar?

—Se ha metido en negocios —contestó Belle de mala gana—. Un salón de belleza. ¿Por qué? No soy capaz de entenderlo. Ese tipo de cosas nunca prospera aquí. ¿Te imaginas a las mujeres de Jefferson manteniendo un salón de belleza, con la excepción de nosotras tres? Mrs. Marders y yo quizá fuésemos; estoy segura de que lo necesitamos, pero a Frankie, ¿qué falta le hace?

—Lo que me gustaría saber —dijo la otra mujer— es de dónde ha salido el dinero. La gente pensaba que quizá se lo hubieras dado tú, Belle.

—¿Desde cuándo me dedico yo a la beneficencia pública? —replicó Belle con frialdad. Horace sonrió débilmente.

Mrs. Marders dijo:

—Vamos, Belle, todos sabemos que tienes muy buen corazón; no seas modesta.

—He hablado de beneficencia pública —insistió Belle.

Horace intervino rápidamente:

—Bueno; Harry cambiaría una doncella por un buey en cualquier momento. Por lo menos se evitaría un gasto considerable en bebidas alcohólicas, porque no tendría que contrarrestar los efectos de tu té en un considerable número de estómagos masculinos con los que no tiene la menor relación. Imagino que ya no se volverá a tomar el té aquí, ¿no es cierto?

—No seas tonto —dijo Belle.

Horace respondió:

—Ahora me doy cuenta de que yo no venía por el tenis, sino por la inconmensurable cantidad de incómoda superioridad con la que me enfrentaba siempre cuando Meloney me servía el té... He visto a tu hija mientras venía.

—Debe de andar por ahí, creo —asintió Belle con tono indiferente—. Todavía no has ido a cortarte el pelo —hizo notar—. ¿Por qué será que los hombres no tienen el menor sentido común en lo relativo a las peluquerías? —dijo sin dirigirse a nadie en particular. La de más de edad los contemplaba con interés pero con frialdad por encima de sus dos papadas. La jovencita seguía tranquilamente sentada con su conjunto de una blancura virginal, la raqueta en el regazo y una mano morena descansando encima como un dormido cachorro bronceado. Miraba a Horace con sincero interés pero sin descortesía, como hacen los niños—. O se niegan por completo a ir a la peluquería o insisten en que les embadurnen la cabeza con pomadas y cosas así —añadió Belle.

—Horace es un poeta —dijo la otra mujer. Su carne colgaba de los huesos de sus mejillas como lujoso terciopelo levemente ajado; sus ojos eran como los ojos de un

pavo viejo, rapaces, sin parpadeos, un tanto obscenos—. A los poetas hay que perdonarles las cosas que hacen. No debes olvidarlo, Belle.

Horace le hizo una inclinación de cabeza.

—El tacto de las personas de tu sexo no falla nunca —dijo—. Mrs. Marders es una de las pocas personas que conozco capaz de valorar la abogacía como se merece.

—Es una ocupación como otra cualquiera, imagino —respondió Belle—. Hoy has llegado tarde. ¿Por qué no ha venido Narcissa?

—Me refiero a catalogarme como poeta —explicó Horace—. El derecho, como la poesía, es el último recurso de los lisiados, los cojos, los imbéciles y los ciegos. Me atrevería a decir que César inventó la abogacía para protegerse contra los poetas.

—¡Qué listo eres! —dijo Belle.

La muchachita habló de repente.

—¿Por qué le preocupa lo que los hombres se pongan en el pelo, Miss Belle? Mr. Mitchell está calvo.

La otra mujer se echó a reír untuosamente, sin altibajos, contemplándolos a los dos con sus ojos sin párpados que no reían en absoluto. Miraba a Belle y a Horace y seguía riendo sin altibajos, lúcida y fríamente—. «De la boca de los niños...» —dijo.

La muchachita los contempló a todos con sus ojos claros y serios. Luego se puso en pie.

—Iré a ver si me dejan jugar un set —dijo.

Horace también inició un movimiento.

—Vamos a ver si tú y yo... —empezó a decir. Sin volver la cabeza, Belle lo tocó con la mano.

—Siéntate, Frankie —ordenó—. No han terminado todavía. No debiera usted reírse tanto con el estómago vacío —le dijo a la otra mujer—. Haz el favor de sentarte, Horace.

La muchacha siguió en pie, con esbelto y desgarbado encanto, empuñando la raqueta. Miró un momento a Belle y luego volvió otra vez la cabeza hacia la pista. Horace se sentó en la silla que estaba más allá de Belle; su mano se reunió con la de él, mediante un preciso movimiento muchas veces repetido, e inmediatamente quedó completamente pasiva; como si se hubiera desconectado una corriente eléctrica en algún sitio: como alguien que entra en una habitación oscura buscando algo y cuando lo encuentra apaga otra vez la luz.

—¿No te gustan los poetas, Frankie? —preguntó Horace. El cuerpo de Belle quedaba entre los dos.

—No saben bailar —contestó la muchacha—. Aunque en realidad no tengo nada contra ellos. Los buenos al menos fueron a la guerra. Había uno que jugaba bien al tenis. Lo mataron. He visto su fotografía, pero no me acuerdo del nombre.

—No empecéis a hablar de la guerra, por favor —dijo Belle. Su mano se movió dentro de la de Horace—. Me he pasado dos años escuchando a Harry. Explicándome por qué no podía ir. Como si a mí me importara si iba o no.

—Tenía una familia que mantener —sugirió Mrs. Marders con expresión radiante.

Belle se había reclinado a medias, la cabeza contra el respaldo de la silla, y su mano oculta seguía moviéndose lentamente dentro de la de Horace, explorando y girando sin cesar como una voluntad separada, llena de curiosidad pero sin calor.

—Algunos eran aviadores —continuó la muchacha. Seguía en pie, con una cadera casi infantil apoyada contra la mesa y la raqueta debajo del brazo, pasando las páginas de una revista. Luego la cerró y contempló de nuevo las dos figuras y sus esbeltas evoluciones sobre la pista—. Una vez bailé con uno de los Sartoris. Estaba demasiado asustada para enterarme de con cuál de los dos. No era más que una niña.

—¿Eran poetas? —preguntó Horace—. Me refiero al que ha vuelto. Ya sé que el otro, el muerto, lo era.

—Por lo menos ese coche que tiene lo sabe conducir deprisa —contestó ella, sin dejar de mirar a los jugadores, con su pelo liso (era la primera que llevaba el pelo muy corto en la ciudad), ni castaño ni dorado, su breve nariz y sus manos morenas, sujetando siempre la raqueta.

Belle se removió en la silla y soltó la mano de Horace.

—Id a jugar, vamos —dijo—. Me ponéis nerviosa.

Horace se levantó con presteza.

—Vamos, Frankie. Tú y yo contra ellos.

Ocuparon la pista, emparejados contra los dos jóvenes. Horace era un tenista excepcional, irregular pero brillante. Alguien que conociera bien el juego y tuviera paciencia y sangre fría podría haberle derrotado sin dificultad capitalizando sobre sus fallos. Pero no aquellos dos. Su compañera trataba de alcanzar demasiadas pelotas, pero normalmente Horace lograba imponerse mediante golpes audaces o una estrategia que ocultara los defectos de sus presupuestos tácticos.

Justo en el momento en que Horace ganaba el último punto apareció Harry Mitchell con unos ajustados pantalones de franela, camisa blanca de seda y unas barrocas playeras deportivas que costaban veinte dólares. Con su nueva raqueta con la correspondiente funda de cuero y la prensa, se quedó de pie junto al cuadro perfectamente estudiado que componía su mujer, luciendo sus piernas rechonchas, su calva cabeza redonda y su mandíbula prominente de dientes cariados. Muy pronto, en cuanto se le hubiera hecho beber su taza de té, congregaría a todos los hombres presentes y les haría atravesar la casa hasta llegar a su cuarto de baño para darles whisky, no sin antes mandar una copa a Rachel, la cocinera. Harry era capaz de darle la camisa a cualquier amigo. Se dedicaba a especular con el algodón y lo hacía muy bien; feo como un pecado, con un corazón de oro, dogmático y hablador, estuvo llamando «madrecita» a su mujer hasta que Belle consiguió quitarle la costumbre.

Horace y su compañera salieron juntos de la pista y se acercaron al grupo.

Mrs. Marders parecía haber hundido sus colgantes papadas en la taza de té que se llevaba a los labios.

La muchacha se volvió hacia él con ensayada cortesía.

—Gracias por jugar conmigo —dijo—. Llegaré a hacerlo mejor, espero. Las ganaremos —añadió, sin considerar necesarias más precisiones, al parecer.

—Tú y esa mocita les habéis hecho toda una demostración, ¿no es cierto? —dijo Harry Mitchell, mostrando sus dientes descoloridos. Su pesada mandíbula se estrechaba muy deprisa hasta quedar cortada abruptamente, dándole una expresión de belicoso desconcierto.

—Fue sólo Mr. Benbow —corrigió la muchacha con su nítida voz, sentándose en la silla junto a Belle—. Yo estaba siempre descolocada.

—Horace —dijo Belle—. Se te enfría el té.

El servicio de té lo había traído el jardinero, mozo de establo y chófer, reclutado provisionalmente para sustituir a Meloney, y que desprendía un fuerte aroma a caucho vulcanizado y a amoníaco. Mrs. Marders sacó las papadas de la taza.

—Horace juega demasiado bien —dijo—. Los demás no pueden compararse con él. Has sido afortunada teniéndolo por compañero, niña.

—Sí —dijo la muchacha—. No creo que se arriesgue otra vez.

—Tonterías —replicó Mrs. Marders—. Horace lo ha pasado muy bien jugando contigo. Con una chica tan joven y tan llena de vida. ¿No lo has notado, Belle?

—Belle no contestó. Le sirvió el té a Horace y en aquel momento la hija de Belle apareció cruzando el césped con su traje amarillo azafranado. Sus ojos eran como estrellas, más suaves y acuosos que los de un ciervo, y resplandecieron al mirar a Horace.

—¿Qué hay, Titania?^[15] —dijo él.

Belle giró a medias la cabeza, con la tetera levantada; Harry dejó su taza en la mesa, y fue a poner una rodilla en tierra por donde tenía que pasar su hija como quien se dispone a jugar con un cachorro. La niña se acercó, mirando siempre a Horace con radiante y acuosa timidez, y permitió que su padre la abrazara y la acariciara con sus manos anchas, de dedos cortos.

—La niña mimada de su papá —dijo Harry. Ella consintió que le arrugara el vestido, aunque con algún síntoma de impaciencia; sus ojos se escapaban, brillando de nuevo.

—No te arruges el vestido —dijo Belle. La niña se apartó de las manos de su padre con meticulosa prontitud—. ¿Qué sucede? —preguntó su madre—. ¿Por qué no juegas?

—No pasa nada. Quería volver a casa.

Se acercó con desconfianza hasta la silla de su madre.

—Di algo a nuestros invitados —dijo Belle—. ¿No te han enseñado a saludar a las personas mayores?

La niñita lo hizo, tímidamente pero sin equivocarse, saludándolos a todos por orden y su madre se volvió para acariciarle los suaves cabellos lisos.

—Ahora vete a jugar. ¿Por qué quieres estar siempre con las personas mayores?

No te interesa lo que estamos haciendo.

—Déjala que se quede, mamá —dijo Harry—. Quiere ver cómo su papá y Horace juegan al tenis.

—Ya te puedes ir —añadió Belle, acompañándose con una última palmadita y sin hacer el menor caso a Harry—. Y no te manches el vestido.

—Sí, mamá —consintió la niña, girando obedientemente, no sin antes lanzar a Horace otra mirada luminosa. Él la siguió con la vista y vio cómo Rachel abría la puerta de la cocina y hablaba con ella al pasar; la niña se dio en seguida la vuelta y subió los escalones hasta entrar en la cocina.

—¡Qué niña tan bien educada! —dijo Mrs. Marders.

—¡Es tan difícil hacer carrera con ellos! —dijo Belle—. Tiene algunos rasgos de su padre. Harry, bébete el té.

Harry alzó la taza y sorbió el tibio líquido, ruidosa y obedientemente.

—Bueno, grandullón, ¿qué tal si jugáramos un set? Esos monicacos creen que nos pueden ganar.

—Frankie quiere jugar otra vez —intervino Belle—. Déjale la pista un rato.

Harry estaba ocupado sacando la raqueta. Se detuvo y alzó su prominente mandíbula y sus ojos apagados, llenos de amabilidad.

—No, no —protestó en seguida la muchacha—. Ya he jugado bastante. Creo que prefiero mirar un rato.

—No seas tonta —dijo Belle—. Ellos pueden jugar en cualquier momento. Haz que la dejen jugar, Harry.

—Claro; que juegue la señorita —dijo Harry—. Por supuesto; juegue todo el tiempo que quiera.

Se inclinó de nuevo, metiendo la raqueta en su complicada funda, apretando tuercas aquí y allá, mientras su espalda denunciaba un enfado que tenía algo de infantil.

—Por favor, Mr. Mitchell —dijo la muchacha.

—Adelante —insistió Harry—. Vosotros, renacuajos, ¿por qué no organizáis un set con la señorita?

—No te preocupes —intervino Belle—. Horace y él pueden jugar en otro momento. Id vosotros a jugar, chicos. Aunque Harry tendrá que ser el cuarto, de todas formas.

Los dos jugadores se habían inmovilizado, esperando cortésmente.

—Vamos, Mr. Harry. Frankie y yo contra usted y Joe —dijo uno de ellos.

—Jugad un set vosotros —repitió Harry—. Tengo que discutir un asuntillo con Horace. Seguid sin mí.

Ignoró sus corteses protestas y los otros se situaron en la pista. Después le hizo a Horace un significativo movimiento de cabeza.

—Vete con él —dijo Belle—. Es como un niño. —Sin mirarlo, sin tocarlo, Belle conseguía rodear a Horace de una atmósfera de exquisitas promesas latentes. Mrs.

Marders los contemplaba desde el otro lado de la mesa, con su taza de té, curiosa, despierta y calculadora—. A no ser que quieras jugar otra vez con esa niña tonta.

—¿Tonta? —repitió Horace—. Es todavía demasiado joven para ser inconscientemente tonta.

—Vete —dijo Belle—. Y vuelve pronto. Mrs. Marders y yo ya estamos cansadas la una de la otra.

Horace siguió los pasos cortos y bamboleantes y la calva intrepidez de su anfitrión hasta el interior de la casa. Desde la cocina, mientras pasaban, les llegó el tranquilo flujo de la voz de la pequeña Belle, relatando algún motivo de asombro, con alguna exclamación de Rachel de cuando en cuando como contrapunto. Una vez en el cuarto de baño, Harry sacó una botella del armario, y precedida por el lento retumbar de sus pisadas ascendentes, Rachel entró, sin llamar a la puerta, con una jarra de agua helada en la mano.

—¿Por qué no juegan si tienen ganas? —preguntó—. ¿Por qué permite que esa mujer lo trate a usted y a la niña como los trata? —insistió, dirigiéndose a Harry—. Tendría que darle una lección con un buen palo. Ensuciándome la cocina a las cuatro de la tarde. Y usted tampoco ayuda nada —le dijo a Horace—. Deme un traguito, Mr. Harry, haga el favor.

Alzó su vaso, el otro se lo llenó y Rachel salió pesadamente del cuarto de baño, con su contoneo de pato; la oyeron bajar las escaleras lenta y pesadamente sobre sus pies planos.

—Belle no saldría adelante sin Rachel —dijo Harry. Enjuagó dos vasos con agua helada y los dejó sobre el lavabo—. Habla demasiado, como todos los negros. Oyéndola se diría que Belle es una especie de animal salvaje, ¿no es cierto? Una tigresa o algo parecido. Pero Belle y yo nos entendemos. Con las mujeres hay que tener tolerancia, de todas formas. Son distintas de los hombres. Nacidas para llevar la contraria; se lamentan cuando no se las complace y también cuando se les dice que sí. —Añadió un poco de agua a su vaso. Luego siguió hablando con una asombrosa falta de continuidad—: Mataría al hombre que tratara de destrozar mi hogar como si fuera una víbora. Bueno, vamos a echarnos un trago, grandullón.

Acto seguido vertió agua helada en el vaso que acababa de vaciar, se la bebió de un trago y reanudó sus quejas.

—No consigo jugar en mi propia pista —dijo—. Belle invita a esos estúpidos todos los días. Lo que quiero es tener una pista en la que pueda jugar dos sets a buen ritmo cuando vuelvo del trabajo por la tarde. Como un aperitivo antes de la cena. Pero todos los días al llegar a casa me encuentro con una manada de jovencitas y de monicacos que vienen a usarla como si fuera una pista pública.

Horace bebió su whisky con más calma. Harry encendió un cigarrillo, tiró la cerilla al suelo y puso una pierna encima del lavabo.

—Imagino que tendré que hacer otra pista para uso mío y poner una alambrada con un candado para que Belle no organice allí sus picnics. Hay sitio de sobra junto a

la verja de atrás. Sin árboles, además. Bastará colocarla a pleno sol para que Belle me deje usarla de cuando en cuando. Bueno; será cuestión de volver.

Llevó a Horace atravesando el dormitorio principal y se detuvo para enseñarle un nuevo rifle de repetición que acababa de comprar y para obligarle a aceptar un paquete de cigarrillos que importaba de Sudamérica. Luego descendieron y salieron a una tarde que se volvía ya atardecer. El sol estaba a la misma altura que la pista donde los tres jugadores saltaban y corrían con acompañamiento de suaves chasquidos rápidos de suelas de goma, siguiendo el huidizo impacto de la pelota. Mrs. Marders continuaba sentada con sus incesantes papadas, aunque estaba hablando de marcharse cuando ellos llegaron. Belle giró la cabeza, apoyándola contra el respaldo de la silla, pero Harry indicó a Horace que siguiera adelante.

—Vamos a buscar sitio para otra pista de tenis. Creo que voy a aficionarme yo también —le dijo a Mrs. Marders con desmañada ironía.

Cuando regresaron, Mrs. Marders se había marchado y Belle estaba sola, sumergida en la lectura de una revista. Un muchacho con un Ford destartado había venido a buscar a Frankie, pero había aparecido otro joven y cuando Harry y Horace regresaron los tres muchachos reclamaron cortésmente que el dueño de la casa jugara con ellos.

—Horace es mejor —dijo Harry, evidentemente halagado—. Aprenderéis mucho más con él.

Pero Horace puso reparos; los otros siguieron insistiendo.

—Voy a coger la raqueta —dijo Harry finalmente, y Horace siguió con la vista la pesada carrera de su trasero mientras atravesaba la pista. Belle levantó un momento los ojos para mirarlos.

—¿Encontraste un sitio? —preguntó.

—Sí —contestó Harry, desenfundando otra vez la raqueta—. Un sitio donde de cuando en cuando podré jugar solo. Lo suficientemente lejos de la calle para que los que pasan por aquí no lo vean y se paren.

Pero Belle estaba otra vez leyendo. Harry desatornilló la prensa y sacó la raqueta.

—Jugaré un set. Después tú y yo podemos echar uno rápido antes de que oscurezca —le dijo a Horace.

—Sí —asintió el otro. Luego se sentó y vio cómo Harry avanzaba pesadamente sobre la pista, se colocaba en su sitio y devolvía el primer saque. En seguida Belle cerró la revista y la dejó caer sobre la mesa.

—Ven —dijo, levantándose. Horace la siguió; Belle fue precediéndolo mientras cruzaban el césped y entraban en la casa. Se oía moverse a Rachel en la cocina. Siguieron atravesando la casa, donde todos los ruidos se hacían remotos y los muebles brillaban envueltos en una suave calma, confundidos bajo la luz agonizante del atardecer. Belle puso su mano en la de él apretándola contra su cadera a través de la fina tela del vestido, y lo llevó a través de un corredor oscuro hasta la sala de música. También esta habitación estaba silenciosa y vacía y allí Belle se detuvo

apoyándose contra él, volviéndose a medias, y se besaron. Pero ella apartó la boca en seguida y siguió andando. Él sacó el taburete del piano, se sentaron cada uno a un lado y volvieron a besarse.

—No me has dicho que me quieres —dijo Belle, tocándole la cara y el sempiterno desorden de su pelo con las yemas de los dedos—. Hace mucho tiempo que no me lo dices.

—El tiempo que va de ayer a hoy —puntualizó Horace; pero se lo dijo de todas formas mientras ella apoyaba su pecho contra él, escuchándolo con una especie de voluptuosa y extasiada indiferencia, como un enorme gato inmóvil; y cuando él terminó y empezó a tocarle la cara y el pelo con manos delicadas y bulliciosas, Belle se apartó, abrió el piano y pulsó las teclas. Interpretó dulzonas melodías, aprendidas de oído, que respondían a la moda del momento y que cualquiera podía escuchar en un escenario de vodevil; tocaba con mecánica habilidad, recalcando sólo los matices almibarados. Permanecieron así durante algún tiempo, mientras la luz desaparecía y Belle habitaba otro vacío transitorio, repleto de descontento, construyendo un mundo por el que deambulaba romántica y delicadamente y de manera un tanto trágica, con Horace sentado junto a ella, contemplando no sólo a Belle en el dramático papel autoelegido, sino también a sí mismo actuando como pueda hacerlo un galán maduro a quien le clarea el cabello y empieza a traicionarle el perfil por culpa de la barbilla, pero capaz todavía de cambiar de registro sin necesidad de ensayos, mientras los actores más jóvenes se muerden amargamente las uñas entre bastidores.

En seguida se oyó otra vez el rápido retumbar de los pies de Harry subiendo las escaleras y el alboroto de su voz rasposa mientras llevaba a alguien al cuarto de baño utilizando la puerta de atrás. Belle dejó de tocar, e inclinó el cuerpo hacia Horace, para besarlo de nuevo, despaciosamente.

—Esto es intolerable —dijo, apartando la boca con un movimiento de cabeza. Por un instante resistió la presión de su brazo, luego sus manos cayeron discordantes sobre el teclado y en seguida regresaron, tensas, al cabello y a las mejillas de Horace. Belle volvió a apartar la boca.

—Ahora, ve a sentarte allí —le indicó.

Él la obedeció. Belle, al piano, quedaba casi en sombras. La luz de la tarde se esfumaba por momentos; sólo destacaba la línea de su cabeza inclinada y su espalda, trágica e inmóvil, que lograba crear en Horace la sensación de ser joven de nuevo. Nos gusta sorprendernos a nosotros mismos al doblar una esquina, como ancianas llenas de dudas que espían a sus criados, pensó. No, más bien como chiquitos que quieren estar en el cruce antes de que llegue el desfile.

—Siempre existe el divorcio —dijo él.

—¿Casarse otra vez? —sus manos se detuvieron en unos compases, que se mezclaron y desvanecieron en un motivo secundario para una sola mano. Por encima de sus cabezas Harry se movía pesadamente con su entrecortada manera de andar, haciendo retumbar la casa—. Serías un marido atroz.

—No podré serlo mientras no me case —contestó Horace.

Ella dijo:

—Ven aquí —él fue hacia ella, y en la penumbra Belle resultaba otra vez trágica, joven y familiar creando al mismo tiempo una obsesiva sensación de vacío, y Horace comprendió la triste fecundidad del mundo y la esperanzada desilusión del tiempo que se engaña a sí mismo—. Quiero tener un hijo tuyo —dijo ella, y en aquel momento su propia hija llegó desde el vestíbulo y se paró tímidamente ante la puerta.

Por un instante Belle se comportó como un desmañado animal loco de terror. Se separó de él con un violento gesto de rechazo; sus manos tropezaron con el teclado antes de que pudiera controlar su instintivo movimiento de huida, y dejaron en la penumbra una insensata reacción defensiva, extendiéndose en olas que se acumulaban y que también tenían a Horace por objeto.

—Entra, Titania —dijo Horace.

La niñita siguió en el mismo sitio, tímidamente, recortada en silueta. La brusquedad de su tono de voz puso de manifiesto el alivio que sentía Belle.

—Bueno, ¿qué quieres? —y añadió con un susurro dirigido a Horace—: Siéntate allí. ¿Qué es lo que quieres, Belle?

Horace se apartó un poco, pero sin levantarse.

—Tengo una nueva historia que contarte —le dijo a la niña.

Pero la pequeña Belle siguió inmóvil, como si no hubiera oído, y su madre dijo:

—Vete a jugar, Belle. ¿Por qué has entrado en casa? Todavía no es hora de cenar.

—Se ha ido todo el mundo —dijo ella—. No tengo a nadie con quien jugar.

—Entonces vete a la cocina y habla con Rachel —dijo Belle. Golpeó las teclas de nuevo, bruscamente—. Me preocupa lo indecible verte merodear por la casa.

La niñita siguió inmóvil en la puerta un momento más; luego se dio la vuelta obedientemente y desapareció.

—Siéntate allí —repitió Belle. Horace volvió a su silla y Belle tocó el piano muy fuerte y muy deprisa, con una fría habilidad que dejaba traslucir su tensión histérica. Arriba los pasos de Harry retumbaron de nuevo; le oyeron bajar las escaleras; hablaba con alguien; después las voces se alejaron hacia la parte trasera de la casa y desaparecieron. Belle siguió tocando; Horace aún sentía en la habitación a oscuras la crispación defensiva como una contracción muscular que perdura cuando el espasmo producido por el miedo ha desaparecido. Sin dejar de tocar, Belle preguntó:

—¿Te quedas a cenar?

Horace contestó que no, despertando de pronto. Ella no se levantó al hacerlo él, ni volvió la cabeza; Horace salió de la casa por la puerta principal para entrar en el anochecer de una primavera ya muy avanzada. Una estrella brillaba suavemente sobre los árboles inmóviles. Vio el coche nuevo de Harry delante del garaje. En aquel momento su dueño estaba haciendo algo en el motor, mientras el jardinero-chófer-y-mozo-de-establo sostenía una linterna sobre los prominentes relieves de su cabeza y su hija y Rachel miraban por encima de su espalda inclinada, acercando sus rostros,

muy distintos pero igualmente interesados, al suave resplandor azulado de la linterna. Horace siguió andando camino de su casa. Antes de llegar a la estrecha calle en que vivía, los faroles lanzaron un destello y se apagaron para volver a lucir en seguida bajo las oscuras copas de los árboles.

ERA la tarde del recital de la pequeña Belle, punto culminante de su año musical. Durante toda la velada Belle no le había mirado ni dicho una sola palabra, incluso cuando —entre los invitados que se arracimaban a la puerta y mientras Harry trataba de persuadirle para subir a tomar un último trago— la sintió junto a sí por un instante, así como el fuerte perfume que usaba siempre. Pero tampoco entonces le dijo nada y, después de librarse de Harry, la puerta se cerró, ocultando a la pequeña Belle y la lustrosa calva de su padre. Al volverse hacia la oscuridad, Horace descubrió que Narcissa no le había esperado y avanzaba ya por el sendero camino de la calle.

—Si vas en la misma dirección que yo, te acompaño —exclamó.

Ella no respondió ni disminuyó su paso, como tampoco lo aceleró cuando él se puso a su altura.

—¿Por qué será —comenzó Horace— que las personas mayores ponen tanto interés en que los niños hagan cosas ridículas? ¿Qué opinas tú? Belle ha llenado la casa de gente que no le interesa y que en su mayor parte desaprueban su conducta y ha hecho que la pequeña Belle se acueste tres horas más tarde de lo habitual; el resultado es que Harry está medio borracho, Belle de un humor insoportable, la pequeña Belle demasiado excitada para dormirse y que tú y yo lamentamos haber salido de casa.

—¿Por qué has venido entonces? —preguntó Narcissa fríamente.

Horace acusó el golpe inmediatamente. Siguieron andando por una zona a oscuras, hacia la luz del farol más próximo. A su alrededor, las ramas de los árboles destacaban como corales negros en un océano amarillo.

—Vaya —dijo Horace. Y añadió después—. Ya he visto que esa gata vieja estaba hablando contigo.

—¿Por qué llamas gata vieja a Mrs. Marders? ¿Porque me contó algo que me incumbe y que el resto de la gente parece saber ya?

—Es eso lo que te ha contado, ¿verdad? Me lo estaba temiendo... —deslizó el brazo por dentro del de ella, que se mostró completamente pasivo—. Mi querida Nancy.

Atravesaron el amplio redondel de luz y se adentraron de nuevo en la oscuridad.

—¿Es cierto? —preguntó ella al cabo de un rato.

—Te olvidas de que mentir es parte del combate por la supervivencia —dijo él—. Es la manera que tienen los insignificantes seres humanos de manipular las circunstancias para que se ajusten a la imagen preconcebida que tienen de sí mismos como figuras del mundo. Su venganza contra los dioses siniestros.

—¿Es cierto? —insistió Narcissa.

Siguieron andando del brazo, ella seria y perseverante y esperando; él elaborando y descartando frases mentalmente, sin dejar por ello de encontrar tiempo para

divertirse al tomar conciencia una vez más de su total impotencia ante la constancia de su hermana.

—De ordinario la gente no miente sobre cosas que no les afectan —contestó cansadamente—. El mundo les tiene sin cuidado aunque nunca pierden el interés en sus propias vidas. Sobre todo cuando los hechos son mucho más divertidos que las historias que ellos pudieran inventar —añadió.

Narcissa se separó de él con tranquila determinación.

—Narcy...

—No —dijo—. No me llames así.

La esquina siguiente, donde había otro farol encendido, era la suya; allí torcerían. Sobre los muros vegetales de la calle, que casi formaban un túnel al arquearse, los dioses siniestros los contemplaban con sus ojos sin color, de párpados inmóviles. Horace metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y durante unos instantes también él se inmovilizó mientras sus dedos examinaban el objeto desconocido que habían encontrado allí. Luego lo sacó: una hoja de papel grueso, con dos dobles, que aún conservaba trazas de un perfume agobiante. Un perfume familiar, y sin embargo momentáneamente desconcertante, como un rostro mirándolo desde un tapiz. El rostro tardaría muy poco en concretarse, pero mientras sostenía la nota y buscaba el rostro por los corredores de su momentánea confusión, su hermana, otra vez junto a él, habló de pronto y con dureza.

—¡Todo tú hueles a ella! ¡Es una mujer atroz, Harry!

—Lo sé —contestó él tristemente—. Lo sé muy bien.

Estaba bien entrado el mes de junio y el aroma de los jazmines trasplantados de Miss Jenny se introducía persistentemente en la casa, rodeándola de constantes oleadas que se acumulaban como un prolongado acorde de violas. Las flores tempranas habían desaparecido, y los pájaros, después de comerse todas las fresas, se pasaban el día en las higueras, esperando a que maduraran; las zinias y las espuelas de caballero florecían sin la colaboración de Isom a quien, como Caspey había vuelto más o menos a la normalidad y la época de recoger las cosechas estaba todavía lejos, podía encontrarse en el lado sombreado del seto de aligustre que corría paralelo a la verja del jardín, recortando una a una las hojas de un tallo con unas tijeras de cortar el pelo a las mulas hasta que Miss Jenny volvía a casa, momento que aprovechaba para retirarse a descansar el resto de la tarde tumbado pacíficamente a la orilla del arroyo, con el sombrero echado sobre los ojos y una caña de pescar sujeta entre los dedos de los pies.

Simón se ocupaba de insignificancias entre quejas constantes. Su guardapolvo y el sombrero de copa acumulaban polvo y briznas de paja en el clavo del cuarto de los arreos, mientras los caballos de tiro engordaban cada vez más y se volvían más insolentes y perezosos, pastando de la mañana a la noche. El guardapolvo y el

sombrero sólo abandonaban el clavo, y los caballos sólo volvían a ocupar su lugar delante del vehículo una vez a la semana: los domingos para ir a la iglesia. Miss Jenny decía que llevaba demasiado camino hecho para arriesgar su salvación trasladándose a la iglesia a cincuenta millas por hora; que no andaba sobrada de méritos, especialmente si se consideraba que era ella quien tendría que hacer entrar en el paraíso de alguna manera el alma del viejo Bayard, que se dedicaba todas las tardes a correr por las carreteras como un loco en compañía de su nieto, siempre a punto de romperse la crisma. En cuanto al alma del joven Bayard, Miss Jenny no sentía la menor preocupación: aquel no la tenía.

Mientras tanto el joven Bayard recorría las plantaciones, acosando a los arrendatarios negros con su característica frialdad, y con unos pantalones de color caqui y unas botas camperas que le habían costado catorce guineas, ponía en marcha la maquinaria agrícola y conducía un tractor que el viejo Bayard había comprado por consejo suyo: de momento casi se había vuelto una persona civilizada. Sólo iba a la ciudad de cuando en cuando, a caballo en muchos casos, y en conjunto su vida se había convertido en algo tan convenientemente inocuo que tanto su tía como su abuelo se estaban poniendo nerviosos, incapaces de creer en un futuro sin catástrofes.

—Fíjate en lo que te digo —le dijo Miss Jenny a Narcissa el día que fue de nuevo a visitarla—. Está acumulando maldad: el día menos pensado estallará toda junta y se armará una buena. Sólo Dios sabe la que organizará... Quizá Isom y él se monten uno en el coche y otro en el tractor y hagan una carrera de obstáculos... ¿A qué vienes? ¿Has recibido otra carta?

—He recibido varias más —contestó Narcissa quitándole importancia—. Las estoy guardando hasta que tenga suficientes para un libro, y entonces se las traeré todas para que las lea.

Miss Jenny estaba frente a ella, erguida como un centinela perfectamente adiestrado, con su característico aire de fría eficiencia gracias al cual vendedores, representantes y extraños en general cometían absurdas equivocaciones al enfrentarse con ella, convencidos antes ya de empezar de la inevitabilidad de su fracaso. Su huésped se quedó inmóvil, con el lacio sombrero de paja sobre las rodillas.

—He venido sólo a verla a usted —añadió, y por un momento apareció en su rostro un gesto tal de desesperación que Miss Jenny se irguió todavía más en el asiento y contempló a Narcissa con sus inquisitivos ojos grises.

—¿Qué es ello, chiquilla? ¿Es que ese hombre se te ha metido en casa?

—No, no —la expresión había desaparecido, pero Miss Jenny siguió contemplándola con aquella mirada penetrante que parecía ver mucho más de lo que uno pensaba... o deseaba—. ¿Quiere que toque el piano? Ha pasado mucho tiempo desde la última vez, ¿no es cierto?

—De acuerdo —asintió Miss Jenny—, si te apetece hacerlo.

Había polvo en el piano; Narcissa levantó la tapa con cierta timidez.

—Si me permite que vaya a buscar un trapo...

—Ya me encargo yo —dijo Miss Jenny; luego, cogiendo su falda por el dobladillo, limpió el teclado de un manotazo—. Con eso es suficiente.

Después acercó una silla que estaba detrás del piano y se instaló en ella. Sumida en sus reflexiones seguía contemplando el perfil de Narcissa, pero muy pronto las viejas melodías despertaron de nuevo sus recuerdos y durante un rato su mirada se hizo más remota y la muchacha y el sufrimiento que había aparecido momentáneamente en su cara se fue perdiendo en las muertas veladas juveniles de Miss Jenny, en sus ya superados aunque permanentes dolores, y pasó algún tiempo antes de que se diera cuenta de que la otra lloraba en silencio mientras seguía tocando.

Sin levantarse, Miss Jenny se inclinó hacia adelante y tocó a Narcissa en el brazo.

—Vamos, vamos: dime lo que te pasa —le ordenó.

Y Narcissa se lo contó tranquilamente, con su grave voz de contralto, mientras de sus ojos seguían manando las lágrimas mansamente.

—Humm —dijo Miss Jenny—. Era de esperar tratándose de un hombre que tiene tan poco que hacer como Horace. No entiendo por qué te afecta tanto.

—Es que esa mujer —gimió Narcissa de repente, como una niña, escondiendo el rostro entre las manos—, ¡es un ser inmundito!

Miss Jenny buscó en el bolsillo de su falda y le alargó un pañuelo de hombre.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿No se lava con frecuencia?

—No, no me refiero a eso. Quiero decir que... —Narcissa se volvió de pronto y apoyó la cabeza sobre el piano.

—Oh —dijo Miss Jenny—. Todas las mujeres son así, si te refieres a eso.

Siguió sentada, tan fieramente erguida como siempre, contemplando los hombros de su joven amiga, estremecidos por los sollozos.

—Humm —dijo de nuevo—. Horace ha pasado tantos años educándose que no ha tenido tiempo de aprender nada... ¿Por qué no lo paraste a tiempo? ¿No te diste cuenta de lo que pasaba?

La otra lloraba ya más resignadamente. Se incorporó y se limpió los ojos con el pañuelo de Miss Jenny.

—Empezó antes de que Horace se marchara a la guerra. ¿No se acuerda?

—Creo recordar una larga serie de cotilleos femeninos. De todas formas, ¿quién te lo ha dicho? ¿Horace?

—Ha sido Mrs. Marders. Y luego también me lo dijo Horace. Pero nunca creí que él... nunca pensé... —su cabeza se recostó de nuevo sobre el piano, oculta entre sus brazos—. Yo no le hubiera tratado de esa manera.

—Así que fue Sarah Marders, ¿eh? Podría habérmelo imaginado... Admiro los caracteres fuertes, aunque sean detestables —hizo saber Miss Jenny—. Bueno, llorando no vas a arreglar nada —se alzó enérgica—. Ya pensaremos qué es lo que se puede hacer. Aunque de momento yo le dejaría seguir adelante; no le vendría nada mal que ella cambiara de actitud y lo utilizara como felpudo... Es una pena que Harry

no tenga nervio suficiente para... más bien imagino que se alegrará; yo me pondría más contenta que unas pascuas, desde luego... Vamos, vamos —dijo, al advertir la expresión de asombro y alarma en el rostro de Narcissa—, no creo que Harry le haga el menor daño. Sécate las lágrimas. Será mejor que vayas al cuarto de baño y te arregles un poco. Bayard llegará de un momento a otro y no querrás que note que has estado llorando.

Narcissa lanzó una mirada furtiva hacia la puerta y se dio unos precipitados golpecitos en las mejillas con el pañuelo de Miss Jenny.

A veces Horace la buscaba por la casa, o cruzaba la avenida y descendía hasta el sitio donde ella se instalaba, vestida con uno de los trajes blancos que a él le gustaban tanto bajo el roble en el que todas las tardes venía a cantar un sinsonte, para mostrarle el resultado de su último experimento en la fabricación de cristal. Había completado cinco recipientes de colores distintos, todos casi perfectos, y cada uno con su nombre propio. Y en cuanto los acababa y todavía sin terminar de enfriarse, atravesaba el césped hasta donde ella estaba sentada con un libro, o quizá con una sorprendida visitante, desaliñado, con la ropa llena de manchas, llevándole las vasijas, que yacían púdicas y frágiles como burbujas en sus manos cubiertas de hollín, y el rostro también ennegrecido por el humo y un poco enojado, lleno de pasión, delicado y austero.

POR ALGÚN TIEMPO la tierra lo retuvo en una especie de vacío que podría haber recibido el nombre de satisfacción. Se levantaba al amanecer, sembraba, veía crecer las plantas y atendía a sus necesidades; maldecía y hostigaba a los negros y a las mulas hasta ponerlos en movimiento y conseguir después que el movimiento durara; logró hacer marchar el molino harinero y enseñó a Caspey a conducir el tractor y, a la hora de comer y por la noche, volvía a casa oliendo a aceite de máquina, a establo y a arcilla y se acostaba con músculos agradecidos y con los sobrios ritmos de la tierra identificados con su cuerpo; y en seguida se quedaba dormido. Pero aún se despertaba a veces, sin previo aviso, en la tranquila oscuridad de su lecho, crispado y sudando a causa de los viejos terrores. Entonces, por unos momentos, el mundo desaparecía y volvía a ser un animal atrapado en lo más alto del cielo, luchando por la supervivencia, preso en la hábil maraña que había traicionado a aquel que se arriesgara demasiado; y volvía a pensar en sí, cuando la bala lo encuentra a uno, sería posible estrellarse hacia arriba, estallar; todo mejor que caer a tierra. No era la muerte, no: era el impacto contra el suelo que se revivía tantas veces antes de llegar allí lo que a uno le contraía la garganta en inevitables y repetidas arcadas.

Pero al menos sus días eran jornadas de plenitud, y el joven Bayard descubrió de nuevo el orgullo. Ahora iba en coche a la ciudad para buscar a su abuelo sólo por costumbre, y aunque todavía consideraba las cuarenta y cinco millas por hora una velocidad normal, ya no experimentaba un frío y diabólico placer en tomar las curvas sobre dos ruedas o en separar las parejas de mulas de los carros golpeando los balancines con el parachoques al pasar. El viejo Bayard todavía insistía en ir con él cuando tenía que trasladarse a algún sitio, pero su respiración era más tranquila; y una vez incluso comunicó a Miss Jenny su esperanza de que Bayard hubiera superado el impulso que lo empujaba hacia una muerte violenta.

Miss Jenny, que era una verdadera optimista —es decir, una persona que espera siempre lo peor y por lo tanto recibe una agradable sorpresa al comprobar que ha pasado otro día sin que se produzca la catástrofe—, se apresuró a desengañarlo. Mientras tanto, Miss Jenny le daba leche en abundancia, vigilaba su dieta y su horario con su característico rigor ordenancista, y a veces entraba de noche en su cuarto y se sentaba durante un rato sin hacer el menor ruido junto a la cama donde dormía.

Sin embargo el joven Bayard mejoraba. Sin darse cuenta del progreso, había llegado a sumergirse en la continuidad de los días, se había dejado atrapar por el ritmo de unas actividades repetidas una y otra vez hasta que sus músculos se familiarizaron tanto con ellas que su cuerpo atravesaba los días como una entidad independiente, sin ayuda alguna del mismo Bayard. La tierra, la vieja Dalila, lo había engañado tan bien que ni siquiera advertía la desaparición de sus guedejas, ni se daba cuenta de que Miss Jenny y el viejo Bayard se preguntaban cuánto tiempo pasaría

antes de que le crecieran de nuevo. «Necesitaba una esposa», era lo que pensaba Miss Jenny; «quizá entonces se conformara con llevar el pelo corto. Una persona joven que comparta sus preocupaciones», se dijo a sí misma. «Bayard es demasiado viejo y yo tengo demasiadas cosas que hacer para dedicarme a eso».

Bayard veía a Narcissa por la casa de vez en cuando, a veces en el comedor, y era consciente del encogimiento de la muchacha y del desagrado que él le inspiraba. Miss Jenny los contemplaba, meditativa y un tanto exasperada por aquella manera que tenían de ignorarse mutuamente. «Él la trata como un perro trataría una jarra de cristal tallado y ella lo mira como una jarra de cristal tallado miraría a un perro», se dijo a sí misma.

Después pasó el tiempo de la siembra y llegó el verano, y Bayard se encontró un día sin nada que hacer. Era como despertarse aturdido y verse expulsado de los cálidos y soleados valles donde vivía la gente a una región donde frías cumbres de rabiosa desesperación se alzaban sombrías sobre los valles perdidos, entre negras e indómitas estrellas.

La carretera descendía en una curva de color rojizo, entre pinos agitados por los cálidos vientos de julio con un ruido como de trenes lejanos, y terminaba en el verde más claro de un grupo de sauces, donde un riachuelo corría bajo un puente de piedra. En lo alto de la pendiente, las esmirriadas mulas de largas orejas se detuvieron, el negro más joven se apeó, sacó del carro un joven tronco de roble blanco lleno de muescas y frenó la rueda trasera más próxima al borde de la carretera introduciéndolos entre los torcidos radios recubiertos de alambre hasta apoyarlo sobre el eje posterior. Después volvió a subirse al decrepito carro, donde el otro negro, alzadas las riendas hechas de cabos de cuerda, y con la cabeza inclinada en dirección al riachuelo, permanecía completamente inmóvil.

—¿Qué ha sido eso? —dijo.

—¿Qué ha sido el qué? —preguntó el más joven.

Pero el de más edad siguió en la misma actitud de inmóvil y concentrada atención y el otro se puso también a escuchar. Pero no se produjo ningún sonido excepto el largo suspiro del viento entre los austeros pinos y el canto de una codorniz dentro de su verde fortaleza.

—¿Qué oyes, papá? —repitió.

—He oído un golpe allá abajo. Quizá un árbol que se ha caído —dio un tirón a las riendas—. Vamos, mulas.

Las mulas agitaron sus orejas de conejo, pusieron el carro en movimiento y empezaron a descender entre las frescas sombras moteadas, acompañados por el desagradable chirrido de la rueda frenada que iba dejando atrás una brillante cinta azulada sobre el suave polvo rojizo. Al pie de la colina la carretera cruzaba el puente e iniciaba otra vez la ascensión; debajo, el riachuelo se ondulaba y brillaba con

reflejos pardos entre los sauces; junto al puente y boca arriba sobre el riachuelo, yacía un automóvil. Las ruedas delanteras giraban aún y el motor seguía marchando en ralentí, mientras el tubo de escape dejaba escapar un leve rastro de humo. El negro de más edad condujo el carro hasta el puente, lo detuvo y los dos negros se pusieron a mirar con gran calma la larga panza del coche. El más joven habló de repente:

—¡Está ahí! Dentro del agua, debajo. Le veo los pies, que sobresalen.

—Es muy posible que se ahogue —dijo el otro, manifestando interés y desaprobación al mismo tiempo. Los dos se apearon del carro. El más joven se deslizó hasta la orilla del riachuelo; el otro ató pausadamente las riendas a uno de los palos que unían el suelo del carro con el resto de la estructura, tiró la vara pelada de nogal que usaba para azuzar a las mulas detrás del asiento, dio la vuelta alrededor del vehículo, sacó el tronco que frenaba la rueda y lo puso en el interior del carro. Luego también él se deslizó cuidadosamente hasta la orilla del riachuelo donde su hijo, en cuclillas, contemplaba las piernas sumergidas del joven Bayard.

—No te acerques demasiado a esa cosa, muchacho —ordenó—. Podría estallar. ¿No oyes que está funcionando todavía?

—Tenemos que sacar a ese hombre —replicó el más joven—. Se va a ahogar.

—No lo toques. Los blancos dirán que lo hemos hecho nosotros. Vamos a no movernos de aquí hasta que aparezca algún blanco.

—Se habrá ahogado antes de que pase nadie —dijo el otro—, si sigue dentro del agua.

Estaba descalzo y avanzó hasta meterse en el riachuelo; luego se detuvo de nuevo mientras el agua parda se alzaba en remolinos alrededor de las flacas pantorrillas negras.

—¡John Henry! —dijo su padre—. ¡Sal de ahí!

—Tenemos que sacarlo de ahí debajo —repitió el muchacho, y, el uno en el agua y el otro en la orilla, discutieron amigablemente mientras la corriente se ondulaba alrededor de las punteras de las botas de Bayard. Finalmente el negro más joven se acercó cautelosamente, agarró a Bayard por una pierna y tiró de ella. El cuerpo respondió y se desplazó, pero en seguida volvió a detenerse; gruñendo quejumbrosamente el negro de más edad se sentó, se quitó los zapatos y se introdujo en el agua.

—Se ha enganchado —dijo John Henry, poniéndose en cuclillas en el agua y buscando bajo el coche con la mano—. Está enganchado en el volante. Pero parte de la cabeza la tiene fuera del agua. Voy a buscar el madero.

Subió la pendiente desde la orilla, sacó del carro el tronco de roble y regresó junto a su padre, que se había quedado con un sobrio gesto de desaprobación muy cerca de las piernas del blanco. Con la ayuda del tronco alzaron el coche lo suficiente para sacar a Bayard. Lo llevaron hasta la orilla y allí se quedó, tendido al sol, con su rostro tranquilo y sus enmarañados cabellos, mientras sus botas rezumaban agua y los negros permanecían a su lado, cambiando el peso de un pie a otro mientras se

escurrían las perneras del mono.

—Es el nieto del Coronel Sartoris, ¿no es cierto? —dijo por fin el de más edad, agachándose con dificultad hasta la arena, gimiendo y gruñendo, para ponerse otra vez los zapatos.

—Sí, señor —contestó John Henry—. ¿Está muerto, papá?

—Claro que está muerto —contestó el otro de mal humor—. ¿No se ha caído el automóvil con él desde ese puente aplastándolo contra el arroyo? ¿Cómo quieres que esté, si no es muerto? ¿Y qué vas a decir cuando la policía te pregunte por qué eres tú el único que lo ha encontrado muerto? Dímelo, anda.

—Diré que tú me ayudaste.

—Eso no es asunto mío. Yo no he saltado desde el puente en coche. Fíjate, todavía sigue funcionando. Será mejor que nos marchemos antes de que estalle.

—Hay que llevarlo a la ciudad —dijo John Henry—. Puede que por aquí no pase nadie más en todo el día —se agachó y alzó a Bayard por los hombros hasta dejarlo sentado—. Ayúdame a llevarlo hasta la carretera, papá.

—Eso no es asunto mío —repitió el otro, pero se inclinó, cogió a Bayard por las piernas y entre los dos lo levantaron. Bayard dejó escapar un gemido, aunque sin despertarse.

—¿Has oído? —exclamó John Henry—. No está muerto.

Pero podía muy bien haberlo estado, con aquel largo cuerpo suyo tan completamente inerte y la cabeza torcida en un ángulo increíble contra el hombro de John Henry. Después de asegurarse de que lo tenían bien cogido giraron hacia la carretera.

—¡Venga! —dijo John Henry.

Treparon con él por la pendiente pizarrosa hasta llegar a la carretera, donde el de más edad dejó que su lado de la carga se fuera escurriendo hasta el suelo.

—¡Vaya! —respiró entrecortadamente—. Pesa tanto como un barril de harina.

—Vamos, papá —dijo John Henry—, hay que llevarlo hasta el carro.

El otro se agachó de nuevo, alzaron a Bayard —los húmedos muslos enrojecidos por el polvo convertido en lodo— y lo fueron transportando hasta el carro.

—Parece que estuviera muerto —comentó John Henry—; al menos no hace nada para que se piense lo contrario. Iré junto a él para que no se golpee la cabeza.

—Sube el tronco para frenar que te has dejado en el riachuelo —le ordenó su padre, y John Henry recogió el madero, subió otra vez al carro y colocó la cabeza de Bayard sobre sus rodillas. El de más edad desató las riendas, se situó sobre el desvencijado asiento y empuñó su pelada vara de nogal.

—No me gusta llevar este tipo de mercancías —hizo saber—. Arre, mulas.

Los animales pusieron el carro en movimiento una vez más y siguieron adelante. Detrás de ellos, en el riachuelo, quedaba el automóvil panza arriba con el motor todavía rezongando y murmurando en ralentí.

Mientras tanto, su propietario yacía en un carro sin ballestas, sometido a

constante traqueteo aunque inerte y relajado y sin conciencia de todo ello. Así avanzaron varias millas, mientras John Henry protegía del sol el rostro de Bayard manteniendo en alto su roto sombrero de paja, hasta que los muchos saltos del camino fueron penetrando en la región a la que Bayard se había retirado y le hicieron gemir de nuevo.

—Haz que las mulas vayan más despacio, papá —dijo John Henry—. El traqueteo lo está despertando.

—No puedo evitarlo —respondió el de más edad—. No soy yo el que se ha tirado del puente con ese automóvil. Tengo que llegar a la ciudad y luego volver a casa. Vamos, mulas.

John Henry trató de moverlo para que le molestaran menos los saltos; Bayard gimió de nuevo, levantó una mano hasta el pecho, movió los ojos y los abrió. Pero los cerró inmediatamente al deslumbrarle el sol y se puso a maldecir sobre las rodillas de John Henry. Luego volvió a moverse, tratando de sentarse. John Henry se lo impidió, con firmeza aunque tímidamente, y él abrió otra vez los ojos, forcejeando.

—¡Déjame, maldita sea! —dijo—. Estoy herido.

—Sí, capitán; lo que tiene usted que hacer es quedarse quieto.

Bayard se desplazó violentamente, sujetándose el costado; le brillaron los dientes entre los labios contraídos y agarró el hombro de John Henry con unos dedos que apretaban como garfios de acero.

—¡Deten el carro! —gritó, lanzando feroces miradas al cogote del negro más viejo—. ¡Haz que se pare! Está consiguiendo empalarme con mis propias costillas.

Maldijo de nuevo, tratando de ponerse de rodillas, agarrado al hombro de John Henry y sujetándose el costado con la otra mano. El negro de más edad se dio la vuelta y lo miró.

—¡Tírale algo! —gritó Bayard—. Haz que se pare. ¡Estoy herido, maldita sea!

El carro se detuvo. Bayard se apoyaba ahora sobre las manos y las rodillas, completamente doblado, como una bestia herida. Los dos negros lo contemplaban en silencio y él, sin dejar de sujetarse el costado, siguió moviéndose y trató de apearse del carro. John Henry se bajó de un salto y le ayudó y él descendió lentamente y se apoyó contra una rueda, el rostro exangüe y perlado de gotas de sudor y la tensa sonrisa sobre los dientes apretados.

—Súbase otra vez al carro, capitán; tenemos que llegar a la ciudad para que lo vea un médico —dijo John Henry.

El color parecía haber desaparecido hasta de sus ojos. Bayard se apoyó contra el carro, humedeciéndose los labios con la lengua. Después se puso de nuevo en movimiento y se sentó en el borde de la carretera, buscando torpemente los botones de la camisa. Los dos negros seguían mirándolo.

—¿Tienes un cuchillo, muchacho? —preguntó inmediatamente.

—Sí.

John Henry sacó su cuchillo y siguiendo las instrucciones de Bayard le cortó la

camisa. Luego entre los dos vendaron lo mejor que pudieron el pecho de Bayard, que en seguida se puso en pie.

—¿Tienes un cigarrillo? —preguntó.

John Henry no tenía.

—Mi padre lleva tabaco de mascar —sugirió.

—Dame un trozo, entonces.

Se lo dieron, le ayudaron a volver al carro y a sentarse en el asiento; el de más edad tomó las riendas. Fueron tintineando y traqueteando interminablemente camino adelante sobre el polvo rojizo, atravesando zonas de sombra y trozos iluminados por el sol, cuesta arriba y cuesta abajo, mientras Bayard se apretaba el pecho con los brazos, mascaba tabaco y maldecía alternativamente. A cada salto y cada vez que respiraba, sus costillas rotas se le clavaban en la carne, ahondando más y más; y así iban pasando de la sombra al sol para volver de nuevo a la sombra.

Después de una última cuesta, abandonaron la última zona de sombra, cruzaron el valle, llano y sin árboles, y entraron en la carretera principal; allí se detuvieron, mientras el sol arrojaba fuego sobre los desnudos hombros de Bayard y sobre su cabeza descubierta, y él y el negro más viejo discutieron sobre si debían llevarlo a su casa o no. Bayard maldijo y se enfadó, pero el otro se mostró quejumbrosamente inflexible. Por fin Bayard le quitó las riendas, dio la vuelta a las mulas para que fueran valle arriba y con el extremo de las correas golpeó a los asombrados animales hasta hacerlos correr desesperadamente.

Lo peor fue la última milla. Por todas partes los campos cultivados se extendían hacia las colinas resplandecientes: la tierra, saturada de calor, arada y removida, estaba otra vez ahíta y ebria, desprendiendo calor, como un borracho exuda alcohol al respirar. Los árboles a lo largo de la carretera eran escasos y demasiado jóvenes y las mulas avanzaban a una marcha increíblemente lenta, envueltas con el polvo que producían. Bayard devolvió las riendas y, medio en sueños, se esforzó por mantenerse en el asiento, consciente tan sólo de una sed espantosa y de que estaba perdiendo la cabeza. Los negros también lo comprendieron y el más joven se arrastró a duras penas hacia adelante y le ofreció su roto sombrero de paja. Bayard lo aceptó y se lo puso.

Las mulas, con sus cómicas y desmesuradas orejas adquirían siluetas fantásticas, mezclándose con otras formas sin significado; formas que surgían para desaparecer inmediatamente. A veces Bayard tenía la impresión de que viajaban hacia atrás, de que pasaban arrastrándose una y otra vez ante el mismo árbol o poste de teléfonos; y también le parecía que tanto ellos tres como el carro bamboleante y las dos mulas estaban atrapados, para siempre y sin posibilidad de escape, en una noria sin sentido, en un movimiento incesante sin progreso.

Pero por fin y sin que él se diera cuenta, el carro torció, pasando entre las hojas del portón de hierro, y sus hombros desnudos agradecieron la protección de la sombra. Al abrir los ojos Bayard vio cómo su casa flotaba y se mecía, convertida en

un pálido espejismo. Cesó el traqueteo, los dos negros le ayudaron a bajarse y el más joven le siguió hasta los escalones, sosteniéndole del brazo. Pero Bayard se soltó, subió los peldaños y cruzó el porche. En el vestíbulo, viniendo de la luminosidad exterior, no pudo ver nada durante unos momentos y se quedó parado, un poco mareado, parpadeando. Luego los ojos de Simón surgieron de la oscuridad, girando dentro de sus órbitas.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Simón—. ¿Qué le ha pasado esta vez?

—¿Simón? —le interrogó Bayard. Luego dio un traspiés y para no perder el equilibrio siguió avanzando y tropezó con algo—. ¿Simón?

Simón se movió rápidamente y lo tocó.

—No me canso de decirle que ese coche acabará matándolo. ¡Cuántas veces se lo habré dicho!

Le pasó la mano por la cintura y lo fue llevando hacia el pie de las escaleras, pero el otro no quiso girar allí; siguieron vestíbulo adelante y Simón le ayudó a entrar en el despacho de su abuelo, donde Bayard se detuvo apoyándose contra una silla.

—Las llaves —dijo con voz estropajosa—. Tía Jenny. Necesito un trago.

—Miss Jenny se ha ido a la ciudad con Miss Benbow —respondió Simón—. Aquí no hay nadie, no hay nadie en absoluto excepto los negros. ¡Cuántas veces se lo habré dicho! —gimió de nuevo, pasándole a Bayard la mano por encima—. Sangre no tiene usted. Venga al sofá y échese, Mr. Bayard.

Bayard se puso otra vez en movimiento ayudado por Simón. Con paso vacilante dio la vuelta alrededor del sillón y se derrumbó sobre él, sujetándose el pecho.

—No tiene sangre —balbuceó Simón.

—Las llaves —dijo Bayard de nuevo—. Tráeme las llaves.

—Sí, señor. Voy a buscarlas.

Pero Simón siguió agitando sus aturdidas manos alrededor de Bayard hasta que el otro se puso a maldecirlo y le dio un violento empujón. Sin dejar de gemir. No tiene sangre, Simón se dio la vuelta y se escabulló de la habitación. Bayard se inclinó hacia adelante, sujetándose el pecho; oyó cómo Simón subía las escaleras y cruzaba el piso alto. Luego volvió y Bayard vio cómo abría el escritorio, sacaba el frasco con tapón de plata y salía otra vez de la habitación. Cuando Simón regresó con un vaso se encontró a Bayard apoyado contra el escritorio, bebiendo directamente del frasco. Simón le ayudó a volver al sillón y le sirvió más licor en el vaso. Después le buscó un cigarrillo y se quedó revoloteando a su alrededor sin saber qué hacer.

—Déjeme que vaya a buscar al médico, Mr. Bayard.

—No. Dame otro trago.

Simón obedeció.

—Con éste hacen ya tres. Déjeme que vaya a buscar a Miss Jenny y al doctor. Por favor, Mr. Bayard.

—No. Déjame en paz. Vete de aquí.

Vació otra vez el vaso. El mareo, la sensación de estar viendo un espejismo,

habían desaparecido y se sintió mejor. A cada respiración se le clavaban en el costado agujas incandescentes, de manera que procuró hacer respiraciones poco profundas. Si fuera capaz de recordarlo... Sí, se sentía mucho mejor, de manera que se levantó con mucho cuidado, se llegó hasta el escritorio y echó otro trago. Sí, aquello era lo que hacía falta para curar una herida, como Suratt había dicho. Igual que aquella vez, cuando le entró una bala trazadora en la tripa y lo único que retenía en el estómago era ginebra con leche. En cuanto a este accidente, no era nada: unos cuantos listones partidos. Podía arreglarse el fuselaje con un poco de alambre fino en diez minutos. No como Johnny. Todas las balas fueron directamente a los muslos. Aquel maldito alemán no se molestó siquiera en alzar un poco el punto de mira. Tenía que acordarse de que las respiraciones fueran poco profundas.

Cruzó la habitación despacio. Simón revoloteó delante de él en el vestíbulo apenas iluminado, y Bayard subió las escaleras lentamente, agarrándose a la barandilla mientras Simón agitaba las manos sin dejar de mirarlo. Bayard entró en su habitación, que había sido también de Johnny, y se detuvo algún rato hasta que fue otra vez capaz de respirar a ritmo lento. Después cruzó el cuarto hasta llegar al armario y lo abrió; arrodillándose con muchas precauciones y sujetándose el costado con la mano sacó el cajón que estaba en la parte inferior.

No había muchas cosas dentro: una prenda de vestir; un librito encuadernado en piel; un casquillo de bala con un trozo de alambre del que colgaba una arrugada zarpa de oso. El primer oso de John y la bala que lo había matado cerca de la casa de los MacCallum, en la hondonada junto al río, cuando tenía doce años. El libro era un Nuevo Testamento; en la guarda estaba escrito con tinta marrón casi desvanecida: «Para mi hijo John, en su séptimo cumpleaños, 16 de marzo de 1900, de su madre». Bayard tenía otro exactamente igual; era el año en el que su abuelo hizo que el tren de mercancías matutino se detuviera para llevarlos a la ciudad el primer día que fueron a la escuela. La prenda de vestir era una cazadora de lona, con manchas que habían sido de sangre, muy rozada, con desgarrones de zarzas y oliendo todavía débilmente a nitrato sódico.

Siempre de rodillas, sacó los objetos uno a uno y los puso en el suelo. Cogió otra vez la cazadora y percibió —como un indicio de vida y de calor— su débil olor acre y rancio.

—Johnny —susurró—. Johnny.

De repente alzó la prenda hacia su cara pero se detuvo bruscamente, y con la cazadora a mitad de camino miró rápidamente por encima del hombro. Pero en seguida se recobró, alzó la cazadora, apoyó la cara contra ella, con deliberación y gesto desafiante, y permaneció arrodillado durante algún tiempo.

Después se levantó, recogió el libro, el trofeo de caza y la chaqueta de lona, y llegándose hasta su armario tomó una fotografía que estaba encima, en la que se veía un grupo del club de gourmets al que John pertenecía en Princeton. Se la puso bajo el brazo, descendió las escaleras y salió de la casa por la puerta de atrás. En el momento

de aparecer él, Simón estaba cruzando el patio con el coche de caballos y al pasar junto a la cocina Elnora canturreaba una de sus suaves e interminables canciones.

Detrás del ahumadero estaba el caldero negro y las artesas de madera que Elnora usaba para lavar cuando hacía buen tiempo. Había hecho colada aquel día; la cuerda de tender se curvaba con el peso de la ropa húmeda y de debajo del caldero salían espirales de humo de los rescoldos aún vivos bajo las suaves cenizas de la madera. Bayard empujó el caldero con un pie, apartándolo, y de la leñera cogió una brazada de ramillas de pino y las colocó sobre las cenizas. En seguida surgió la llama, pálida en contraste con el soleado día; y cuando la madera estuvo bien encendida, Bayard puso encima la cazadora, el Nuevo Testamento, el trofeo y la fotografía y los movió y les dio la vuelta hasta que se consumieron por completo. En la cocina Elnora canturreaba dulcemente mientras trabajaba; su voz, llena de tristes y quejumbrosas modulaciones, le llegaba a Bayard a través de los soleados corredores del aire. Tenía que acordarse de hacer respiraciones poco profundas.

Simón tomó el camino de la ciudad lo más deprisa que pudo, pero ya se le habían adelantado los dos negros, que lo contaron al tendero cómo habían encontrado a Bayard junto a la carretera. La noticia llegó en seguida al banco, y el Coronel Sartoris mandó llamar al doctor Peabody. Pero Peabody se había ido a pescar, de manera que acudió a Alford y los dos, en el coche del médico, se cruzaron con Simón, muy cerca ya de la ciudad. El criado negro dio la vuelta y los siguió, pero cuando llegó a la casa encontró a Bayard anestesiado, y temporalmente incapacitado para hacer nuevos estragos; y cuando Miss Jenny y Narcissa Benbow se presentaron una hora más tarde, sin sospechar nada, ya lo habían vendado y se hallaba otra vez consciente. Ellas no estaban al tanto de lo que había pasado pero, aunque Miss Jenny no reconoció el coche del doctor Alford, le bastó ver un automóvil desconocido para imaginarse lo peor.

—Ese loco ya ha conseguido matarse —dijo, y apeándose del coche de Narcissa se abalanzó sobre la casa como un nublado.

Bayard estaba tumbado en la cama, pálido, inmóvil y un tanto avergonzado. El viejo Bayard y el médico salían en aquel momento, y Miss Jenny esperó a que abandonaran la habitación para enfurecerse y reñirlo y acariciarle el pelo mientras Simón, en el rincón entre la cama y la pared, asentía con la cabeza y gemía.

—¡Así es, Miss Jenny, como usted dice! ¡Cuántas veces no se lo habré advertido yo!

Después Miss Jenny salió del cuarto y descendió a la veranda donde el doctor Alford se había inmovilizado en impecable gesto de despedida. El viejo Bayard también esperaba, sentado ya en el coche. Al aparecer Miss Jenny el doctor se animó de nuevo para completar la despedida con su rigidez habitual, y él y el viejo Bayard se alejaron por la avenida.

Miss Jenny miró a su alrededor, primero en la veranda y luego en el vestíbulo.

—¿Dónde...? —dijo; luego alzó la voz—: ¡Narcissa!

Se oyó una respuesta y Miss Jenny añadió:

—¿Dónde estás?

De nuevo le contestó la voz de Narcissa y al entrar en la casa, Miss Jenny vio el vestido blanco de la muchacha en la penumbra de la sala de las visitas. Estaba sentada en el taburete del piano.

—Está despierto —dijo Miss Jenny—. Puedes subir a verlo.

La otra se levantó, volviéndose hacia la luz.

—¿Qué te pasa? —quiso saber Miss Jenny—. Tienes mucho peor aspecto que él. Estás más blanca que una pared.

—Nada —contestó Narcissa—. No me pasa nada.

Miró fijamente a Miss Jenny, apretando los puños contra las caderas.

—Tengo que irme —dijo, saliendo de la sala—. Es tarde y Horace...

—Pero puedes subir un momento y hablar con él, ¿no es cierto? —preguntó Miss Jenny, observándola con curiosidad—. No hay sangre, si es eso lo que te da miedo.

—No es eso —contestó Narcissa—. No tengo miedo.

Miss Jenny se acercó a ella con ojos inquisitivos, llenos de curiosidad.

—Bueno, de acuerdo —le dijo amablemente—, si no te apetece... Como estabas aquí pensé que te gustaría ver que no le ha pasado nada grave. Pero no lo hagas si no tienes ganas.

—Sí, sí que tengo ganas.

Pasó al lado de Miss Jenny y cruzó el vestíbulo. Al llegar al pie de la escalera se detuvo hasta que Miss Jenny la alcanzó; luego subieron la escalera juntas, muy deprisa y Narcissa con la cara vuelta.

—¿Qué te pasa? —preguntó Miss Jenny, tratando de verle el rostro—. ¿Qué es lo que te sucede? ¿Te has enamorado de él?

—¿Enamorada?... ¿de él, de Bayard?

Se detuvo un momento y luego aceleró el paso, agarrándose al pasamanos. Empezó a reír ahogadamente y se tapó la boca con la otra mano. Miss Jenny siguió subiendo a su lado, llena de fría curiosidad. Narcissa apresuró el paso. Al llegar al rellano se detuvo de nuevo, todavía con la cara vuelta, y esperó a que Miss Jenny la precediera; delante de la puerta de la habitación de Bayard se paró otra vez, apoyándose contra ella, tratando de dominar la risa y los estremecimientos. Después entró en la habitación; Miss Jenny estaba junto a la cama, mirándola.

En el cuarto persistía aún el olor dulzón a éter; Narcissa se acercó a ciegas a la cama y se quedó junto a ella, retorciéndose las manos. El rostro de Bayard estaba pálido y en calma, como una máscara cincelada, levemente retocada por la sombra de la violencia ya extinguida. Él la estaba mirando y durante un rato Narcissa lo contempló, y Miss Jenny, la habitación y todo lo demás desaparecieron.

—Bruto, más que bruto —dijo ahogadamente—. ¿Por qué tienes siempre que

hacer estas cosas donde no tengo más remedio que verte?

—No sabía que estabas allí —contestó Bayard casi sin voz, vagamente asombrado.

Cada dos o tres días, a petición de Miss Jenny, Narcissa iba a casa de los Sartoris, se sentaba junto a la cama de Bayard y leía en voz alta. A él los libros no le interesaban en absoluto; parece dudoso que alguna vez hubiera leído algún libro por propia iniciativa; pero yacía inmóvil dentro de su escayola mientras la voz de contralto de Narcissa resonaba hora tras hora en la habitación adormecida. A veces Bayard trataba de hablar con ella, pero Narcissa ignoraba sus intentos y seguía leyendo; si insistía, se marchaba y lo dejaba solo. De manera que Bayard aprendió en seguida a quedarse quieto, de ordinario con los ojos cerrados, viajando a solas por los yermos sombríos de su desesperación, mientras la voz de la muchacha subía y bajaba como una marea sobre los sonidos más distantes que los rodeaban: Miss Jenny regañando a Simón o a Isom en el piso bajo o en el jardín; el gorjear de los pájaros en el árbol que crecía junto a la ventana; el gruñido incesante de la bomba de agua debajo del establo. A veces, Narcissa dejaba de leer y al mirarlo descubría que estaba plácidamente dormido.

EL VIEJO FALLS, luego de caminar entre el lozano follaje de principios de junio, había llegado a la ciudad muy de mañana, cuando los rayos del sol aún iluminaban la tierra horizontalmente, y estaba sentado, con su mono bien lavado aunque cubierto con el polvo del camino, frente al viejo Bayard que, vestido con un immaculado traje de hilo, llevaba puesto en el ojal un geranio semejante a una alborozada herida. El despacho del banco, iluminado por la clara luz matutina, era todo frescor y quietud, sin otra posible conmoción que el polvo levantado muy de tarde en tarde por las ineficaces operaciones de limpieza que practicaba el ordenanza negro. A medida que Bayard se hacía más viejo y se intensificaba la rigidez de su comportamiento supuestamente ligada a la sordera, manifestaba una creciente preferencia por cosas de naturaleza semejante a la suya y una increíble capacidad para rodearse de sirvientes que giraban en torno suyo realizando tareas perfectamente inútiles con imperturbable concentración. Uno de ellos era el ordenanza, que había ascendido al viejo Bayard a general, y que recibía de él y de otros clientes para los que también realizaba tareas a todas luces interminables a la vez que insignificantes y perezosamente realizadas, el apelativo de doctor Jones. Era de raza negra, estaba encorvado por la edad y la autocompasión y se aprovechaba concienzudamente de todas las personas que se lo permitían. El viejo Bayard lo maldecía constantemente pero le consentía que le robara el tabaco, así como las reservas invernales de carbón para el banco que el doctor Jones vendía luego a otros negros.

Las ventanas del despacho donde se reunían el viejo Bayard y su visitante daban a un solar vacío en el que se amontonaban desperdicios entre hierbajos polvorientos. Este solar quedaba limitado por las descoloridas fachadas posteriores de diversos edificios de madera de un solo piso en cuyo interior pequeños negocios —talleres de reparaciones, tiendas de artículos de segunda mano y otras cosas parecidas— llevaban una existencia humilde y frecuentemente anónima. El solar mismo lo utilizaban durante el día los campesinos para dejar sus parejas de mulas; algunos somnolientos animales estaban ya atados y alrededor de las secas deyecciones con olor a amoníaco de sus pacientes predecesores, se arremolinaban los gorriones en nubes parlanchinas, y aterrizaban las palomas con ruido de persianas oxidadas, o se paseaban y acicalaban lustrosas, pomposamente desafiantes, arrullándose distraídas.

El viejo Falls estaba sentado al otro extremo de la chimenea abarrotada de objetos variopintos, secándose el sudor del rostro con un pañuelo azul muy limpio de grandes dimensiones.

—Son las malditas piernas —bramó, como disculpándose—. Solía costarme menos trabajo andar veinticinco millas para ir de excursión o a cantar en un coro, del que me cuesta ahora recorrer las tres millas que hay que hacer para venir a la ciudad.

Con el pañuelo seguía secándose aquel rostro suyo, curtido y revitalizado durante

tantos años por la pródiga madre tierra.

—Parece como si las piernas estuvieran a punto de dejarme plantado y en realidad sólo tengo noventa y tres años.

Sostenía el paquete de los regalos con una mano, pero seguía secándose el sudor con la otra, sin hacer ningún movimiento para abrirlo.

—¿Por qué no has esperado a que pasara algún carro? —gritó el viejo Bayard—. Siempre hay algún tonto con un campo lleno de maleza que se viene para la ciudad.

—Supongo que podría haberlo hecho —concedió el otro—. Pero llegar aquí tan deprisa me hubiera estropeado el día de fiesta. Yo no soy como vosotros, la gente de la ciudad. No tengo tanto tiempo como para consumirlo a toda prisa.

Se guardó el pañuelo, se puso en pie y colocó cuidadosamente el paquete sobre la repisa de la chimenea. Luego se sacó de la camisa un pequeño objeto envuelto en un trapo raído pero limpio. Bajo sus dedos lentos y meticulosos apareció una cajita de rapé de estaño que, debido al paso del tiempo y al uso frecuente, tenía desde años atrás el suave brillo del raso o de la plata. El viejo Bayard lo contempló tranquilamente mientras el viejo Falls le quitaba la tapa a la caja y la dejaba a un lado, también con gran cuidado.

—Ahora vuelve la cara hacia la luz —indicó el viejo Falls. —Loosh Peabody dice que ese potingue me envenenará la sangre. El otro continuó sus lentos preparativos, los inocentes ojos azules siempre absortos en lo que estaba haciendo.

—Loosh Peabody nunca ha dicho eso —corrigió calmosamente—. Esto te lo ha dicho uno de esos médicos jóvenes. Vuelve la cara hacia la luz.

El viejo Bayard seguía tiesamente apoyado contra el respaldo del sillón, con las manos en los brazos, contemplando al otro con ojos inquisitivos y un tanto nostálgicos, ojos atentos y, como los ojos de los viejos leones, llenos de cosas innombrables.

El viejo Falls se untó el dedo con un poco de pomada oscura, dejó la caja cuidadosamente en la silla que había estado ocupando y le puso una mano en la cara al viejo Bayard. El anciano se resistió todavía, aunque pasivamente, con ojos llenos de preguntas no formuladas. El otro lo empujó con firmeza pero con suavidad hacia la luz que entraba por la ventana.

—Vamos. Soy demasiado viejo para perder el tiempo haciendo daño a nadie. Quédate quieto para que no te manche la cara. Ya no tengo las manos tan firmes como antes.

Bayard le dejó hacer y el viejo Falls distribuyó el ungüento por la superficie del bulto con delicados toques. Después cogió el trapo, retiró con él el exceso de pomada y se limpió los dedos; luego dejó caer el trapo en el hogar, se arrodilló con dificultad y le acercó una cerilla encendida.

—Siempre lo hacemos así —explicó—. A mi abuela le enseñó a prepararlo una india Choctaw hace ya casi ciento treinta años. Y ninguno hemos dicho nunca con qué está hecho ni hemos dejado ningún resto después de usarlo.

Se puso otra vez en pie y se limpió las rodillas. Tapó la caja de nuevo tan despacio y tan meticulosamente como la había abierto, la guardó, cogió el paquete de la repisa de la chimenea y volvió a sentarse.

—Se pondrá negro mañana, y mientras siga negro quiere decir que la pomada está haciendo efecto. No te des agua en la cara hasta mañana. Yo volveré dentro de diez días y lo untaré de nuevo y el... —reflexionó un momento, calculando con sus dedos nudosos, moviendo los labios pero sin producir sonidos— nueve de julio se caerá. No hagas ningún caso de lo que te diga Miss Jenny o cualquiera de los doctores esos.

Se había sentado con las rodillas muy juntas, colocando encima el paquete que se disponía ya a abrir siguiendo el laborioso ritual perfectamente establecido, que comenzaba con sus esfuerzos para desatar el nudo rosado haciendo gala de una paciencia que hubiera hecho desesperar a un espectador más joven. Bayard se limitó a encender un puro y a apoyar los pies contra la esquina de la chimenea. A su debido tiempo el viejo Falls deshizo el nudo y dejó el cordel sobre el brazo del sillón, pero en seguida se cayó al suelo. Él se agachó, consiguió recogerlo con sus torpes dedos, lo puso otra vez sobre el brazo del sillón y estuvo un rato mirándolo, no fuera a caerse otra vez. Por fin abrió el paquete. Primero estaba la caja de tabaco de mascar. Sacó una tableta, la olió, le dio la vuelta en la palma de la mano y volvió a olerla. Pero sin llegar a morderla la puso a un lado junto con sus compañeras y siguió investigando. Abrió la bolsa de papel que venía a continuación y sus inocentes ojos de muchacho contemplaron con sobria satisfacción el contenido.

—Tengo que confesarlo —dijo—. A veces me avergüenza ser tan goloso. Nunca se me quitan las ganas de comer cosas dulces.

Sin perder de vista los otros objetos que aún tenía sobre las rodillas, inclinó la bolsa y, agitándola, hizo que cayeran sobre la palma de su mano abierta dos o tres objetos con estrías y aspecto de crustáceos; después devolvió a la bolsa todos menos uno que se introdujo en la boca.

—Ahora me da miedo pensar que algún día se me caerán los dientes y tendré que pegármelos o empezar a comer caramelos blandos, que nunca me han gustado mucho.

Su curtida mejilla se hinchó levemente, con la lenta regularidad de una respiración. Miró otra vez dentro de la bolsa y estuvo unos instantes sopesándola con la mano.

—Hubo momentos en los años sesenta y tres y sesenta y cuatro en que se podía comprar un pedazo de tierra y un negro por una bolsa de caramelos como ésta. Me acuerdo muchas veces de cómo todo se nos puso en contra, y no había azúcar, ni café, ni apenas nada que comer; robábamos maíz si es que había maíz para robar y si no, comíamos las hierbas que arrancábamos; por la noche acampábamos al aire libre aunque lloviera, como si fuéramos...

Su voz se desvaneció entre los viejos espectros de las tribulaciones del alma y del cuerpo, por las regiones de las caballerescas e inútiles empresas donde moran esos

espectros. Después se rió entre dientes y siguió chupando su caramelo de menta.

—Recuerdo un día que estábamos evitando tropezamos con el ejército de Grant e íbamos en dirección norte. Grant estaba entonces en Grenada y el Coronel nos hizo levantar y coger los caballos para reunimos con la caballería de Van Dorn^[16] que iba en aquella misma dirección. Por entonces era cuando el Coronel tenía el semental de color plateado. Grant estaba todavía en Grenada, pero un buen día Van Dorn se puso de pronto en camino hacia el norte; nosotros eso no lo sabíamos. Quizá el Coronel sí lo supiera pero a nosotros no nos lo dijo nunca. Tampoco nos importaba mucho con tal de que fuésemos hacia casa.

»De manera que nuestros chicos cabalgaban en paralelo al resto del ejército para unirnos con ellos más adelante. Por lo menos eso es lo que ellos creían. Pero el Coronel nunca tuvo la menor intención de hacerlo; el maíz estaba todavía sin recoger y él quería pasar unos días en casa. No es que huyéramos —explicó el viejo Falls—. Sabíamos que Van Dorn podía tener a los yanquis a raya sin el menor problema durante una semana o dos. Ya lo había hecho otras veces. Era un hombre excelente —dijo el viejo Falls—. Muy buena persona.

—Todos eran muy buenas personas en aquellos días —concedió el viejo Bayard—. Pero vosotros dejabais de pelear y os ibais a casa con demasiada frecuencia.

—Bueno —replicó el viejo Falls, poniéndose a la defensiva—, aunque uno se tropiece con osos por todas partes, no se puede pasar la vida entera cazándolos. Tiene que dejarlos en paz de cuando en cuando, aunque sólo sea para dar de comer a los perros y a los caballos y para que descansen un poco. Aunque estoy seguro de que los perros y los caballos podrían seguir a un oso tanto como el que más —añadió con comedido orgullo—. Claro está que no todo el mundo era capaz de seguir el paso de aquel semental plateado. Sólo había un caballo en todo el ejército de la Confederación que pudiera competir con él... el que trajo Zeb Fothergill de las estacadas de Sherman^[17] en el último viaje que hizo a Tennessee.

«Nadie supo nunca qué era lo que Zeb hacía en aquellos viajes; el Coronel aseguraba que iba sólo a robar caballos. Lo cierto es que siempre volvía por lo menos con uno. Y otra vez trajo siete de las criaturas más ingobernables que jamás hayan visto la luz del día. Trató de cambiarlos por carne y harina de maíz pero nadie quiso; luego intentó dárselos al ejército pero tampoco el ejército los aceptó. De manera que terminó por soltarlos y mandó una factura al cuartel general de Joe Johnston^[18] por diez caballos vendidos a la caballería de Forrest. No sé si llegaron a contestarle. Nate Forrest no se hubiera quedado con aquellos caballos. Dudo incluso que se los hubieran llegado a comer en Vicksburg... Nunca me fié mucho de Zeb Fothergill, siempre yendo y viniendo por su cuenta como hacía él. Pero entendía de caballos, y solía volver a casa con uno bueno cada vez que se iba hacia el frente. Pero nunca trajo ninguno tan bueno como aquel último.

El bulto del caramelo había desaparecido de su mejilla y el viejo Falls sacó la navaja, cortó limpiamente un trozo de tabaco de mascar y lo recogió con los labios.

Luego rehizo el paquete y volvió a atar el cordel cuidadosamente. La ceniza del puro de Bayard tembló delicadamente alrededor de la parte incandescente, pero no llegó a caerse. El viejo Falls colocó un certero escupitajo marrón en el frío hogar de la chimenea.

—Aquel día estábamos en el condado de Calhoun —continuó—. Era verano y hacía una mañana preciosa; hombres y caballos habían dormido bien y estaban bien alimentados; iban al trote, llenos de vida, por entre bosques y prados donde cantaban los pájaros y los conejos cruzaban a saltos el camino. El Coronel y Zeb cabalgaban uno al lado del otro en aquellos dos caballos; el Coronel sobre Júpiter y Zeb sobre el alazán de dos años, y tanto el uno como el otro fanfarroneaban de lo lindo. Todos conocíamos el caballo del Coronel, pero Zeb porfiaba asegurando que el suyo no tragaría el polvo de nadie. El camino seguía muy recto cruzando el fondo del valle hacia el río, y Zeb estuvo pinchando al Coronel para que echaran una carrera hasta que el Coronel le dijo, De acuerdo. A nosotros nos mandó que siguiéramos a nuestro paso. Zeb y él nos esperarían en el puente sobre el río, unas cuatro millas más adelante. E inmediatamente se pusieron a la misma altura y salieron galopando a toda velocidad.

»Aquellos caballos eran las criaturas más bonitas que he visto nunca. Salieron juntos como dos halcones, cuello con cuello. Los perdimos de vista en un momento, debido al polvo que se arremolinaba detrás, pero luego pudimos seguirlos precisamente por el polvo que iban levantando, como si fueran uno de esos automóviles que corren ahora por aquí. Cuando llegaron a donde el camino bajaba hacia el río, el Coronel le sacaba a Zeb unas trescientas yardas. Justo al otro lado de la loma había un riachuelo y cuando el Coronel cruzó el punto más alto, se encontró a una compañía de la caballería yanqui, con los caballos formando estacada y los mosquetones en pabellón, almorzando junto al manantial. El Coronel dijo que estaban sentados, mirando hacia la loma cuando apareció él, con tazas de café y trozos de pan en las manos, los mosquetones en pabellón a más de cuarenta pies, y que se quedaron con la boca abierta y los ojos desorbitados.

»Era demasiado tarde para darse la vuelta, en cualquier caso, aunque no creo que el Coronel hubiera dado marcha atrás, de tener tiempo. Picó espuelas ladera abajo, abalanzándose sobre ellos y esparciendo tizones, armas y hombres mientras gritaba “¡Rodeadlos, muchachos! El que se mueva es hombre muerto”. Uno o dos trataron de escaparse, pero el Coronel sacó la pistola, hizo fuego y los fugitivos dieron la vuelta y se juntaron con los demás; y así seguían, con la comida en la mano, cuando apareció Zeb. Y así los encontramos nosotros cuando llegamos diez minutos más tarde —el viejo Falls volvió a lanzar otro certero escupitajo marrón y rió entre dientes mientras le brillaban los ojos—. Aquel café era realmente bueno —dijo.

»De manera que allí estábamos, con un buen puñado de prisioneros que no nos servían para nada. Los conservamos todo aquel día y comimos de sus provisiones; cuando llegó la noche tiramos los mosquetones al arroyo, nos guardamos la munición

y el resto de las provisiones y pusimos centinelas para los caballos. Los demás nos echamos a dormir. Pasamos toda la noche tumbados en aquellas estupendas mantas yanquis, oyendo cómo los prisioneros se escapaban uno a uno, escurriéndose hasta la orilla, para cruzar el riachuelo a nado. De cuando en cuando alguno se caía o chapoteaba o algo parecido y entonces todos se quedaban quietos durante un rato. Pero pronto oíamos que empezaban otra vez, reptando entre la maleza hacia el agua y nosotros tumbados, tapándonos la cara con el borde de las mantas. Casi estaba amaneciendo cuando se escapó el último, siguiendo el método que les había parecido más apropiado.

«Entonces el Coronel, desde donde estaba tumbado, dio un grito que aquellos pobres desgraciados tuvieron que oír aunque estuvieran ya a una milla de distancia.

»—¡Ánimo, yanqui! —dijo— ¡y ten cuidado con las víboras de agua!

»A la mañana siguiente ensillamos los caballos, cargamos con el botín y salimos camino de casa, cada hombre con un caballo de más. Cuando llevábamos dos semanas descansando y el Coronel ya tenía recogido el maíz, oímos que Van Dorn, después de llegar cabalgando hasta Holly Springs, había quemado los almacenes de Grant. Por lo que parece no le hacíamos ninguna falta.

Siguió masticando el tabaco durante un rato, rememorando calmamente, volviendo a vivir —en compañía de hombres ya convertidos en polvo, semejante al polvo por el que, quizá inconscientemente, habían luchado— aquellos días heroicos de estómagos vacíos, en los que muy pocos de los que aún caminaban por aquellas tierras podían acompañarle.

El viejo Bayard sacudió la ceniza de su cigarro.

—Will —dijo—, ¿por qué demonios luchabais, si es que puede saberse?

—Que me aspen si lo he sabido alguna vez —contestó el viejo Falls.

Después de que el viejo Falls se marchara con su paquete y el bulto del tabaco de mascar en la mejilla, el viejo Bayard siguió fumando su puro. En seguida alzó la mano y se tocó el bulto otra vez, muy suavemente, recordando la prohibición que el viejo Falls había vuelto a hacerle antes de irse; y al recordarla, vino detrás la idea de que quizá no fuera aún demasiado tarde, de que quizá todavía estaba a tiempo de quitarse la pomada con agua.

Se levantó y cruzó hasta el lavabo situado en la esquina de la habitación. Encima había un armarito con un espejo en la puerta, y en él examinó la mancha negra de su cara, tocándola otra vez y mirándose luego la mano. Sí, todavía era posible quitar la pomada... Pero no sería él quien lo hiciera; no hay cosa peor que un hombre que no sabe lo que quiere. Tiró el cigarro, salió del despacho y empezó a cruzar el vestíbulo pesadamente, camino de la puerta donde estaba su silla. Pero antes de llegar a la puerta se detuvo, dio la vuelta y se acercó a la ventanilla. Detrás estaba sentado el cajero, con una visera verde.

—Res —dijo.

El cajero levantó la vista.

—¿Diga, Coronel?

—¿Quién es ese maldito crío que anda siempre por ahí fuera, mirando todo el día por la ventana? —preguntó el viejo Bayard, bajando la voz hasta situarla sólo un tono por encima del nivel normal de conversación.

—¿Qué crío, Coronel?

El viejo Bayard señaló con el dedo, y el cajero se levantó de su taburete para mirar por encima del tabique de separación; en el exterior de la ventana señalada vio a un chico de diez o doce años que lo miraba con aire de encontrarse allí por pura casualidad.

—Ah. Es el hijo de Will Beard, el de la pensión que está a la vuelta de la esquina —gritó el cajero—. Creo que es amigo de Byron.

—¿Qué es lo que hace ahí entonces? Cada vez que paso lo veo mirando por la ventana. ¿Qué es lo que quiere?

—Quizá sea un atracador —sugirió el cajero.

—¿Cómo? —el viejo Bayard ahuecó la palma de la mano alrededor de la oreja con gesto fiero.

—Quizá sea un atracador —gritó el otro, inclinándose hacia adelante en el taburete.

El viejo Bayard resopló y se alejó pisando con violencia. Al sentarse, dejó caer la silla pesadamente contra la puerta. El cajero se apelonó como una masa informe sobre el taburete, gruñendo en las profundidades de su voluminoso cuerpo. Luego dijo sin volver la cabeza:

—El Coronel ha dejado que Will Falls le ponga la pomada esa.

Snopes, desde su pupitre, no respondió; ni siquiera levantó la cabeza. Al cabo de un rato el chiquillo se puso en movimiento, alejándose como sin rumbo fijo, con aire perfectamente inocente.

Virgil Beard poseía ahora una pistola que lanzaba chorros de agua amoniacal, extraordinariamente molestos si se metían en los ojos; una pequeña linterna mágica; una antigua caja de bombones muy lujosa en la que guardaba huevos de pájaros y diversos insectos que habían muerto lentamente, clavados en sus respectivos alfileres; y un modesto tesoro de monedas de cinco, diez y veinticinco centavos.

En julio Snopes se había cambiado de pensión. En la calle evitaba a Virgil y durante dos semanas consiguió no verlo en absoluto, hasta que un atardecer, al salir por la puerta delantera de su nuevo domicilio después de cenar, se lo encontró pacientemente sentado en los escalones de la entrada, con el mismo aire cortés de siempre.

—¿Qué tal, Mr. Snopes? —le dijo Virgil.

LA INDIGNACIÓN de Miss Jenny cuando el viejo Bayard llegó aquella tarde a casa no tuvo límites.

—¡Maldito viejo testarudo! —bramó—, ¿crees que tu nieto no te va a matar lo suficientemente deprisa como para dejar que ese charlatán de Will Falls te envenene la sangre? ¡Después de lo que te dijo el doctor Alford! ¡Si hasta el mismo Loosh Peabody, que lo cura todo con la quinina y los calomelanos, desde un cuello roto a unos sabañones, estuvo de acuerdo con él! Confieso que a veces se me acaba la paciencia con vosotros; y hasta me pregunto qué crimen se me hace expiar teniendo que vivir en vuestra compañía. Cuando tu nieto ya se ha tranquilizado un poco y no me pongo a dar saltos en la silla cada vez que suena el teléfono, tienes que dejarle a ese mendigo viejo que te manche la cara con grasa de rodamientos y tizne de lámpara. Casi estoy decidida a hacer las maletas e irme a empezar una nueva vida en algún sitio donde la gente nunca haya oído pronunciar el apellido Sartoris.

Miss Jenny siguió despotricando durante un rato, y el viejo Bayard le respondió adecuadamente con palabras violentas y malsonantes, y sus voces se alzaron y resonaron por toda la casa hasta que en la cocina Simón y Elnora empezaron a moverse furtivamente con el oído bien aguzado. Al final el viejo Bayard salió de la casa con pisadas especialmente violentas, montó a caballo y se alejó, dejando que Miss Jenny agotara su rabia contra el vacío. Luego volvió a reinar la paz durante algún tiempo.

Pero durante la cena la tormenta se fraguó y estalló de nuevo. Simón, desde el antecomedor, podía oír al anciano y a Miss Jenny a través de la puerta batiente, acompañados ahora por la voz del joven Bayard, que trataba de hacerlos callar a gritos.

—¡Vamos, vamos! —rugió—. Por el amor de Dios. Ni siquiera me oigo masticar.

—Pues tú eres otro igual —Miss Jenny se volvió hacia él llena de energía—. Tú me consumes la paciencia tanto como él. Tú, con tus malhumores y testarudeces. ¡Vas como un loco por la carretera sólo porque crees que quizá a alguien le preocupe si te rompes o no esa cabezota llena de serrín y luego vienes a cenar oliendo a mozo de cuadra! Y todo porque has estado en una guerra. ¿Crees ser el único que ha ido a una guerra? ¿Crees que cuando mi Bayard volvió de La Guerra, se dedicó a dar la lata a todos los que tenían que convivir con él? Pero, claro, él era un caballero y cuando alborotaba lo hacía como un caballero, no como vosotros los campesinos del Mississippi. Destripaterrones. Fíjate en lo que hizo con un simple caballo —añadió—. Nunca dispuso de ningún avión, que yo sepa.

—Fíjate en la guerrilla de tres al cuarto a la que fue —replicó el joven Bayard—. Una guerra tan triste que el abuelo se marchó de Virginia que era donde la estaban haciendo.

—Porque nadie lo quería en ella —respondió Miss Jenny—. Un hombre que se enfadó sólo porque sus soldados lo depusieron y eligieron a otro mejor para ocupar su sitio. Se enfadó y se volvió al campo a mandar una cuadrilla de salteadores.

—Una guerra de tres al cuarto —repitió el joven Bayard—. Y a caballo. Cualquiera puede ir a la guerra a caballo. Sin la menor posibilidad de hacer algo que merezca la pena.

—Por lo menos consiguió que lo mataran decorosamente —dijo Miss Jenny secamente—. Con un caballo hizo más que tú con ese aeroplano.

—No se andan con chiquitas —suspiró Simón junto a la puerta de comunicación—. No hay como los blancos para organizar una buena pelea.

Y así fue arreciando y menguando la tormenta en días sucesivos; y cuando ya estaba completamente agotada estalló de nuevo la tarde que el viejo Bayard volvió a casa con otra aplicación del unguento del viejo Falls. Pero para entonces Simón tenía problemas propios, problemas sobre los que finalmente una tarde se decidió a consultar al viejo Bayard. El joven Bayard ya estaba en la cama con las costillas rotas, Miss Jenny se ocupaba de cuidarlo alternando mimos y regañinas y Miss Benbow venía a visitarlo y a leerle en voz alta. De manera que Simón había recobrado sus antiguas prerrogativas. El sombrero de copa y el sobretodo abandonaban diariamente el clavo en la pared del establo, la caja de cigarros del viejo Bayard se iba quedando vacía y los gordos caballos de tiro, yendo de la casa a la ciudad, empezaron a consumir la pereza que habían acumulado en los últimos meses. Simón los hacía detenerse todas las tardes ante la puerta del banco como en los viejos tiempos, con el cigarro bien sujeto, el látigo elegantemente recogido y toda la carga teatral de aquel momento único. «El automóvil —filosofaba Simón— está bien para divertirse y experimentar nuevas sensaciones, pero si un caballero quiere mostrar su genuina distinción, no hay nada como los caballos».

Fue así como a Simón le llegó su oportunidad; y una tarde, cuando ya estaban fuera de la ciudad, y la pareja trotaba a su paso habitual, se apresuró a aprovecharla.

—Bueno, Coronel —empezó—, parece que usted y yo vamos a tener que hacer un pequeño arreglo financiero.

—¿Cómo? —el viejo Bayard trató de concentrar su atención dispersa, que vagaba por los familiares campos cultivados y las brillantes colinas azules que se alzaban tras ellos.

—Decía que usted y yo vamos a tener que llegar a un acuerdo sobre una pequeña cantidad en metálico.

—Muchas gracias, Simón —contestó el viejo Bayard—, pero ahora mismo no necesito dinero. Muchas gracias de todas formas.

Simón rió cordialmente.

—Hay que confesarlo, Coronel, tiene usted muchísima gracia. ¡Un nombre tan rico como usted, necesitado de dinero! —y volvió a reír con untuosa y desganada cordialidad—. Sí, señor, tiene usted verdadera gracia.

Luego dejó de reír y concentró su atención durante un momento en los caballos. Eran gemelos, Roosevelt y Taft, de piel lustrosa y amplias y cómodas grupas.

—¡Vamos, Taft, tira de esa collera! Cualquiera día la pereza acabará matándote, puedes estar seguro.

El viejo Bayard contemplaba mientras tanto la simiesca cabeza de Simón y la jactanciosa inclinación de su sombrero de copa. En seguida el viejo criado negro volvió otra vez el rostro acartonado, con una expresión convenientemente sumisa.

—Pero, claro está, tenemos que tranquilizar a esos negros de alguna manera.

—¿Qué es lo que han hecho? ¿No encuentran a nadie que acepte su dinero?

—Déjeme que se lo explique, Coronel. Es un asunto muy curioso —respondió Simón—. Verá usted, esos negros estuvieron pidiendo dinero para reconstruir la iglesia que se quemó, y a medida que lo recibían me lo pasaban a mí, debido a mi cargo en el consejo de la iglesia y a ser miembro de la mejor familia de los alrededores. Todo esto fue por navidades y ahora quieren que les devuelva el dinero.

—¡Qué extraño! —dijo el viejo Bayard.

—Efectivamente —asintió Simón—. Es lo mismo que pensé yo.

—Bien, si insisten, lo mejor será que se lo devuelvas.

—Ahora está usted poniendo el dedo en la llaga —Simón miró otra vez para atrás; su actitud se volvió confidencial y dejó caer la bomba con el apropiado tono melodramático—. El dinero ya no lo tengo yo.

—¡Eso ya lo sé, demonio! —contestó el viejo Bayard abandonando de pronto el tono de broma—. ¿Qué has hecho con él?

—Lo coloqué en otro sitio —dijo Simón; su tono seguía siendo confidencial, con unos toques de dolorido asombro por la estupidez del mundo—, y ahora esos negros me acusan de haberlo robado.

—¿Quieres decir que te hiciste cargo de un dinero que no te pertenecía y después lo prestaste a otra persona?

—Eso es lo que hace usted todos los días —contestó Simón—. ¿No se dedican ustedes a prestar dinero?

El viejo Bayard resopló indignado.

—Ya estás recuperando ese dinero y devolviéndolo, o de lo contrario acabarás en la cárcel, ¿me oyes?

—Habla usted igual que los negros de la ciudad —le dijo Simón—. El dinero está en otro sitio —le recordó a su amo.

—Haz que te lo devuelvan. ¿No te dieron alguna garantía?

—¿Cómo dice?

—Algo de valor equivalente, que se conserva hasta que se devuelve la cantidad prestada.

—Sí, señor; eso me lo dieron —Simón alzó entre dientes una risita de sátiro, llena de insinuaciones y de autocomplacencia—. Eso sí lo conseguí, desde luego. Pero nunca había oído antes que se llamara garantía. No, señor, no a eso.

—¿Se lo diste a una prostituta? —preguntó el viejo Bayard.

—Verá usted, la cosa es que... —empezó Simón, pero el otro le interrumpió.

—¡Ah, demonio! Y ahora quieres que yo devuelva el dinero, ¿eh? ¿Cuánto es?

—No lo recuerdo exactamente. Ésos negros aseguran que eran setenta o noventa dólares o algo parecido. Pero no les haga caso; déles lo que le parezca justo: se conformarán.

—Que me ahorquen si llego a hacerlo. Por mí te pueden arrancar la piel a tiras o mandarte a la cárcel, lo que más te guste, pero que me vaya al infierno si les pago un céntimo.

—Vamos, Coronel —dijo Simón—, no irá usted a permitir que esos negros de la ciudad llamen ladrón a un miembro de su familia, ¿verdad?

—¡Sigue adelante! —gritó el viejo Bayard.

Simón giró en el asiento, chasqueó la lengua para animar a los caballos y, con el cigarro apuntando hacia el ala del sombrero, los codos bien sacados y el látigo sostenido de acuerdo a los cánones, siguió carretera adelante, mirando de vez en cuando a los negros que trabajaban en los algodones con tolerante desprecio.

El viejo Falls volvió a poner la tapa en la caja del unguento, limpió cuidadosamente el exterior con un trapo, se arrodilló junto a la chimenea y prendió el trapo con una cerilla.

—Imagino que los doctores siguen diciendo que ese bulto acabará matándote, ¿no es cierto? —dijo.

El viejo Bayard apoyó los pies contra el borde de la chimenea mientras ahuecaba la mano para proteger la cerilla encendida y los dos diminutos reflejos de la llama en sus ojos. Al tirar la cerilla, acompañó el gesto con un gruñido.

El viejo Falls contempló como el trapo se iba prendiendo perezosamente, con una acre columna de humo amarillento que terminaba enroscándose sobre sí misma en el aire inmóvil.

—De cuando en cuando un hombre tiene que dar un paso al frente y escupirle en la cara a la destrucción por su propio bien. Tiene que sacarse filo a sí mismo, como si estuviera poniendo el hacha contra la piedra de afilar —dijo, en cuclillas ante la espiral de humo, con la concentración de quien participa en un rito pagano—. Si un hombre se enfrenta con la destrucción de cuando en cuando, le dejará en paz hasta que le llegue su hora. A ella lo que le gusta es atrapar a la gente por la espalda.

—¿Cómo? —preguntó el viejo Bayard.

El viejo Falls se incorporó y se sacudió las rodillas cuidadosamente.

—La destrucción es como cualquier cobarde —bramó—. Nunca se atreverá con un hombre que la esté mirando a la cara a no ser que se arriesgue demasiado. Tu padre lo sabía bien. Se puso en la puerta del almacén, aquel día del año 72, cuando los dos aventureros del Norte traían a los negros a votar. Se puso allí cruzado de

brazos con su chaqueta Príncipe Alberto y su gorro de castor después de que todos los demás se hubieran marchado, y contempló a aquellos dos tipos de Missouri que llevaban a los negros como un rebaño, calle arriba, hacia el almacén; se quedó allí tapando la puerta mientras los dos aventureros empezaban a retroceder con las manos en los bolsillos hasta separarse completamente de los negros, maldiciéndolo al mismo tiempo. Y él siguió allí sin moverse.

El viejo Falls cruzó los brazos sobre el pecho sin ocultar las manos y, por un instante, el viejo Bayard vio, como a través de un cristal empañado, la arrogante y familiar silueta que el anciano del mono raído había conseguido de alguna manera inmolar y preservar en el vacío de su abnegada renuncia a una existencia independiente.

—Luego, cuando aquellos dos desaparecieron calle abajo, el Coronel cogió la urna que estaba detrás de la puerta, la alzó y la dejó caer entre sus pies.

«“Vosotros habéis venido aquí a votar, ¿no es eso?”, les dijo a los negros. “De acuerdo. Venid aquí y votad”.

»Cuando dieron media vuelta y se alejaron en grupos, disparó con aquel maldito Derringer un par de veces por encima de sus cabezas; luego lo volvió a cargar y echó a andar calle abajo hacia la casa de Miss Winterbottom, donde se alojaban aquellos dos tipos.

»“Señora”, dijo quitándose el gorro, “tengo que discutir una pequeña cuestión de negocios con sus huéspedes. Con su permiso”, dijo. Se volvió a poner el sombrero y subió las escaleras tan sereno como si se tratara de un desfile, mientras Miss Winterbottom se quedaba detrás con la boca abierta. Entró sin llamar en la habitación donde estaban los dos sentados frente a la puerta, con las pistolas encima de la mesa.

»Cuando los que estábamos fuera oímos los tres disparos, entramos corriendo. Allí estaba Miss Winterbottom, sin moverse, mirando hacia la escalera, y un minuto después apareció el Coronel con el sombrero inclinado hacia adelante, bajando tan sereno como un magistrado, sacudiéndose la chaqueta con el pañuelo. Y nosotros allí parados, mirándolo. Se detuvo delante de Miss Winterbottom y volvió a quitarse el sombrero.

»“Señora”, dijo, “me he visto obligado a ensuciar considerablemente el cuarto de huéspedes. Sea tan amable de aceptar mis disculpas y haga que me manden la cuenta tan pronto como sus negros terminen de limpiarlo. Le reitero mis excusas, señora, por haberme visto en la necesidad de acabar con esas sabandijas en su casa. Señores”, añadió, dirigiéndose a nosotros, “buenos días”. Luego inclinó el gorro hacia adelante y salió de la casa.

»Y, créeme, Bayard —añadió el viejo Falls—, casi tuve envidia de aquellos dos tipos del Norte; que me aspen si no fue así. Un hombre puede tomar mujer y vivir con ella muchos años, pero no por eso llegan a tener la misma sangre. Pero la persona que te trae al mundo o lo que te saca de él...

Agazapado detrás de la puerta del antecomedor, Simón podía oír la violenta confrontación entre Miss Jenny y el viejo Bayard que se prolongaba desde el principio de la cena sin que ninguno de los contendientes pareciera dispuesto a conceder tregua; más tarde, cuando se habían retirado al despacho y Elnora, Isom y Caspey, esperaban en la cocina a que llegara Simón, los asaltos frontales de la indignación de Miss Jenny y la pétrea testarudez del viejo Bayard llegaban hasta ellos en oleadas amortiguadas, como una marea lejana.

—¿Por qué se están peleando ahora? —preguntó Caspey—. ¿Es que has hecho tú algo? —añadió, dirigiéndose a su sobrino.

Isom giró los ojos en las órbitas mientras sus mandíbulas seguían masticando con toda regularidad.

—No, señor —murmuró—. Yo no he hecho nada.

—Imagino que terminarán por cansarse al cabo de un rato. ¿Qué está haciendo papá, Elnora?

—Escuchando en el vestíbulo. Isom, dile que venga a cenar o no acabaré nunca.

Isom se deslizó de la silla sin dejar de masticar y salió de la cocina. El volumen de las enfurecidas voces creció a medida que el muchacho se acercaba al oscuro vestíbulo; al llegar al sitio donde estaba parada la informe silueta de su abuelo, semejante a un viejo pájaro apenas capaz de volar, Isom pudo distinguir palabras sueltas:... veneno... sangre... ¿crees que puedes curarte la cabeza cortándotela?... en el pie, pero... en la cara, en la cabeza... muerto y bien empleado... la estupidez de morirte por tener la cabeza tan dura...

—Entre ese maldito doctor y tú conseguiréis que me muera de aprensión —la voz del viejo Bayard ahogó a la otra momentáneamente—. No será necesario que Will Falls me mate. En cuanto me siento a la puerta del banco aparece ese mequetrefe que me mira con gesto de contrariedad porque aún sigo vivo. Y cuando vengo a casa escapando de él, no me dejás siquiera que cene en paz. Me tienes que enseñar dibujos en color de lo que los hombres tienen por dentro, según se lo imagina algún imbécil.

—¿Quién se va a morir, abuelo? —susurró Isom.

Simón volvió la cabeza.

—¿Qué haces tú aquí, muchacho? Vuélvete a la cocina que es donde debes estar.

—La cena está lista —dijo Isom—. ¿Quién se está muriendo?

—Nadie. ¿Hay alguien que suene como si estuviera muerto? Vuélvete por donde has venido, anda.

Juntos cruzaron el vestíbulo y entraron en la cocina. Detrás de ellos las voces se enfurecían y desbocaban, algo confusas ya por la distancia y las paredes interpuestas, pero inequívocamente violentas.

—¿Por qué se pelean ahora? —preguntó Caspey con la boca llena.

—Cosas de los blancos —le dijo Simón—. Tú preocúpate de tus asuntos y ya verás como ellos se las arreglan solos perfectamente —al sentarse el viejo criado negro, Elnora se levantó, llenó una taza con el contenido de la cafetera que tenía

sobre el fogón y se la puso delante—. Los blancos tienen problemas igual que los negros. Pásame la carne, muchacho.

La tormenta siguió su habitual trayectoria nocturna, aunque cesó como por mutuo acuerdo, con los dos contrincantes firmes en sus posiciones, para reanudarse a la hora de la cena al día siguiente. Y siguió así, día tras día, hasta que durante la segunda semana de julio y seis días después de que John Henry y su padre trajeran a casa al joven Bayard con las costillas rotas, Miss Jenny, el viejo Bayard y el doctor Alford fueron a Memphis a la consulta de un conocido especialista en enfermedades sanguíneas y glandulares, para quien, aunque con cierta dificultad, el doctor Alford había conseguido hora. El joven Bayard seguía en el piso alto, escayolado, pero Narcissa Benbow había prometido ir y pasarse todo el día con él.

Entre el doctor Alford y Miss Jenny hicieron subir en el tren de la mañana al viejo Bayard, que seguía protestando y lanzando imprecaciones como un buey testarudo y desconcertado. En el vagón había otras personas que los conocían y se acercaron para hablar con ellos; al advertir la presencia del doctor Alford su cortesía se transformó en curiosidad y solicitud. El viejo Bayard aprovechó aquellos momentos para manifestar su disconformidad con violentos gruñidos que Miss Jenny se limitó a ignorar.

Lo llevaron, como a un chiquillo malhumorado, a la clínica donde estaban citados con el especialista y, en una habitación sin pretensiones que hacía pensar en el vestíbulo de un hotel de veraneo, se sentaron entre otros pacientes y entre desordenados montones de revistas y periódicos, esperando a que llegara el médico. Esperaron mucho tiempo.

El doctor Alford asaltaba de cuando en cuando la inexpugnable afabilidad de la telefonista, se veía rechazado y volvía a sentarse, rígido, en el borde del sofá, consciente de que con cada minuto más que esperaban la opinión que Miss Jenny tenía de él descendía varios puntos. Para entonces también el viejo Bayard estaba acobardado, aunque de cuando en cuando todavía protestaba con inútil terquedad.

—No me des la lata —le interrumpía Miss Jenny—. Ahora ya no puedes escaparte. Ahí tienes el periódico de hoy. Ponte a leerlo y estáte quieto.

Luego entró el especialista caminando a buen paso y al llegar junto a la telefonista el doctor Alford lo vio y poniéndose en pie se acercó a donde estaba. El especialista se dio la vuelta —un hombre enérgico, apuesto, de arrogantes movimientos espasmódicos, como si estuviera siempre practicando con un florete—, y al hacerlo casi pisó al doctor Alford lanzándole además una mirada vidriosa e impaciente. En seguida le estrechó la mano y empezó a hablar muy deprisa, cortando las palabras y con tono bastante agudo.

—A la hora en punto, ya veo. Prontitud. Prontitud. Eso está bien. ¿La enferma ya está aquí? ¿Ha resistido bien el viaje?

—Sí, doctor, es...

—Bien, excelente. ¿Le ha dicho ya que se desnude?

—El paciente es un...

—Un momento, por favor —se volvió—. Mrs. Smith.

—Sí, doctor.

La telefonista no levantó la cabeza, y en aquel momento otro especialista, de mayor tamaño, con el aspecto majestuoso y discreto de un embalsamador regio, entró y reclamó la atención del primero y durante un rato los dos hicieron uso de la palabra alternativamente mientras el doctor Alford, olvidado, sufría cortésmente, sin perder la compostura, sintiendo cómo la opinión de Miss Jenny sobre su prestigio profesional descendía más y más. Cuando los dos especialistas terminaron, el doctor Alford condujo a su hombre hacia donde estaba el viejo Bayard.

—¿Dice usted que el paciente está preparado? Bien, bien; ahorraremos tiempo. Hoy como en el centro. ¿Almorzó usted ya?

—No, doctor. Pero el paciente es un...

—Ya me imaginaba que no —asintió el especialista—. Tiempo de sobra, desde luego.

Se volvió decidido hacia una puerta con una cortina, pero el doctor Alford lo tomó firme aunque cortésmente del brazo y le obligó a detenerse. El viejo Bayard estaba leyendo el periódico. Miss Jenny los contemplaba fríamente, con la toca situada en el centro exacto de la cabeza.

—Mrs. Du Pre, Coronel Sartoris —dijo el doctor Alford—, éste es el doctor Brandt. El Coronel Sartoris es su p...

—¿Cómo está usted? ¿Cómo está usted? ¿Ha venido con el paciente, eh? ¿Hija? ¿Nieta?

El viejo Bayard levantó la vista.

—¿Cómo? —dijo, ahuecando la mano alrededor de la oreja y descubriendo que el especialista le estaba examinando la cara.

—¿Qué es eso que tiene usted ahí? —preguntó, adelantando la mano y tocando la ennegrecida excrecencia escamosa. Al hacerlo, la protuberancia se le quedó entre los dedos, dejando en la arrugada pero inmaculada mejilla del viejo Bayard un redondel tan rosado y suave como la piel de un niño de pecho.

A última hora de la tarde en el tren de vuelta, el viejo Bayard, que llevaba un buen rato sumido en profunda meditación, preguntó súbitamente:

—Jenny, ¿a qué día del mes estamos?

—A nueve —respondió Miss Jenny—. ¿Por qué?

El viejo Bayard no respondió pero se puso en pie al cabo de un rato.

—Creo que voy a salir a fumarme un cigarro —dijo—. Imagino que un poco de tabaco no me hará daño, ¿verdad, doctor?

Tres semanas después recibieron una factura del especialista por un importe de cincuenta dólares.

—Ahora ya sé por qué es tan famoso —dijo Miss Jenny con ácida ironía. Y luego añadió, dirigiéndose a su sobrino—: Dale gracias al cielo de que no fuera el sombrero

lo que intentó quitarte.

A partir de aquel momento su actitud hacia el doctor Alford se hizo desafiantemente protectora; al viejo Falls lo saludaba con una inclinación de cabeza muy breve y extremadamente fría, y en cuanto a Loosh Peabody, ni siquiera hablaba con él.

NARCISSA pasó del cálido y luminoso exterior a la fresca oscuridad del vestíbulo donde Simón, que agitaba un trapo de quitar el polvo sin resultados prácticos pero con gesto de persona responsable, le hizo una inclinación de cabeza.

—Se han marchado a Memphis —le dijo—, pero míster Bayard la está esperando. Suba, señorita.

—Gracias —respondió ella, y empezó a subir las escaleras, dejándolo muy ocupado en cambiar el polvo de un sitio a otro. Narcissa subió empujada por una corriente de aire que procedía de la puerta abierta al fondo del vestíbulo; a través de aquella puerta Narcissa podía ver un fragmento de desdibujadas colinas azules y cielo blanquecino. Al llegar a la puerta de Bayard se detuvo y permaneció un rato sin moverse, apretando contra el pecho el libro que traía en la mano.

La casa, a pesar de la actividad de Simón en el vestíbulo, le resultaba sorprendentemente silenciosa, sin la confianza que le inspiraba la sempiterna actividad de Miss Jenny. Le llegaban ecos de sonidos desde muy lejos: ruidos del exterior, cuyos apagados ecos entraban en la casa acarreados por el aire luminoso del mes de julio; sonidos demasiado somnolientos y remotos para morir del todo.

Pero de la habitación que tenía delante no le llegaba ningún ruido. Quizá Bayard estuviera dormido; y como el impulso inicial —la palabra empeñada y la fortaleza de su desesperado corazón, que le había permitido llegar hasta allí a pesar de la ausencia de Miss Jenny— la había abandonado después de lograr su meta, se quedó delante de la puerta, deseando que Bayard estuviera dormido, que siguiera durmiendo todo el día.

Pero tendría que entrar en la habitación para averiguarlo, de manera que se pasó una mano por el rostro, como si mediante aquel gesto pudiera restaurar la deseada serenidad que Bayard debía ver; y hecho esto, entró.

—¿Simón? —dijo Bayard. Estaba tumbado de espaldas, con las manos detrás de la cabeza, mirando por la ventana. Narcissa se detuvo otra vez nada más cruzar la puerta. Finalmente, intrigado por el silencio de su visitante, Bayard volvió la cabeza y dirigió hacia la puerta su sombría mirada.

—Vaya. Que me aspen si no estaba equivocado. No creí que vinieras hoy.

—Sí —contestó ella—. ¿Qué tal te encuentras?

—Lo digo por la manera que tienes de estar con un pie en el vestíbulo en cuanto tía Jenny sale de la habitación —continuó Bayard—. ¿Te ha obligado a venir?

—Me pidió que viniera. No quiere que estés solo todo el día, sin otra compañía que Simón. ¿Qué tal te encuentras?

—En ese caso —dijo él hablando muy despacio—, ¿por qué no te sientas?

Narcissa avanzó hasta el rincón donde habían retirado su silla habitual y se acercó con ella a la cama. Bayard la estuvo contemplando mientras le daba la vuelta a la silla

y se sentaba.

—¿Qué te parece?

—¿Qué me parece el qué?

—Venir a hacerme compañía.

—He traído un libro nuevo —dijo ella—. Uno que Ho... uno que acabo de recibir. Espero que te guste.

—Yo también —asintió él, aunque sin convicción—. Parece probable que acabe por gustarme alguno, ¿no es cierto? Pero, ¿qué te parece haber venido hoy aquí?

—Creo que una persona enferma no debe quedarse sola, sin otra compañía que la de los negros —dijo ella con el rostro inclinado sobre el libro—. El título de éste es...

—¿No sería mejor que viniera una enfermera? Tú vives muy lejos —ella lo miró por fin, con sus ojos serios y desesperados—. ¿Por qué vienes, cuando en realidad no quieres venir? —insistió él.

—No me causa ningún trastorno venir —contestó Narcissa abriendo el libro—. El título es...

—Espera —la interrumpió él—. Tendré que pasarme todo el día escuchando lo que me leas. Antes podemos hablar un poco —pero ella siguió con la cabeza baja, las manos inmóviles sobre el libro abierto—. ¿Por qué te da miedo hablar conmigo?

—¿Miedo? —repitió ella—. ¿Prefieres que me vaya?

—¿Qué? ¡No, maldita sea! Quiero que por una vez te comportes como un ser humano y hables conmigo. Ven aquí.

Sin mirarle, Narcissa extendió los brazos, como rechazándolo, aunque los separaban más de dos yardas y él era incapaz de moverse.

—Acércate más —ordenó él.

Ella se puso en pie, aferrada al libro.

—Me voy —dijo—. Le diré a Simón que se quede en un sitio donde pueda oírte si lo llamas. Adiós.

—Ven aquí —exclamó él.

Narcissa se dirigió a la puerta a toda prisa.

—Adiós.

—¿Después de lo que acabas de decir sobre dejarme solo, sin otra compañía que los negros? —ella se detuvo junto a la puerta y él añadió con fría sagacidad—: ¿Después de lo que te dijo tía Jenny? ¿Qué le diré esta noche cuando vuelva? ¿Se puede saber por qué tienes miedo de un hombre inmovilizado, que lleva una camisa de fuerza hecha de hierro? —pero Narcissa se limitó a mirarlo con ojos solemnes, rendidos de antemano—. Está bien, de acuerdo, maldita sea —dijo él con violencia—. Vete —y giró furiosamente la cabeza sobre la almohada volviéndose hacia la ventana mientras ella regresaba a la silla. Entonces él le habló con cierta amabilidad—: ¿Cómo se llama el libro?

Narcissa se lo dijo.

—Bueno, empieza cuando quieras. Imagino que me dormiré en seguida, de todas

formas.

Ella abrió el libro y empezó a leer muy deprisa, como si estuviera escondiéndose detrás de la cortina de palabras que su voz levantaba entre los dos. Leyó durante un buen rato, la cabeza inclinada sobre el libro, sin que Bayard hiciera el menor movimiento, consciente del paso de los minutos, como si estuviera luchando contra el tiempo. Al terminar una frase, se detuvo sin levantar la cabeza, pero él habló casi inmediatamente.

—Sigue; todavía estoy aquí. Te deseo más suerte la próxima vez.

Fueron pasando las horas de la mañana. En algún sitio un reloj daba los cuartos, pero no se oía ningún otro ruido dentro de la casa. La actividad de Simón en la planta baja ya había terminado hacía tiempo, pero a intervalos llegaba hasta Narcissa un ininteligible murmullo de voces. Las hojas del árbol que crecía junto a la ventana permanecían inmóviles en el aire abrasado y, sobre él, los mil ruidos del exterior se mezclaban en somnolienta monotonía: las voces de los negros, los ruidos del ganado desde el establo, los rítmicos gruñidos de la bomba de agua; y una repentina cacofonía de aves de corral en el jardín bajo la ventana, entremezclada con los gritos sin sentido de Isom intentando echarlas de allí.

Bayard estaba dormido y Narcissa tampoco sabía cuándo había dejado de leer. Se quedó quieta, con el libro abierto sobre las rodillas, en una página cuyas palabras no despertaban el menor eco en su mente, contemplando el rostro sereno del joven Sartoris. Era otra vez como una máscara de bronce, purgada por la forzada inmovilidad del ardor de la violencia, aunque la violencia siguiera en rescoldo bajo las cenizas, apenas un poco más refinada... Narcissa volvió la cabeza, siempre con el libro abierto, las manos inmóviles sobre las páginas, mirando por la ventana. Las cortinas se movían débilmente y en las ramas al otro lado de la ventana, las hojas reverberaban suavemente bajo los intermitentes dedos del sol, mientras ella, como sin vida, la tela del vestido apenas agitada por su imperceptible respiración, pensaba que sólo tendría paz en un mundo sin hombres.

El reloj dio doce campanadas. En seguida, precedido de jadeos entrecortados, roces cautelosos como de una enorme rata, y otros ruidos similares ya en el pasillo, Simón, semejante al abuelo de todos los simios, introdujo su cabeza en la habitación.

—¿Está usted dormido todavía, mister Bayard? —susurró con voz rasposa.

—Chsss —dijo Narcissa, alzando la mano. Simón entró de puntillas, pero respirando sonoramente y restregando los pies contra el suelo. —No haga ruido —añadió muy deprisa—. Va a despertarlo.

—La comida está lista —explicó Simón, susurrando con la misma voz rasposa.

—¿No podría guardársela caliente hasta que se despierte? —musitó Narcissa—. ¡Simón! —añadió en seguida. Se puso en pie, pero el otro ya se había acercado a la mesa y al mover desmañadamente la pila de libros logró tirarlos al suelo con notable estrépito. Bayard abrió los ojos.

—Santo cielo —dijo—. ¿Ya estás aquí otra vez?

—¡Vaya por Dios! —exclamó Simón con instantánea consternación—, lo hemos despertado entre Miss Benbow y yo.

—Me gustaría saber por qué no soportas ver a nadie tumbado de espaldas y con los ojos cerrados —dijo Bayard—. Menos mal que no nacéis en nubes, como los mosquitos.

—No le haga caso —dijo Simón—. Se duerme regañando y se despierta regañando. Elnora les ha preparado un buen almuerzo.

—¿Por qué no lo has subido, entonces? —preguntó Bayard—. También el de Miss Benbow. A no ser que prefieras comer abajo —añadió en seguida.

En todos sus movimientos Simón se comportaba como una caricatura de sí mismo, y al oír a Bayard adoptó una actitud de asombrado reproche.

—El comedor es el sitio más apropiado para las visitas —dijo.

—No, no —dijo Narcissa—. Comeré abajo. No quiero dar más trabajo a Simón.

—No es trabajo —protestó el criado—. Sólo que...

—Bajaré —dijo Narcissa—. Vaya y ocúpese de la bandeja de Mr. Bayard.

—Está bien —dijo Simón, dirigiéndose hacia la puerta—. No tarde. Elnora le tendrá la comida en la mesa antes de que usted llegue.

—Intenté que no... —dijo Narcissa cuando Simón salió del cuarto.

—Ya sé —le interrumpió Bayard—. No deja dormir a nadie durante las horas de las comidas. Será mejor que bajes: de lo contrario se llevará tu almuerzo a la cocina. Y no tienes que volver corriendo sólo por causa mía —añadió.

—¿No tengo que volver corriendo? —Narcissa se detuvo junto a la puerta y volvió la cabeza para mirarlo—. ¿Qué quieres decir?

—He pensado que quizá estuvieras cansada de leer.

—Oh —dijo ella, mirando en otra dirección, envuelta por un momento en su tranquila desesperación.

—Dime —exclamó él de repente—. ¿Estás enferma o algo parecido? ¿Preferirías irte a casa?

—No —contestó Narcissa, echando otra vez a andar—. Volveré pronto.

Comió con solitaria pompa en el sombrío comedor donde Simón, después de despachar a Isom con la bandeja de Bayard, estuvo moviéndose alrededor de la mesa para ofrecerle diferentes platos con suave insistencia o apoyándose contra el aparador para mantener consigo mismo un deshilvanado monólogo que parecía no tener principio ni perspectiva alguna de posible conclusión. Todavía seguía fluyendo sin esfuerzo aparente tras ella cuando salió al vestíbulo, y al detenerse delante de la puerta principal aún continuaba, como si no necesitara de una voluntad que lo sustentase, como si perdurara fascinado por su misma existencia y alimentado por su propia inercia.

Más allá del porche, la luz blanca, en manchas clamorosas sobre el arriate de salvia, cegaba con su brillo. Detrás, la avenida reverberaba bajo el calor del sol hasta que, protegida por las acacias y los robles, descendía en un fresco túnel de verdor

hasta la verja de hierro y la cinta sofocante de la carretera. Más allá se extendían los campos luminosos, rotos aquí y allá por inmóviles grupos de árboles, hasta llegar a las colinas que se difuminaban azuladas detrás de la calina de julio.

Narcissa permaneció apoyada durante un rato en la puerta principal, con su vestido blanco, la mejilla contra la fresca y lisa superficie de la jamba, disfrutando de una suave corriente sin altibajos a pesar de que fuera no se movía una sola hoja. Simón había terminado en el comedor y desde la cocina llegaba hasta el vestíbulo un somnoliento murmullo de voces, sustentado por un débil movimiento de aire demasiado cálido para calificarlo de brisa.

Finalmente oyó un ruido en el piso alto y recordó que a Bayard le había llevado Isom la comida y volviéndose, abrió un poco la puerta de la sala de visitas y se metió dentro. Las sombras eran muy espesas y el rayo de luz que la siguió sólo hizo que resaltara más la oscuridad. Localizó el piano y se quedó un rato en pie junto a él, acariciando su polvorienta superficie y pensando en Miss Jenny, erguida e indomable, sentada allí, en la oscuridad. Oyó cómo Isom bajaba las escaleras; cuando se extinguió de nuevo el ruido de sus pisadas, Narcissa sacó el taburete de debajo del piano, se sentó en él y apoyó las manos sobre la tapa cerrada.

Simón volvió a entrar en el comedor murmurando entre dientes algo ininteligible y Elnora lo siguió inmediatamente; los dos se pusieron a hablar con una suave cantinela de borrosas palabras sin consonantes, acompañada por el entrechocar de los platos. Después se marcharon otra vez y ella siguió con los brazos apoyados sobre el piano, gozando del frescor de la madera en aquella habitación tranquila y oscura donde hasta el tiempo parecía estancarse un poco.

El reloj sonó de nuevo y Narcissa se puso en movimiento. He estado llorando, pensó.

—He estado llorando —susurró con una triste entonación que denunciaba su soledad y su dolor. Se detuvo frente al espejo del vestíbulo junto a la sala de visitas y examinó la débil imagen que reflejaba, tocándose los ojos con las yemas de los dedos. Luego siguió avanzando, pero se detuvo nuevamente en la escalera para escuchar. Después, con súbita determinación, subió a buen paso el resto de los escalones, entró en la habitación de Miss Jenny, pasó al cuarto de baño y se lavó la cara.

Bayard seguía en la misma postura en que lo había dejado. Estaba fumando un cigarrillo. Entre chupadas, golpeaba distraídamente con él un cenicero que tenía a su lado sobre la cama.

—¿Y bien? —dijo.

—Prenderás fuego a la casa haciendo eso —contestó ella mientras le retiraba el cenicero—. Sabes muy bien que Miss Jenny no te dejaría hacerlo.

—Ya lo sé —admitió él, un poco avergonzado.

Ella acercó la mesa a la cama y puso encima el cenicero.

—¿Alcanzas así?

—Sí, gracias. ¿Te han dado bien de comer?

—Ya lo creo. Simón no se conforma con el primer no, ya sabes. ¿Quieres que siga leyendo o prefieres dormir?

—Lee, si no te importa. Creo que esta vez no me dormiré.

—¿Es una amenaza?

Él la miró fijamente mientras Narcissa se sentaba y cogía el libro.

—Oye, ¿qué te ha pasado? —preguntó—. Antes de comer te comportabas de otra manera. ¿Es que Simón te ha dado un trago o algo parecido?

—No, no ha llegado tan lejos —se echó a reír un poco alocadamente y abrió el libro—. Me he olvidado de dejar una señal —dijo, pasando deprisa las páginas—. ¿Tú te acuerdas...? No, estabas dormido. ¿Debo volver atrás?

—No, lee por donde se te ocurra. Creo que todo se parece bastante, más o menos. Si te acercas un poco más estoy seguro de que no me dormiré.

—Duérmete si quieres, no me parecerá mal —respondió ella.

—¿Quieres decir con eso que no te vas a acercar? —preguntó él, contemplándola sombríamente. Ella corrió la silla hacia la cama, abrió el libro y empezó a pasar las páginas.

—Creo que íbamos por aquí —dijo, sin mucha convicción—. Sí.

Leyó para sí una línea o dos, luego empezó en voz alta y siguió hasta el final de la página, pero su voz se fue apagando, llena de consternación. Pasó la página, pero volvió en seguida atrás.

—Esto ya lo he leído; lo recuerdo ahora perfectamente —siguió pasando las páginas, levemente fruncido el sereno entrecejo—. Debo de haberme dormido también yo —dijo, y miró a Bayard como queriendo compartir con él su perplejidad—. Parece que he leído páginas y más páginas...

—Empieza en cualquier sitio —insistió él.

—No: espera. Es aquí.

Reanudó la lectura, cogiendo otra vez el hilo de la historia. En una o dos ocasiones alzó la vista y se tropezó con los ojos de Bayard, sombríos pero en calma. Al cabo de un rato ya había dejado de mirarla y, finalmente, al descubrirlo con los ojos cerrados, pensó que se había dormido. Terminó el capítulo y se detuvo.

—No —dijo él con voz somnolienta—. Todavía no.

Al notar que Narcissa no seguía leyendo abrió los ojos y pidió un cigarrillo. Ella dejó el libro, le encendió la cerilla y reanudó la lectura.

Fue pasando la tarde. También los negros se marcharon y en la casa no quedó más sonido que la voz de Narcissa y el reloj que daba los cuartos; en el exterior las sombras se alargaban más y más, heraldos pacíficos de la noche. Bayard había terminado por dormirse a pesar de su previa decisión de mantenerse en vela. Al cabo de un rato Narcissa dejó de leer y puso el libro a un lado. Bajó la sábana el largo cuerpo de Bayard yacía rígido dentro de la escayola y ella examinó su rostro audaz, ahora inmóvil, y la contemplación de aquel roto simulacro hizo que su tranquila

pesadumbre se desbordara en piedad hacia él. Estaba tan absolutamente falto de cariño por cualquier cosa; era tan... duro... No, no era ésa la palabra, pero «frío» tampoco le gustaba; Narcissa podía entender la dureza pero no la frialdad.

La tarde se acababa y la noche tomaba cuerpo. Narcissa seguía cavilando, inmóvil y silenciosa, mirando por la ventana hacia el exterior —donde seguía sin haber viento que moviera las hojas— como si estuviera esperando que alguien le dijera lo que tenía que hacer, y acabó por perder toda conciencia del paso del tiempo excepto en forma de la lenta y oscura corriente que contemplaba dentro de sí misma, hasta que el poder hipnótico del agua hizo desaparecer el agua misma.

Bayard hizo un ruido indescriptible, y al volver de prisa la cabeza, Narcissa vio cómo su cuerpo se contraía terriblemente dentro de la escayola; vio sus manos engarfiadas y el brillo de sus dientes bajo los labios contraídos; y mientras seguía sentada, lívida e incapaz de cualquier movimiento, Bayard hizo otra vez el mismo ruido. El aire de sus pulmones pasó silbando entre los dientes hasta convertirse en un grito atroz, que terminó disolviéndose en una violenta cadena de maldiciones; y cuando ella se levantó por fin y se acercó a verlo, tapándose la boca con las manos, su cuerpo se distendió y bajo la frente sudorosa los ojos de Bayard la miraron desmesuradamente abiertos, llenos de terror, de furor frío e insensato y de desesperación.

—Casi me atrapó entonces —dijo con voz clara pero sin entonación, todavía contemplándola con aquellos ojos desmesuradamente abiertos en los que lentamente se iba apagando la angustia—. Formaban una especie de círculo alrededor de mí, y cada vez que él disparaba, el cerco se cerraba un poco más... —tiró torpemente de la sábana tratando de alzársela hasta la cara—. ¿Podrías traerme un pañuelo? Hay algunos en el cajón de arriba.

—Sí —dijo ella—, sí.

Narcissa cruzó hasta la cómoda y consiguió mantener erguido su cuerpo tembloroso apoyándose contra ella. Sacó un pañuelo y se lo llevó. Trató de secarle la frente y la cara pero él terminó por quitarle el pañuelo de la mano y hacerlo él mismo.

—Me asustaste —gimió ella—. Me asustaste tanto que creí...

—Lo siento —dijo él secamente—. No lo hago a propósito. Dame un cigarrillo.

Ella se lo dio y encendió la cerilla; Bayard tuvo que sujetarle la mano para evitar que temblara la llama y todavía con la mano en la muñeca de Narcissa aspiró varias veces el humo, llenándose los pulmones. Ella trató de liberar el brazo pero los dedos de Bayard eran como acero. Su cuerpo tembloroso la traicionó y se hundió otra vez en la silla, mirándolo con terror y aprensión. Bayard consumió el cigarrillo con chupadas hondas, febriles y, sin soltar la muñeca de Narcissa, empezó a hablar de su hermano muerto, sin preámbulos, brutalmente. Era una historia descarnada, sin comienzo, torpe e inútilmente violenta y a veces grosera y vulgar, aunque su misma ferocidad hacía que no fuera ofensiva, de la misma manera que su vulgaridad impedía que llegara a ser obscena. Y debajo de todo ello, el desesperado forcejeo de su falso y

testarudo orgullo y ella sentada con el brazo tenso bajo la presión de sus dedos, mientras se tapaba la boca con la otra mano, contemplándolo con aterrada fascinación.

—Iba haciendo zig-zags; ésa es la razón de que yo no pudiera atrapar a Plóekner. Cada vez que estaba en el punto de mira, John volvía a cruzarse y entonces me tenía que ir para que no me alcanzaran los otros. Pero luego dejó de ir en zig-zag. En cuanto lo vi deslizarse de lado supe que estaba todo perdido. Vi que tenía un ala envuelta en llamas y que miraba para atrás. No miraba al alemán; me miraba a mí. Plóekner dejó de disparar y todos nos quedamos quietos un rato. No me di cuenta de lo que John iba a hacer hasta que le vi sacar los pies. Después me hizo burla poniéndose la mano en la nariz como acostumbraba, saludó también al alemán, le pegó una patada al avión y saltó al espacio. Lo hizo con los pies por delante. Pero no es posible bajar así mucho tiempo, claro, y en seguida quedó horizontal. Había un montón de nubes debajo de donde estábamos y él cayó con la barriga por delante, como cuando nos tirábamos al río de pequeños y nos dábamos una panzada. Pero no fui capaz de encontrarlo por debajo. Sé que llegué antes de que él pudiera haber salido, porque después apareció su avión que venía derecho hacía mí, ardiendo por todas partes. Me aparté a un lado, pero el maldito cacharro dio una especie de media vuelta y se me vino otra vez encima. Tuve que esquivarlo de nuevo. De manera que nunca lo vi salir de la nube. Bajé otra vez muy deprisa, hasta asegurarme de que estaba por debajo de él y entonces volví a mirar. Pero siguió sin aparecer y pensé que quizá no había bajado lo suficiente, de manera que me lancé otra vez en picado. Vi estrellarse su avión a cosa de tres millas, pero de John no quedaba ni rastro. Y además empezaron a dispararme desde el suelo...

Él siguió hablando y Narcissa apartó la mano de la boca y acercándose a la que estaba aprisionada, empezó a tirar de los dedos de Bayard.

—¡Por favor! —susurró—. ¡Por favor!

Él dejó de hablar, la miró y abrió la mano; cuando Narcissa ya creía estar libre, Bayard volvió a cerrar los dedos aprisionando sus dos muñecas. Ella forcejeó, mirándolo con aprensión, pero él sonrió mostrándole los dientes y le apretó los brazos contra la cama.

—Por favor, por favor —imploró ella, forcejeando; Narcissa sentía girar sus huesos como si los músculos y la piel de las muñecas fueran un vestido holgado y veía los sombríos ojos de Bayard y el gesto burlón de su boca; de repente se inclinó hacia adelante en la silla, su cabeza cayó sobre la cama entre sus brazos aprisionados y se echó a llorar histéricamente, desbordada por el miedo y la desesperanza.

Al cabo de un rato cesaron todos los ruidos en la habitación; Bayard movió la cabeza y contempló la oscura masa de los cabellos de Narcissa; luego alzó la mano y vio las marcas lívidas de sus dedos en las muñecas de ella. Pero Narcissa no se movió y él

dejó caer de nuevo su mano sobre las de ella; poco después Narcissa había dejado de temblar.

—Lo siento —dijo él—. No lo volveré a hacer.

Sólo podía ver sus cabellos oscuros, mientras sus manos yacían tranquilas debajo de la suya.

—Lo siento —repitió—. No volveré a hacerlo nunca más.

—¿No volverás a ir tan deprisa en el coche? —preguntó ella sin moverse, con voz apagada.

—¿Qué?

Narcissa no respondió y Bayard se dio la vuelta lentamente, entre infinitas punzadas dolorosas, moviendo también la escayola, mordiéndose el labio y jurando en voz baja hasta colocarse de lado; luego puso la otra mano sobre el pelo de Narcissa.

—¿Qué estás haciendo? —dijo ella, aunque sin moverse—. Te volverás a romper las costillas.

—Sí —asintió él, acariciándole el pelo torpemente.

—Ése es el problema, precisamente —dijo ella—. Así es como te comportas siempre: haciendo cosas que... que... Haces cosas que te perjudican sólo para preocupar a la gente. No lo pasas nada bien haciéndolas.

—No —asintió él, con el pecho lleno de candentes agujas, acariciándole torpemente los oscuros cabellos con su recia mano. Muy lejos, por encima de él, asomaba la cumbre entre sombrías y salvajes estrellas, pero a su alrededor se extendían los valles de la tranquilidad y de la paz. Era ya muy tarde; crecían las sombras dentro de la habitación fundiéndose entre sí, y al otro lado de la ventana la luz del sol era un difuso resplandor sin origen pero todavía palpable; en algún sitio las vacas mugían llamándose unas a otras, plácida y doloridamente. Al cabo de un rato Narcissa se incorporó, tocándose el rostro y el pelo.

—Estás completamente torcido. Nunca te curarás si no te portas bien. Haz el favor de tumbarte de espaldas.

Él la obedeció, lenta y dolorosamente, mordiéndose el labio y con gotitas de sudor en la frente, mientras ella lo contemplaba con ansiosa seriedad.

—¿Duele?

—No —contestó él, y su mano se cerró de nuevo sobre sus muñecas, que no hicieron el menor esfuerzo por librarse. En seguida se puso el sol y la penumbra, madrastra del silencio y de la paz, desdibujó los contornos de la habitación. El anochecer era ya una realidad.

—¿Nunca más volverás a conducir el coche tan deprisa? —insistió ella, desde la penumbra.

—No —contestó él.

DURANTE aquella temporada Narcissa recibió otra carta de su anónimo corresponsal. Se la trajo Horace a su cuarto una noche que durmió en la casa. Ella estaba tumbada en la cama con un libro; su hermano dio unos golpes en la puerta, la abrió y se quedó parado un momento, atacado de timidez, mientras los dos se miraban a través de la barrera de su alejamiento y de su testarudo orgullo.

—Perdona que te moleste —dijo él ceremoniosamente.

Ella estaba tumbada bajo el círculo de luz de la lámpara, con la oscura mancha de sus cabellos sobre la almohada; sólo sus ojos se movieron mientras él cruzaba la habitación y se detenía frente a ella. Narcissa dejó caer el libro y lo contempló, curiosa.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó él.

Ella respondió cerrando el libro sobre uno de sus dedos, con la sobrecubierta y el título en colores vuelto hacia arriba. Pero él no lo miró. Llevaba abierta la camisa bajo la bata de seda y su mano esbelta jugueteaba con los objetos en la mesilla junto a la cama; acabó cogiendo otro libro.

—No sabía que leyeras tanto.

—Ahora tengo más tiempo para leer —contestó ella.

—Sí.

Su mano seguía moviéndose por encima de la mesilla, tocando los objetos. Narcissa esperó a que él hablara, pero no lo hizo.

—¿Qué es ello, Horace? —quiso saber.

Él vino a sentarse en el borde de la cama. Pero los ojos de Narcissa seguían interrogándole, serios, y la sombra de su boca creaba una decidida impresión de frialdad.

—¿Narcy? —dijo. Ella bajó los ojos a donde estaba el libro y él añadió—: Antes de nada tengo que pedirte disculpas por dejarte sola de noche con tanta frecuencia.

—¿Cómo dices?

Él le puso una mano en la rodilla.

—Mírame —Narcissa alzó el rostro, mostrando la hostilidad que habitaba en sus ojos—. Quiero disculparme por dejarte sola tantas noches —repitió.

—¿Quiere eso decir que ya no lo vas a hacer o más bien que ya no vendrás nunca?

Durante un rato Horace estuvo cavilando por encima del extraño reposo de su mano sobre la rodilla cubierta por la sábana. Después se alzó y se quedó de nuevo junto a la mesilla, tocando las cosas que había encima; luego volvió a sentarse en la cama. Narcissa leía de nuevo y él trató de quitarle el libro de las manos. Ella se resistió.

—¿Qué es lo que quieres, Horace? —le preguntó, impaciente.

Él volvió a reflexionar mientras ella contemplaba su rostro. Después alzó la vista.

—Belle y yo vamos a casarnos —dijo abruptamente.

—¿Por qué me lo dices a mí? A quien hay que decírselo es a Harry Mitchell. A no ser que hayáis decidido prescindir del divorcio como requisito previo.

—Ya lo sabe —dijo Horace. Le puso otra vez la mano en la rodilla, acariciándosela por encima de la sábana—. Ni siquiera estás sorprendida, ¿verdad?

—Tú sí me sorprendes. Belle, no. A ella le van las situaciones turbias.

—Sí —asintió él; y luego—: ¿Quién te ha dicho eso? Esa frase no se te ha ocurrido a ti —Narcissa había alzado el libro a medias, sin dejar de mirar a Horace. Él le cogió una mano con violencia; ella intentó soltarse, pero fue en vano—. ¿Quién ha sido? —preguntó.

—Nadie me lo ha dicho. Déjame, Horace.

Él le soltó la mano.

—Sé quien ha sido. Miss Du Pre.

—No me lo ha dicho nadie —repitió ella—. Vete y déjame sola, Horace —y detrás de la hostilidad, sus ojos traslucían su angustia y su desesperación—. ¿No te das cuenta de que hablar no sirve para nada?

—Sí —dijo él cansadamente, pero siguió allí sentado algún tiempo, acariciándole la rodilla. Luego se alzó y metió los manos en los bolsillos de la bata, pero en seguida hizo una pausa para volverse mostrándole un sobre—. Tengo una carta para ti. Me olvidé de dártela al mediodía. Lo siento.

Narcissa estaba otra vez leyendo.

—Déjala encima de la mesa —le indicó sin levantar la vista. Horace hizo lo que se le decía y salió de la habitación. Antes de cerrar la puerta miró para atrás, pero la cabeza de Narcissa seguía inclinada sobre el libro.

Mientras se desnudaba en su habitación tuvo la impresión de que su ropa estaba impregnada con el denso aroma decadente del cuerpo de Belle, y le pareció seguir sintiéndolo en las manos después de estar ya en la cama; y el aroma, al persistir, fue dando forma, a su lado, en la oscuridad, a la suntuosa voluptuosidad de Belle, hasta que en esa tibia región en la que se entra antes de dormirse y en la que habita la madre de los sueños, Belle se fue haciendo palpable en la medida en que su propio cuerpo iba perdiendo consistencia. Y también Harry Mitchell, con su incapacidad para expresarse, con su testarudez y su dolorido andar a tientas (en parte vanidad herida y puro sobresalto pero en su mayor parte sincero desconcierto de adolescente), que terminaba por liberarse adoptando la forma aterradora de subtítulos de películas. Un momento antes de que Horace se entregara al sueño, su mente, con la extraña capacidad de la memoria para recapitular situaciones intrascendentes, reprodujo, con el sorprendente aire espectral de un dictáfono, un incidente que, en su momento, Horace había considerado trivial. Belle había dejado de besarlo y, durante un instante, con el cuerpo todavía apretado contra el suyo, sujetándole la cara con las dos manos, lo había mirado con ojos inquisitivos. «¿Tienes mucho dinero, Horace?» Él había

respondido inmediatamente «Claro, por supuesto que sí». Después apareció Belle otra vez, apoderándose de él como una droga irresistible y fatal, como un mar inmóvil y viscoso en el que se veía ahogándose sin remedio.

La carta se quedó aquella noche sobre la mesa, olvidada. Narcissa sólo la descubrió a la mañana siguiente.

«Estoy tratando de olvidarte. No puedo olvidarte. Tus ojos grandes tu pelo negro lo blanca que te hace parecer tu pelo negro. Y cómo andas te veo y un olor que das como una flor. Tus ojos brillan misteriosos y tu manera de andar me pone enfermo como una fiebre toda la noche pensando cómo andas. Podría tocarte y no te darías cuenta. Todos los días. Pero no puedo tengo que hacerlo por escrito. No sabes quién. Tus labios como el arco de cupido cuando llegue el día que los apriete contra los míos como he soñado como una fiebre que me lleva del cielo al infierno. Sé todo lo que haces sé más de lo que crees. Veo hombres que te visitan y paso ratos amargos. Ten cuidado soy un hombre desesperado. Nada me importa ya. Si pecas con un hombre lo mataré.

«No contestas. Sé que las recibes te he visto una en la mano. Será mejor que contestes pronto. Soy un hombre desesperado comido por la fiebre que no me deja dormir. No te haré daño pero estoy desesperado. No te olvides que no te haré daño pero soy un hombre desesperado».

Mientras tanto los días se acumulaban. No eran días tristes ni solitarios: demasiado febriles para producir pesar, marcados por el desgarramiento de su ser en dos direcciones, las verjas de su jardín interior derrumbadas y ella misma como un animal nocturno o un pájaro prendido en un rayo de luz que trata inútilmente de escapar. Horace había elegido su camino definitivamente, y, como dos extraños, seguían cumpliendo con la rutina de cada día, viviendo una rigurosa enajenación del afecto de muchos años y dando pruebas del mismo orgullo bajo una capa superficial de cortesías trivialidades. A Bayard, Narcissa lo veía ahora casi todos los días, pero a la discreta distancia de dos yardas.

Él trató de conseguir que cediera: primero con bravatas, luego con halagos. Pero ella se mostró firme y Bayard terminó por desistir y se quedaba mirando tranquilamente por la ventana o durmiendo mientras Narcissa leía. De cuando en cuando Miss Jenny se acercaba a la puerta, los miraba y se volvía a marchar. El encogimiento de Narcissa, la sensación de miedo y de inquietud cuando estaba con él habían desaparecido y a veces en lugar de leer hablaban, tranquila e impersonalmente, presente entre ellos el fantasma de aquella otra tarde, aunque ninguno de los dos hablaba de ella. Miss Jenny había manifestado cierta curiosidad sobre aquel día, pero Narcissa se mostró reservada; tampoco Bayard hablaba nunca

de ello, porque había creado así otro lazo entre los dos, que esta vez no tenía nada de molesto. Miss Jenny había oído cotilleos sobre Horace y Belle, pero Narcissa tampoco quería hablar sobre este tema.

—Haz lo que te parezca —dijo Miss Jenny ásperamente—. Puedo sacar mis propias conclusiones. Imagino que esos dos son capaces de armar una buena juntos. Y me alegro. Ese hombre te está convirtiendo en una solterona. Todavía no es demasiado tarde, pero si Horace hubiera esperado cinco años más para empezar a hacer el tonto, no te quedaría otra salida que dedicarte a dar clases de música. Ahora todavía puedes casarte.

—¿Usted me aconseja que me case? —preguntó Narcissa.

—Yo no le aconsejaría a nadie que se casara. No serás feliz, pero las mujeres no están aún lo suficientemente civilizadas para ser felices sin casarse, de manera que no pierdes nada probando. De todas formas, aguantamos cualquier cosa. Y el cambio es bueno para la gente. Al menos eso es lo que se dice.

Pero Narcissa no lo creía. «No me casaré nunca», se dijo a sí misma. Los hombres... el origen de la infelicidad, era dar cabida a los hombres en la propia vida. «Y si no he sido capaz de conservar a Horace, queriéndolo como lo quería...» Bayard estaba dormido. Narcissa cogió el libro y leyó para sí misma, sobre extrañas gentes en un mundo extraño donde las cosas sucedían como deben suceder. Las sombras se alargaban en dirección al este. Ella siguió leyendo, lejos de las cosas mudables.

Al cabo de un rato Bayard se despertó y ella le trajo un cigarrillo y le encendió la cerilla.

—Ya no tendrás que hacerlo más —dijo él—. Imagino que lo sentirás.

Quería decir que al día siguiente le quitarían la escayola. Mientras se fumaba el cigarrillo, estuvo hablando de sus planes para el futuro. Lo primero sería ocuparse de que repararan el coche; tendría que llevarlo a Memphis probablemente. Y planeó un viaje para los tres —Narcissa, Miss Jenny y él— mientras el coche estaba en el garaje.

—Tardarán una semana más o menos —añadió—. Debe de haber quedado en bastante mal estado. Aunque espero que al motor no le haya pasado nada grave.

—Pero ya no volverás a conducir deprisa —le recordó ella. Él permaneció inmóvil, mientras el cigarrillo se le quemaba entre los dedos—. Lo prometiste —insistió Narcissa.

—¿Cuándo lo prometí?

—¿No te acuerdas? Aquella tarde, cuando ellos estaban...

—¿Cuando te asustaste tanto? —ella lo miraba con sus ojos serios y apenados—. Ven aquí —dijo él.

Narcissa se levantó, acercándose a la cama y él le cogió la mano.

—¿No volverás a conducir tan deprisa? —insistió ella.

—No —contestó Bayard—. Lo prometo.

Se quedaron así sin moverse, la mano de Narcissa en la de él. La brisa movió las

cortinas y al otro lado de la ventana las hojas del árbol se agitaron, girando sobre sí mismas y cuchicheando entre ellas. La puesta de sol no estaba lejos; la brisa dejaría de soplar entonces. Bayard cambió de postura.

—Narcissa —dijo, y ella lo miró—. Apoya aquí la cabeza.

Ella apartó la vista y durante un rato no se produjo ningún movimiento ni sonido alguno en la habitación.

—Tengo que irme —dijo ella por fin, tranquilamente; y él le soltó la mano.

La escayola había desaparecido y Bayard estaba otra vez en pie, aunque moviéndose con cierta dificultad; no obstante, Miss Jenny empezaba a mirarlo con aire preocupado.

—Si pudiéramos arreglar las cosas para que cada mes, poco más o menos, se rompiera algún hueso sin importancia, que le obligara a quedarse en casa... —dijo.

—No hará falta —le explicó Narcissa—. Se portará bien de ahora en adelante.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Miss Jenny—. ¿Qué te hace pensar una cosa así?

—Lo ha prometido.

—Bayard es capaz de prometer cualquier cosa cuando no puede moverse —replicó Miss Jenny—. Lo hacen todos; siempre lo han hecho. ¿Qué te hace pensar que lo cumplirá?

—Me lo ha prometido a mí —contestó Narcissa serenamente.

La primera tarea de Bayard fue ocuparse del coche. Lo habían remolcado hasta la ciudad y echado algunos remiendos, de manera que funcionaba, pero era imprescindible llevarlo a Memphis para que enderezaran la carrocería y reemplazaran algunas piezas inservibles. Bayard era partidario de hacer todo esto él mismo, a pesar de las costillas recién soldadas, pero Miss Jenny se opuso en redondo y después de media hora de encarnizado combate Bayard se dio por vencido. Así que uno de los jóvenes que andaban siempre rondando por los garajes de la ciudad se encargó de llevar el automóvil a Memphis.

—Narcissa te dejará que uses su coche, si conducir te parece tan necesario —le dijo Miss Jenny.

—¿Ese chisme para tostar cacahuets? —dijo Bayard burlescamente—. No creo que pase de las veinticinco millas por hora.

—Así es, gracias a Dios —contestó Miss Jenny—. Y he escrito a Memphis pidiendo que arreglen el tuyo para que no pueda ir a más velocidad.

Bayard la miró, repentinamente sombrío.

—¿Es posible que hayas hecho una cosa tan estúpida?

—Haz el favor de llevártelo, Narcissa —exclamó Miss Jenny—. Quítamelo de delante. Estoy cansada de veros.

Pero al principio Bayard no quería ir en el coche de Narcissa. Aprovechaba cualquier oportunidad, cargando la mano en el desprecio, para burlarse de él, pero se negaba a subir. El doctor Alford ideó una venda de goma muy ceñida que le permitía montar a caballo, pero Bayard había desarrollado una sorprendente tendencia a haraganear por la casa cuando Narcissa estaba allí. Y Narcissa iba con mucha frecuencia. Miss Jenny quiso saber si la causa era Bayard y se lo preguntó con su proverbial franqueza; lo que ocasionó que Narcissa le contara las últimas noticias sobre Horace y Belle mientras Miss Jenny la escuchaba sentada en la silla junto al piano, tan erguida como siempre.

—¡Pobre niñita! —dijo; y luego—: ¡Señor! ¿Cómo es posible que los hombres estén tan locos? —en seguida añadió—: Tienes razón; tampoco yo me casaría con uno de ellos.

—Yo no voy a hacerlo, desde luego —contestó Narcissa—. Ojalá no hubiera ni un solo hombre en el mundo.

Miss Jenny emitió un sonido bastante breve, tan nasal como dubitativo.

Una tarde se encontraron los dos en el coche de Narcissa, con Bayard conduciendo, a pesar de las protestas de ella. Pero el sensato comportamiento de Bayard hizo que Narcissa terminara por tranquilizarse. Recorrieron la carretera del valle, luego torcieron hacia las colinas y ella le preguntó que a dónde iban, pero su respuesta fue muy vaga. Narcissa siguió tranquilamente sentada a su lado mientras el camino se elevaba en largas curvas entre pinos oscuros iluminados por los oblicuos rayos de un sol que ya caminaba hacia el ocaso. La carretera se curvaba, mostrando a cada nuevo giro cambiantes panoramas del valle y de las colinas al otro lado, enmarcadas siempre por los pinos sombríos y su suave olor vigorizante. Llegaron por fin a la cumbre de un monte y Bayard disminuyó la marcha. Debajo de ellos la carretera se hundía y luego se allanaba camino de una línea de sauces para cruzar un puente de piedra, elevarse de nuevo, rojiza, y terminar perdiéndose de vista en otra curva entre pinos.

—Ese es el sitio —dijo Bayard.

—¿El sitio? —repitió ella, saliendo de su ensoñación; y mientras el coche comenzaba el descenso, aumentando la velocidad, Narcissa entendió de qué se trataba—. Me lo prometiste —exclamó, pero él pisó el acelerador hasta el fondo y ella se agarró a él y trató de gritar. Pero de su garganta no salió ningún sonido, ni tampoco pudo cerrar los ojos mientras el estrecho puente se abalanzaba, danzando, hacia ellos. Y luego su corazón y su respiración se detuvieron al cruzar el coche como un relámpago entre los sauces y el centelleo del agua —produciendo un fragor como el del granizo sobre un techo de hojalata— y salir después lanzado colina arriba. El cochecito derrapó en la curva, se salió de la calzada y al rebotar cruzó de nuevo la carretera. Pero Bayard consiguió enderezarlo y a menor velocidad terminó de subir la

cuesta, deteniéndose en la cumbre. Ella seguía a su lado, lívida, con la boca abierta, implorándole con ojos desorbitados. En seguida recobró el aliento con un gemido.

—No trataba de... —empezó él torpemente—. Sólo quería ver si era capaz de hacerlo —la rodeó con sus brazos y ella se agarró a él, moviendo las manos frenéticamente—. No trataba de... —repitió Bayard de nuevo, mientras las manos enloquecidas de Narcissa llegaban a su cara y los desesperados gemidos de la muchacha buscaban su boca.

ESTUVO TODA LA TARDE inclinado sobre los libros de contabilidad, viendo cómo su mano copiaba las cifras meticulosamente en las columnas rayadas. Después de una noche de insomnio trabajaba sumido en una especie de estupor, con la mente demasiado agotada para contemplar las danzantes imágenes de su lujuria —frustrada ahora para siempre— con algo que no fuera un torpe asombro al descubrir que ya no le llenaban la sangre de furia y de desesperación, de manera que transcurrió cierto tiempo antes de que sus cansados nervios reaccionaran ante un nuevo peligro y le obligaran a levantar la cabeza. Virgil Beard estaba entrando por la puerta en aquel momento.

Se bajó a toda prisa del taburete, pasó por detrás de un armario y se introdujo como una flecha en el despacho del viejo Bayard. Oculto detrás de la puerta oyó cómo el muchacho preguntaba cortésmente por él, y cómo el cajero respondía que había estado allí hasta hacía tan sólo un minuto pero que debía de haber salido a algún recado; y cómo el chico decía que no tenía inconveniente en esperar. Snopes siguió escondido, limpiándose la boca babeante con el pañuelo.

Al cabo de un rato abrió la puerta cautelosamente. El chico estaba acuclillado, con la espalda contra la pared. Snopes se incorporó, temblando, con los puños apretados. No maldijo al muchacho: su furia y desesperación iban más allá de las palabras; pero al respirar, el aire producía un ruido entrecortado en su garganta y tenía la impresión de que los globos de los ojos se le iban hundiendo cada vez más dentro del cráneo, hasta que las fibras que los sujetaban estaban tan tensas que podían romperse en cualquier instante. Después abrió la puerta por completo.

—Hola, Mr. Snopes —dijo el chico afablemente, levantándose también; pero Snopes, sin mirarlo, se dirigió a la zona acotada para los empleados, acercándose al cajero.

—Res —dijo, con voz apenas inteligible—, dame cinco dólares.

—¿Cómo?

—Dame cinco dólares —repitió el otro roncamente.

El cajero hizo lo que Snopes le pedía, garrapateó algo en un trozo de papel y lo clavó en un hierro con otros papeles y facturas que tenía muy cerca del codo. El chico se había colocado junto a la segunda ventana, pero Snopes volvió a pasar sin mirarlo, y Virgil lo siguió hacia la parte de atrás y entró en el despacho del viejo Bayard, arrastrando los pies descalzos sobre el suelo de linóleo.

—Le estuve buscando anoche —explicó—, pero no lo encontré en su casa.

Después levantó la vista y vio el rostro de Snopes: al cabo de un instante empezó a chillar y superando el miedo que lo había dejado paralizado se dio la vuelta para huir. Pero el otro lo agarró y él se retorció y pataleó, sin dejar de chillar con incontrolable espanto mientras Snopes lo arrastraba por el suelo del despacho y abría

la puerta que daba al solar de las caballerías. Snopes trataba de decirle algo con su voz temblorosa y enloquecida, pero el chico seguía chillando, colgado como un trapo de la mano del contable que trataba de meterle en el bolsillo el billete de cinco dólares. Finalmente lo consiguió y soltó al muchacho, que se tambaleó, recobró el uso de las piernas y se alejó corriendo.

—¿Por qué le has dado una zurra a ese chiquillo? —preguntó el cajero, curioso, cuando Snopes volvió a su pupitre.

—Por meter las narices donde no lo llaman —contestó el otro con voz cortante, abriendo de nuevo el libro mayor.

Al cruzar de nuevo la plaza, ahora vacía, miró la esfera iluminada del reloj. Eran las once y diez. No había el menor signo de vida, con la excepción de la solitaria figura del vigilante nocturno en el vestíbulo iluminado de la oficina de correos.

Abandonó la plaza por una calle lateral y, sin detenerse, siguió bajo los faroles con toda la calzada para él solo y con la insistente repetición de su sombra que salía de la oscuridad a grandes zancadas para cruzar, cada charco de luz y fundirse de nuevo con las sombras del otro lado. Dobló una esquina para tomar otra calle aún más tranquila y en seguida se metió por un callejón, entre apretadas madreselvas más altas que él, que endulzaban con su aroma el aire de la noche. El callejón estaba oscuro y Snopes aligeró el paso. A ambos lados, los pisos altos de las casas se alzaban por encima de las madreselvas, con una ventana encendida de cuando en cuando entre los árboles en sombra. Avanzó pegado a la pared y siempre a buen paso. Estaba ya en una zona de jardines traseros y de solares, pero en seguida apareció ante él otra casa, y una apretada hilera de cedros contra un cielo más claro. Deslizándose tras una valla de piedra Snopes llegó frente al garaje. Se detuvo, buscando con los pies entre la abundante hierba junto a la valla y, agachándose, alzó un palo largo que apoyó contra la pared. Ayudándose con él trepó a lo alto de la valla y de allí al tejado del garaje.

La casa estaba a oscuras y en seguida se deslizó hasta el suelo y cruzó a hurtadillas el césped y se detuvo bajo una ventana. En algún sitio de la parte delantera brillaba una luz, pero no se oían ruidos ni se advertían movimientos. Snopes se quedó escuchando durante algún tiempo, mirando furtivamente a un lado y a otro, en constante tensión, como un animal acorralado.

La tela metálica que cubría la ventana respondió en seguida a la presión de la navaja; la alzó y escuchó de nuevo. Después, con un solo movimiento se introdujo en la habitación y se quedó agazapado. Seguía sin oír otro ruido que los violentos latidos de su corazón y de la casa entera se desprendía la inconfundible sensación de haber quedado temporalmente deshabitada. Snopes se sacó el pañuelo del bolsillo y se limpió la boca.

La luz estaba encendida en la habitación vecina y él avanzó en dirección contraria. Las escaleras nacían al fondo de la habitación donde se encontraba, de

manera que la cruzó sin hacer ruido y empezó a subir rápidamente, palpando en la oscuridad hasta tocar primero una pared y después una puerta. El picaporte giró bajo sus dedos.

Era la habitación que buscaba; se dio cuenta inmediatamente; su presencia lo rodeaba por todas partes, y durante algún tiempo su corazón latió desbocado en la garganta y aunque la furia y la lujuria y la desesperación lo hicieron temblar como un azogado, consiguió dominar sus estremecimientos; tenía que marcharse deprisa, de manera que llegó a trompicones hasta la cama y se tumbó en ella boca abajo, hundiendo la cabeza en los almohadones, retorciéndose y lanzando gemidos ahogados, como los de un animal. Pero tenía que marcharse, de manera que se levantó y volvió a cruzar la habitación. La escasa luz que llegaba hasta allí quedaba ahora a sus espaldas, y en lugar de encontrar la puerta se tropezó con un armario, quedándose parado durante un momento, averiguando al tacto su forma. Luego abrió un cajón y examinó a tientas su contenido. Estaba lleno de frágiles prendas de ropa interior que despedían un suave perfume; pero él no era capaz de distinguir unas de otras con las manos.

Encontró una cerilla en el bolsillo y la encendió protegiéndola con la palma de la mano; ayudado por su luz escogió una de las prendas, descubriendo además mientras la cerilla terminaba de consumirse un paquete de cartas en el fondo del cajón. Las reconoció inmediatamente, arrojó al suelo la cerilla apagada, sacó la carta que acababa de escribir, la dejó en el cajón y se guardó las otras en el bolsillo, quedándose a continuación inmóvil, apretando la prenda de Narcissa contra su rostro; y así siguió durante algún tiempo, hasta que un ruido le hizo levantar la cabeza. Un coche subía por la avenida y mientras saltaba hacia la ventana, la luz de los faros pasó por debajo de él y cayó de lleno sobre el garaje abierto. Snopes se agazapó bajo la ventana, presa de pánico. En seguida corrió hacia la puerta y se detuvo de nuevo, agachándose, jadeando y gruñendo indeciso.

Corrió otra vez junto a la ventana. El garaje estaba a oscuras y dos siluetas venían en dirección a la casa. Snopes se agachó y esperó a que se perdieran de vista. Entonces, sin soltar la prenda de vestir, se subió al alféizar de la ventana, estuvo balanceándose unos instantes colgado de las manos, cerró los ojos y se dejó caer.

Hubo un estrépito de vidrios rotos y cayó tendido, atontado por el golpe, entre otros estrépitos más débiles y una nube de polvo seco, con olor a rancio. Estaba en un hoyo poco profundo para plantar flores. Consiguió salir arrastrándose, intentó ponerse en pie pero cayó de nuevo, atacado de violentas náuseas. Era la rodilla, y se quedó inmóvil, tratando de dominar el mareo, gruñendo entre dientes mientras la pernera del pantalón se iba empapando de sangre, apretando con furia la prenda robada y contemplando el cielo nocturno con ojos desorbitados y enloquecidos. Oyó voces en la casa, y se encendió la luz en una ventana por encima de él. Se dio la vuelta a rastras y cojeando cruzó el césped hasta esconderse entre las sombras de los cedros junto al garaje; allí volvió a tumbarse, gimiendo débilmente mientras le seguía

corriendo la sangre entre dedos crispados y sin dejar de mirar hacia la ventana donde un hombre trataba de penetrar la oscuridad exterior. Luego se puso otra vez en marcha, arrastró la pierna sangrante por encima de la valla, se dejó caer al callejón y escondió el palo largo. Un centenar de yardas más allá se detuvo, apartó la rasgada pernera del pantalón y trató de vendar el corte que se había hecho en la pierna. Pero el pañuelo se enrojeció casi instantáneamente y la sangre siguió cayendo por la pantorrilla hasta el zapato.

Cuando estuvo de nuevo en la oficina del banco, se remangó la pernera, desató el pañuelo y se limpió el corte en el lavabo. Se quitó la camisa y vendó la pierna lo más apretadamente que pudo. Seguía sintiendo deseos de vomitar y estuvo durante un largo rato bebiendo el agua tibia del grifo. Inmediatamente le produjo una reacción interna de calor y tuvo que agarrarse al lavabo, cubierto de sudor, tratando de no vomitar, hasta que se sintió mejor. La pierna se le había quedado acorchada, sin sensación alguna; se sentía muy débil y tuvo ganas de tumbarse, pero no se atrevió.

Se dirigió a la zona de los empleados. El tacón del zapato izquierdo todavía dejaba manchas de sangre sobre el suelo. La puerta de la cámara acorazada se abrió silenciosamente; sin necesidad de encender una cerilla encontró la llave de la caja donde se guardaba el dinero y la abrió. Se apoderó sólo de los billetes de banco, pero cogió todos los que pudo encontrar. Luego cerró la cámara, hizo funcionar la cerradura de seguridad, volvió al lavabo, mojó una toalla y limpió las manchas de sangre del suelo de linóleo. Al salir por la puerta de atrás, colocó el pestillo de manera que cerrara con el golpe de la puerta. El reloj del juzgado estaba dando las campanadas de la medianoche.

En un callejón entre dos tiendas de negros le aguardaba un hombre de color sentado en un Ford vetusto. Snopes le dio un billete y el otro hizo arrancar el motor; luego se volvió para mirar intrigado el pantalón rasgado y el destello de la tela blanca que asomaba por debajo.

—¿Qué le ha pasado, jefe? ¿No estará usted herido?

—Me he enganchado con un alambre —contestó el otro lacónicamente—. ¿Tiene lleno el depósito, no?

El negro dijo que sí y Snopes apretó el acelerador. Al atravesar la plaza vio al vigilante nocturno, Buck, en pie bajo un farol delante de Correos, y lo insultó sin levantar la voz, burlándose de él con saña. Luego siguió su camino y se perdió de vista; y muy pronto hasta el ruido de su automóvil había cesado por completo.

CUATRO

ERA UNA SOLEADA tarde de domingo del mes de octubre. Narcissa y Bayard habían salido en coche casi inmediatamente después del almuerzo y Miss Jenny y el viejo Bayard estaban sentados en la parte soleada del porche cuando, encabezada por Simón, la delegación —procedente de la parte de atrás de la casa— apareció doblando la esquina con gran solemnidad. Estaba compuesta por seis negros con una amplia variedad de indumentarias dominicales y la presidía un sujeto gigantesco, de aire pomposo y mirada furiosa y apremiante, cuya cabeza se transformaba en tronco sin solución de continuidad, vestido con una chaqueta Príncipe Alberto y un cuello romano.

—Aquí los tiene, Coronel —dijo Simón; sin detenerse subió los escalones y se dio la vuelta, disipando cualquier posible duda sobre con cuál de los grupos contendientes se sentía identificado. La delegación se detuvo, arremolinándose un tanto, pero manteniendo el decoro que exigía la solemnidad de la ocasión.

—¿Qué sucede? —preguntó Miss Jenny—. ¿También interviene usted en esto, tío Bird?

—Sí, Miss Jenny —uno de los miembros del comité descubrió sus grises cabellos rizados e hizo una inclinación de cabeza—. ¿Qué tal está usted?

Los otros arrastraron los pies y uno a uno fueron quitándose el sombrero. El que los presidía, cruzó el suyo sobre el pecho como un candidato al Congreso mientras le hacen fotografías.

—Vamos a ver, Simón —dijo el viejo Bayard—. ¿Qué es todo esto? ¿Para qué has traído hasta aquí a todos estos negros?

—Vienen a por su dinero —explicó Simón.

—¿Cómo?

—¿Dinero? —repitió Miss Jenny, interesándose—. ¿Qué dinero, Simón?

—Vienen a por el dinero que usted les prometió —gritó Simón.

—Te dije que no iba a pagarlo —exclamó el viejo Bayard—. ¿Les ha dicho Simón que yo les pagaría? —preguntó a la delegación.

—¿Qué dinero? —repitió Miss Jenny—. Simón, ¿de qué estás hablando?

El presidente del comité abrió ya la boca para empezar a hablar cuando Simón le interrumpió.

—Vamos, Coronel, usted mismo me encargó que les dijera a los negros que les pagaría.

—Yo no he dicho nunca nada semejante —contestó el viejo Bayard, mientras crecía en su voz la indignación—. Te dije que si querían meterte en la cárcel que fueran y lo hiciesen. Eso es lo que te contesté.

—Vamos, Coronel, lo dijo usted bien claro. Quizá lo haya olvidado. Miss Jenny puede atestiguar que...

—Yo no puedo atestiguar nada —interrumpió Miss Jenny—. Es la primera vez que oigo hablar de este asunto. ¿Qué dinero es ése, Simón?

Simón le lanzó una mirada dolorida, llena de reproches.

—Me encargó decirles que les pagaría.

—Que me condene si lo hice —rugió el viejo Bayard—. Te dije que no pagaría un céntimo. Y te dije que si les dejabas incordiar-me a causa de ello, te despellejaría vivo.

—Le aseguro que no le molestarán —contestó Simón en tono conciliador—. Déles el dinero y usted y yo arreglaremos después este asunto.

—Que me condene si lo hago, si dejo que un vago de siete suelas que no se merece ni el pan que come...

—Pero alguien tiene que pagarles —hizo notar Simón pacientemente—. ¿No es cierto, Miss Jenny?

—Sí que lo es —concedió Miss Jenny—. Pero no soy yo quien tiene que hacerlo.

—Sí, señora, pero no cabe duda de que alguien tiene que pagarles. Si no se les da una satisfacción me meterán en la cárcel. Y entonces, ¿que harán ustedes, sin alguien que dé de comer a los caballos y los cepille, que limpie la casa y sirva la mesa? Porque a mí no me importa ir a la cárcel, aunque es cierto que esos suelos de piedra no me convienen nada para el reuma.

Y Simón procedió a trazar una amplia y conmovedora estampa de elevados y santos ideales y de paciente abnegación. El viejo Bayard golpeó el suelo con el pie.

—¿Cuánto es?

Al presidente del comité se le dilató el pecho de manera impresionante bajo su chaqueta Príncipe Alberto.

—Hermano Moore —dijo—, ¿querrá usted leer en voz alta el total de los emolumentos que el en otro tiempo diácono Strother debe a la futura Segunda Iglesia Baptista en su calidad de tesorero de la junta parroquial?

El hermano Moore —un negro pequeño, como tallado en ébano, de vestiduras sombrías excesivamente largas— creó un suave revuelo en la parte posterior del grupo, pero en seguida, gracias a la colaboración de diversas manos bien dispuestas, apareció al lado del párroco que, con gesto majestuoso, le hizo sitio, consiguiendo de alguna forma que la atención se centrara en él. El hermano Moore dejó el sombrero en el suelo y del bolsillo derecho de la chaqueta fue sacando, por este orden, un enorme pañuelo rojo, un calzador y un trozo de tabaco de mascar; luego, sujetando estos objetos con una mano, siguió buscando con la otra mientras aparecía en su rostro una vaga expresión de alarma. Después volvió a colocar los mencionados objetos en el bolsillo derecho y del izquierdo extrajo una navaja, un palitroque que llevaba liada alrededor cierta cantidad de cordel sucio, un trozo de correa de cuero unido a una hebilla oxidada y al parecer inservible y, finalmente, una libreta grasienta con las esquinas de las hojas dobladas. Repuso las otras cosas en el bolsillo, pero se le cayó la correa y se agachó para recogerla; a continuación el párroco y él

mantuvieron una breve conversación en susurros; luego el hermano Moore abrió la libreta y empezó a pasar las páginas torpemente, hasta que el párroco se inclinó por encima de su hombro, encontró la página en cuestión y se la señaló con el dedo.

—¿Cuánto es, reverendo? —preguntó impaciente el viejo Bayard.

—El hermano Moore leerá la cantidad en voz alta —salmodió el párroco.

El hermano Moore contempló la página con ojos estáticos y murmuró palabras prácticamente ininteligibles.

—¿Qué? —intervino el viejo Bayard, llevándose una mano al oído.

—Háganle hablar más alto —dijo Simón—. No hay manera de saber lo que está diciendo.

—Más alto —retumbó el párroco, con un vago asomo de impaciencia.

—Sesenta y siete dólares con cuarenta centavos —dijo por fin el hermano Moore con voz clara.

El viejo Bayard se recostó violentamente en la silla y maldijo durante un rato mientras Simón lo contemplaba con disimulada ansiedad. Luego se alzó y entró pesadamente en la casa sin dejar de maldecir. Simón dio un suspiro y descansó aliviado. La delegación se arremolinó de nuevo, y el hermano Moore aprovechó la oportunidad para desaparecer en la última fila. El párroco, sin embargo, retenía aún su actitud previa de solemne y ominosa profundidad.

—¿Qué sucedió con ese dinero, Simón? —preguntó Miss Jenny, curiosa—. Porque tú lo tuviste, ¿no es cierto?

—Eso es lo que ellos dicen —contestó Simón.

—¿Qué hiciste con él?

—Nada especial —le aseguró Simón—. Lo invertí, por así decirlo.

—No me cabe la menor duda —asintió ella secamente—. Estoy segura de que no te duró ni cinco minutos en el bolsillo. Merecen quedarse sin él por haber tenido la ocurrencia de dártelo. ¿Cómo lo invertiste?

—Hace ya mucho tiempo —contestó él— que el Coronel y yo hemos arreglado este asunto.

Se oyeron de nuevo las zancadas del viejo Bayard en el vestíbulo y en seguida apareció agitando el talón que llevaba en la mano.

—Tenga —ordenó; y el párroco se acercó a la barandilla, cogió el talón y lo dobló para guardárselo en un bolsillo—. Y si son ustedes tan estúpidos que vuelven a entregarle dinero, no vengan a pedírmelo a mí, ¿me oyen? —lanzó una mirada furibunda al comité; luego se volvió hacia Simón—. Y la próxima vez que robes dinero y acudas a mí para que lo devuelva, voy a hacer yo mismo que te detengan y te procesen. Haz que se vayan esos negros.

La delegación se puso en marcha con movimiento unánime, pero el párroco los detuvo con una mano llena de imperio. Luego se dio la vuelta, mirando a Simón.

—Diácono Strother —dijo—, como ministro de la que fue Primera Iglesia Bautista, llamado otra vez al sagrado ministerio para la futura Segunda Iglesia

Baptista y presidente de este comité, lo confirmo a usted de nuevo en su antigua dignidad como diácono de la futura Segunda Iglesia Baptista. Amén. Señora, Coronel Sartoris, muy buenos días.

Y dándose la vuelta, fue dirigiendo con suaves ademanes a los miembros del comité hasta que se perdieron de vista.

—Gracias a Dios que ya nos hemos librado de eso —dijo Simón, y fue a sentarse en el escalón más alto del porche, gruñendo satisfecho.

—No te olvides de lo que he dicho —le previno el viejo Bayard—. Como me hagas esto otra vez...

Pero Simón estaba torciendo la cabeza en la dirección que había tomado el comité eclesiástico.

—Vaya —dijo—. ¿Qué querrán ahora?

Porque la delegación se había dado la vuelta y miraba hacia ellos irresolutamente desde la esquina.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó el viejo Bayard.

Estaban tratando de empujar de nuevo hacia adelante al hermano Moore, pero él se resistía eficazmente. Finalmente habló el párroco.

—Se han olvidado ustedes de los cuarenta centavos.

—¿Cómo?

—Dice que no ha puesto usted los cuarenta centavos —gritó Simón.

El viejo Bayard explotó; Miss Jenny se tapó los oídos y los miembros del comité giraron los ojos dentro de las órbitas en reverente admiración mientras el anciano se elevaba a magníficas alturas, para aterrizar por fin sobre Simón.

—Los cuarenta centavos se los das tú y después llévate los inmediatamente de aquí —rugió el viejo Bayard—. Y si alguna vez vuelves a traerlos ante mi presencia, la emprenderé a latigazos con todos vosotros.

—Pero, Coronel, usted sabe que yo no tengo cuarenta centavos. ¿No podrían arreglarse sin ellos, ahora que han conseguido el resto?

—Sí que los tienes —intervino Miss Jenny—. Anoche te quedó medio dólar después de pagar los zapatos que encargué para ti.

Simón volvió a mirarla con dolorido asombro.

—Dáselos —ordenó el viejo Bayard.

Lentamente Simón se metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó una moneda de medio dólar y la hizo girar lentamente sobre la palma de la mano.

—Puede que me haga falta, Coronel —protestó—. Por lo menos me podían dejar esto.

—¡Dales el dinero! —tronó el viejo Bayard—. Lo menos que puedes hacer es pagar esos cuarenta centavos.

Simón se levantó a regañadientes y el párroco avanzó hasta reunirse con él.

—¿Dónde están los diez centavos de la vuelta? —preguntó, negándose a entregar el medio dólar hasta tener en la mano las dos monedas de cinco centavos.

A continuación el comité desapareció.

—Ahora —dijo el viejo Bayard—, quiero saber lo que hiciste con ese dinero.

—Pues verá usted —empezó Simón—, lo que sucedió fue que lo invertí.

Miss Jenny se levantó del asiento.

—¡Santo cielo! —dijo—. ¿Vais a empezar otra vez con eso?

Subió a su habitación en busca de refugio y sentada junto a una ventana donde daba el sol, aún seguía oyéndolos: la tormentosa furia del viejo Bayard y las suaves y diestras evasivas de Simón se alzaban y decrecían en el somnoliento aire dominical.

Una rosa; no quedaba más que una rosa. Una rosa que había resistido los tristes, los muertos días del final del verano; y ahora, aunque los caquis colgaban ya, como soles diminutos, entre las ramas festoneadas de orugas; aunque los árboles de la goma, los arces y los nogales americanos llevaban ya dos semanas haciendo ostentación de todos los matices otoñales del oro al escarlata; aunque la hierba —donde los abuelos de los saltamontes se acomodaban perezosamente como octogenarios malhumorados— había sido ya delicadamente retocada dos veces por la escarcha, y aunque en los soleados mediodías se advertía un aroma de sasafrás, la rosa seguía allí. Demasiado madura ya, y un poco hinchada, como una estrella en decadencia de un espectáculo de variedades. Miss Jenny se ponía últimamente un suéter para trabajar y sujetaba, con el guante que usaba para trabajar la tierra, un desplantador que lanzaba continuamente brillantes destellos.

—Es como algunas mujeres que he conocido —dijo—. No sabe cuándo retirarse discretamente y convertirse en abuelita.

—Déjela que termine el verano —protestó Narcissa, que llevaba un vestido oscuro de lana. También ella empuñaba un desplantador e iba removiendo la tierra serenamente, detrás de la activa impaciencia y de las regañinas de Miss Jenny, sin hacer nada de provecho. Menos que nada, porque Narcissa era peor que Isom, y éste, completamente desmoralizado, había sellado inmediatamente su tácita alianza con el Ala Izquierda o ala pasiva—. Tiene derecho a su verano.

—Algunas personas no se enteran de cuándo termina el verano —replicó Miss Jenny—. El veranillo de San Martín no debe ser excusa para seniles adolescencias.

—Tampoco se trata de senilidad.

—Está bien. Ya me lo dirás algún día.

—Algún día, claro. Pero todavía no estoy del todo preparada para ser abuela.

—No vas mal encaminada —Miss Jenny extrajo cuidadosamente, con manos expertas, un bulbo de tulipán y arrancó los terrones pegados a las raíces—. Creo que ya hemos usado bastante el nombre de Bayard —continuó—. Será mejor que a éste lo llamemos John.

—¿John?

—Sí. Lo llamaremos John —repitió—. ¡Isom! ¿Dónde te has metido?

La desmotadora había estado funcionando durante un mes sin parar gracias al algodón de los Sartoris, al de los otros hacendados valle arriba y al de los recolectores de menor cuantía, que bajaban desde sus plantaciones en cuesta entre las colinas. La propiedad de los Sartoris se cultivaba por parcelas. La mayoría de los arrendatarios ya habían recogido el algodón y cosechado el último maíz; y poco antes del crepúsculo, en aquellos días del veranillo de San Martín, cuando se extendía por el aire tranquilo una tristeza antigua tan intensa como el aroma de un buen fuego de leña, Bayard y Narcissa se iban en el coche al sitio donde, junto a un manantial en el borde del bosque, los negros llevaban la cosecha de cañas de zahina y preparaban las reservas invernales de melaza. Uno de ellos, una especie de patriarca entre los arrendatarios, era el propietario del molino y de la mula que proporcionaba la tracción. Él se encargaba de triturar las cañas y de supervisar la cocción del jugo, quedándose por ello con un diezmo del producto final. Cuando Bayard y Narcissa llegaban, la mula caminaba ya cansina y pacientemente en un círculo monótono, haciendo crujir con sus pezuñas las médulas secas de las cañas, mientras uno de los nietos del patriarca alimentaba la trituradora.

Una y otra vez giraba en redondo la mula, colocando delicadamente sus estrechas pezuñas, parecidas a las de un ciervo, sobre las crujientes médulas de las cañas; balanceando el cuello, tan flexible como un tubo de goma, dentro de la collera; haciendo aletear las desmayadas orejas sobre sus lomos llenos de mataduras y con los ojos medio cerrados —malignamente somnolientos— detrás de párpados descoloridos, aparentemente dormida gracias a la monotonía de su propio movimiento. Algún Homero debiera cantar la saga de la mula y de su función en el Sur. Ella, más que cualquier otra criatura o cosa, fue quien fiel a la tierra cuando todos los demás flaqueaban ante la fuerza irresistible de las circunstancias, insensible —debido a su maligno y paciente interés en el inmediato presente— a los problemas que destrozaban el corazón de los hombres, rescató al Sur de su postración, apartándolo del tacón de hierro de la Reconstrucción^[19] y enseñándole de nuevo el orgullo mediante la humildad, el valor y el triunfo sobre la adversidad; ella fue la que consiguió lo que obstáculos insuperables hacían prácticamente imposible, gracias a su paciencia sin límites y a su espíritu vengativo. La mula no se parece ni a su padre ni a su madre; hijos e hijas no los tendrá nunca; es vengativa y paciente (nadie ignora que trabajará diez años sin protestar para una misma persona por el privilegio de darle al fin una buena coz); solitaria pero sin orgullo, autosuficiente pero sin vanidad; su voz es una burla de sí misma. Paria miserable, no tiene ni amigos, ni esposo, ni amante ni nadie que la corteje; aunque célibe, no tiene deseos; no posee una columna ni una cueva en el desierto; no la asaltan las tentaciones, ni la flagelan los sueños ni la alivian las visiones; fe, esperanza y caridad no son virtudes suyas. Misántropa, trabaja seis días sin recompensa alguna para una criatura a la que odia, atada con cadenas a

otra a la que desprecia, y emplea el séptimo día en dar coces a sus semejantes y en recibirlas de ellos. Incomprendida incluso por la criatura (el negro que la conduce) cuyos impulsos y procesos mentales más se parecen a los suyos, realiza actos que le son ajenos en ambientes igualmente ajenos; gana el pan no ya de una raza sino de toda una línea de comportamiento; mansa, permite que destruyan su herencia junto con su alma al cocerla después de muerta en una fábrica de cola. Fea, incansable y perversa, no se deja convencer ni por razones, ni por halagos ni por promesas; realiza sus humildes y monótonas tareas sin queja y su galardón son los golpes que recibe. Cuando está viva, la arrastran por el mundo, convertida en objeto de general abominación; y sin que nadie la llore, la honre o la cante, deja blanquear sus desgarrados y acusadores huesos entre latas oxidadas, pedazos de loza y neumáticos inservibles en las laderas de colinas solitarias, donde su carne se remonta, ignorante, sobre el azul del cielo, en el buche de los buitres. Al aproximarse, los gruñidos y crujidos del molino eran la primera advertencia de que ya estaban cerca, a no ser que el viento soplara en su dirección. Luego les llegaba el acre y estimulante olor de la fermentación y de la melaza hirviendo. A Bayard le gustaba el olor y por eso iban allí y mientras el muchacho negro los miraba de reojo al tiempo que alimentaba el molino, se paraban un rato contemplando la mula paciente y llena de perseverancia y al anciano negro inclinado sobre el caldero en ebullición. Bayard se apeaba a veces, y se iba a hablar con él, dejando a Narcissa sola en el coche, rodeada de los maduros olores del año en declive y de toda su imprecisa y suave tristeza. Ella fijaba la mirada cavilosa en Bayard y en el viejo negro —el uno alto, delgado y fatalmente joven y el otro inclinado por los años— mientras su espíritu manaba en continuas y serenas ondas, rodeándolo sin que él se diera cuenta.

Luego Bayard volvía a sentarse en el coche y Narcissa le tocaba las ásperas ropas tan suavemente que él no tenía conciencia de ello. Más tarde regresaban por la desdibujada y desigual carretera, junto a los ostentosos bosques del otoño, y pronto, por encima de la curva que formaban los robles y las acacias, surgía la casa blanca, sencilla, enorme e inmutable, y el disco anaranjado de la luna llena alzándose sobre las colinas más distantes, tan en sazón como un queso bien curado.

A veces volvían después de oscurecer. El molino estaba en silencio para entonces, con su largo brazo inmóvil convertido en gesto sobre la escena iluminada por el fuego. La mula mascaba ruidosamente en el establo o coceaba y hociaba el pesebre vacío, o dormía en pie, despreocupada del mañana; y recortadas contra el resplandor del fuego se movían muchas siluetas. Los negros se habían reunido ya: ancianos y mujeres sentados sobre las crujientes cañas alrededor de la hoguera que uno de ellos alimentaba con tallos prensados hasta que su aromática furia se retorció y lamía las altas copas de los árboles, volviendo aún más dorada la amarillez de las temblorosas hojas; y jóvenes, muchachas y niños, acurrucados e inmóviles como animales, que también contemplaban el fuego. A veces cantaban: trémulos acordes sin palabras en los que melancólicos tonos menores se combinaban con suaves notas bajas en tristes

e inmemoriales calderones, los oscuros rostros inclinados sobre las llamas y sin mover los labios en absoluto.

Pero cuando llegaban los blancos cesaba el canto y los negros se quedaban sentados o tumbados alrededor del fuego en el que borboteaba el caldero ennegrecido, hablando en susurradas frases incompletas llenas de alusiones que provocaban melancólicos regocijos, mientras en los rincones sombríos entre las crujientes cañas secas, los muchachos y las chicas se comunicaban en murmullo y dejaban escapar breves risitas.

Todas las noches Bayard o Narcissa, y en ocasiones los dos, pasaban un rato en el «despacho» donde transcurrían las veladas del viejo Bayard y de Miss Jenny. Ahora se encendía ya un fuego de leña en la chimenea y todos se sentaban cerca de su agradable calor: Miss Jenny bajo la lámpara con su diario sensacionalista; el viejo Bayard en zapatillas, con los pies apoyados contra la chimenea, la cabeza envuelta en humo y el viejo setter soñando intermitentemente junto a su sillón, reviviendo quizás antiguas y orgullosas actitudes o volviendo incluso a los esbeltos y desgarbados días de su juventud, cuando el mundo estaba lleno de aromas que le encendían la sangre y el orgullo no le había enseñado aún a vivir con moderación. Narcissa y Bayard se colocaban entre los dos: Narcissa soñando con los ojos prendidos de las llamas, seria y tranquila y el joven Bayard fumando cigarrillos con malhumorada y contenida violencia.

Finalmente el viejo Bayard tiraba el cigarro al fuego y dejaba caer los pies; inmediatamente el perro se despertaba, levantaba la cabeza, parpadeaba y bostezaba con tanta convicción que Narcissa, mirándolo, terminaba invariablemente por bostezar también:

—¿Jenny?

Entonces Miss Jenny dejaba el periódico y se levantaba.

—Déjeme a mí —decía Narcissa—. Déjeme hacerlo a mí.

Pero Miss Jenny no se lo permitía nunca y volvía en seguida con una bandeja y tres vasos. El viejo Bayard sacaba la llave para abrir el escritorio, extraer el frasco de tapón de plata y preparar tres ponches con todo el cuidado de quien celebra un rito.

Una vez Bayard persuadió a Narcissa para que se vistiera de caqui y se pusiera botas y la llevó a cazar zarigüeyas. En el portón de atrás que daba a los campos cultivados les esperaban Caspey, con un farol pintado a rayas y ennegrecido, y un cuerno de vaca colgado del hombro, e Isom, con un talego de arpillera y un hacha, y cuatro incorpóreos sabuesos presa de gran agitación. En seguida se pusieron en camino entre fantasmales montones de maíz, donde casi todos los días Bayard levantaba una pollada de codornices, en dirección al bosque.

—¿En qué sitio vamos a empezar esta noche, Caspey? —preguntó Bayard.

—Detrás de la casa de Tío Henry. Hay una zarigüeya en la parra junto al almacén de algodón. Blue la siguió hasta allí anoche.

—¿Y cómo sabes que sigue allí? —preguntó Narcissa.

—Tiene que haber vuelto —contestó Caspey rebosante de seguridad—. Estará allí ahora mismo, mirando este farol con los ojos entornados, escuchando para saber si vienen los perros con nosotros.

Cruzaron una valla trepando por encima y después Caspey se agachó para dejar el farol en el suelo. Los perros jadeaban y daban tirones alrededor de sus piernas, olisqueando y gruñendo contenidamente mientras los desataba.

—¡Ruby! Estáte ahí quieta. No te muevas.

Los perros gemían y se agitaban, mientras sus ojos se derretían en breves destellos acuosos; luego, todos a la vez, desaparecieron silenciosa y rápidamente en la oscuridad.

—Hay que darles un poco de tiempo —dijo Caspey—. Que vean si la zarigüeya ya está allí.

En la oscuridad delante de ellos un perro lanzó tres aullidos muy agudos.

—Es el perro más joven —explicó Caspey—. Está fanfarroneando. Aún no ha olido nada.

Por encima de sus cabezas las estrellas nadaban imprecisas en el cielo neblinoso; el aire todavía no era frío y la tierra no había perdido aún su tibieza. Se hallaban en un tranquilo oasis creado por la luz del farol en un mundo con una sola dimensión, algo así como una desdibujada cisterna en medio de la oscuridad, iluminada con luz muy débil y cubierta por un dosel sin límites de jirones de estrellas. El farol empezó a humear, dejando escapar un débil olor de metal recalentado. Caspey lo alzó, bajó la mecha y volvió a dejarlo otra vez junto a sus pies. Luego llegó de la oscuridad un único ladrido, potente y grave.

—Ahí está —dijo Isom.

—Es Ruby —asintió Caspey, cogiendo la lámpara—. Ya la tiene.

El perro joven aulló de nuevo, con voz dominada por el nerviosismo y en seguida se repitió el ladrido único de Ruby. Narcissa se cogió al brazo de Bayard y apretaron el paso.

—No hay prisa —les dijo Caspey—. Todavía no le han hecho subirse a un árbol. Júuuui. Vamos, perros.

Tropezaban un poco a veces con los surcos casi desaparecidos tras del bamboleante farol de Caspey y de repente la oscuridad delante de ellos se llenó de breves ladridos repetidos en cuatro tonos diferentes.

—Ya la tienen —dijo Isom.

—Sí —asintió Caspey—. Vamos. ¡No la dejéis escapar, perros!

Apresuraron el paso, con Narcissa colgada del brazo de Bayard, y atravesaron hierbas frondosas hasta cruzar otra valla y encontrarse entre árboles. De la oscuridad les llegó un fugaz relampagueo de ojos y otra ráfaga de ladridos mezclada con tensos y ansiosos gimoteos; entre las sombras medio iluminadas aparecieron finalmente los perros.

—Está ahí arriba —dijo Caspey—. El viejo Blue la está viendo.

—También ha venido el perro de Tío Henry —dijo Isom.

Caspey lanzó un gruñido.

—Ya sabía yo que estaría aquí. No tiene fuerzas para perseguir a una zarigüeya, pero si otro perro consigue acorralarla en un árbol donde él pueda oírlo...

Alzó el farol y se lo colocó encima de la cabeza intentando penetrar con la vista entre las ramas del árbol que se mezclaban con la parra. Bayard sacó una linterna de la chaqueta y dirigió el haz de luz hacia el árbol. Los tres perros de más edad y el viejo y decrepito animal de Tío Henry formaban un tenso círculo alrededor del tronco, gimiendo o ladrando con breves intervalos, pero el más joven aullaba sin descanso, en enloquecido torrente.

—Dale una patada para que se calle —ordenó Caspey.

—Ginger, cierra la boca —gritó Isom. Dejando en el suelo el hacha y el saco, cogió al perro y lo sujetó entre las rodillas. Caspey y Bayard fueron dando lentamente la vuelta alrededor del árbol, entre los perros impacientes. Narcissa los iba siguiendo.

—Ese emparrado es tan espeso... —dijo Caspey.

—Ahí está —dijo Bayard de pronto—. Ya la tengo.

Fijó el haz de la linterna y Caspey se situó detrás de él mirando por encima de su hombro.

—¿Dónde? —preguntó Narcissa.

—Es cierto —confirmó Caspey—. Ahí está. Rudy no miente. Cuando esa perra dice que está ahí es que está ahí.

—¿Dónde? —repitió Narcissa.

Bayard la situó delante de él y colocando la linterna sobre su cabeza, dirigió el haz de luz hacia el árbol y en seguida, entre la densa vegetación aparecieron dos puntitos incandescentes muy juntos, que se extinguieron un momento para volver a brillar en seguida.

—Se está moviendo —dijo Caspey—. Es una zarigüeya joven. Isom, súbete y mueve el árbol hasta que se caiga.

Bayard mantuvo el haz de su linterna en los ojos del animal y Caspey dejó el farol en el suelo para reunir a todos los perros alrededor suyo. Isom trepó al árbol y desapareció por encima de la parra, pero podían seguir sus progresos por el movimiento de las ramas y por sus jadeos mientras amenazaba al animal con una mezcla de halagos e imprecaciones.

—No te vamos a hacer daño —gruñó—. Sólo te vamos a echar a la olla. Ten cuidado que ya estoy de camino.

Más agitación que cesó en seguida; luego le oyeron mover las ramas cautelosamente.

—Aquí está —exclamó de repente—. Sujeta los perros.

—Es pequeña, ¿verdad? —preguntó Caspey.

—No lo sé. No le veo más que la cara. Cuidado con los perros.

La parte más alta del árbol empezó a agitarse con violenta y continuada furia, e

Isom se puso a gritar, alzando más y más la voz mientras movía las ramas.

—Hay va —gritó, y algo cayó lentamente y a regañadientes de una invisible rama a otra hasta detenerse. Los perros iniciaron un excitado clamor y luego el animal volvió a caer y la linterna de Bayard fue siguiendo un bulto que chocó contra el suelo con un ruido sordo y desapareció inmediatamente bajo el torbellino de los perros.

Caspey y Bayard se abalanzaron sobre ellos gritando y lograron apartarlos; Narcissa pudo ver al animal iluminado por la linterna, tendido sobre un lado, con una especie de sonrisa en el hocico, los ojos cerrados y las manos sonrosadas, como de niño, cruzadas sobre el pecho. Narcissa miró aquella cosa inmóvil con lástima y horror: le resultaban demasiado paradójicas la sonrisa zorril, como de calavera, las manos diminutas, casi humanas, y el largo rabo, como de rata. Isom se bajó del árbol, Caspey le pasó los tres excitados y ruidosos perros que estaba sujetando, cogió el hacha y, mientras Narcissa lo contemplaba con aprensión y curiosidad, la dejó caer sobre el cuello del animal; luego puso el pie sobre los dos extremos del mango y tiró del rabo... Narcissa se dio la vuelta y huyó, tapándose la boca con la mano.

Pero el muro de la oscuridad la detuvo y se quedó inmóvil temblando y un poco mareada, viendo cómo los demás se movían alrededor del farol. Luego Caspey se llevó los perros —dándole una cordial y sonora patada al octogenario de Tío Henry que lo mandó hacia casa entre asombrados y horripilantes gemidos—, e Isom se hizo cargo del saco con el bulto y se lo echó al hombro. Bayard se dio la vuelta y la buscó.

—¿Narcissa?

—Estoy aquí —contestó ella.

Él se acercó.

—Ésa es la primera. Esta noche tendríamos que coger una docena.

—No —dijo ella, estremeciéndose—. No.

Él trató de verla en la oscuridad; luego le iluminó la cara con la linterna. Ella levantó la mano para apartarla.

—¿Qué te pasa? ¿No te habrás cansado ya, verdad?

—No —contestó ella—, es sólo que... Vamos; se están marchando.

Caspey los fue guiando hacia el bosque. Anduvieron sobre el seco murmullo de las hojas y el crujir de la maleza. Los árboles iban surgiendo ante la luz del farol; por encima de ellos, entre las ramas que clareaban, nadaban las estrellas por un cielo desdibujado y silencioso. Los perros iban delante y ellos seguían entre los troncos de los árboles, descendiendo por ramblas y zanjas, donde la arena brillaba bajo el pálido fulgor del farol y la sombra de las piernas de Caspey era un enorme par de tijeras, para luego trepar con dificultad, entre brezos llenos de pinchos, hasta el lado opuesto.

—Será mejor que nos alejemos del lecho del arroyo —sugirió Caspey—. Si los perros se tropiezan con un mapache no los volveremos a ver hasta mañana.

En seguida enderezó el rumbo hacia cielo abierto; salieron del bosque y cruzaron un campo de juncias, que olía a sol y a polvo, y donde el farol adquirió una suave aureola.

—Vamos, perros.

Volvieron a entrar en el bosque. Narcissa empezaba a cansarse, pero Bayard caminaba tan completamente ajeno a semejante posibilidad que ella lo siguió sin quejarse. Por fin, desde muy lejos, les llegaron los ecos de un único ladrido. Caspey se detuvo.

—Esperemos a ver qué camino toma.

Se pararon en la oscuridad, entre árboles moribundos, contagiados del triste y vagamente desapacible declinar del año.

—Júuuui —gritó Caspey alargando los sonidos—. Ve a por ella.

El perro respondió y ellos se pusieron otra vez en movimiento, deteniéndose a intervalos para escuchar. El podenco ladró de nuevo; ahora eran dos las voces, y parecían estar moviéndose en un círculo que cruzaba el camino que iban siguiendo.

—Júuuui —llamó Caspey, y su voz se fue consumiendo en ecos cada vez más débiles entre los árboles.

Siguieron adelante. De nuevo ladraron los perros; esta vez el sonido procedía de la dirección opuesta.

—Los está llevando otra vez al sitio donde la encontraron —dijo Caspey—. Será mejor que esperemos aquí hasta que la tengan acorralada.

Dejó el farol en el suelo y se puso a su lado en cuclillas; Isom también se desprendió de su carga y se acuclilló. Bayard se recostó contra el tronco de un árbol e hizo que Narcissa se sentara a su lado. Los perros ladraron de nuevo, más cerca. Caspey trató de penetrar con la vista la oscuridad de donde procedía el sonido.

—Se diría que están persiguiendo un mapache —dijo Isom.

—Pudiera ser.

—Creo que va hacia ese árbol hueco.

—Eso parece.

Todos escucharon, inmóviles.

—Entonces tenemos trabajo —añadió Caspey—. Júuuui.

Empezaba a hacer un poco de frío, porque la tierra iba perdiendo ya el calor del día, y Narcissa se acercó más a Bayard. Él sacó un paquete de cigarrillos de la chaqueta, le dio uno a Caspey y encendió otro para él. A Isom le giraron los ojos a la luz del farol.

—Deme también uno a mí, por favor —dijo.

—Eres demasiado joven para fumar, chico —le reprendió Caspey.

Pero Bayard le dio un cigarrillo y él siguió apoyado sobre los talones, sosteniendo el cilindro blanco en su tímida mano negra. Se oyó un ruido como de huida entre las hojas secas detrás de donde estaban, seguido de unos gemidos llenos de ansiedad, y el perro más joven apareció en el círculo de luz, lloriqueando, entre repentinas ráfagas fosforescentes de sus ojos desconfiados, y fue a restregarse contra la pierna de Caspey.

—¿Qué quieres? —dijo Caspey, poniéndole la mano en la cabeza—. ¿Te has

asustado de algo?

El cachorro dobló su joven cuerpo desmañado y restregó el hocico contra la mano de Caspey, gimiendo.

—Debe de haberse encontrado por ahí con un oso —dijo Caspey—. ¿Los otros perros no te han querido ayudar a cogerlo?

—Pobre pequeñín —dijo Narcissa—. ¿Es cierto que le ha asustado algo, Caspey? Ven aquí, cachorrillo.

—Los otros perros se han ido y le han dejado —contestó Caspey.

El perrillo se agitó, desconfiado, junto a las rodillas de Caspey; luego le puso encima las patas delanteras y le lamió la cara.

—¡Bájate de ahí! —exclamó Caspey, apartándolo de un manotazo. El animal cayó desmañadamente sobre las hojas secas, incorporándose en seguida; en aquel momento los otros perros ladraron de nuevo, llamando suavemente en la oscuridad, y el cachorro se dio la vuelta y echó a correr hacia el lugar de donde procedía el sonido, lanzando agudos ladridos. Los perros aullaron de nuevo y Caspey e Isom se quedaron escuchando.

—Sí, señor —repitió Caspey—, va camino de aquel árbol allá abajo.

—Conoces esta zona como la palma de tu mano, ¿no es cierto, Caspey? —preguntó Narcissa.

—No tengo más remedio. Me la he recorrido más de cien veces desde que nací. Míster Bayard también la conoce. Lleva cazando casi tanto tiempo como yo. Y míster Johnny antes que él. Miss Jenny me mandó con ellos cuando les regalaron la primera escopeta; nos mandó a mí y a aquella escopeta de un solo cañón que tenía que atar con una cuerda. ¿Se acuerda usted de aquella escopeta, míster Bayard? Pero tiraba bien. Hemos matado muchos zorros y ardillas en estos bosques. Y también conejos.

Bayard seguía apoyado contra el tronco. Miraba hacia las copas de los árboles y al borroso cielo de más allá, mientras en su mano el cigarrillo se consumía lentamente. Narcissa examinó su perfil sombrío recortado contra el resplandor del farol y luego se acercó más a él. Pero Bayard no pareció enterarse y ella puso su mano en la de él. Tampoco se produjo respuesta, una vez más Bayard la había dejado, marchándose a las solitarias cumbres de su desesperación. Caspey hablaba otra vez, con su lenta voz que ignoraba las consonantes, en la que estaba presente un regusto de suave tristeza.

—Míster Johnny sí que sabía disparar. ¿Se acuerda de aquella vez en que usted, él y yo...?

Bayard se puso en pie. Tiró el cigarrillo y lo aplastó cuidadosamente con el talón.

—Vámonos —dijo—. Está claro que no consiguen acorralarlo. Ayudó a Narcissa a levantarse, se dio la vuelta y echó a andar. Caspey se puso en pie, echó mano al cuerno y se lo acercó a los labios. El sonido se extendió a su alrededor, grave, nítido y prolongado, y fue muriendo en ecos hasta que otra vez el silencio se apoderó del bosque.

Era cerca de la medianoche cuando Bayard y Narcissa se despidieron de Caspey y de Isom y echaron a andar por el caminillo que llevaba hacia su casa. Pronto apareció ante ellos el establo y en seguida la casa misma entre los árboles casi desnudos, recortada contra el cielo neblinoso. Bayard abrió el portillo, Narcissa lo atravesó, él la siguió y luego se detuvo para cerrarlo. Al darse la vuelta encontró a Narcissa a su lado y se detuvo.

—¿Bayard? —susurró Narcissa, apoyándose contra él, y Bayard la rodeó con los brazos y se quedó así, mirando al cielo por encima de su cabeza. Ella le cogió la cara entre las manos, inclinándola, pero sus labios estaban fríos y le supieron a fatalidad y a desastre; luego siguió pegada a él durante un rato, con la cabeza reclinada contra su pecho.

Después de aquella vez Narcissa no volvió a ir de caza con él. De manera que Bayard salía solo, regresaba a cualquier hora entre la medianoche y el amanecer, se desnudaba silenciosamente en la oscuridad y se metía en la cama con la mayor cautela posible. Pero cuando él se quedaba inmóvil, ella lo tocaba y repetía su nombre en la oscuridad a su lado y se volvía hacia él, tibia y somnolienta. Y así se quedaban, abrazados en la oscuridad, manteniendo temporalmente en suspenso toda la desesperación y la soledad de aquel destino fatal que Bayard no podía eludir.

—DE MANERA que tu chica te ha dejado solo —dijo Miss Jenny por encima de la sopa con su característica viveza—, y ahora es cuando encuentras tiempo para venir aquí y ver a tu familia, ¿no es cierto?

Horace sonrió.

—Si he de decir la verdad, he venido a que me den algo de comer. Creo que no hay ni una mujer de cada diez con aptitud para las faenas de la casa, pero lo cierto es que tampoco yo sirvo para ello.

—Quieres decir —le corrigió Miss Jenny—, que ni siquiera un hombre de cada diez tiene suficiente buen sentido como para casarse con una cocinera pasable.

—Quizá tienen el buen sentido y la consideración de no echarles a perder a los demás las buenas cocineras —apuntó Horace.

—Sí —dijo el joven Bayard—, hasta las cocineras dejan de trabajar cuando se casan.

—Eso es bien cierto —Simón, apoyado contra el aparador en una postura levemente barroca, con una camisa almidonada, sin cuello, con los pantalones de los domingos (era el día de Acción de Gracias) y añadiendo a sus olores habituales cierto aroma a whisky, asintió—. A Euphrony tuve que buscarle cuatro empleos diferentes durante los dos primeros meses que estuvimos casados.

—No hay duda de que Simón se casó con la cocinera de otro —dijo el doctor Peabody.

—Me parecería mejor casarme con la cocinera que con la mujer de otro —intervino Miss Jenny con brusquedad.

—¡Miss Jenny! —la reprendió Narcissa—. No diga eso.

—Lo siento —dijo Miss Jenny inmediatamente—. No estaba pensando en ti, Horace: se me pasó de pronto por la cabeza. Lo decía por Loosh Peabody. ¿Crees que porque llevas sesenta años comiendo a costa nuestra el día de Navidad y de Acción de Gracias puedes venir a mi casa y reírte de mí?

—No diga esas cosas, Miss Jenny —repitió Narcissa. Horace dejó la cuchara, y la mano de su hermana buscó la suya por debajo de la mesa.

—¿Qué pasa? —el viejo Bayard, con la servilleta sujeta al chaleco por una punta, bajó la cuchara y ahuecó la mano detrás de la oreja.

—Nada —le dijo el joven Bayard—. La tía Jenny y el doctor se están peleando otra vez. Despierta, Simón.

Simón, poniéndose en movimiento, retiró los platos de la sopa, aunque lentamente, dedicando la mayor parte de su atención al altercado.

—Sí —continuó atacando Miss Jenny—, sólo porque ese viejo chiflado de Will Falls le puso a Bayard grasa de máquina en un bulto de la cara sin matarlo, tú tienes que ir por ahí tan hinchado como un globo. ¿Qué has tenido tú que ver con ello?

Quitárselo no se lo quitaste, desde luego. ¿Quizá fuiste tú quien se lo puso en la cara mediante un conjuro?

—¿Simón, no tienes un trozo de pan o alguna otra cosa que Miss Jenny se pueda meter en la boca? —preguntó el doctor Peabody suavemente.

Miss Jenny le lanzó una feroz mirada y luego se dejó caer para atrás en la silla.

—¡Simón! ¿Te has muerto?

Simón terminó de retirar los platos y salió con ellos, mientras los invitados evitaban mirarse unos a otros y Miss Jenny, atrincherada detrás de innumerables tazas, copas, jarras y otros adminículos, seguía en pie de guerra, alanceando dragones.

—Will Falls —repitió el viejo Bayard—. Jenny, dile a Simón, cuando prepare la cesta, que se pase por mi despacho: tengo una cosa que quiero darle.

La cosa en cuestión era una botella de whisky de una pinta que se incluía siempre en la cesta que Bayard regalaba al viejo Falls por Navidad y Acción de Gracias y que en esos dos días el anciano repartía a cucharadas, hasta donde alcanzaba, entre sus viejos compañeros del asilo. Invariablemente, el viejo Bayard le insistía a Miss Jenny para que recordara a Simón algo que ninguno de ellos había descuidado nunca.

—De acuerdo —contestó ella.

Simón reapareció con una enorme cafetera de plata, la situó al alcance de Miss Jenny y se retiró de nuevo hacia la cocina.

—¿Cuántos queréis café ahora? —preguntó Miss Jenny de manera general—. Bayard sería tan capaz de sentarse a comer sin su café como de salir volando. ¿Quieres tú, Horace?

Horace declinó el ofrecimiento y, sin mirar al doctor Peabody, Miss Jenny dijo:

—Imagino que tú también querrás un poco, ¿no es cierto?

—Si no es mucha molestia —contestó él dulcemente. Luego le guiñó un ojo a Narcissa y acto seguido adoptó una expresión de lúgubre apocamiento.

Miss Jenny sirvió dos tazas de café e inmediatamente apareció Simón con una enorme bandeja, que transportaba en alto tan gallarda como dificultosamente, y fue a colocarla delante del viejo Bayard con un gesto teatral perfectamente calculado.

—Santo cielo, Simón —dijo el joven Bayard—, ¿dónde has encontrado una ballena en esta época del año?

—Sí que es un buen pescado, sí señor —asintió Simón. Y realmente lo era. Medía una yarda de largo y era tan grueso como un jamón; su festivo color rojo y la forma de estar tumbado sobre la bandeja con la boca abierta, le daban un grato aspecto de traviesa jovialidad.

—¿Me quieres explicar, Jenny —dijo el viejo Bayard con gesto irritado—, qué necesidad había de poner este plato? ¿Quién quiere llenarse el estómago de pescado en noviembre, con la despensa llena de zarigüeyas, de pavos y de ardillas?

—Hay otras personas comiendo aquí hoy además de ti —le replicó ella—. Si no lo quieres no lo comas. Nosotros siempre servíamos un plato de pescado en casa —

añadió—. Pero no hay manera de que estas gentes del Mississippi coman otra cosa que carne y pan. Vamos, Simón.

Simón colocó una pila de platos delante del viejo Bayard y luego se acercó a Miss Jenny con una bandeja donde ésta colocó las dos tazas de café. Simón se las llevó al viejo Bayard y al doctor Peabody. Miss Jenny se sirvió otra taza para ella y Simón fue pasando el azúcar y la leche. El viejo Bayard empezó a trinchar el pescado, gruñendo todavía enérgicamente.

—A mí me gusta comer pescado en todas las épocas del año —dijo el doctor Peabody.

—Era de esperar —intervino, cortante, Miss Jenny.

—Pero —continuó—, me gusta pescarlo yo mismo en mi propio estanque. Mi pescado es más nutritivo.

—¿Todavía conserva usted el estanque? —preguntó el joven Bayard.

—Sí, pero la pesca no ha sido muy buena este año. Abe tuvo la gripe el invierno pasado y desde entonces se me queda dormido a cada momento y tengo que esperar a que se despierte, retire el pez y vuelva a cebar el anzuelo. Pero por fin se me ocurrió atarle un cordel a la pierna y al banco; así cuando pican, doy un tirón y lo despierto. Tendrás que traer un día a tu mujer, Bayard. No ha visto nunca mi estanque.

—¿No lo conoces? —le preguntó Bayard a Narcissa. No lo conocía—. Tiene bancos alrededor, con sitio para los pies, una barandilla de la altura justa para apoyar la caña y un negro que pone el cebo en el anzuelo y saca los peces a cada pescador. No entiendo cómo se las apaña para dar de comer a todos esos negros, doctor.

—Llevan tanto tiempo conmigo que no sabría cómo librarme de ellos a no ser que optara por ahogarlos. Pero darles de comer es el mayor problema. Gasto todo el dinero que gano. Si no fuera por ellos me habría retirado hace tiempo. Ésa es la razón de que coma fuera de casa siempre que puedo: cada vez que alguien me invita es como media fiesta para un trabajador.

—¿Cuántos negros tiene usted, doctor? —preguntó Narcissa.

—No lo sé exactamente —contestó él—. Que trabajen oficialmente para mí, seis o siete, pero de los otros pierdo la cuenta. Casi todos los días me tropiezo con alguien que no conozco.

Simón le estaba escuchando sin perder una palabra.

—¿No tendrá usted alguna habitación de más, doctor? —le preguntó—. Aquí tengo que trabajar todo el tiempo, ocupándome de la comida y todo lo demás.

—¿Serías capaz de comer pescado frío y verduras todo el año? —le preguntó solemnemente el doctor Peabody.

—Bueno... —contestó Simón dubitativo—, no estoy muy seguro de eso. Una vez tuve un cólico de pescado cuando era joven y desde entonces nunca me cae bien.

—Pues en mi casa apenas comemos otra cosa.

—Ya está bien, Simón —dijo Miss Jenny.

Simón permanecía inmóvil, apoyado contra el aparador, contemplando al doctor

Peabody con reflexivo asombro.

—¿Y es usted capaz de mantener su peso con pescado y verduras? Yo me quedaría en los huesos si me alimentara así durante dos semanas, ¡como me llamo Simón que me quedaría!

—¡Simón! —dijo Miss Jenny con gran energía—. ¿Por qué no lo dejas tranquilo, Loosh, para que pueda atender a sus obligaciones?

Simón salió bruscamente de su trance y retiró los platos del pescado. Por debajo de la mesa, Narcissa buscó otra vez la mano de Horace.

—Deja en paz al doctor, tía Jenny —dijo el joven Bayard. Tocó a su abuelo en el brazo—. ¿No puede usted hacer que deje tranquilo al doctor?

—¿Qué le pasa, Jenny? —preguntó el viejo Bayard—. ¿No quiere comer?

—Somos nosotros los que no comeremos como siga hablando con Simón de pescado frío y hojas de nabo —replicó Miss Jenny.

—Creo que es usted injusta tratándolo como lo trata, Miss Jenny —dijo Narcissa.

—Bueno; eso me permite dar gracias por algo —contestó el doctor Peabody—: que me dijeras que no cuando tuviste la oportunidad de aceptarme. En una ocasión le pedí a Jenny que se casara conmigo —les dijo a los demás.

—¡Viejo mentiroso! —dijo Miss Jenny—. ¡Nunca hiciste nada parecido!

—Ya lo creo que sí. Aunque es cierto que lo hice por John Sartoris. Dijo que tenía más problemas de los que podía aguantar, dedicado a la política fuera de casa. Y, ¿saben que...

—¡Loosh Peabody, eres el mentiroso más grande del mundo!

—...casi llegué a convencerla durante un rato? Era la primera vez que florecían las hierbas esas que trajo de Carolina, y brillaba la luna y estábamos en el jardín y había un sinsonte...

—¡Nada de eso! —gritó Miss Jenny—. Nunca hubo...

—Mírenle a la cara si creen que estoy mintiendo —dijo el doctor Peabody.

—¡Mírenla! —repitió el joven Bayard—. ¡Se está ruborizando!

Y era cierto, pero sus mejillas eran como estandartes, y seguía manteniendo la cabeza muy alta a pesar de las risas burlonas. Narcissa se levantó, se acercó a ella y le puso las manos en los hombros.

—Cállense todos ahora mismo —dijo—. Considérense afortunados de que cualquiera de nosotras se haya casado con ustedes, y halagados incluso si les hemos dicho que no.

—Yo me siento halagado —replicó el doctor Peabody—, o de lo contrario no estaría viudo.

—¿Cómo no vas a seguir viudo, tan grande como un tonel y manteniéndote de pescado frío y hojas de nabo? —dijo Miss Jenny—. Siéntate, querida. No me da miedo ningún hombre.

Narcissa volvió a su sitio, y de nuevo apareció Simón, seguido esta vez por Isom, y durante un rato se movieron sin descanso entre la cocina y el comedor

transportando un pavo asado, un jamón ahumado, una cazuela de codornices y otra de ardillas, una zarigüeya asada sobre un lecho de boniatos; calabaza y remolacha en adobo, patatas y más boniatos, arroz y maíz machacado, bizcochos calientes, y unas delicadas barras muy largas de pan de maíz, confitura de fresa y de pera, membrillo y gelatina de manzana, mermelada de moras y melocotones en almíbar.

Todos dejaron de hablar durante un rato y comieron de verdad, mirándose de cuando en cuando a través de la mesa en una tibia atmósfera de cordialidad y de olores humeantes. De cuando en cuando Isom llegaba de la cocina con panecillos calientes, mientras Simón permanecía en pie supervisando el campo de batalla de manera semejante a como Julio César debió examinar las Galias una vez que las tuvo dominadas, o como el mismo Dios Todopoderoso contempló su último experimento químico y vio que era bueno.

—Después de esto, Simón —dijo el doctor Peabody, dando un suspiro—, creo que estoy en condiciones de llevarte conmigo y conseguirte un poco de carne de cuando en cuando.

—Imagino que sí —asintió Simón, vigilándolos como un general previsor que se apresura a mandar refuerzos a las tropas amenazadas, y ofreciéndoles más alimentos en cuanto flaqueaban. Pero hasta el doctor Peabody se declaró vencido al cabo de un rato, y entonces Simón trajo tartas de tres clases, un pastel de ciruelas de poco volumen pero de gran peso específico, y un bollo astutamente emborrachado con whisky, relleno de nueces y de frutas confitadas, tan apetecible como los aromas del paraíso y tan traicionero e irremediable como el pecado. Como colofón, con aire sibilino y profundamente serio, Simón trajo una botella de oporto. Un sol envuelto en brumas brillaba en el oeste, y sus rayos, atravesando horizontalmente las ventanas, iluminaban el servicio de plata colocado encima del aparador y despertaban destellos ambarinos entre sus plácidas superficies curvas y en los cristales coloreados del montante situado en la parte alta del muro que daba a occidente.

Pero aquello había pasado en noviembre, la época de los días lánguidos y brumosos, cuando extinguido ya el primer aliento del otoño, el invierno esperaba todavía el relevo bajo el marchito horizonte. En noviembre el año, como una matrona envuelta en su chal y rodeada de sus hijos, muere apaciblemente, sin pena y sin que lo aqueje ninguna enfermedad. A principios de diciembre llegaron las lluvias y el año se volvió gris, atacado por los gérmenes de la disolución y de la muerte. La lluvia susurraba todo el día y toda la noche en el techo y a lo largo de los aleros. Los árboles perdieron sus últimas hojas testarudas y gesticulaban bajo el agua con sus oscuras y entristecidas ramas recortándose sobre ilimitados horizontes; sólo una acacia recalcitrante de la parte más baja del parque conservaba aún sus hojas, brillando como una llama empapada contra el eterno azul; más allá del valle, las colinas quedaban ocultas tras un velo de lluvia.

Casi diariamente, a pesar de las prohibiciones y de las órdenes de Miss Jenny y de la firme pero pasiva protesta de los ojos de Narcissa, Bayard salía con una escopeta y los dos perros para volver justo antes del crepúsculo calado hasta los huesos. Y frío: sus labios se posaban helados sobre los de Narcissa y en sus ojos seguía habiendo una mirada sombría y obsesionada. Ante el fuego encendido en la chimenea de su dormitorio ella se agarraba a él o bien lloraba silenciosamente en la oscuridad tumbada junto a su cuerpo rígido, con un fantasma entre los dos.

—Escúchame un momento —le dijo Miss Jenny, acercándose cuando Narcissa estaba cavilando, sentada delante del fuego en el cubil del viejo Bayard—. Te pasas así demasiado tiempo; acabarás volviéndote neurasténica. Deja de preocuparte por él: se ha pasado media vida empapado pero no recuerdo que haya tenido nunca un catarro.

—¿Sí? —contestó ella apáticamente. Miss Jenny se quedó a su lado, mirándola con atención. Luego para tratarse de una Sartoris, puso la mano sobre la cabeza de Narcissa con mucha suavidad.

—¿Te preocupa quizá el que no te quiera como crees que tendría que hacerlo?

—No es eso —contestó ella—. No quiere a nadie. Tampoco querrá al niño. Nunca parece estar ni contento, ni triste, ni nada.

—No —asintió Miss Jenny. El fuego chisporroteaba y saltaba entre los resinosos leños. Más allá de la ventana el día se iba disolviendo inacabablemente—. Escúchame —dijo Miss Jenny de repente—. No vuelvas a ir con él en ese coche, ¿me oyes?

—No. No conduciría más despacio. No hay nada que le haga conducir más despacio.

—Claro que no. Nadie cree que sea posible, ni siquiera su abuelo. Va con él por la misma razón que su nieto conduce como lo hace. Porque son Sartoris. Lo llevan en la sangre. Son unos salvajes, todos y cada uno de ellos. No le sirven de nada a nadie —mientras Miss Jenny seguía con la mano apoyada en la cabeza de Narcissa, contemplaron juntas las saltarinas llamas—. Siento haberte metido en todo eso.

—No fue usted. Nadie me metió en nada. Lo hice yo sola.

—Hummm —dijo Miss Jenny. Y luego añadió—: ¿Volverías a hacerlo?

La otra no respondió a su pregunta y Miss Jenny se la repitió:

—¿Lo harías otra vez?

—Sí —contestó Narcissa—. ¿No lo sabe usted mejor que nadie?

De nuevo se hizo el silencio entre ellas, y en él, sin pronunciar palabra alguna, sellaron su pacto de desesperanza con esa maravillosa y paciente valentía que caracteriza a las mujeres. Narcissa se puso en pie.

—Creo que voy a irme a pasar el día con Horace, si a usted no le parece mal —dijo.

—De acuerdo —asintió Miss Jenny—. Creo que yo haría lo mismo. A estas alturas Horace debe de andar necesitado de que lo cuiden un poco. Me pareció un

tanto demacrado cuando estuvo aquí la semana pasada. Como si no le estuvieran dando bien de comer.

Cuando se detuvo ante la puerta de la cocina, Eunice, la cocinera, levantó la vista de la tabla de amasar el pan y alzó las manos en un suave gesto oscuro.

—Vaya, Miss Narcy —dijo—. Hace un mes que no la hemos visto. ¿Ha venido usted mojándose todo el camino?

—He venido en el coche de caballos. Llovía demasiado para usar el automóvil —entró en la cocina mientras Eunice la miraba serenamente complacida—. ¿Qué tal os vais defendiendo?

—Come lo suficiente, desde luego —contestó Eunice—. De eso me ocupo yo. Pero tengo que hacerle comer. Necesita que vuelva usted.

—Aquí estoy otra vez, al menos por hoy. ¿Qué has preparado para comer? —juntas levantaron tapaderas para mirar dentro de las ollas que hervían a fuego lento sobre el fogón y miraron en el horno—. ¡Tarta de chocolate!

—Le tengo que animar con eso —explicó Eunice—. Come cualquier cosa con tal de que haga tarta de chocolate —añadió llena de orgullo.

—Seguro que sí —asintió Narcissa—. No hay nadie que haga tartas de chocolate como las tuyas.

—Ésa no me ha salido demasiado bien —dijo Eunice, disculpándose—. No estoy nada contenta con ella.

—¡Qué dices, Eunice!, ¡está perfecta!

—No, señora; no me ha salido como otras veces —insistió Eunice. Pero acabó por sonreír tímidamente, y durante unos minutos las dos charlaron como viejas amigas, mientras Narcissa curioseaba en alacenas y cajas.

Después regresó a la casa y subió a su habitación. En el tocador no quedaba ninguno de sus frascos ni de sus cajas de plata y cristal, tan íntimamente suyas; los cajones estaban vacíos y la habitación entera, con su aire inmóvil y su pálida desolación, parecía hacerle mudos reproches. También hacía frío allí; no se había encendido la chimenea desde la primavera anterior y sobre la mesilla de noche había un descolorido ramillete de flores, olvidadas, marchitas y muertas en un jarrón azul. Al tocarlas, se le deshicieron en los dedos, manchándolos. El agua del jarrón olía a rancio. Narcissa abrió una ventana y tiró el ramillete.

Hacía demasiado frío en la habitación para quedarse allí mucho tiempo y decidió pedirle a Eunice que encendiera la chimenea, para bienestar de la parte de sí misma que todavía continuaba viviendo un poco apenada, aunque serena, en aquella fría desolación llena de reproches. Se detuvo también ante el armario y recordó, molesta y con cavilosa preocupación, aquellas cartas, lamentando la negligencia de no haberlas destruido. Aunque quizá sí lo había hecho, reanudando con este pensamiento el círculo cerrado de su desconcierto y de sus miedos cuando trataba de recordar lo que

había sido de ellas. Porque estaba segura de que las había puesto con la ropa interior; tenía certeza plena de haberlas dejado allí. Y sin embargo nunca había sido capaz de encontrarlas y Eunice y Horace tampoco las habían visto. Las echó de menos la víspera de la boda, cuando estuvo empaquetando sus cosas. Aquel día notó que faltaban, encontrando en su lugar otra carta con una letra distinta, que no recordaba haber recibido nunca. El contenido de la carta estaba suficientemente claro, aunque no llegó a entender el significado literal de algunas cosas. Pero la leyó con tranquila indiferencia: la carta y todo lo que le traía a la imaginación había quedado definitivamente a sus espaldas. Y al faltar aquello, no se habría ofendido aunque hubiera entendido todas las frases. Quizá algunas palabras hubieran despertado un poco su curiosidad, pero eso habría sido todo.

Lo cierto es que no conseguía recordar lo que había hecho con las otras cartas, y esto hacía que sintiera en ocasiones un miedo muy concreto a que otras personas pudieran enterarse de lo que alguien había pensado de ella y de las palabras con que lo había expresado. Pero como las cartas habían desaparecido, no podía hacer otra cosa que confiar en haberlas destruido como destruyó la última; y si no era así, confiar en que no llegaran nunca a aparecer. Pero esto hizo brotar de nuevo el miedo y el aborrecimiento primigenios: el que su profunda y hasta entonces inviolada serenidad pudiera quedar en manos de las circunstancias; que tuviera que confiar en la suerte contra la eventualidad de que un desconocido, al recoger casualmente del suelo un trozo de papel...

Pero hizo el firme propósito de no preocuparse más de aquello, al menos de momento. Aquel día tenía que dedicárselo a Horace, y también a ella misma; un descanso de aquel sueño poblado de fantasmas al que se aferraba despierta. Bajó las escaleras. Había un fuego encendido en la chimenea de la sala de estar, pero ya no quedaba más que el rescoldo, de manera que echó carbón y lo atizó hasta hacer saltar la llama. Sería la primera cosa que viera Horace al entrar; quizá le extrañara; quizá presintiera que ella estaba allí. Consideró la posibilidad de telefonarle y lo estuvo meditando delante del fuego sin saber qué hacer; por fin decidió que fuera una sorpresa. Pero, ¿y si no venía a casa a comer por causa de la lluvia? Al pensar en esto se lo imaginó andando por la calle bajo el aguacero e inmediatamente, con una instintiva premonición, fue al armario que había debajo de las escaleras y abrió la puerta. Exactamente como había imaginado: tanto el abrigo como el impermeable de Horace estaban allí; lo más probable era que tampoco se hubiera llevado paraguas, y de nuevo afloró en ella, junto con la irritación y la exasperación, un afecto sin límites hacia Horace, el mismo que siempre había sentido; y todo lo que les había distanciado últimamente perdió consistencia hasta desaparecer por completo.

Anteriormente siempre se trasladaba el piano al cuarto de estar cuando llegaba el frío. Pero ahora seguía aún en el gabinete pequeño. También allí había una chimenea, pero estaba sin encender y hacía frío en la habitación. Bajo sus dedos las teclas heladas produjeron un acorde perezoso, acusador, lleno de reproches; Narcissa volvió

junto al fuego y se colocó en un sitio desde donde —a través de la ventana— podía ver la avenida bajo los oscuros cedros, empapados por la lluvia. Detrás de ella el reloj de la repisa de la chimenea dio las campanadas de las doce y Narcissa se acercó a la ventana y se quedó allí con la nariz pegada al cristal frío, empañándolo con su aliento. Ya no tardaría mucho: Horace era excéntrico en cuanto a sus horas pero nunca se retrasaba, y cada vez que aparecía un paraguas, el corazón le daba un salto. Pero nunca era él e iba siguiendo la marcha del que lo llevaba hasta que al inclinarlo un poco más podía reconocerlo, de manera que sólo descubrió a Horace cuando iba ya por la mitad de la avenida. Traía vuelta hacia abajo el ala del sombrero, subido hasta las orejas el cuello de la chaqueta y, como se había imaginado, ni siquiera llevaba paraguas.

—Grandísimo tonto —dijo, corriendo hacia la puerta. A través de la cortina que cubría el cristal vio acercarse su silueta imprecisa subiendo a saltos los escalones. Abrió la puerta con violencia y entró golpeando contra la pierna el sombrero empapado, de manera que no la vio hasta que ella se le puso delante.

—¡Tonto, más que tonto! —dijo—. ¿Qué has hecho con el impermeable?

Por un momento la contempló con su tímida y agreste pasividad; luego dijo «¡Narcy!», su rostro se iluminó y la estrechó entre sus brazos.

—No —dijo ella—, ¡estás empapado!

Pero él la alzó del suelo, apretándola contra su pecho, repitiendo Narcy, Narcy; después ella notó la frialdad de la nariz de Horace contra su cara y un sabor a lluvia en los labios.

—Narcy —dijo él otra vez, abrazándola, y ella dejó de resistirse y se pegó más a él. Entonces, repentinamente, él la soltó, levantó la cabeza y la miró solemnemente.

—Narcy —repitió, sin dejar de mirarla fijamente—, ¿es que ese desgraciado...?

—No, por supuesto que no —le contestó ella vivamente—. ¿Te has vuelto loco?

Y volvió a abrazarse a él a pesar de su ropa mojada como si no fuera a soltarlo nunca.

—¡Horry querido! —dijo—, ¡qué mal me he portado contigo!

ESTA VEZ era un Ford, y Bayard notó que empezaba a patinar tan pronto como el conductor, al verlo venir de lado, trató de girar bruscamente sobre la traicionera superficie a medio deshelar de la carretera; durante aquel fugaz momento observó divertido que entre su camisa sin corbata y la media de mujer liada alrededor de la cabeza bajo el sombrero y atada bajo la barbilla, su nuez subía y bajaba como un perrillo asustado en un saco de arpillera. Luego el otro coche quedó atrás y Bayard trató de enderezar el suyo girando el volante; pero fue el Ford, que ya se había detenido, lo que apareció de nuevo delante de él, porque el coche de Bayard patinó también sobre la grasienta superficie, mientras el motor rugía con el acelerador hundido hasta el fondo. Cuando Bayard giró el volante en la dirección contraria el otro coche volvió a desaparecer, pero no se modificó el ruido de los neumáticos que siguieron deslizándose sin que el coche lograra aferrarse a la carretera, y una vez más el insondable mundo de diciembre pasó en círculo ante sus ojos. El viejo Bayard dio otro bandazo, tropezando con él: por el rabillo del ojo pudo ver que la mano de su abuelo se aferraba al borde de la portezuela. En aquel momento tenía delante el risco donde estaba el cementerio; exactamente encima de ellos, la efigie de John Sartoris alzaba entre cedros inmóviles su pomposo gesto de piedra, mirando sin ver el valle donde por espacio de dos millas corría el ferrocarril que él construyera. Bayard giró el volante una vez más.

Al otro lado de la carretera había una abrupta hondonada, cubierta de cedros de poca altura, con aristas corroídas, frágilmente subrayadas por la escarcha y el hielo sucio en los sitios a donde el sol no llegaba; la parte trasera del coche quedó suspendida sobre la hondonada durante un momento eterno antes de girar de nuevo, con el acelerador a tope, y situarse otra vez con el motor apuntando colina abajo, sin disminuir en absoluto la velocidad. Pero los neumáticos no habían entrado en los surcos centrales y el coche se hallaba cada vez más cerca del borde; aunque estaban muy cerca del pie de la colina, Bayard comprendió que no lograrían llegar. Justo antes de que se deslizaran en el vacío, con otro giro violento del volante, hizo que la parte delantera del coche se colocara frente a la hondonada, quedándose allí perezosamente en equilibrio durante un momento, como cogiendo aliento.

—¡Agárrese bien! —gritó Bayard a su abuelo.

Luego se lanzaron pendiente abajo.

Siguió un intervalo totalmente desprovisto de sonidos, durante el cual desapareció también toda sensación de movimiento. Después cedros achaparrados crujieron a su alrededor y las ramas que chocaban contra el radiador y se apartaban volvían en seguida a golpear el coche con violencia mientras Bayard apretaba los pies contra el suelo y el vehículo seguía hacia adelante en su largo salto. Otro intervalo como de vacío total y después un golpe: el pecho de Bayard chocó contra el volante, que al

mismo tiempo quería escaparse de las manos que lo apretaban, dislocándose los hombros. A su lado, su abuelo se inclinó hacia adelante y Bayard extendió el brazo a tiempo de impedir que se estrellara contra el parabrisas.

—¡Agárrese bien! —gritó de nuevo.

El coche había resistido el impacto. Bayard estabilizó el volante que seguía dando saltos e hizo girar el coche hacia el fondo de la hondonada; luego encendió de nuevo el motor y con la potencia del coche y el impulso de la caída siguieron bajando hasta torcer y trepar con dificultad por una cuneta poco profunda y llegar a descansar otra vez con las cuatro ruedas en la carretera. Bayard detuvo en seguida el coche.

Durante unos momentos permaneció completamente inmóvil.

—Caramba —dijo. Y luego—: Habrá que agradecersele al Dios de la montaña.

El viejo Bayard seguía a su lado sin moverse, con la mano en la portezuela y la cabeza un poco inclinada.

—Creo que no me vendrá mal un cigarrillo —añadió el joven Bayard.

Sacó uno del bolsillo y también una cerilla; le temblaban las manos.

—No me acordé de ese maldito puente de cemento hasta que pasamos por encima —explicó, como disculpándose.

Dio una chupada muy larga al cigarrillo y miró a su abuelo.

—¿Está usted bien?

El viejo Bayard no respondió, y con el cigarrillo entre los labios, Bayard lo miró con más detenimiento. Seguía exactamente igual que antes, con la cabeza un poco inclinada y la mano sobre la portezuela.

—¿Abuelo? —dijo Bayard con voz llena de alarma.

Pero el viejo Bayard siguió sin moverse, incluso cuando su nieto tiró el cigarrillo y lo zarandeó violentamente.

EL CABALLO, incansable, había coronado ya la cumbre de la última colina, y los rayos casi horizontales del sol de diciembre alargaban las sombras de montura y jinete sobre los árboles del cerro hasta tocar el valle, de donde llegaban otra vez los agudos aullidos de los perros a través del aire frío y sin viento. Perros jóvenes, se dijo Bayard, y detuvo el caballo en el desdibujado camino, escuchando cómo los ecos de aquella histórica barahúnda se iban trasladando en relación con la posición que él ocupaba. Al inmovilizarse sintió la frialdad del aire. Por encima de él, los pinos, aunque no había viento que los moviera, emitían continuamente extraños chasquidos secos, como si la helada que estaba en el aire hubiera encontrado una voz; por encima de los árboles, recortada contra el azul intenso de la tarde, se deslizaba una bandada de gansos. «Helará esta noche», pensó Bayard, imaginándose las oscuras rebalsas donde irían a descansar aquellas aves, los salientes cubiertos de espesa vegetación muerta a cuyo alrededor el agua se helaría muy pronto en la quebradiza oscuridad. Detrás de él la tierra se alejaba en crestas sucesivas tan azules como un humo de leña, hasta fundirse con un cielo semejante a una lámina translúcida de sangre coagulada. Bayard se volvió sobre la silla y miró sin pestañear el sol que se destacaba como un huevo carmesí, estrellado contra las colinas más distantes. Aquello era un signo seguro de que iba a cambiar el tiempo: con la esperanza de estar oliendo nieve, Bayard husmeó el aire inmóvil que le causó un hormigueo en la nariz.

El caballo resopló y agitó el cuello; al notar que las riendas estaban flojas, bajó la cabeza y resopló de nuevo entre las hojas caídas y las delicadas agujas secas de pino alrededor de sus patas.

—Levanta, Perry —dijo Bayard, dando un tirón a las riendas.

Perry levantó la cabeza y echó a andar con un trote largo muy incómodo, pero Bayard consiguió en seguida que volviera a su habitual paso corto. Antes de que avanzara mucho los perros estallaron de nuevo en clamoroso tumulto hacia su izquierda y, de repente, muy cerca, mientras tiraba de las riendas para detener a Perry y examinar la desdibujada huella del camino, vio al zorro que se aproximaba sin prisa hacia él por el centro de la senda. Perry lo vio al mismo tiempo, agachó las delicadas orejas y giró los ojos dentro de las órbitas. Pero el animal siguió acercándose, plácidamente, sin reparar en ellos, caminando sin prisa y volviendo la cabeza para mirar hacia atrás de cuando en cuando.

—Vaya, que me aspen si lo entiendo —murmuró Bayard, sujetando con firmeza a Perry entre las rodillas. El zorro estaba ya a menos de cuarenta yardas y seguía acercándose, al parecer completamente ajeno a la presencia del jinete. Entonces Bayard gritó.

El animal levantó la vista hacia él; los rayos horizontales del sol tiñeron fugazmente de sangre sus ojos y, en seguida, con un único y modesto resplandor

marrón, desapareció. Bayard dejó escapar el aire retenido en sus pulmones: el corazón le golpeaba violentamente contra las costillas.

—¡Júuuui! —gritó—. ¡Vamos, perros!

Su clamor se convirtió en estridente pandemonio y la jauría se derramó sin orden ni concierto sobre la senda, en un frenético caos de pieles moteadas y orejas y lenguas aleteantes, avanzando hacia él en oleadas. Todos estaban aún a medio crecer e, ignorando al caballo y al jinete, se lanzaron sin dejar de aullar entre la maleza por donde había desaparecido el zorro. Mientras Bayard se incorporaba sobre los estribos para ver mejor la dirección que tomaban, precedidos por aullidos todavía más agudos y más frenéticos, dos perrillos aún más jóvenes salieron fatigosamente de entre los árboles y cruzaron por delante de él, apenas sosteniéndose sobre sus cortas patas, con gritos que eran gemidos y con rostros que expresaban una descabellada y ridícula ansiedad. Después el clamor fue desvaneciéndose en ecos histéricos hasta desaparecer.

Bayard siguió adelante. A ambos lados había colinas: las de un costado, oscuras como un bastión de bronce; las del otro, enrojecidas aún por los últimos rayos del sol. El frío que hacía crepitar el aire cosquilleaba a Bayard en las ventanas de la nariz y le cauterizaba los pulmones con afiladas y estimulantes agujas. La senda iba siguiendo el valle; pero por encima de la muralla occidental sólo asomaba ya la mitad del sol, y entre árboles espaciados Bayard avanzó sumergido hasta la altura del estribo en sombras tan frías como un agua de deshielo. Tenía el tiempo justo para llegar a la casa antes de que oscureciera. El clamor de los perros creció otra vez delante de él, acercándose de nuevo al camino, y Bayard hizo que Perry aligerara el paso.

En seguida apareció ante él un claro: un antiguo campo cultivado, crecido de juncias, donde las heridas del arado llevaban ya mucho tiempo cicatrizadas. El sol lo llenaba de oro agonizante y de nuevo Bayard detuvo a Perry bruscamente: allí, en una esquina del claro, junto al camino, aguardaba el zorro. Estaba sentado sobre sus cuartos traseros como un perro, vigilando los árboles del otro lado del claro, y Bayard hizo que Perry reanudara la marcha. El zorro volvió la cabeza, le lanzó una breve ojeada furtiva, aunque sin alarma aparente, y Bayard detuvo de nuevo a Perry, más asombrado que nunca. El clamor de los perros se iba aproximando entre los árboles, pero el zorro seguía sentado sobre sus cuartos traseros, lanzando al hombre rápidas y furtivas ojeadas, y sin hacer el menor caso de los perros. Seguía sin manifestar alarma, incluso cuando los cachorros aparecieron aullando entre los árboles. Mientras salían fatigosamente del bosque el zorro dividió su atención entre ellos y el hombre.

Por fin, el perro de mayor tamaño, evidentemente el jefe, vio la presa. Al instante todos dejaron de ladrar, atravesaron trotando el claro y se sentaron en círculo alrededor del zorro, jadeantes, con la lengua colgando. Luego, de común acuerdo, se volvieron a mirar el bosque que se iba quedando a oscuras y del que, cada vez más próximos, iban llegando unos aullidos sin fuerza, pero muy agudos. El más grande de los perros ladró una vez; los aullidos entre los árboles aumentaron, tornándose

jubilosos; los dos perrillos más jóvenes aparecieron y, después de cruzar el claro haciendo un túnel entre las juncias como si fueran topos, se reunieron con los demás. Entonces el zorro se incorporó, lanzó otra rápida y furtiva mirada al jinete y rodeado de los cansados y amistosos perros de moteadas pieles, cruzó el camino con un suave trote y desapareció entre los árboles ya casi en tinieblas.

—Que me aspen si lo entiendo —dijo Bayard siguiéndolos con la mirada—. Vamos, Perry.

Finalmente por encima de los árboles que tenía delante apareció un blanquecino e inmóvil penacho de humo; Bayard salió del bosque y en la pared irregular, igualada con barro, brilló una ventana como una cordial invitación a través del crepúsculo. Los perros iniciaron en seguida un sonoro clamor; por encima de él Bayard distinguió los aullidos más agudos de los cachorros y la voz de alguien que los mandaba callar; mientras detenía a Perry en el patio, vio cómo el zorro desaparecía, con aire desconfiado, pero sin apresurarse, detrás de la casa. Una enjuta silueta se acercó a él en la penumbra, con un hacha en una mano y una brazada de leña en la otra.

—¿Qué demonios es ese bicho, Buddy? —dijo Bayard—. Ese zorro.

—Es Ethel —contestó Buddy. Dejó la madera en el suelo con mucha calma, depositó también el hacha, y estrechó flácidamente, a la manera campesina, la mano de Bayard, aunque la suya era recia y firme—. ¿Qué tal estás?

—Bien —contestó Bayard—. He venido a por ese zorro viejo que tenéis aquí, según cuenta Rafe.

—Te estábamos esperando —asintió Buddy, hablando lentamente y sin prodigar las palabras, como le era habitual—. Bájate y llevaré el caballo al establo.

—No, no; ya lo haré yo. Tú mete la leña en la casa. De Perry ya me ocupo yo.

Pero Buddy se mostró firme, sin insistencia ni brusquedad, y Bayard le dejó hacerse cargo del caballo.

—Henry —gritó Buddy en dirección a la casa—, Henry.

Se abrió una puerta, dejando ver llamas que saltaban alegremente, y una figura achaparrada se recortó contra ella.

—Ha llegado Bayard —dijo Buddy—. Entra a calentarte —añadió, llevándose a Perry.

En seguida acudieron los perros, y cuando Bayard recogió la brazada de leña y el hacha y se dirigió hacia la casa, lo hizo rodeado de un fantasmal oleaje de perros moteados; la silueta achaparrada siguió en la puerta observando cómo subía los escalones del porche y dejaba el hacha apoyada contra la pared.

—¿Qué tal? —dijo Henry, y también esta vez el apretón de manos no tuvo fuerza, aunque la mano era firme y amable, pero más blanda que la carne joven de Buddy. Henry se apoderó de la leña y los dos entraron en la casa. De las paredes de troncos superpuestos, calafateados con barro, colgaban dos calendarios atrasados de colores y una litografía con el anuncio de un medicamento curalotodo. El suelo estaba hecho de vigas desbastadas a mano, llenas de arañosos de pesadas botas y brillantadas por las

patas de innumerables generaciones de perros; en la chimenea cabían dos hombres tumbados. Y en aquel momento ardían en ella, brillando contra la pared posterior de arcilla, troncos de cuatro pies, que lanzaban turbulentos penachos de humo y de chispas que desaparecían inmediatamente por sus oscurecidas fauces. Recortado en silueta contra el fuego, con la cabeza aureolada por el plateado desorden de sus hirsutos cabellos, estaba sentado Virginius MacCallum.

—Aquí está Bayard Sartoris, papá —dijo Henry.

El anciano giró sobre su silla con leonina parsimonia y extendió la mano sin levantarse. En 1861, cuando tenía dieciséis años, había ido andando hasta Lexington, en Virginia, para alistarse en la brigada Stonewall; después de prestar servicio en el ejército confederado durante cuatro años, había vuelto andando a Mississippi, donde edificó una casa y contrajo matrimonio. La dote de su mujer fue un reloj y un cerdo en canal; el padre de Virginius les había regalado una mula. Su primera mujer llevaba muchos años muerta y su sucesora también había fallecido, pero él se sentaba aún delante de la chimenea donde se había cocinado el cerdo de la dote, bajo el techo que él mismo construyera el año 66, y junto a la repisa donde seguía el reloj, que se burlaba ya de las horas y los minutos cuyo servidor había sido en otro tiempo.

—¡Vaya, chico! —dijo—. Te has tomado con calma lo de venir por aquí. ¿Qué tal por tu casa, todos bien?

—Están bien, gracias —contestó Bayard. Miró con atención el rostro rubicundo y saludable del anciano. No, aún no estaban enterados.

—Llevamos esperándote desde que Rafe te vio en la ciudad la primavera pasada. Henry, dile a Mandy que ponga otro plato.

Cuatro perros habían seguido a Bayard dentro de la casa. Tres de ellos lo contemplaban con ojos brillantes; el otro, un lebel de manchas azuladas, con una expresión grave y majestuosa, se acercó y le rozó con su fría nariz.

—Hola, General —dijo Bayard, rascándole detrás de las orejas, con lo que los otros perros también se aproximaron, restregando el hocico contra sus manos.

—Acerca una silla —dijo Mr. MacCallum. También él dio la vuelta a su silla y Bayard obedeció; los perros le siguieron, alzándose con torpe dignidad alrededor de sus rodillas.

—Siempre mando recados a tu abuelo para que venga —continuó el anciano—, pero o es demasiado orgulloso o le da pereza venir. ¡General! Vete de ahí. Pégalas una patada, Bayard. ¡Henry! —gritó. Henry apareció en seguida—. Saca de aquí a estos malditos perros hasta después de cenar.

Henry se llevó a los perros de la habitación. Mr. MacCallum cogió del hogar una larga astilla de pino, la prendió y encendió la pipa con ella; luego apagó la astilla en la ceniza y la volvió a dejar a un lado de la chimenea.

—Rafe y Lee están hoy en la ciudad —dijo—. Podrías haber venido en el carro con ellos. Pero me imagino que prefieres usar tu caballo.

—Sí —contestó Bayard en voz baja. Si era así, lo iban a saber en seguida. Se

quedó mirando el fuego durante un rato, frotándose despacio las manos contra las rodillas, y por un momento vio desapasionadamente los últimos meses de su vida en toda su insensata y descarnada vaciedad; los vio en su totalidad, como en una película que pasara muy deprisa, culminando en algo contra lo que todos le habían prevenido y que hasta el más necio hubiera podido imaginar. Bien, supongamos que fuera así: ¿era suya la culpa? ¿Había insistido él en que su abuelo lo acompañara? ¿Había hecho él que el pobre viejo tuviera el corazón estropeado? Y después, sin falsas excusas: *No te atrevías a volver a tu casa. Hiciste que un negro te sacara el caballo a escondidas. Tú, que te lanzas deliberadamente a empresas con muy escasas probabilidades de éxito, casi prácticamente imposibles, tienes miedo a enfrentarte con las consecuencias de tus propios actos.* Y de nuevo, algo amargo, algo dentro de él muy profundo y que no dormía se lanzó al ataque, defendiendo, justificando y acusando; él no sabía qué era ese algo, ni de qué acusaba ni a quién acusaba: *¡Fuiste tú! Tú eres el responsable de todo: tú mataste a Johnny.*

También Henry había acercado una silla al fuego, y al cabo de un rato el anciano vació cuidadosamente su pipa de arcilla contra la palma de la mano y se sacó un enorme reloj de plata de su chaleco de pana.

—Las cinco y media —dijo—. ¿No han vuelto esos muchachos?

—Ya han llegado —contestó Henry lacónicamente—. Estaban descargando cuando saqué los perros.

—Entonces trae la garrafa —dijo su padre.

Henry se levantó, desapareciendo de nuevo. En seguida se oyeron otros pies avanzando pesadamente por el porche y Bayard giró la silla y miró sombríamente hacia la puerta. Cuando se abrió, entraron Rafe y Lee.

—Vaya, vaya —dijo Rafe; y su flaco rostro moreno se animó un tanto—. Por fin has venido.

Estrechó la mano de Bayard y detrás de él lo hizo Lee, menos fornido que Rafe y el más callado de los hermanos. Su rostro, como el de todos ellos, era una máscara taciturna. Tenía unos ojos muy negros e inquietos; detrás de ellos vivía algo indómito y triste: a Bayard le dio la mano sin pronunciar una palabra.

Pero Bayard estaba pendiente de Rafe. No había nada especial en su cara: ni frialdad ni preguntas. ¿Era posible que hubiera estado en la ciudad sin oír nada? ¿O había sido todo producto de su imaginación? Pero recordaba bien la sensación inconfundible al tocar a su abuelo, lo recordaba derrumbándose de repente como si su mismo carácter, que le había hecho mantenerse tan erguido y tan entero durante tanto tiempo gracias a su orgullo y a lo implacable de la maldición familiar, se hubiera desmoronado en un solo instante, dejando descansar por fin su carne mortal.

—¿Os pasasteis por la agencia de transportes? —preguntó Mr. MacCallum.

—No hemos llegado siquiera a la ciudad —contestó Rafe—. Se nos rompió el eje del carro antes de Vernon. Tuvimos que desenganchar los caballos e ir al pueblo para que nos echaran un remiendo. Cuando terminaron ya era muy tarde para seguir.

Compramos allí las provisiones y nos volvimos.

—Bueno, no importa. Ya iréis la semana que viene, antes de Navidad —dijo el anciano. Bayard respiró hondo y encendió un cigarrillo, y, trayendo consigo un soplo de intensas tinieblas, Buddy entró y se acuclilló grácilmente junto a la chimenea en el rincón que quedaba más a oscuras.

—¿Habéis localizado ya el zorro de que me hablaste? —le preguntó Bayard a Rafe.

—Claro que sí. Y esta vez lo atraparemos. Quizá mañana. Está cambiando el tiempo.

—¿Nieve?

—Quizá. ¿Qué tiempo va a hacer esta noche, papá?

—Lloverá —contestó el anciano—. Mañana también. No se podrá seguir bien el rastro hasta el miércoles. ¡Henry!

Mr. MacCallum volvió en seguida a llamar a su hijo, que apareció con una humeante tetera ennegrecida, una garrafa de barro y un vaso de gruesas paredes con una cuchara dentro. Había algo doméstico, casi femenino en Henry, con su figura rechoncha y ligeramente obesa, sus dulces ojos castaños y sus manos competentes y pausadas. Era él quien supervisaba la cocina (había llegado a ser mejor cocinero que Mandy) y la casa, en donde se le podía encontrar la mayor parte del día, ocupado sin prisas en alguna tarea inacabable. Iba a la ciudad casi tan poco como su padre; cazar apenas le interesaba y su única diversión era hacer whisky, whisky excelente, tan sólo para consumo familiar, en un lugar secreto conocido sólo de Mr. MacCallum y del negro que le ayudaba, siguiendo una fórmula transmitida a través de innumerables generaciones de antepasados criados con aquel mismo licor. Henry colocó la tetera, la garrafa y el vaso sobre el hogar, retiró la pipa de arcilla de la mano de su padre, la puso sobre la repisa de la chimenea y bajó de allí un azucarero desportillado y siete vasos con sus correspondientes cucharas. El anciano se inclinó hacia la lumbre y fue haciendo los ponches, uno a uno, con meticulosa y solemne lentitud. Cuando todos los presentes estuvieron servidos, aún sobraban dos vasos.

—¿No han vuelto todavía los otros chicos? —preguntó.

No contestó nadie y el anciano volvió a tapar la garrafa. Henry colocó en la repisa los vasos sobrantes.

En seguida apareció Mandy en la puerta, llenándola por completo con su vestido de percal.

—Ya pueden pasar —dijo, y se dio la vuelta contoneándose; Bayard la saludó entonces y ella se detuvo un momento mientras los MacCallum se levantaban y salían de la habitación. El anciano se conservaba muy tieso y con la excepción de Buddy —delgado y de movimientos fluidos— les sacaba la cabeza a todos sus hijos. Mandy esperó junto a la puerta y le dio la mano a Bayard.

—Hacía mucho tiempo que no venía por aquí —dijo—, pero ya veo que no se ha olvidado usted de Mandy.

—Claro que no —asintió Bayard. Pero sí se había olvidado de ella. A Mandy el dinero no le compensaría de la falta de las chucherías sin valor que John nunca dejaba de llevarle cuando iba a visitar a los MacCallum. Bayard salió tras de los otros a la helada oscuridad. Bajo sus pies la tierra se endurecía ya; arriba brillaba el cielo cubierto de estrellas. Caminó a tientas, tropezando un poco, detrás del grupo, hasta que Rafe abrió la puerta de un edificio independiente y se apartó a un lado para que entraran todos. Se hallaron en una habitación bien caldeada, con una leve neblina azul e intenso olor a comida, en la que ardía sin altibajos una lámpara de queroseno sobre una mesa muy larga. A uno de sus extremos había una única silla; en los otros tres lados los asientos eran bancos corridos sin respaldo. Junto a la pared más alejada de la puerta se situaban el fogón, una enorme alacena hecha de tablas y un cajón para la leña. Detrás del fogón estaban sentados dos negros adultos y un chico a medio crecer, con el rostro brillante por el calor y pupilas oscuras dentro de blanquísimas córneas; junto a sus pies, cinco perrillos se peleaban con ficticia ferocidad, mordisqueaban húmedamente los inmóviles tobillos de los negros o merodeaban alrededor de la estufa y por debajo de ella con desmañada curiosidad, desprovista de objetivo.

—¿Qué tal, muchachos? —dijo Bayard, llamando a los negros por su nombre; ellos hicieron una inclinación de cabeza, acompañada de blancas y tímidas floraciones dentales y corteses murmullos.

—Acuesta a esos cachorros, Richard —ordenó Mandy.

Los negros reunieron a los perrillos uno a uno y los metieron en un cajón más pequeño que había detrás del fogón donde siguieron agitándose, entre arañazos, tropezones y alguna ahogada protesta ocasional. De cuando en cuando, durante la cena, aparecía súbitamente una cabeza, mirando por encima del borde del cajón con parpadeante y solemne curiosidad, para desaparecer en seguida con un golpe sordo, originando nuevas protestas, roces y ruidos casi infantiles.

—¡A ver si os calláis, que ya es hora de dormir! —les decía Richard, golpeando el cajón con los nudillos. Al cabo de un rato cesaron los ruidos.

El anciano se colocó en la presidencia, con sus hijos y el invitado a su alrededor; algunos sin chaqueta y todos sin cuello, con rostros morenos y taciturnos claramente acuñados por el mismo troquel. En seguida empezaron a comer. Salchichas, chuletas de cerdo, maíz machacado, boniatos fritos, pan de maíz y una garrafa de melaza de zahina. Mandy servía el café con una enorme cafetera de porcelana. A mitad de la comida aparecieron los dos hijos que faltaban: Jackson —el mayor, de cincuenta y cinco años, frente amplia y recta, cejas espesas y expresión soñadora y vehemente al mismo tiempo—, una especie de Cincinnati^[20] tímido y poco práctico; y Stuart, de cuarenta y cuatro años y gemelo de Rafe. A pesar de ser gemelos el parecido entre ellos no era mayor del que tenían con el resto de los hermanos. Como si el troquel fuera tan duro que su marca no pudiera alterarla ni acentuarla siquiera la misma naturaleza. Stuart carecía de la desenvoltura de Rafe (Rafe era el único entre ellos al que, forzando un poco el lenguaje, podría haberse calificado de locuaz); por otra

parte, participaba mucho de la placidez de Henry. Era buen agricultor, astuto comerciante y tenía una respetable cuenta bancaria a su nombre. Henry, de cincuenta años, era el segundo hijo.

Todos comían sin pausa, con silencioso decoro, sin utilizar más que las palabras imprescindibles, pero afablemente. Mandy iba y venía entre la mesa y el fogón.

Antes de que terminara la comida, un repentino clamor de perros se filtró en la habitación, aunque apagado por las gruesas paredes.

Richard, el negro, ladeó la cabeza. Buddy dejó la taza de café sobre la mesa.

—¿Dónde están, Dick?

—Justo detrás del silo. La tienen acorralada.

Buddy se puso en pie, y salió ágilmente de un extremo del banco.

—Voy contigo —dijo Bayard, levantándose también. Los otros siguieron comiendo. Richard cogió un farol que estaba en lo alto de la alacena, lo encendió y los tres salieron a la helada oscuridad pautada por los ladridos de los perros que les llegaban en ráfagas musicales, con una resonancia como de cristales. Hacía frío y la noche estaba muy oscura. Cerca, se alzaba la pared baja y desigual de la casa, interrumpida por el rojizo resplandor de la ventana.

—El suelo está muy duro —hizo notar Bayard.

—No helará esta noche —contestó Buddy—. ¿Verdad, Dick?

—No, señor. Va a llover.

—¡Qué va! —dijo Bayard—. No lo creo.

—Lo ha dicho mi padre —contestó Buddy—. Mejor temperatura que a la puesta del sol.

—A mí no me lo parece —insistió Bayard. Pasaron junto al carro, inmóvil bajo las estrellas, con las ruedas de goma que brillaban como cintas de raso, y el largo e irregular establo, donde las vacas rumiaban plácidamente y del que surgía un resoplido de cuando en cuando, al paso del farol. Luego la luz fue haciendo guiños entre los troncos a medida que descendían por el sendero; el clamor de los perros creció al acercarse ellos y sus formas fantasmales se agitaron de un lado para otro iluminadas por el tenue resplandor del farol; en un arbolillo detrás del silo exactamente encontraron a la zarigüeya, inmóvil y con los ojos cerrados, acurrucada en la bifurcación de una rama, a menos de seis pies del suelo. Buddy la bajó, agarrándola por el rabo, sin encontrar la menor resistencia.

—Demonios —dijo Bayard.

Buddy despidió a los perros y ellos tres recorrieron el camino en sentido inverso. En una tejavana detrás de la cocina, lo que parecían al menos cincuenta ojos brillaron en pares de puntos encarnados cuando Buddy se introdujo allí e iluminó con la lámpara una jaula de paredes de tela metálica, de la que salía una cálida fetidez y en la que cuerpos de pelaje gris se movían perezosamente o volvían sus puntiagudos y cadavéricos rostros hacia la luz. Buddy abrió la puerta, arrojó su última captura entre el resto de sus semejantes y le pasó la lámpara a Richard. Luego salieron de la

tejavana. El cielo empezaba a empañarse, perdiendo su frágil resplandor.

Los otros estaban sentados en un semicírculo delante del fuego; a los pies del anciano dormitaba el lebrél de manchas azuladas. Hicieron sitio para Bayard, y Buddy se acurrucó de nuevo en el rincón junto a la chimenea.

—¿La cogisteis? —preguntó Mr. MacCallum.

—Sí —contestó Bayard—. Ha sido como descolgar el sombrero de un clavo en la pared.

El anciano lanzó una bocanada de humo.

—Ya verás como organizamos una buena cacería antes de que te vayas.

—¿Cuántas tienes ya, Buddy? —dijo Rafe.

—No hay más que catorce —contestó Buddy.

—¿Catorce? —repitió Henry—. No nos las comeremos nunca.

—Podemos soltarlas y volver a cazarlas —sugirió Buddy.

El anciano aspiró pausadamente el humo de la pipa. Los otros también fumaban o mascaban tabaco; Bayard sacó sus cigarrillos y le ofreció uno a Buddy, que hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Todavía no ha empezado a fumar —dijo Rafe.

—¿No? —preguntó Bayard—. ¿Cómo es eso, Buddy?

—No lo sé —contestó Buddy, desde su oscuro rincón—. Creo que no he tenido tiempo de aprender.

El fuego crepitaba y lanzaba chispas chimenea arriba; de cuando en cuando Stuart, el que estaba más cerca de la leña, añadía otro tronco. El perro a los pies del anciano olfateaba en sueños; en una ocasión cenizas casi impalpables volaron desde el hogar hasta su hocico y el perro estornudó y se despertó, alzó la cabeza, miró con ojos entornados el rostro del anciano y se volvió a adormilar. Ninguno de ellos se movía ni decía una palabra, como si el fuego de la chimenea hubiera esculpido en la penumbra sus graves rostros, de perfil aquilino, dibujados por un solo pensamiento y pulidos y coloreados por una misma mano. El anciano vació cuidadosamente la pipa y consultó su voluminoso reloj. Las ocho en punto.

—Nosotros nos levantamos a las cuatro —le dijo a Bayard—. Pero tú no tienes que levantarte hasta que sea de día. Henry, trae la garrafa.

—A las cuatro —repitió Bayard, mientras Buddy y él se desnudaban a la luz de una lámpara en la fría habitación abuhardillada donde, en una enorme cama de madera con un descolorido edredón hecho de retazos, dormía Buddy—. No entiendo por qué os molestáis en acostaros.

Al hablar, el aliento se convertía en vapor en el aire helado.

—Tienes razón —asintió Buddy, quitándose la camisa por la cabeza y sacando a patadas sus ágiles pantorrillas de caballo de pura raza de los raídos pantalones de color caqui—. No se necesita mucho tiempo para pasar la noche en nuestra casa. Pero

tú eres un invitado —añadió, y había en su voz un leve dejo de envidia y de nostalgia. Nunca más, después de cumplir los veinticinco, le parecería tan apetecible dormir por las mañanas. Los preparativos de Buddy para dormir eran muy simples: se quitaba las botas, los pantalones y la camisa y se acostaba con la ropa interior de lana; desde la cama, asomando sólo la redonda cabeza, contempló a Bayard, que llevaba una camiseta sin mangas y unos calzoncillos cortos muy finos.

—No vas a poder dormir si te acuestas así —comentó Buddy—. ¿Quieres algo de más abrigo?

—No creo que pase frío —respondió Bayard.

Apagó la lámpara soplando, llegó a tientas a la cama sin dejar que los dedos de los pies tocaran el suelo y se metió dentro. El colchón estaba relleno de hojas secas de mazorca, que crujieron susurrando bajo su peso; luego, cada vez que Buddy o él se movían o incluso cuando respiraban hondo, las hojas secas se desplazaban con breves chasquidos.

—Remete bien el edredón por ese lado —le aconsejó Buddy desde la oscuridad, dejando escapar el aliento en un breve suspiro de bienestar. Luego bostezó audible, aunque invisiblemente.

—No te había visto desde hace mucho tiempo —comentó.

—Es cierto. ¿Cuándo fue la última vez? Dos... tres años, ¿no es cierto?

—Mil novecientos quince —contestó Buddy—. La última vez que tú y él... —Luego añadió hablando más despacio—: Lo vi en un periódico cuando pasó. El nombre. En seguida me di cuenta de que hablaban de él. Era un periódico inglés.

—¿Sí? ¿Dónde estabas tú?

—Con los ingleses —contestó Buddy—. Donde nos mandaron. Tierra llana. Con tanta lluvia no sé cómo la desecan lo suficiente para conseguir una cosecha.

—Es cierto.

La nariz de Bayard era un bloque de hielo. Notaba que el aliento se la calentaba un poco y casi podía verlo como un humo translúcido al respirar; también sentía cómo el aire, cuando entraba, volvía a helarle las ventanas de la nariz. Y le parecía sentir cómo las planchas del techo se inclinaban hacia la pared más baja, del lado de Buddy; cómo la atmósfera se concentraba en el rincón más bajo, helada y espesa, demasiado espesa para respirar, como un fango invisible; y él estaba debajo... Notó los secos chasquidos de las hojas de mazorca bajo el peso de su cuerpo y descubrió que estaba respirando entrecortadamente; deseó con toda su alma estar levantado, moviéndose, delante de un fuego, tener luz; no importaba dónde, en cualquier sitio. Buddy yacía a su lado en la oprimente y casi solidificada frialdad, hablando de la guerra muy despacio, con frases a medio construir. Era una historia más bien confusa, sin principio ni fin, con vacilantes referencias a sitios cuyos nombres Buddy era incapaz de pronunciar. Se diría que hablaba de personas sin instrucción, sin antecedentes ni futuro, atrapados como ciegas peonzas en un laberinto de solitarias preocupaciones mutuamente conflictivas, que desembocaban en una pesadilla tan

incomprensible como inevitable.

—¿Qué te pareció el ejército, Buddy? —preguntó Bayard.

—No es gran cosa —respondió el otro—. Apenas hay nada que hacer. Buena vida para un vago —estuvo cavilando durante un momento—. Me dieron un amuleto —añadió con una explosión de tímida y modesta confianza y de serena satisfacción.

—¿Un amuleto? —repitió Bayard.

—Sí; una de esas chucherías de bronce, colgada de una cinta de colores. Tenía intención de enseñártela, pero me olvidé. Ya lo haré mañana. El suelo está demasiado frío para andar por él sin necesidad. Esperaré a que papá haya salido.

—¿Por qué? ¿No sabe que te la dieron?

—Sí lo sabe —contestó Buddy—. Pero no le gusta porque dice que es un amuleto yanqui. Rafe asegura que papá y Stonewall Jackson no se rindieron nunca.

—Sí —asintió Bayard.

Buddy dejó de hablar y suspiró una última vez, como vaciando el cuerpo para recibir el sueño. Pero Bayard seguía con los ojos completamente abiertos, boca arriba. Era como cuando uno está borracho y cada vez que cierra los ojos la habitación empieza a dar vueltas y más vueltas, y entonces hay que estarse completamente quieto en la oscuridad con los ojos muy abiertos para no marearse. Buddy había dejado de hablar y su respiración se había hecho más lenta y regular. Las hojas secas crujieron, quejosas, cuando Bayard se puso de lado muy despacio.

Buddy siguió respirando plácida y regularmente en la oscuridad. Bayard oía su propia respiración, pero por encima de ella, alrededor de ella, envolviéndolo a él, oía sobre todo la otra respiración. Como si él fuera una cosa que respirara dificultosamente a partir de la respiración de Buddy, que utilizaba todo el aire y obligaba a jadear a la entidad más pequeña. Mientras tanto la cosa más grande respiraba plácida y regularmente, sin percatarse de nada, dormida, remota; quizá ¡ay! muerta. Quizá él, Bayard, estaba muerto, y recordó aquella mañana, viviéndola de nuevo con tensa atención: desde el momento en que vio el humo de la primera bala trazadora, hasta que, mientras él resbalaba de ala en ángulo muy pronunciado, surgió —como el alegre flamear de un gallardete anaranjado— la primera llama del Camel de John; luego su hermana hizo aquel gesto que le era tan familiar, y en seguida su cuerpo se desarticuló de forma extraña y repentina al perder el equilibrio en el aire; Bayard vivió de nuevo aquellos momentos como se puede hojear una y otra vez una narración impresa, tratando de recordar, de sentir, una bala que hubiera entrado en su cuerpo o en su cabeza, matándolo a él, a Bayard, en el mismo instante. Eso explicaría muchas cosas: que también él estuviera muerto y que aquello fuera el infierno, que él atravesaba eternamente y siempre con la ilusión de la velocidad, buscando a su hermano que a su vez estaba en otro sitio buscándolo también, destinados ambos a no encontrarse jamás. Bayard giró de nuevo para ponerse de espaldas; las hojas de las mazorcas crujieron secamente bajo él con irónicos susurros.

La casa estaba llena de ruidos; para sus aguzados sentidos el silencio se componía

de innumerables sonidos: la seca agonía de la madera en la helada oscuridad; los chasquidos de las hojas con el ritmo de sus respiraciones; la misma atmósfera, como si el aire fuera hielo derretido en la prensa del frío, oprimiendo sus pulmones. Tenía los pies helados y sus extremidades sudaban de frío; alrededor de su cálido corazón su cuerpo se había convertido en una masa rígida y temblorosa. Bayard sacó los brazos fuera y estuvo un rato sintiendo el frío como un molde de plomo alrededor de ellos. Y todo el tiempo seguía consciente de la respiración regular de Buddy y de la suya, contenida y dificultosa: las dos sin origen visible y sin embargo estrechamente relacionadas entre sí.

Al meterlos otra vez bajo la ropa de la cama, sus brazos seguían fríos cruzados sobre el pecho y sus manos eran como trozos de hielo sobre sus costillas. Se movió con infinitas precauciones, mientras el frío se deslizaba desde los hombros hacia abajo y las ocultas hojas de mazorca parloteaban, e hizo girar las piernas hasta poner los pies en el suelo. Sabía donde estaba la puerta y llegó a tientas hasta ella con los dedos encogidos. La atrancaban con una tabla tan suave al tacto como el hielo, y al intentar abrirla tocó algo que estaba a su lado, algo frío y redondo y vertical; su mano se deslizó hacia abajo, y luego Bayard se quedó un momento en la helada y densa oscuridad con la escopeta en la mano; mientras permanecía así, palpando la recámara con dedos entumecidos, recordó la caja de municiones en el cofre de madera donde descansaba la lámpara. Aún siguió así un momento más, con la cabeza un poco inclinada y la escopeta entre las manos entumecidas; luego la volvió a dejar en el rincón y, sin hacer ruido, sacó cuidadosamente la tabla de las ranuras que la sujetaban. La puerta estaba un poco vencida y al principio hizo un ruido desagradable al rozar con el suelo, pero cogiéndola por el borde con sus dedos helados la alzó, abriéndola por completo y se quedó allí parado.

No había una sola estrella en el cielo, que se había convertido en el flácido cadáver de sí mismo. Yacía sobre la tierra como un globo desinflado; a un lado, sin relieve, destacaba la oscura silueta de la cocina, los árboles de detrás, y formas familiares convertidas en tristes fantasmas por la fría luz cadavérica: el montón de la leña, una herramienta agrícola, un barril junto a la puerta de la cocina, cerca del pilar roto donde él había tropezado al ir a cenar. La grisácea frialdad se filtraba en su interior como el agua en la arena, abriendo canalillos, deteniéndose, tanteando alrededor de una obstrucción para seguir después otra vez hasta penetrar finalmente en sus huesos, vencidos todos los obstáculos. Bayard temblaba de frío; debajo de sus manos la carne se había endurecido perdiendo toda sensación, y sin embargo se estremecía una y otra vez como si algo, dentro de su muerta envoltura, hiciera esfuerzos por liberarse. Encima de su cabeza, sobre el techo de madera se oyó un único golpe muy suave. Como si fuera una señal, el silencio gris empezó a disolverse. Cerró la puerta sin hacer ruido y se volvió a la cama.

Se acostó al lado de Buddy temblando más que nunca, provocando con ello los irónicos susurros de las hojas de mazorca, pero se quedó boca arriba sin moverse,

atento al cuchicheo de la lluvia invernal sobre el tejado. No tamborileaba como la lluvia de verano que atraviesa vigorosamente el aire; era un rumor sin énfasis, como si la atmósfera, pegada al tejado, se disolviese allí mismo y fuera goteando perezosa y regularmente desde los aleros. Su sangre corría otra vez por las venas y la ropa de la cama le daba la sensación de ser hierro o hielo; pero mientras yacía inmóvil bajo la lluvia, la sangre se le fue caldeando hasta que su cuerpo dejó de temblar y cayó en seguida en una especie de torturada e intranquila somnolencia, llena de las tenaces formas de la desesperación, girando y girando en pugna incesante; ... anhelando más ser comprendido que reivindicado; buscando una mano, fuera de quien fuese, que quisiera ayudarlo a salir del caos. Una mano que él rechazaría, por supuesto, pero que bastaría para devolverle su fría suficiencia.

La lluvia seguía cayendo; junto a él Buddy respiraba plácida y regularmente: ni siquiera había cambiado de posición. A ratos Bayard se adormecía: dormitando se sentía perfectamente despierto; en vela, por el contrario, caía en torpor lleno de improbables afanes en el que no encontraba ni alivio ni descanso. Gota a gota la lluvia desgastaba la noche y hacía que pasara el tiempo. Pero tardaba tanto, ¡era tan horriblemente larga la espera! Su sangre cansada, rendida por la lucha, recorría su cuerpo en lentas oleadas que, como la lluvia, desgastaban su carne. Les llega a todos... la Biblia... algún predicador, por lo menos. Quizá lo supiera. Sueño. A todos les llega.

Finalmente, a través de las paredes oyó ruidos. No los reconoció con claridad, pero estaba seguro de que su origen era humano, que los producían personas cuyos nombres y rostros conocía, que se incorporaban otra vez al mundo del que él no había sido capaz de escapar ni siquiera temporalmente; personas para quienes él era... y se sintió reconfortado. Los ruidos siguieron; sin posibilidad de confusión oyó una puerta, y una voz a la que se podría poner un nombre si hiciera un pequeño esfuerzo de concentración; y lo que era todavía mejor: si quería podía levantarse e ir a donde estaban reunidos alrededor de un fuego chisporroteante; a donde había luz y calor. Siguió en la cama, descansando por fin, decidido a levantarse en seguida y reunirse con ellos, retrasándolo sólo un poquito mientras la sangre recorría despacio su cuerpo y se aquietaba su corazón. Buddy respiraba regularmente a su lado, y su propia respiración era ya tan tranquila como la de Buddy mientras los sonidos humanos llegaban susurrantes hasta la fría habitación, creando una atmósfera de hogareña confianza. Les llega a todos, les llega a todos, iba consolándolo su fatigado corazón hasta que, finalmente, Bayard se durmió.

Despertó ya de mañana, todavía cansado y con el cuerpo entumecido: el sueño no había sido reparador. Buddy ya no estaba a su lado y seguía lloviendo, aunque ahora el golpeteo sobre el techo era más pronunciado y el aire más templado, pero con una humedad que se le metía hasta la médula de los huesos; en calcetines y con las botas en la mano, cruzó la fría habitación donde dormían Lee, Rafe y Stuart y encontró a Rafe y a Jackson delante del fuego de la sala de estar.

—Te hemos dejado dormir —dijo Rafe, y después añadió—: Santo cielo, muchacho, parece un fantasma. ¿Es que no has pegado ojo?

—He dormido perfectamente —respondió Bayard.

Después de sentarse se puso las botas a empellones y se ató las correas por debajo de las rodillas. Jackson estaba a un lado de la chimenea; en el rincón en sombra, cerca de sus pies, un amasijo de pequeñas criaturas se movía confusa y silenciosamente. Todavía inclinado sobre sus botas, Bayard preguntó:

—¿Qué es eso que tienes ahí? ¿Qué cachorros son éstos?

—Es una nueva raza que estoy ensayando —contestó Jackson. Rafe se acercó con un vaso lleno hasta la mitad del ambarino whisky de Henry.

—Son de Ethel —dijo—. Dile a Jackson que te cuente la historia después del desayuno. Bébetelo, anda. Pareces destrozado. Buddy ha debido tenerte despierto toda la noche, hablando —añadió con su característica ironía.

Bayardapuró el whisky y encendió un cigarrillo.

—Mandy tiene tu desayuno en el fogón —añadió Rafe.

—¿Ethel? —repitió Bayard—. Ah, la zorra. Quería haberos preguntado anoche por ella. ¿La habéis criado vosotros?

—Sí. Creció con la hornada de perros del año pasado. Fue Buddy el que la cogió, y ahora Jackson quiere revolucionar el mundo de la caza. Está tratando de conseguir una raza con el olfato y la resistencia de los lebreles y la inteligencia y la velocidad de los zorros.

Bayard se acercó al rincón en sombra y examinó a los animalillos con interés y curiosidad.

—No he visto muchas crías de zorro —dijo por fin—, pero desde luego no eran como éstas.

—Eso es lo que parece pensar el General —contestó Rafe.

Jackson escupió en el fuego y se agachó sobre los cachorros. Conocían sus manos y el confuso movimiento del montón se intensificó. Bayard se dio cuenta entonces de que no hacían el menor ruido, de que ni siquiera gemían como otros cachorros.

—Es un experimento —explicó Jackson—. Los chicos se burlan de ellos, pero acabo de destetarlos. Hay que esperar un poco.

—No sé de qué te van a servir —dijo Rafe sin intentar mostrarse diplomático—. No crecerán lo suficiente para ser útiles. Será mejor que vayas a desayunar, Bayard.

—Hay que esperar un poco —repitió Jackson. Tocó el amasijo de cuerpecillos con gesto cariñoso y protector—. No se puede saber nada de un perro hasta que tiene por lo menos dos meses, ¿no es cierto? —buscaba el apoyo de Bayard, mirándolo intensa y dubitativamente bajo sus espesas cejas.

—Será mejor que desayunes, Bayard —repitió Rafe—. Buddy se ha marchado ya.

Se lavó la cara con agua helada en una jofaina de estaño en el porche, y desayunó —huevos con jamón, tortas de masa y melaza— mientras Mandy le hablaba de su hermano. Cuando volvió a la casa Mr. MacCallum estaba allí. Los cachorros seguían

agitándose enmarañadamente en su rincón, y el anciano estaba sentado con las manos en las rodillas, observándolos con burlón regocijo lleno de condescendencia, mientras Jackson los contemplaba desde cerca, con una especie de preocupado revoloteo, como el de una gallina junto a sus polluelos.

—Ven aquí, muchacho —le dijo el anciano a Bayard al verlo aparecer—. Rafe, tráeme un sedal con carnada.

Rafe salió y volvió en seguida con un trozo de tocino al final de un cordel. Después de cogerlo, el anciano se levantó y, sin demasiadas consideraciones, llevó a los cachorros hasta la luz, donde empezaron a arrastrarse fatigosamente. Era la carnada más extraña que Bayard había visto nunca. No había dos que se parecieran y ninguno de ellos era semejante a ningún otro miembro del reino animal. No eran ni zorros ni perros de caza; participaban de los dos y de ninguno; y a pesar de su tierna edad había en ellos algo monstruoso, contradictorio y obscuro. Podía verse el hocico afilado y cruel del zorro entre los ojos tristes y acuosos y las blandas orejas del lebre; o unas orejas lacias que trataban valientemente de permanecer erguidas pero fracasaban lamentablemente al caérseles las puntas; y breves y lacios rabos retocados con una suave pelusa dorada, como el interior de la corteza con pinchos que recubre las castañas. En lo que se refiere a color, abarcaban desde el castaño rojizo, pasando por una especie de leonado, hasta llegar al más característico moteado bajo una débil sombra de pardo grisáceo; y uno de ellos reproducía en miniatura las facciones del viejo General de la manera más cómica, sin olvidar su triste y desilusionada expresión, llena de dignidad.

—Fíjate bien —le conminó el anciano.

Los colocó a todos mirando hacia adelante y balanceó el tocino justo detrás de ellos. Ni uno solo se dio cuenta; luego lo balanceó adelante y atrás por encima de sus cabezas y ni uno solo miró hacia arriba. Luego lo agitó directamente ante sus ojos; siguieron tímidamente acurrucados sobre sus tiernas e inseguras patas y miraron la carne con curiosidad pero sin interés y en seguida volvieron a agitarse confusa y silenciosamente entre ellos.

—No se puede juzgar a un perro... —empezó Jackson. Su padre le interrumpió.

—Fíjate ahora.

Fue sujetando los cachorros con una mano mientras con la otra les iba metiendo el tocino en la boca. Inmediatamente empezaron a agitarse torpe y ansiosamente por encima de su mano, pero Mr. MacCallum apartó el tocino y tirando de la cuerda la fue arrastrando por el suelo justo delante de ellos hasta que llegaron a una especie de medio galope. Luego, ya en el centro de la habitación, retiró la carnada ligeramente hacia un lado; el grupo, sin advertirlo, siguió adelante hasta llegar a un rincón en sombra donde la pared los detuvo, creándose allí otra vez el confuso, paciente y silencioso amasijo de cuerpos. Jackson se levantó de la silla, los recogió y se los llevó junto al fuego.

—Vamos, dime ahora qué te parece esa futura jauría —preguntó el anciano—. No

tienen olfato, no saben ladrar y confieso que tampoco estoy muy seguro de que puedan ver.

—No se puede juzgar a un perro... —intentó otra vez Jackson pacientemente.

—El General sí puede —le interrumpió su padre—. Rafe, llama al General.

Rafe se acercó a la puerta y llamó al perro que se presentó en seguida, arañando un poco el suelo con las patas y la moteada piel cubierta de gotas de lluvia; luego se detuvo y contempló el rostro del anciano con grave expresión inquisitiva.

—Ven aquí —dijo Mr. MacCallum, y el perro dio unos pasos hacia adelante, con calmosa dignidad. En aquel momento vio a los cachorros bajo la silla de Jackson. Se detuvo a mitad de una zancada y se los quedó mirando fascinado, estupefacto y con una especie de indescriptible horror; después lanzó a su amo una mirada de dignidad herida, llena de reproches, se dio la vuelta y salió de la habitación con el rabo entre las piernas. Mr. MacCallum se sentó y empezó a reír silenciosamente.

—No se puede juzgar a un perro... —repitió Jackson. Se agachó, recogió a sus protegidos y se puso en pie.

Mr. MacCallum seguía riendo en silenciosas oleadas.

—No se lo echo en cara, desde luego —dijo—. Si yo tuviera que mirar a un grupo de tipejos como esos y decirme a mí mismo, son mis hijos... —pero Jackson se había marchado. El anciano siguió riendo satisfecho—. Sí, señor; creo que me sentiría tan orgulloso como él. Rafe, alcánzame la pipa.

Llovió todo aquel día, al día siguiente y al otro. Los perros se movían furtivamente por la casa por la mañana, estorbando, o hacían breves excursiones por el exterior, para volver, tumbarse delante del fuego, y malolientes y humeantes descabezar un sueño hasta que aparecía Henry y los echaba de la casa; desde la puerta Bayard vio dos veces a Ethel, la zorra, desapareciendo con ágil desconfianza al otro lado del patio. Con la excepción de Henry y Jackson, que estaban algo reumáticos, los otros se pasaban la mayor parte del día bajo la lluvia, ocupados en tareas al aire libre. Pero a las horas de las comidas se reunían de nuevo; al llegar se quitaban los impermeables o las cazadoras húmedas en el porche, y entraban pisando fuerte para tirar en seguida las botas embarradas y humeantes junto al fuego, mientras Henry salía en busca del agua caliente y de la garrafa de whisky. El último en llegar, calado hasta los huesos, era siempre Buddy.

Buddy tenía una manera muy suya de alzarse ágilmente de su rincón junto a la chimenea a cualquier hora del día y marcharse sin decir una palabra, para volver al cabo de dos, o de seis, o de doce, o de veinticuatro o cuarenta y ocho horas; durante aquellos períodos, a pesar de la presencia de Jackson y frecuentemente de la de Lee, la casa producía una vaga impresión de estar desierta, hasta que Bayard se dio cuenta de que también faltaban la mayoría de los perros. Se había ido de caza, le dijeron a Bayard cuando Buddy llevaba ausente desde el desayuno.

—¿Por qué no me lo ha dicho? —quiso saber.

—Quizá pensó que no tendrías ganas de salir con este tiempo —sugirió Jackson.

—A Buddy no le importa el mal tiempo —explicó Henry—. Para él todos los días son iguales.

—A Buddy le da todo igual —intervino Lee, con su voz vehemente llena de amargura. Cavilaba sentado junto al fuego, mientras sus manos femeninas se movían inquietas sobre sus rodillas—. Se ha pasado toda la vida en la hondonada del río con un pedazo de pan de maíz y unos cuantos perros por toda compañía —se levantó bruscamente y salió de la habitación. Lee andaba cerca de los cuarenta. De niño había sido enfermizo. Tenía una hermosa voz de tenor y estaba muy solicitado para cantar en la iglesia los domingos. Se daba por seguro que cortejaba a una muchacha, vecina de Mount Vernon, a seis millas de la casa de los MacCallum. Pasaba mucho tiempo dando melancólicos y solitarios paseos por el campo.

Henry escupió en el fuego y giró la cabeza al oír salir a su hermano.

—¿No ha estado en Vernon últimamente?

—Rafe y él estuvieron allí hace dos días —contestó Jackson.

Bayard dijo:

—No creo que la lluvia me haga daño. ¿Podría alcanzarlo si saliera ahora?

Los otros reflexionaron durante un rato, escupiendo en el fuego sesudamente.

—Tengo mis dudas —dijo Jackson por fin—. Es muy posible que Buddy esté ya a más de diez millas de aquí. Será mejor que la próxima vez lo cojas antes de que salga.

Bayard lo hizo así y Buddy y él trataron de cazar aves por campos donde todo parecía quedar reducido a su propio esqueleto bajo la lluvia y donde las escopetas producían un ruido apagado y triste que se prolongaba en el aire lleno de humedad como una mancha que se extiende; o bien se llegaban hasta las rebalsas estancadas a lo largo del canal en busca de patos y de gansos; también, acompañados de cuando en cuando por Rafe, cazaban mapaches y gatos monteses en la hondonada del río. A veces, muy a lo lejos, oían los penetrante aullidos de los perros jóvenes en desenfrenada carrera.

—Ahí va Ethel —solía señalar Buddy.

Hacia el final de la semana el tiempo mejoró y en un atardecer cuando la helada era inminente y el rastro quedaba pegado a la tierra húmeda, el viejo General se lanzó en persecución del zorro viejo que tantas veces había conseguido escabullirse.

Durante toda la noche las resonantes voces de los perros vibraron y se alzaron y sus ecos se extendieron entre las colinas, mientras todos ellos, menos Henry, los seguían a caballo, guiándose por los gritos, pero sobre todo por la asombrosa y al parecer clarividente habilidad del anciano Mr. MacCallum y de Buddy para saber de antemano la trayectoria del zorro y de sus perseguidores. En algunas ocasiones tenían que pararse mientras Buddy y su padre discutían sobre la dirección que iba a tomar el animal perseguido, pero de ordinario los dos coincidían, anticipando al parecer los movimientos del zorro antes de que él los decidiera. Una y otra vez detuvieron sus

monturas en lo alto de una colina a la helada luz de las estrellas, hasta que las voces de los perros surgían de la oscuridad tristes y vibrantes, aumentando en volumen y acercándose hasta pasar, invisibles, a cosa de media milla de donde ellos se encontraban, para irse desvaneciendo después poco a poco, con intervalos como los de un repicar de campanas.

—¿Hay mejor música para un hombre? —exclamó Mr. MacCallum, bien arropado en su gruesa cazadora, montado en un caballo blanco.

—Espero que lo atrapen esta vez —dijo Jackson—. El orgullo del General se resiente mucho cada vez que se les escapa.

—No lo pillarán —dijo Buddy—. En cuanto se canse se esconderá entre las peñas.

—Imagino que tendremos que esperar a que las crías de Jackson se hagan mayores —sugirió el anciano—. A no ser que no quieran perseguir a su propio abuelo. Hasta el momento no han hecho más que comer.

—Hay que esperar —repitió Jackson sin darse por vencido—. Cuando esos cachorros hayan crecido lo suficiente...

—Escuchad.

Cesó la charla y de nuevo, rompiendo el silencio, las voces de los perros resonaron entre las colinas. Largos y resonantes gritos que se apagaban y hacían más graves en un trémolo prolongado, como sonidos de campanas o de cuerdas vibrantes, repetidos y sostenidos por los ecos que reverberaban y morían entre las oscuras colinas bajo las estrellas, pero que aún persistían en el oído con una musicalidad cristalina, lastimeros y llenos de valor y también un poco tristes.

—Es una lástima que Johnny no esté aquí —dijo Stuart con voz sosegada—. Hubiera disfrutado con este zorro.

—Era un cazador excelente —asintió Jackson—. Podía competir incluso con Buddy.

—Era un gran muchacho —dijo el anciano.

—Sí, señor —repitió Jackson—. Un chico con un corazón de oro. Henry dice que nunca venía a casa sin traerles a Mandy y a los muchachos alguna cosa de la ciudad.

—Nada le hacía volverse cuando iba de caza —dijo Stuart—. No le importaban nada ni el frío ni la lluvia, incluso cuando era muy pequeño y tenía aquella escopeta de un solo cañón que compró con su dinero y que lo echaba para atrás cada vez que disparaba. Pero la llevaba siempre en lugar de la escopeta del dieciséis que le regaló el Coronel porque la había comprado con sus ahorros.

—Sí —asintió Jackson—, si alguien se pone a hacer algo por decisión propia, tiene que seguir hasta el fin sin desanimarse.

—Desde luego, no había nadie como él para cantar y gritar —dijo Mr. MacCallum—. Asustaba toda la caza en diez millas a la redonda. Me acuerdo de aquella noche que iba delante en dirección al puente de Samson y cuando nos dimos cuenta, el zorro y él venían flotando río abajo sobre el mismo madero, y Johnny

cantando a voz en grito.

—Así era Johnny —asintió Jackson—. Disfrutaba de lo lindo con cualquier cosa.

—Era un gran muchacho —repitió Mr. MacCallum.

—Escuchad.

De nuevo se oyeron los gritos de los perros en la oscuridad por debajo de ellos. El sonido subió flotando por el aire helado, muriendo en ecos que lo repitieron hasta que ya no era posible saber de dónde procedía, como si la tierra misma hubiera descubierto su propia voz, solemne, triste y desesperada por el peso de todos los remordimientos del mundo.

No faltaban más que dos días para Navidad y estaban todos sentados una vez más alrededor del fuego después de la cena; el viejo General dormitaba a los pies de su amo. Al día siguiente alguien iría con el carro a la ciudad, y, aunque con la característica e impecable hospitalidad de los MacCallum nadie había dicho una sola palabra sobre su marcha, Bayard estaba convencido de que todos daban por sentado que se pondría en camino al día siguiente para pasar la Navidad en su casa; y también imaginaba que como él no había dicho nada, existía en sus mentes un poco de curiosidad al respecto y que hacían alguna que otra cabala.

El frío era tan intenso que los troncos de la chimenea estallaban y crujían lanzando violentas chispas y pequeñas brasas que llegaban hasta la habitación donde alguna bota perezosa se encargaba de aplastarlas. Bayard se dejaba envolver por la somnolencia, distendiendo sus cansados músculos en las sucesivas oleadas de tibieza como en un baño caliente y concediendo también a la inacabable contienda que tenía su corazón por escenario una tregua temporal. Al día siguiente tendría tiempo para decidir si se marchaba o no. Quizá se quedara, sin ofrecer la explicación que nunca llegarían a pedirle. Pero después se dio cuenta de que Rafe, Lee, o el que fuera a Jefferson, hablaría con la gente y se enteraría de lo que él no había tenido el valor de decirles.

Buddy había salido de su oscuro rincón y estaba acuclillado en el centro del semicírculo, de espaldas al fuego, los brazos alrededor de las rodillas, dando muestras de su extraordinaria habilidad para sentarse sobre los talones por tiempo indefinido sin cansarse. Era el benjamín y no tenía más que veinte años. Su madre había sido la segunda mujer del anciano Mr. MacCallum y sus ojos de color avellana y el tupido pelo rojizo que llevaba casi cortado al cero y que ponía de relieve la redondez de su cabeza, constituían un notable contraste con los ojos castaños y el cabello negro de los otros. Pero las facciones del anciano habían marcado el rostro de Buddy tan claramente como el de sus otros hijos y, a pesar de su juventud, era igual que el de los demás: aquilino y enjuto, reservado y serio, aunque un poco sonrosado debido a su juventud y a su piel más delicada.

Los demás eran de estatura media o más bien bajos, desde la diluida y hasta cierto

punto engañosa delgadez de Jackson, pasando por la plácida rotundidad de Henry y el reposado y macizo vigor de Rafe —Raphael Semmes era su nombre completo— y de Stuart, hasta la delgada y vehemente movilidad de Lee; pero Buddy, con su esbeltez de árbol joven, era tan alto como aquel padre suyo que llevaba sus setenta y siete años como si no le pesaran más que una camisa de batista. «Ese pillo larguirucho —solía decir el anciano con fingido menosprecio—, se conserva tan delgado como una sombra porque siempre está llevando de un sitio para otro toda la comida que se mete entre pecho y espalda». Y todos se quedaban silenciosos, contemplando el esbelto y acerado cuerpo de Buddy con idéntico pensamiento, con una idea que todos consideraban exclusivamente suya y que ninguno de ellos confiaba a los demás: que Buddy se casaría algún día y perpetuaría su nombre.

Buddy se llamaba igual que su padre, aunque es casi seguro que no lo sabía nadie con la excepción de su familia y del Ministerio de la Guerra. A los diecisiete años se había escapado para alistarse en el ejército; en el campamento de infantería en Arkansas a donde lo mandaron, otro recluta le llamó Virge y Buddy se peleó con él sin darle tregua y sin cólera durante siete minutos; en el muelle de embarque en Nueva Jersey otro soldado hizo lo mismo y Buddy también se peleó con él, sin ceder y empleándose a fondo pero sin cólera. En Europa, poniendo siempre por obra los profundos pero nada complejos impulsos de su naturaleza, había conseguido, quizá inadvertidamente, llevar a cabo algo que más adelante se pudo saber de fuente autorizada había causado serias molestias al enemigo, debido a lo cual Buddy recibió su amuleto, como él lo llamaba. Nadie consiguió que explicara lo que había hecho y como además la condecoración no sólo no aplacó el enojo de su padre ante el hecho de que un hijo suyo se hubiera alistado en el ejército Federal sino que sirvió para echar más leña al fuego, el oropel militar languidecía entre las escasas posesiones de Buddy y su carrera castrense no se mencionaba nunca en el círculo familiar; y en aquel momento Buddy estaba como de costumbre acuclillado entre ellos, de espaldas al fuego y rodeándose las rodillas con los brazos, mientras ellos hablaban de la Navidad junto a la chimenea, saboreando el ponche caliente de antes de irse a la cama.

—Pavo —decía el anciano, manifestando su disgusto con el retumbar de la voz—. Tenemos una jaula llena de zarigüeyas, la hondonada junto al río rebosante de ardillas y de patos y la despensa hasta los topes de carne ahumada y os empeñáis en ir a la ciudad y comprar un pavo para la comida de Navidad.

—Navidad no es Navidad a no ser que uno coma algo un poco diferente de los demás días —hizo notar Jackson tímidamente.

—Lo que queréis es una excusa para ir a la ciudad, haraganear todo el día y gastar dinero —replicó el anciano—. He pasado muchas más navidades que vosotros y si para hacer fiesta hay que comprar cosas en una tienda, os digo que eso no es Navidad.

—¿Y qué me dice de la gente que vive en la ciudad? —preguntó Rafe—. A esos

no les deja usted que celebren la Navidad en absoluto.

—No se la merecen —replicó secamente el anciano—, viviendo como viven en un trozo de tierra de dos pies por cuatro, apretados contra la puerta trasera del vecino y comiendo cosas en lata.

—Imaginaos que se hartaran todos los de la ciudad —dijo Stuart—; que vinieran aquí y ocuparan la tierra; entonces sí que oiríais a papá maldecir de la ciudad. No resistiría usted sin una ciudad que tenga a la gente amontonada, y usted lo sabe mejor que nadie.

—Id a comprar pavos —repitió Mr. MacCalhim rebosante de indignación—. Id a comprarlos. Todavía recuerdo el tiempo en que podía coger una escopeta, cruzar el umbral de la puerta y cazar un pavo en treinta minutos. Y un pernil de venado en otra hora más. Vosotros no sabéis nada de la Navidad. No conocéis más que escaparates llenos de cocos, de pistolas de juguete yanquis y de cosas parecidas.

—Sí, señor —dijo Rafe, y le hizo un guiño a Bayard—; ésa fue la mayor equivocación que el mundo ha cometido nunca, la rendición de Lee. Este país nunca volverá a levantar cabeza.

El anciano lanzó un gruñido.

—Que me aspen si no he criado la partida de hijos más lista del mundo. No les puedo decir nada, no les puedo enseñar nada; ni siquiera puedo sentarme delante de mi propio fuego sin que se pongan todos a decirme qué es lo que habría que hacer para gobernar este maldito país. Vamos, chicos, es hora de irse a la cama.

A la mañana siguiente, Jackson, Rafe, Stuart y Lee salieron al amanecer con el carro camino de la ciudad. Ninguno de ellos había dado todavía el menor signo de interés o manifestado curiosidad sobre si encontrarían a Bayard cuando regresaran aquella noche o si tendrían que pasar otros tres años antes de volver a verlo. Bayard se quedó en el porche, blanqueado por la escarcha, fumando un cigarrillo en el frío y brillante amanecer, y contempló cómo se alejaba el carro y las cuatro figuras embozadas, preguntándose si serían tres años o tal vez nunca. Los perros de caza se acercaron y se restregaron contra él y Bayard dejó caer una mano entre frías narices y caudas lengüetadas, mirando hacia los árboles desde donde llegaba el traqueteo del carro con absoluta nitidez, transmitido por el aire transparente de aquella mañana sin ruidos.

—¿Listo? —dijo Buddy detrás de él; y Bayard se dio la vuelta y cogió su escopeta que estaba apoyada contra la pared. Los perros se movieron en oleadas alrededor de ellos con gemidos de impaciencia y humeantes respiraciones. Buddy los llevó hasta un cobertizo, metiéndolos dentro y cerrando la puerta a pesar de sus sorprendidas protestas. De otra perrera sacó a Dan, el joven perdiguero. Detrás de ellos los podencos siguieron alzando sus sorprendidas y dulces quejas.

Cazaron hasta el mediodía en los desolados campos en barbecho en las lindes de los bosques mientras subía algo la temperatura. La escarcha desapareció en seguida y

el aire se calentó hasta convertirse en una tibieza sin una brizna de viento; dos veces vieron salir cardenales de entre los brezos como flechas escarlatas. Finalmente, sin guiñarlos, Bayard alzó los ojos al sol.

—Tengo que volver, Buddy —dijo—. Regreso a casa esta tarde.

—De acuerdo —accedió Buddy sin la menor protesta. En seguida llamó al perro—. Vuelve el mes que viene.

Mandy les preparó algo de comer y almorzaron. Mientras Buddy iba a ensillar a Perry, Bayard entró en la casa, donde Henry estaba ocupado poniendo suelas a un par de zapatos y Mr. MacCallum leía el periódico de hacía una semana con unas gafas con montura de acero.

—Imagino que te estarán echando de menos en tu casa —comentó el anciano—. Tienes que volver el mes que viene para echarle mano a ese zorro. Si no lo cogemos pronto el General no podrá ir con la cabeza alta entre todos los cachorros.

—De acuerdo —contestó Bayard—, vendré.

—Y trata de convencer a tu abuelo para que se venga contigo. Aquí puede aburrirse igual que en la ciudad.

—De acuerdo, lo haré.

Luego Buddy llevó el caballo hasta la puerta y el anciano extendió la mano sin levantarse. Henry dejó sus zapatos y salió al porche tras Bayard.

—No dejes de volver —dijo tímidamente, estrechando la mano del otro con un solo movimiento de arriba abajo; y desde el centro de una babeante oleada de inquisitivos podencos a medio crecer Buddy le ofreció también su mano.

—Te estaremos esperando —dijo lacónicamente; Bayard dio la vuelta al caballo y cuando miró para atrás, los dos hermanos alzaron la mano con gesto solemne. Después Buddy le llamó con un grito, Bayard giró de nuevo a Perry y volvió junto al porche. Henry había desaparecido y cuando regresó lo hizo con un talego de arpillera que contenía algo pesado.

—Casi me olvido —dijo—. Una garrafa de whisky que papá le manda a tu abuelo. No lo encontrarás mejor en Looeyvul ni en ningún otro sitio —añadió con sereno orgullo.

Bayard le dio las gracias y Buddy ató el talego al arzón de la silla, donde quedaba bien sujeto contra su pierna.

—Ahí está bien. No te molestará al cabalgar.

—No, ahí no. Muchas gracias.

—Hasta la vista.

—Hasta la vista.

Perry se puso en marcha y él miró para atrás. Todavía estaban allí, tranquilos, serios e inmutables. Junto a la puerta de la cocina Ethel, la zorra, le miraba furtivamente; cerca de ella, los cachorros a medio crecer se revolcaban y jugaban al sol. Faltaba todavía una hora para el crepúsculo; el camino iba curvándose bajo los árboles. Miró otra vez para atrás. La casa se extendía, irregular, en el atardecer de

invierno, con un inmóvil penacho de humo que se recortaba contra el cielo en calma. La puerta estaba otra vez vacía. Bayard puso a Perry al trote corto que le permitía avanzar sin cansarse y la garrafa de whisky empezó a chocar suavemente contra su rodilla.

EN EL SITIO donde del camino principal arrancaba la senda apenas marcada y con poco tránsito que llevaba a casa de los MacCallum, Bayard hizo detenerse a Perry y permaneció inmóvil durante un rato bajo el crepúsculo. A Jefferson, 14 millas. Rafe y los otros aún tardarían algún tiempo en volver porque también era víspera de Navidad en la ciudad y los caminos estarían llenos de gente que iba a celebrar la fiesta con sus familiares. Pero podían haber salido pronto para estar en casa al anochecer; podían estar a menos de una hora de camino. Los rayos del sol, al hacerse oblicuos, dejaban escapar el frío que habían mantenido prisionero en la tierra durante las horas en que cayeran perpendicularmente, y el frío se alzaba lentamente a su alrededor mientras mantenía a Perry inmóvil en el centro del camino. Poco a poco su sangre se fue enfriando al cesar los movimientos del caballo. Luego hizo que Perry tomara la dirección contraria a la ciudad y que avanzara con su habitual trote corto.

Pronto le alcanzó la noche, pero siguió cabalgando bajo los árboles desnudos, a lo largo de un camino apenas visible bajo la luz de las estrellas. Perry iba ya pensando en el establo y en la cena y avanzaba con vacilantes e inquisitivos movimientos de cabeza, pero obedientemente y sin disminuir la marcha, y sin saber dónde iban ni por qué, pero sí que se alejaban de casa; sintiendo algunas dudas pero todavía confiado. El frío fue aumentando en medio del silencio, de la soledad y de la monotonía. Bayard detuvo a Perry, sacó la garrafa, bebió y volvió a atar el talego a la silla.

Las colinas se alzaban a su alrededor oscuras y desoladas; no encontraba ningún signo que indicara la proximidad de casas, ningún vestigio de la mano del hombre. Por todas partes las colinas se alejaban, oscuras, unas detrás de otras, bajo la luz de las estrellas; o bien, si el camino se hundía por un valle en el que los surcos endurecidos resonaban ya como planchas de hierro bajo los cascos de Perry, se erguían a su alrededor oscuras y siniestras, alzando las desnudas ramas de sus árboles contra el cielo centelleante. En el sitio donde una filtración invernal atravesaba el camino, las pezuñas de Perry quebraron la fina lámina de hielo y Bayard aflojó las riendas mientras el caballo olisqueaba el agua. Él bebía otra vez de la garrafa.

Encendió torpemente una cerilla con dedos entumecidos, la aplicó a un cigarrillo y alzando la manga de la camisa vio en su reloj de pulsera que eran las once y media.

—Bueno, Perry —su voz resonó con inesperada fuerza en medio del silencio, de la oscuridad y del frío—, me parece que será mejor buscar un sitio donde refugiarnos hasta mañana.

Perry levantó la cabeza y resopló como si hubiera entendido sus palabras, como si estuviera dispuesto a compartir la sombría soledad en que habitaba su jinete, si ello fuera posible. Siguieron adelante, ascendiendo de nuevo.

La inacabable oscuridad disminuía un poco cuando algún campo, iluminado por la incierta luz de las estrellas, rompía la monotonía de los árboles; al cabo de un rato

en el que Bayard dejó las riendas sueltas sobre el cuello de Perry para meter las manos en los bolsillos, buscando algo de calor entre cuero e inglete, apareció ante ellos un edificio para almacenar algodón a un lado del camino, con un helado resplandor en el tejado, como de plata. No puede faltar mucho, se dijo Bayard, inclinándose hacia adelante y poniendo una mano en el cuello de Perry para sentir el calor de su sangre incansable.

—Pronto estaremos en casa, Perry, si vamos mirando con cuidado.

El caballo relinchó un poco, como si hubiera entendido, y en seguida se salió del camino; al tirar de las riendas también Bayard vio la débil huella de una senda para carros que descendía hacia un confuso grupo de árboles.

—Buen chico, Perry —dijo Bayard, aflojando otra vez las riendas.

La casa era una cabaña. Estaba a oscuras, pero un escuálido podenco acudió desde la parte de atrás, se puso a ladrar y estuvo alborotando mientras Bayard detenía a Perry y llamaba a la puerta con una mano entumecida. Desde dentro de la casa les llegó por fin una voz.

—Buenas noches —gritó Bayard. Y añadió—: Me he perdido. Abran.

El perro seguía ladrándole incansable. Al cabo de un momento apareció en la puerta una rendija que dejaba ver el resplandor moribundo de unos rescoldos y por la que escapó un fuerte olor a negro. Recortada contra la tibia rendija, surgió una cabeza.

—Jule —ordenó su poseedor—. Cállate la boca.

El podenco, obediente, dejó de ladrar y se retiró detrás de la cabaña, gruñendo.

—¿Quién es usted?

—Me he perdido —repitió Bayard. ¿No podría pasar la noche en el granero?

—No tengo granero —contestó el negro—. Hay otra casa un poco más abajo siguiendo por la carretera.

—Le pagaré —Bayard se buscó en el pantalón con una mano entumecida—. Mi caballo está agotado —la cabeza del negro se asomó un poco más, recortada contra el resplandor del fuego—. Vamos, hombre —añadió Bayard, impaciente—, no me tenga aquí fuera pasando frío.

—¿Quién es usted?

—Bayard Sartoris, de Jefferson. Tome —y extendió la mano. El negro no hizo el menor intento de coger lo que le ofrecía.

—¿Familia de Sartoris, el banquero?

—Sí, tome.

—Espere un momento.

La puerta se cerró. Pero Bayard tiró de las riendas. Perry se puso dócilmente en marcha, dieron la vuelta alrededor de la casa y luego avanzaron entre tallos de algodón endurecidos por la helada, que le golpeaban con un ruido seco a la altura de las rodillas. Mientras Bayard se apeaba del caballo sobre los surcos helados, frente a un desvencijado portón, procedente de la cabaña apareció un farol balanceándose

muy bajo entre los tallos de algodón y la sombra de las piernas del negro; el dueño de la casa traía un bulto informe bajo el brazo y al llegar hasta donde estaba Bayard se quedó quieto, sosteniendo el farol mientras Bayard desensillaba el caballo.

—¿Cómo es posible que esté usted tan lejos de su casa a esas horas de la noche?

—Me he perdido —contestó Bayard lacónicamente—. ¿Dónde puedo dejar el caballo?

El negro movió el farol indicando una casilla del establo. Perry atravesó cuidadosamente la entrada y luego volvió la cabeza hacia la luz del farol, lanzando destellos fosforescentes al girar los ojos; Bayard le siguió al interior de la casilla y estuvo frotándole la piel con el lado seco del sudadero. El negro había desaparecido, pero regresó en seguida con unas cuantas mazorcas y las dejó caer en el pesebre, junto al sitio donde Perry horticaba ya afanosamente.

—¿Tendrá usted cuidado con el fuego, verdad?

—Por supuesto. No voy a encender ni una cerilla.

—Tengo aquí todos mis animales, los aperos y los piensos —le explicó el negro—. No puedo dejar que se me quemen. Las compañías de seguros no llegan tan lejos de la ciudad.

—Por supuesto —repitió Bayard. Cerró la puerta de la casilla de Perry, y mientras el negro le miraba cogió el talego de arpillera que había dejado apoyado contra la pared y sacó la garrafa—. ¿No tiene un vaso?

El negro desapareció de nuevo; Bayard veía la luz del farol a través de las grietas de la pared del cuartucho que estaba adosado a la pared de enfrente. Cuando el otro reapareció lo hizo con una lata oxidada, de la que al soplar salió una nubécula de paja muy menuda. Bebieron los dos. Detrás, Perry masticaba ruidosamente su maíz. El negro le mostró la escalera del sobrado.

—Tendrá cuidado con el fuego, ¿verdad? —repitió con expresión preocupada.

—Claro que sí —dijo Bayard—. Buenas noches.

Puso la mano en la escalera, pero el negro le detuvo para entregarle el bulto informe que había traído de la casa.

—Sólo tengo éste de más pero algo le ayudará. Va a pasar frío ahí arriba.

Era un edredón raído, pringoso al tacto e impregnado del inconfundible olor de los negros.

—Gracias —contestó Bayard—. Le estoy muy agradecido. Buenas noches.

—Buenas noches.

El farol se alejó entre parpadeos, alumbrando las piernas del negro al cruzarse y descruzarse, y Bayard subió a las tinieblas y al seco y acre aroma del heno. Allí se hizo a oscuras una especie de nido, se introdujo en él como pudo, se envolvió en el edredón, con el pringue, el olor y todo lo demás y metió las manos heladas dentro de la camisa, apoyándolas contra el pecho. Al cabo de un rato, pero muy lentamente sus manos empezaron a calentarse, hormigueando un poco, pero su cuerpo aún seguía tiritando de frío y de agotamiento. Debajo de él Perry masticaba con calma en la

oscuridad, golpeando el suelo de cuando en cuando, y gradualmente Bayard dejó de tiritar. Antes de dormirse sacó el brazo y miró la esfera luminosa de su reloj. La una. Ya era Navidad.

Le despertó el sol que entraba en barras rojas por las rendijas de la pared, y se quedó un rato tumbado en su duro lecho, sintiendo en el rostro un aire frío y lleno de luz como agua helada, y preguntándose qué sitio era aquél. Terminó por recordarlo y al moverse descubrió que tenía el cuerpo entumecido por el frío de la noche y que la sangre se le movía por las extremidades como si estuviera hecha de perdigones. Sacó las piernas de su olorosa cama, pero dentro de las botas sus pies eran un peso muerto, y tuvo que hacer flexiones de rodillas y de tobillos durante un rato antes de que sus pies se despertaran con una sensación de candentes pinchazos.

Sus movimientos eran rígidos y torpes, y descendió la escalera lenta y cautelosamente hasta llegar a la roja mancha de sol que iluminaba el zaguán como un clamor de trompetas. El sol estaba exactamente encima del horizonte, enorme y rojo; y el tejado, los postes de la valla, los desperdigados aperos de labranza que se oxidaban delante del establo y los muertos tallos de algodón que llegaban hasta la puerta de atrás de la cabaña, estaban cubiertos de escarcha, y el sol la convertía en brillantes adornos rosados, como si el paisaje fuera una tarta de cumpleaños. Perry sacó la esbelta cabeza por encima de la puerta de la casilla y relinchó saludando a su amo, con chorros de vapor que se disolvían instantáneamente. Bayard le dijo unas palabras y le acarició el hocico. Cuando había sacado otra vez la garrafa y estaba bebiendo, apareció el negro en el zaguán con un cubo de leche.

—¡Regalo de Navidad!^[21] —dijo, echando una ojeada a la garrafa. Bayard le dio de beber—. Gracias. Entre usted en la casa y caliéntese junto al fuego. Ya le daré yo de comer al caballo. La vieja le ha preparado el desayuno. —Bayard recogió el talego; al llegar junto al pozo que había detrás de la cabaña, sacó un cubo de agua helada y se mojó la cara.

En la decrepita chimenea el fuego ardía entre cenizas, trozos de madera chamuscados y un confuso montón de cacharros de cocina. Bayard cerró la puerta, dejando fuera el frío luminoso, y se encontró envuelto en una caldeada atmósfera sin ventilar, hecha de fuertes y rancios olores animales, tan intensa como una droga. Una mujer inclinada sobre el fuego contestó tímidamente a su saludo. Tres negritos se inmovilizaron en un rincón y lo contemplaron con los ojos muy abiertos. Uno de ellos era una niña, vestida con grasientas ropas indescriptibles y con cabellos trenzados y sujetos mediante apretados lazos de sucias tiras de telas de colores. El segundo podía ser niño o niña o cualquier otra cosa. El tercero quedaba prácticamente incapacitado para realizar cualquier movimiento gracias a una prenda fabricada a partir de un juego de ropa interior de lana. Era demasiado pequeño para andar y se arrastraba por el suelo con una especie de intensa determinación sin objetivo preciso; desde las

ventanillas de la nariz a la barbilla le corrían dos brillantes churretes, como si dos caracoles hubieran dejado allí las huellas de su paso.

La mujer, procurando hacerse notar lo menos posible, colocó una silla delante del fuego; Bayard se sentó y acercó las botas a la chimenea.

—¿No se ha tomado usted una copa para celebrar la Navidad? —le preguntó a la negra.

—No, señor. No tenemos nada de beber este año —contestó ella desde detrás. Bayard empujó el talego en dirección a la voz.

—Beba. Hay más que suficiente.

Las tres criaturas, acuclilladas contra la pared, lo contemplaban fijamente, sin moverse ni emitir sonido alguno.

—¿Y vuestros regalos de Navidad? —les preguntó Bayard.

Pero ellos se limitaron a seguirle mirando con la intensa gravedad de los animales hasta que la mujer se volvió y les habló en tono de reprimenda.

—Enseñadle al señor lo que os trajo Santa Claus —les apuntó—. Muchas gracias —añadió, poniéndole sobre el regazo un plato de estaño y a sus pies junto al fuego una taza de loza con desconchones—. Enseñadle los regalos —repitió—. Si no, pensará que Santa Claus no sabe dónde vivís.

Los chiquillos se pusieron en movimiento y de la zona en sombra detrás de ellos —donde los habían escondido al entrar él— sacaron un pequeño automóvil de hojalata, un collar de coloreadas cuentas de madera, un espejito y un grueso bastón de caramelo al que ya se habían adherido sustancias extrañas y que inmediatamente se pusieron a chupar solemnemente, pasándolo de mano en mano. La mujer llenó la taza de Bayard con el contenido de la cafetera colocada sobre el rescoldo, levantó la tapadera que cubría una sartén de hierro, pinchó con un tenedor una gruesa tajada de carne humeante y la llevó hasta su plato; luego rastrilló entre las cenizas un objeto grisáceo, lo limpió, lo partió en dos y lo puso también en el plato. Bayard comió la carne y la torta de maíz y bebió el incoloro e insípido café. Los niños jugaban tranquilamente con sus regalos, pero cuando él levantaba la vista descubría que seguían mirándolo disimuladamente. En seguida entró el negro con el cubo de leche.

—¿Ya le dio de comer la vieja? —preguntó.

—Sí. ¿Cuál es la estación de ferrocarril más próxima?

El negro se lo dijo: estaba a ocho millas.

—¿Podría usted llevarme allí esta misma mañana y dejar mi caballo en casa de los MacCallum la semana que viene, cualquier día que le venga bien?

—Le presté las mulas a mi cuñado —contestó el negro inmediatamente—. No tengo más que una pareja y se la ha llevado.

—Le daré cinco dólares.

El negro dejó el cubo en el suelo y, mientras la mujer se acercaba y lo recogía, empezó a rascarse la cabeza lentamente.

—Cinco dólares —repitió Bayard.

—Mucha prisa tiene usted para ser Navidad.

—Diez dólares —dijo Bayard, impaciente—. ¿No puede conseguir que su cuñado le devuelva las mulas?

—Imagino que sí. Imagino que las traerá a la hora de comer. Puedo llevarle entonces.

—¿Por qué no se las pide ahora? Coja mi caballo y vaya a por ellas. Necesito tomar el tren.

—Todavía no he celebrado la Navidad. Un hombre que trabaja todos los días del año tiene derecho a descansar un poco el día de Navidad.

Bayard lanzó una maldición pero acto seguido añadió:

—De acuerdo, iremos después de comer. Asegúrese que su cuñado trae las mulas a tiempo.

—Vendrá a tiempo; no se preocupe usted por eso.

—De acuerdo. Usted y su mujer beban cuando quieran de la garrafa.

—Muchas gracias, señor.

El viciado aire de la habitación lo amodorraba; el calor llegaba insidiosamente hasta sus huesos, cansados y entumecidos por el frío nocturno. Los negros se movían por la única habitación de la cabaña: la mujer cocinando en la chimenea y los negritos con sus miserables chucherías y su sucio bastón de caramelo. Bayard, sentado en su dura silla, dejó pasar la mañana dormitando. No completamente dormido, pero sí en una región intemporal donde permanecía sin estar despierto y en la que al cabo de un largo intervalo descubrió que algo estaba tratando de penetrar. Bayard contempló aquella vanas tentativas con tranquila indiferencia. Pero por fin aquel algo consiguió romper su aislamiento: era una voz.

—La comida está lista.

Los negros bebieron otra vez con él, amistosamente pero con cierta timidez: dos posiciones antagónicas en razón de raza, sangre, naturaleza y medio ambiente se tocaban por un momento y se mezclaban gracias a una ilusión: que la humanidad pueda olvidar su lujuria, su cobardía y su avaricia un día al año.

—Feliz Navidad —dijo la mujer tímidamente—. Muchas gracias.

Después, la comida: zarigüeya con batatas, más grisáceas tortas de maíz, el recalentado e insípido líquido de la cafetera, y una docena de plátanos y trozos de coco, con los niños arrastrándose alrededor de sus pies como animales que huelen comida. Se dio cuenta de que estaban esperando a que él terminara para empezar ellos, pero consiguió convencerlos para que comieran todos juntos. Por fin (una vez que las mulas fueron milagrosamente devueltas por un cuñado incorpóreo), con la garrafa más que mediada en el suelo del carro entre los pies, Bayard volvió la vista una última vez hacia la cabaña. La mujer estaba en pie junto a la puerta y sobre la chimenea había un pálido e inmóvil penacho de humo.

Contra los escuálidos costillares de las mulas tintineaban los destartalados arneses. El aire era tibio, aunque entretejido ya con una casi impalpable quintaesencia

de frío que aumentaría con la oscuridad. El camino cruzaba la tierra iluminada. De cuando en cuando, a través de las brillantes juncias o de más allá de los bosques sin hojas llegaban los apagados estampidos de las escopetas; a veces se cruzaban con otros carros, con jinetes o con personas que se trasladaban a pie y que levantaban oscuras manos sosegadas en dirección al negro vestido con un capote del ejército bien abotonado y acompañaban el saludo de breves miradas de soslayo al hombre blanco que iba a su lado en el asiento.

—¡Feliz Navidad!

Más allá de las amarillas juncias y de las pardas crestas, las colinas más lejanas se recortaban azuladas contra el cielo immaculado.

—¡Feliz Navidad!

Se detuvieron para echar un trago y Bayard le dio un cigarrillo a su acompañante. El sol quedaba ya tras ellos; sin una nube ni una brizna de viento ni un pájaro en el pálido y sereno azul cobalto.

—¡Qué días tan cortos! Cuatro millas más. Vamos, mulas.

Entre sauces inmóviles, obstinadamente verdes, un seco retumbar de sueltas planchas de madera sobre agua de sonoros fulgores. El camino ascendía rojizo; los pinos se recortaban contra el cielo en dentados baluartes. Llegaron a la cima y ante ellos se extendió una llanura en la que se sucedían juncias bronceadas, oscuros campos en barbecho y pardos bosques; de cuando en cuando una casa envuelta en una neblina azul y resplandeciendo suavemente; y abajo, muy cerca del horizonte, humo.

—Sólo dos millas más.

Detrás de ellos el sol era un globo amarrado una hora en el cielo. Bebieron otra vez.

El sol había tocado ya el horizonte cuando apareció por fin ante ellos el valle donde los relucientes raíles del ferrocarril se perdían entre tejados y árboles; desde lejos les llegó el sonido al ralentí de una fuerte explosión.

—Todavía de fiesta —dijo el negro.

Del fulgor del sol descendieron a una zona de sombras intensas donde, detrás de guirnaldas y campanas de papel, brillaban las ventanas y en los porches se veían los restos, ya apagados, de los fuegos de artificio. Por las calles, niños con chaquetas y jerseys de brillantes colores pasaban velozmente a su lado montados en cochecitos o en relucientes patinetes. De nuevo otra fuerte explosión en el crepúsculo delante de ellos, y en seguida desembocaron en la plaza con su calma dominical, también cubierta de trozos de papel. Bayard sabía que lo mismo estaría pasando en la plaza de Jefferson, con hombres y muchachos que conocía desde la adolescencia haraganeando de la mañana a la noche, bebiendo de cuando en cuando, tirando cohetes y dando monedas de cinco, de diez y de veinticinco centavos a los chicos negros que les gritaban al pasar «¡Regalo de Navidad! ¡Regalo de Navidad!». Se acordó de su propia casa y del árbol de Navidad en el salón, del cuenco de ponche

delante del fuego y de Simón que entraba torpe y desconfiadamente de puntillas en la habitación de los dos hermanos y se detenía, conteniendo la respiración al lado de la cama donde Johnny y él fingían dormir; y de cómo cuando el criado negro ya estaba más tranquilo, los dos gritaban al unísono «¡Regalo de Navidad!», y Simón se entristecía mucho. «¡Vaya! ¿Será posible que me hayáis pillado otra vez?» Pero a media mañana ya se había repuesto, para pasar a un estado de afable e inútil locuacidad a la hora de comer y terminar completamente fuera de combate a la caída de la tarde, mientras Tía Jenny se encolerizaba y juraba que mientras le quedara una brizna de energía, y con la ayuda de Júpiter, nunca más permitiría que la casa se transformase en un bar para negros holgazanes. Y ya de noche un baile en algún sitio, con acebo y muérdago y serpentinas; y las chicas que conocía desde siempre llevarían pulseras nuevas y relojes y abanicos y reirían en un ambiente tibio, entre luces y música...

En una esquina había un pequeño grupo y al pasar el carro y precedido por la precipitada fuga de sus componentes, se dibujó abruptamente en el crepúsculo un resplandor amarillo y la fuerte explosión se prolongó en ecos perezosos entre las silenciosas paredes de las casas. Las mulas tiraron con más fuerza de sus colleras y el carro siguió adelante traqueteando. En la oscuridad creciente, desde las puertas iluminadas donde colgaban campanas de papel y guirnaldas, se oían voces que llamaban con dulce insistencia, y otras de niños que contestaban, suplicantes, reacias, pesarosas. Luego la estación, con un autobús y cuatro o cinco coches alineados delante; Bayard descendió y el negro le tendió el talego desde el carro.

—Muchas gracias —dijo Bayard—. Hasta la vista.

—Hasta la vista.

En la sala de espera, donde estaba encendida una estufa que lanzaba destellos de un rojo escarlata, había alegres grupos, con cazadoras y elegantes abrigos de piel, pero Bayard no entró. Colocó el talego contra la pared y se paseó de arriba abajo por el andén, tratando de calentarse un poco. En las dos direcciones a lo largo de la vía, semáforos verdes brillaban sin parpadeos en el crepúsculo; al alcance de la mano sobre los árboles del oeste, la estrella de la tarde parecía una bombilla encendida en una pared de cristal. Siguió paseando arriba y abajo, mirando de cuando en cuando por las ventanas iluminadas de la sala de espera donde los alegres grupos con sus cazadoras y sus abrigos de piel gesticulaban animadamente aunque sin ruido de palabras; a veces miraba también por la ventana de la sala de espera de los negros, cuyos ocupantes estaban sentados alrededor de la estufa, charlando pacientemente bajo la mortecina luz de una única bombilla. Al darse la vuelta, una voz le habló tímidamente desde las sombras junto a la puerta.

—¡Regalo de Navidad, jefe!

Bayard se sacó una moneda del bolsillo sin detenerse. De nuevo llegó desde la plaza el ruido de otra explosión, y por encima de los árboles un cohete describió una curva, pareció detenerse un momento y luego se abrió como un puño, extendiendo

unos dedos dorados que se desvanecieron en el cielo sereno de color añil sin hacer el menor ruido.

Finalmente llegó el tren y detuvo la larga fila de sus iluminadas ventanillas con una sucesión de chirriantes sonidos. Bayard se echó otra vez el talego a la espalda y en medio de un alegre grupo de personas que se despedían a gritos, se deseaban por última vez unas felices navidades y se daban mensajes para personas ausentes, también él subió al tren, sin afeitar, con botas llenas de marcas y rasguños, manchados pantalones de color caqui, una oscura chaqueta de tweed y un deformado sombrero de fieltro. Cuando encontró una plaza libre se sentó y colocó el talego con la garrafa debajo del asiento.

CINCO

«... y puesto que la esencia de la primavera es la soledad, un poco de tristeza y un débil sentimiento de frustración, imagino que es posible purificarse de manera más completa si se añade a todo esto cierta dosis de nostalgia. Cuando estaba en casa siempre me descubría recordando manzanos, o prados verdes, o el color del mar en otros sitios, y me apenaba no poder estar en todos aquellos lugares al mismo tiempo o que todas las primaveras no pudieran ser una sola, como las bocas de las damas de Byron. Pero ahora parece que he llegado a unificarme, proyectándome hacia un solo objeto muy definido, lo que es un punto a mi favor, después de todo».

La pluma de Horace se detuvo y él contempló la cuartilla cubierta con su letra prácticamente ilegible, mientras las palabras que acababa de escribir se presentaban de nuevo ante su mente acompañadas de una irónica tristeza con gotas de heroísmo; hasta nueva orden había abandonado el escritorio, la habitación, la ciudad y toda la vulgar y chillona improvisación a la que su destino le había conducido; de nuevo su incontrolable y delicada futilidad podía recorrer sin cortapisas la solitaria región en la que había conseguido finalmente concentrar sus partes en continuo conflicto. Los gruesos tallos de las enredaderas que coman a lo largo de los aleros en la veranda de la casa de Jefferson estarían dando ya los primeros brotes de lilas; y sin hacer el menor esfuerzo podía ver el césped bajo los cedros, salpicado de narcisos aquí y allá, entre junquillos que ya se estarían marchitando y gladiolos esperando a que les llegara el turno para florecer.

Pero su cuerpo seguía inmóvil, la mano y la pluma detenidas sobre la cuartilla emborronada, el papel descansando sobre la amarilla superficie barnizada de su escritorio nuevo. La silla en que se sentaba también era nueva; lo mismo le sucedía a la habitación, con sus paredes de un blanco apagado y la carpintería que imitaba madera de nogal. El sol entraba en la habitación durante todo el día sin que lo suavizara ninguna sombra. En las primeras semanas de la primavera había sido agradable, porque el sol entraba entonces a través de la ventana que daba al oeste y caía sobre el escritorio, donde un jacinto blanco florecía en un cuenco marrón de barro vidriado. Pero mientras cavilaba, al ver por la ventana, más allá de un trecho alquitranado que bebía calor como una esponja y lo irradiaba después, y junto a una pared de ladrillo, un grupo de árboles descarnados que alzaban sus mezquinos y tímidos brotes, sintió miedo de los largos días del cálido verano, cuando el sol cayera sobre el tejado inmediatamente encima de él, y recordó su despacho de Jefferson en penumbra y con olor a humedad, en el que siempre parecía entrar la brisa; con sus apretadas hileras de libros polvorientos que nadie cambiaba de lugar y que daban la impresión de emanar frescor y quietud hasta en los días más calurosos. Y pensando en esto, volvió a alejarse del desapacible ambiente de objetos completamente nuevos en que su cuerpo estaba instalado. La pluma siguió escribiendo:

«Quizá después de todo la fortaleza sea una triste imitación de algo que realmente

merece la pena. Al menos para los muchos que avanzan como topos haciendo túneles en la oscuridad, o como los búhos, para quienes la llama de una vela es un exceso. Pero no para los que llevan la paz consigo como la llama de la vela lleva la luz. Siempre me han gobernado las palabras, pero ahora parece incluso que puedo infundir seguridad a mi propia cobardía engañándola un poco. Me atrevo a decir que, como de costumbre, no podrás leer esto o que, al leerlo, no significará nada para ti. Pero habrás cumplido con tu finalidad de todas formas, oh, tú, novia aún inviolada de la quietud».

Eras más feliz en tu jaula, ¿más feliz? pensó Horace, leyendo las palabras que había escrito, con las cuales, como de costumbre, estaba lavando los trapos sucios de una mujer en casa de otra. Repentinamente entró en la habitación una débil brisa; un aroma de acacias, vagamente dulzón, venía con ella, y bajo su soplo se agitó la cuartilla sobre el escritorio, sacándolo de su ensoñación. Como un hombre que se despierta, Horace miró el reloj, volvió a colocarlo en el bolsillo y escribió rápidamente:

«Estamos muy contentos de tener con nosotros a la pequeña Belle. Le gusta vivir aquí: en la casa de al lado hay una familia con muchas niñas; varios escalones de coletas de estopa ante las cuales, preciso es confesarlo, la pequeña Belle se exhibe un poco y adopta aires de superioridad, como le corresponde por derecho de primogenitura. Los niños hacen que cambie por completo el ambiente de una casa. Es una lástima que las agencias no tengan el suficiente sentido común para alquilarlas con niño incluido. Particularmente con una niña como la pequeña Belle, tan seria y tan deslumbrante y con esa especie de intensa madurez tan ajena al mundo de las personas mayores. Bueno, ya sabes cómo es. Aunque en realidad tú no la conoces muy bien, ¿no es cierto? Pero los dos estamos muy contentos de tenerla con nosotros. Creo que Harry...»

La pluma se detuvo y sin apenas apartarla de la cuartilla Horace buscó las palabras que tan pocas veces se le resistían, dándose cuenta al hacerlo de que uno puede mentir sobre otros improvisando sin mayores problemas, pero que mentir sobre uno mismo requiere meditar lo que se va a decir y elegir cuidadosamente las palabras para hacerlo. Luego miró otra vez el reloj, tachó la última frase y escribió: «Recuerdos de Belle, oh, Serena». En seguida secó la cuartilla, la dobló, escribió la dirección en el sobre, puso un sello, se levantó y cogió el sombrero. Si se daba prisa podía conseguir que la carta saliera en el tren de las cuatro.

EN ENERO Miss Jenny recibió una postal de Bayard echada al correo en Tampico; un mes después, desde la Ciudad de México, llegó un telegrama pidiendo dinero. Y aquella fue su última indicación de que pensara seguir en un sitio determinado el tiempo suficiente para poder comunicarse con él, aunque de cuando en cuando indicara dónde había estado mediante llamativas postales, acompañadas de unas cuantas palabras en el estilo sombrío y brutal que le era característico. En abril la tarjeta llegó desde Río, y después hubo un intervalo durante el cual parecía haber desaparecido por completo. Miss Jenny y Narcissa pasaron tranquilamente en casa aquella temporada, mientras los días giraban en torno al niño que había de nacer y al que Miss Jenny había decidido llamar John.

Miss Jenny opinaba que el viejo Bayard se había burlado de todos ellos, cometiendo un delito de lesa majestad contra sus antepasados y contra el trágico hechizo del sino familiar, al morir, como ella decía, de «dentro a fuera». Había adquirido así a sus ojos cierta condición de apestado, y como el joven Bayard estaba más o menos en cuarentena, ni carne ni pescado, le dio por hablar más y más acerca de John. Poco después de la muerte del viejo Bayard, en una repentina fiebre de merodear por la casa y de revolverla de arriba abajo, fiebre que ella denominaba limpieza invernal, encontró entre los recuerdos de la madre de John una miniatura de éste, hecha por un pintor de Nueva Orleans cuando John y Bayard tenían ocho años. Miss Jenny recordaba que había dos, una de cada hermano, y le parecía recordar que las había guardado cuando murió su madre. Pero la otra miniatura no consiguió encontrarla. De manera que encargó a Simón que pusiera orden en el revoltijo que ella había organizado y bajó las escaleras con la miniatura; Narcissa y ella se pusieron juntas a examinarla en el «despacho».

El pelo, incluso en aquella fecha tan temprana, tenía ya hermosos reflejos leonados y John lo llevaba más bien largo.

—Recuerdo cómo volvieron a casa el primer día de escuela —dijo Miss Jenny—. Sangraban los dos como cerdos porque se habían peleado con otros chicos que los acusaban de parecer niñas. Su madre los lavó y los besuqueó, pero estaban demasiado ocupados presumiendo delante de Simon y de Bayard de la carnicería que habían organizado para que les importara. «Tendrías que ver a los otros», repetía Johnny todo el tiempo. El viejo Bayard montó en cólera, por supuesto; dijo que era una vergüenza mandar a un chico a la escuela con rizos cayéndole por la espalda, y finalmente consiguió amedrentar a la pobre mujer para que diera su consentimiento y Simón les cortara el pelo. Y, ¿sabes lo que pasó entonces? Ninguno de los dos permitió que le tocaran la cabeza. Parece que aún tenían que dar una lección a unos cuantos y obligar a toda la escuela a reconocer que podían llevar el pelo hasta los pies si les apetecía hacerlo. Imagino que lo consiguieron, porque al cabo de dos o tres días

más de volver a casa ensangrentados ya no trajeron nuevas heridas y le dejaron a Simón que les cortase el pelo, mientras su madre lloraba, sentada en la sala de visitas detrás del piano. Y ya no se volvió a hablar del asunto mientras fueron al colegio aquí. Ignoro las razones que encontraron para seguir peleándose con la gente cuando se fueron a estudiar fuera, pero lo cierto es que lo hicieron. Ése fue el motivo de que tuviéramos que separarlos cuando estaban en Virginia y de que mandáramos a Johnny a Princeton. Creo que echaron a suertes quién de los dos tendría que marcharse y después de que Johnny perdiera solían verse en Nueva York una vez al mes o algo parecido. En el escritorio de mi sobrino encontré unas cartas que el jefe de policía de Nueva York escribió a los profesores de Princeton y de Virginia pidiéndoles que no permitieran ir allí ni a Bayard ni a Johnny y que luego las universidades nos enviaron a nosotros. Y en una ocasión Bayard tuvo que pagar mil quinientos dólares por algo que le hicieron a un policía o a un camarero o a alguien por el estilo.

Miss Jenny siguió hablando, pero Narcissa no la escuchaba. Examinaba el rostro pintado en la miniatura. La cara y los ojos que la contemplaban eran los de un niño y también los de Bayard, pero ya podía verse en ellos, en lugar de la sombría arrogancia que Narcissa había llegado a conocer tan bien, una especie de sincera espontaneidad, cálida, fácil y generosa; y mientras Narcissa tenía en la mano el pequeño óvalo y los serenos ojos azules la miraban tranquilamente y todo el rostro, entre los rizos leonados, con su piel tersa y su boca de niño, irradiaba algo que era a la vez, alegre e indomeñable, comprendió, como nunca lo había hecho antes, la trágica ceguera del acontecer humano. Y mientras permanecía inmóvil con el medallón en la mano y Miss Jenny creía que lo estaba contemplando, lo que Narcissa hacía era acunar al niño que llevaba en el seno con toda la enfebrecida constancia de su naturaleza: era como si ya pudiera discernir la oscura forma plateada de la fatalidad, que también la afectaba a ella, inmóvil junto a su silla, esperando su oportunidad. «No, no», susurró Narcissa, protestando apasionadamente, rodeando a su hijo con oleada tras oleada de la fortaleza que brotaba en su interior con tanta abundancia a medida que los días se acumulaban, llenando sus murallas de invencibles guarniciones. Se alegró incluso de que Miss Jenny le hubiera mostrado el retrato: ahora estaba prevenida además de pertrechada.

Mientras tanto Miss Jenny hablaba del niño que iba a nacer llamándolo Johnny y recordaba al mismo tiempo anécdotas de la infancia del otro John, hasta que Narcissa se dio cuenta de que Miss Jenny los mezclaba a los dos; con una especie de sobresalto comprendió que Miss Jenny se hacía vieja; que, finalmente, hasta su indomable corazón empezaba a cansarse. Fue una sorpresa porque Narcissa nunca había asociado a Miss Jenny con la senilidad; ella, tan frugal y tan erguida y tan brusca y tan independiente y tan amable; cuidando de una casa que no era la suya y a la que había sido transplantada cuando sus propias raíces en otro lugar muy distante, donde las costumbres y los modales y hasta el clima mismo eran diferentes, habían sido cercenadas de manera violenta; llevándola con incansable eficiencia, sin otra

ayuda que un negro decrepito tan irresponsable como un niño.

Porque llevar la casa la llevaba, exactamente igual que si el viejo Bayard y su nieto estuvieran todavía allí. Pero, de noche, cuando se sentaban delante del fuego en el despacho a medida que el año seguía su curso, y les llegaba el aire nocturno embalsamado con el aroma de las acacias y el canto de los sinsontes y con toda la renovada y eterna malicia de la primavera; y cuando por fin incluso Miss Jenny reconoció que ya no necesitaban el fuego; cuando en estas ocasiones Miss Jenny tomaba la palabra, Narcissa se daba cuenta de que no hablaba de los días lejanos de su adolescencia ni de Jeb Stuart con su fajín carmesí, su bayo cubierto de guirnaldas y su mandolina, sino de una época que no iba más allá de la infancia de Bayard y de John, como si su vida se estuviera cerrando hacia el pasado y no hacia el futuro, al igual que un carrete que se rebobina.

Y mientras Narcissa la escuchaba, otra vez serena, sintiéndose segura al abrigo de sus prevenidos bastiones, no podía por menos de admirar más que nunca aquel espíritu indomable que, nacido en un cuerpo de mujer en una familia de imprudentes e irreflexivos varones, sin otro propósito discernible que el de cuidar de ellos hasta el momento de su temprana y violenta muerte, y esto durante un período de la historia en el que su esposo y sus hermanos habían perecido gracias a los mismos inútiles infortunios del acontecer humano; período en el que Miss Jenny había visto desaparecer los fundamentos de su vida (como una pesadilla resistente a la vigila y al sueño) de la tierra donde sus antepasados dormían confiando en la integridad de la raza humana, y había presenciado cómo sus propias raíces eran violentamente arrancadas de aquel suelo; época durante la cual los hombres mismos, a pesar de su testaruda y despreciativa temeridad, se hubieran quejado amargamente si su participación hubiera sido igualmente pasiva y si la catástrofe final hubiera tenido que retrasarse indefinidamente. Y Narcissa pensó en cuánto más era merecedora de respeto la gallardía de quien nunca había bajado su lanza ante enemigos que ninguna espada era capaz de alcanzar, la firmeza sin quejas de aquellas mujeres que nadie había cantado (ni tampoco, ay, llorado), que la pomposa e inútil fascinación de los hombres que las eclipsaban. «Y ahora está tratando de convertirme en una de ellas; y hacer de mi hijo otro meteoro que brille en el cielo por un momento y luego desaparezca».

Pero Narcissa había vuelto a serenarse y sus días se iban centrando cada vez más en el próximo acontecimiento, de manera que la voz de Miss Jenny era sólo un sonido que la confortaba pero sin valor o significado especial. Todas las semanas recibía una extravagante carta de Horace, noblemente humorística: ella la leía también con tranquila indiferencia: los fragmentos que era capaz de descifrar, claro está. Siempre le había parecido difícil el estilo de Horace, y algunas de las cosas que lograba descifrar tampoco significaban nada para ella. Pero sabía que aquello entraba en las previsiones de Horace.

Luego la primavera se impuso definitivamente. Los típicos altercados entre Miss

Jenny e Isom recomenzaron su violento aunque inofensivo ciclo en el jardín. Sacaron del sótano los bulbos de los tulipanes y los plantaron con ayuda de Narcissa; escardaron los otros arriates y quitaron sus coberturas invernales a las rosas y a los jazmines transplantados. Narcissa se llegó en coche hasta la ciudad; vio los primeros junquillos en el césped ahora desierto de su casa, que habían florecido como si Horace todavía estuviera allí, y le mandó una caja a su hermano; más adelante, también le mandó otra de narcisos. Para cuando florecieron los gladiolos ella ya no salía de casa, excepto a última hora de la tarde, cuando se paseaba con Miss Jenny entre plantas florecidas, sinsontes y petirrojos tardíos en las zonas del jardín donde las largas avenidas del reacio sol vespertino buscaban apoyo, y Miss Jenny seguía hablando de Johnny, confundiendo al que aún no había nacido con el ya muerto.

A primeros de junio Bayard escribió pidiendo dinero desde San Francisco, donde por fin había conseguido que le robaran. Miss Jenny se lo envió. También le mandó un telegrama con «Vuelve a casa» sin decírselo a Narcissa.

—Ahora aparecerá cualquier día —comentó con ella—. Ya verás como sí. Aunque sólo sea para tenernos intranquilas durante una temporada.

Como una semana después todavía no había vuelto, Miss Jenny le mandó un telegrama nocturno. Pero cuando se transmitió el cable, Bayard estaba en Chicago, y cuando llegó a San Francisco, él se hallaba entre saxófonos, señoras muy maquilladas y maridos cincuentones en una mesa llena de vasos vacíos, ceniza de cigarros y licor derramado, en compañía de una muchacha y de dos hombres. Uno de ellos llevaba un traje de sarga, con unas alas sobre el pecho que indicaban su condición de piloto del ejército. El otro era un hombre rechoncho, vestido con ropa muy gastada, de sienes grises y mirada ardiente, de visionario. La chica era una criatura delgada y alta —se diría que toda ella eran piernas—, con una agresiva boca muy roja, unos ojos muy fríos y un traje de noche a la última moda; cuando los otros dos hombres cruzaron el salón para hablar con Bayard ella le estaba engatusando, con deliberación apenas disimulada, para que bebiera más. El aviador y ella bailaban ahora juntos y de cuando en cuando la muchacha miraba hacia donde Bayard seguía bebiendo mientras el hombre mal vestido hablaba con él.

—Me da miedo —le decía la chica al aviador.

El hombre mal vestido hablaba haciendo grandes esfuerzos para dominar su excitación, usando dos servilletas dobladas hasta formar tiras muy finas para ilustrar algo, y su voz se alzaba, ronca e insistente, contra el insensato pandemonio de las trompetas y de la batería. Bayard le había escuchado a medias, mirándolo fríamente, pero ahora contemplaba algo o alguien que atraía su atención al otro extremo del local y dejaba que su interlocutor hablara sin hacerle caso. Bebía whisky y soda todo el tiempo, con una botella al alcance de la mano. Sus movimientos no le traicionaban apenas, pero su rostro tenía una palidez cadavérica y estaba francamente borracho; y la muchacha, que lo miraba de cuando en cuando desde la pista de baile, le estaba diciendo a su pareja:

—Estoy asustada, te lo aseguro. Cielo santo, no sabía ya qué hacer cuando tú y tu amigo os acercasteis a nuestra mesa. Prométeme que no te irás y nos dejarás solos.

—¿Asustada tú? —repitió el aviador con tono de incredulidad, aunque también él volviera la cabeza para contemplar el rostro pálido y arrogante de Bayard—. Me parece que sabes defenderte sola.

—No lo conoces —replicó la chica, apretándole la mano y pegando su cuerpo, que temblaba, al de él; y aunque el aviador respondió tensando el brazo y bajando un poco la mano sobre la espalda de la muchacha, lo hizo protegido por la densa multitud que los rodeaba y con muchas precauciones.

—Sepárate, hermanita —dijo en seguida—: está mirando hacia aquí. Hace dos años le vi saltarle los dientes a un capitán australiano que trató de hablar con una chica que estaba con él en un bar de Londres —siguieron bailando hasta que la orquesta quedó en el lado opuesto del salón—. ¿De qué tienes miedo? No es un salvaje: te tratará bien si no haces tonterías. Es un tipo excelente. Lo conozco desde hace mucho tiempo y lo he visto en sitios donde no quedaba más remedio que hacerlo bien, créeme.

—No lo conoces —repitió ella—. Me...

La música cesó de repente; en la mesa vecina se alzó la voz del hombre pobremente trajeado.

—... si pudiera conseguir que uno de esos pilotos que se asustan de su propia sombra... —su voz quedó otra vez sumergida en la avalancha de ruidos: voces de borrachos, agudas risas de mujer y correr de sillas, pero mientras se acercaban a la mesa, el hombre del traje raído aún hablaba insistentemente con gestos contenidos, mientras Bayard no dejaba de mirar hacia el otro lado del salón, pendiente de algo que atraía su atención, y llevándose el vaso a la boca a intervalos regulares. La muchacha apretó el brazo a su pareja.

—Tienes que ayudarme a conseguir que pierda el conocimiento —le suplicó, hablando muy deprisa—. Te aseguro que me da miedo marcharme con él.

—¿Tirar a Sartoris debajo de la mesa? No ha nacido el hombre ni tampoco la mujer. No sabes lo que dices, guapa —luego, sorprendido ante la sinceridad de la otra, añadió—: Dime, ¿qué demonios ha hecho para asustarte así?

—No lo sé. Pero puede hacer cualquier cosa. Le tiró una botella a un guardia de tráfico cuando veníamos para aquí. Tienes que...

—Cierra la boca —le ordenó él.

El hombre mal vestido dejó de hablar y levantó la vista con gesto impaciente. Bayard seguía mirando hacia el otro lado del salón.

—Hermano político allí —dijo, hablando lenta y cuidadosamente—. No se habla con la familia. Está enfadado con nosotros. Le quitamos la mujer.

Los otros se volvieron y miraron.

—¿Dónde? —preguntó el aviador. Luego llamó a un camarero—. ¡Eh, Jack!

—Ese pájaro con un brillante como un faro —dijo Bayard—. Buena persona. No

puedo ir a saludarlo. Quizá me pegara. Pero no tengo nada contra él.

El aviador volvió a mirar.

—Parece su abuela —dijo. Llamó otra vez al camarero y luego se dirigió a la muchacha—: ¿Otro cóctel? —cogió la botella, se llenó el vaso y extendiendo la mano llenó también el de Bayard; después se volvió hacia el del traje gastado—: ¿Dónde está su vaso?

El otro hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—Mire —cogió otra vez las servilletas—. La angulación de los planos aumenta en razón directa a la presión del aire, hasta un cierto límite. Ahora bien, lo que yo quiero averiguar...

—A otro perro con ese hueso, compañero —le interrumpió el aviador—. ¿Cómo quiere que nos interese un avión que funciona con aire? ¡Camarero!

Bayard contemplaba sombríamente al hombre del traje raído.

—¿No bebes? —dijo la muchacha, y tocó al aviador por debajo de la mesa.

—No —replicó Bayard—. ¿Por qué no vuelas tú en ese cacharro, Monaghan?

—¿Yo? —el aviador dejó el vaso en la mesa—. No estoy tan loco. Me licencio el mes que viene —levantó otra vez el vaso—. Brindo por un final feliz —dijo—. Y que no quede ni una gota.

—De acuerdo —asintió Bayard, sin tocar el vaso. Su rostro, rígido e intensamente pálido, se había convertido de nuevo en una máscara metálica.

—Le digo que no hay ningún peligro, con tal de que no supere la velocidad que ya le indicaré —dijo el hombre mal trajeado—. He hecho pruebas poniendo pesos en las alas, he comprobado la fuerza ascensional y revisado todas las cifras; lo que tiene usted que hacer...

—¿No vas a beber con nosotros? —insistió la muchacha.

—Claro que lo hará —dijo el aviador—. ¿Te acuerdas de la noche en Amiens cuando aquel gigante irlandés, Comyn, organizó una de mil demonios en el Cloche-Clos, silbando en la puerta con un pito de la policía militar?

El hombre mal trajeado estaba entre los dos, alisando encima de la mesa las servilletas dobladas. En seguida rompió otra vez a hablar, con voz enronquecida y beligerante, dominada por un intenso sentimiento de frustración:

—He trabajado como un esclavo, he mendigado y he pedido dinero prestado y ahora, cuando ya tengo el avión y un inspector del gobierno, no consigo que ninguno de ustedes le haga una prueba. Un batallón entero de pilotos, que cobran como si estuvieran en activo por sentarse en las terrazas de los hoteles, consumiendo una botella tras otra. ¡Los pilotos del Ejército Expedicionario, siempre hablando de lo valientes que son! No me extraña que no pudieran impedir que los alemanes...

—Cállese —le dijo Bayard sin pasión, pronunciando cuidadosamente todas las sílabas.

—No bebes —repitió la muchacha—. ¿No quieres acompañarnos?

Alzó el vaso de Bayard, se lo llevó a los labios y luego se lo presentó. Al cogerlo,

Bayard le tomó la mano y la retuvo en la suya. Pero le interesaba más la persona que veía al otro lado del salón.

—No hermano político —dijo—. Marido político. No. Marido político del hermano de mi mujer. Su mujer era la amiga del hermano de mi mujer. Ahora ya está casada con él. Se ha puesto gorda. Este otro ha tenido suerte.

—¿De qué demonios estás hablando? —quiso saber el aviador—. Venga, vamos a echarnos un trago.

La muchacha se apartó de Bayard todo lo que le permitía la longitud de su brazo. Con la mano libre alzó el vaso y le dirigió una breve y aterrorizada sonrisa llena de coquetería. Bayard siguió sujetándole la muñeca y mientras la chica lo miraba con los ojos muy abiertos empezó a tirar de ella hacia él.

—Suéltame —susurró la muchacha—. No hagas eso —y dejando el vaso trató de soltarse con la otra mano.

El hombre del traje raído cavilaba sobre sus dobladas servilletas; el aviador concentraba toda su atención en la bebida que tenía enfrente.

—No hagas eso —musitó de nuevo la muchacha. Con el cuerpo inclinado ya hacia adelante, utilizó la otra mano para sujetarse e impedir que Bayard la obligara a abandonar la silla. Durante un momento se miraron fijamente: ella con los ojos muy abiertos llenos de mudo terror; él, sombríamente, desde la helada máscara de su rostro. Finalmente Bayard soltó la muñeca de la chica, se puso en pie y echó la silla hacia atrás.

—Usted, véngase conmigo —le dijo al hombre mal trajeado. Sacó un fajo de billetes del bolsillo y dejó uno sobre la mesa, junto a la muchacha—. Con eso podrás llegar a casa —dijo. Pero ella lo miró sin decir una palabra, frotándose la muñeca que Bayard había sujetado. El aviador contemplaba atentamente el fondo del vaso—. Vamos —le repitió Bayard al hombre del traje raído, y el otro se puso en pie y le siguió.

En un pequeño reservado y junto a una mesa también abarrotada de botellas y vasos, Harry Mitchell, derrumbado sobre una silla, tenía los ojos cerrados y sobre su calva cabeza las gotitas de sudor adquirían una tonalidad rosada bajo la luz eléctrica. A su lado estaba una mujer que se volvió y miró a Bayard con una mueca exasperada, de animal acosado; un camarero con una cabeza que tenía algo de monacal completaba la escena. Mientras cruzaba por delante, Bayard vio que el alfiler con el brillante había desaparecido de la corbata de Harry y oyó la áspera discusión a media voz mientras las manos de la mujer y del camarero se peleaban por algo que estaba sobre la mesa, más allá de la discreta barrera de sus cuerpos. Cuando Bayard y su acompañante llegaron a la puerta, la voz de la mujer se alzó en una explosión de rabia hasta convertirse en un chillido histérico que se cortó bruscamente, como si alguien le hubiera tapado la boca con una mano.

A la mañana siguiente, Miss Jenny volvió a ir a la ciudad y puso otro telegrama. Pero cuando esto sucedía, Bayard estaba en Dayton, sentado en un aeroplano en una pista del gobierno, mientras el hombre del traje raído revoloteaba y corría frenéticamente de un sitio para otro y un grupo de pilotos observaba a cierta distancia, manteniendo una cortés reserva. El avión se parecía a cualquier otro biplano, con la excepción de que no había ningún cable visible entre los planos, que quedaban sujetos desde dentro mediante alambres a un sistema de muelles en tensión; de aquí que, con el aparato inmóvil sobre el suelo, el ángulo entre los planos fuera negativo. En teoría ese ángulo quedaría eliminado en beneficio de la velocidad cuando el avión volara horizontalmente; en cambio, si se inclinaba hacia un lado, la presión lateral aumentaría automáticamente el ángulo, facilitando la maniobra. La cabina estaba colocada muy atrás, cerca del plano de dirección.

—Así podrá ver las alas cuando se doblen —le había dicho poco antes el hombre que le ofreció un casco y unas gafas protectoras—. Están un poco viejas —había añadido, como disculpándose por los anteojos.

Bayard se limitó a mirarlo fríamente.

—Mire, Sartoris —había dicho el otro—, olvídense de ese cacharro. Tipos como ése aparecen por aquí todas las semanas con algún invento que va a revolucionar la aviación, algún nuevo matahombres que vuela maravillosamente... sobre el papel. Si el jefe no quiere darle un piloto (y bien sabe usted que aquí probamos cualquier cosa que tenga motor), puede apostar a que ese chisme es un completo desastre.

Pero Bayard había aceptado el casco y las gafas protectoras y continuado su camino en dirección al hangar. El grupo lo había ido siguiendo, quedándose inmóvil cerca del aparato, con expresión sombría y facciones deformadas por la fuerza del viento mientras se calentaba el motor. Y cuando Bayard se subió a la cabina y se puso los anteojos, el hombre que había hablado con él se acercó de nuevo y arrojó algo en su regazo.

—Tenga —dijo con brusquedad—. Llévase esto.

Era una liga de mujer. Bayard la recogió y se la devolvió.

—No me va a hacer falta —dijo—. Gracias, de todas formas.

—De acuerdo. Usted conoce su oficio, desde luego. Pero si deja que ese cacharro baje la nariz, irá perdiendo piezas hasta quedarse sentado sobre las ruedas.

—Lo sé —contestó Bayard—. Ya me cuidaré yo de que la lleve bien alta.

El hombre mal trajeado se acercó otra vez corriendo, sin parar de hablar.

—Sí, sí —replicó Bayard con impaciencia—. Todo eso me lo ha dicho usted antes. Contacto.

El mecánico hizo girar la hélice y el avión salió con el hombre del traje raído colgado de la cabina, todavía gritándole instrucciones a Bayard. Pronto tuvo que ponerse a correr para no quedarse atrás, y todavía siguió gritando hasta que Bayard le

hizo quitar la mano del fusilaje y abrió la llave para acelerar el motor. Cuando llegó al fondo de la pista y dio la vuelta para despegar con el viento de cola, el hombre seguía corriendo hacia él y agitando los brazos. Bayard aceleró el motor al límite, el avión dio una sacudida hacia adelante y cuando a mitad de la pista pasó cerca del otro la cola ya estaba en el aire, el avión avanzaba a grandes saltos, y Bayard tuvo una visión fugaz del frenético agitarse de sus brazos y de su boca abierta mientras el aeroplano estabilizaba su avance.

Al ver que las alas se ladeaban y balanceaban, Bayard fue dirigiendo el avión con gran cuidado, ganando altura. También se dio cuenta de que llegaría un punto más allá del cual la misma velocidad le quitaría superficie ascensional. Estaba ya a unos dos mil pies de altura y al hacer girar el avión descubrió que la presión del timón de dirección reducía al máximo el ángulo entre los planos del ala sobre la que giraba, multiplicando por dos el ángulo del ala exterior al giro, con lo que se encontró haciendo el deslizamiento más violento que recordaba desde los días de la guerra. Pero el avión, no contento con deslizarse, levantó la cola como una ballena para sumergirse y el indicador de velocidad saltó en seguida treinta millas más allá del límite que el inventor le había indicado. Iban otra vez en dirección al campo de aterrizaje, en un picado poco pronunciado, y Bayard movió hacia atrás la palanca de mando, intentando remontar el vuelo.

Los extremos de las alas se alzaron bruscamente; Bayard tuvo que mover la palanca hacia adelante para evitar quedarse sin ellas, y comprendió que sólo la velocidad del picado le impedía caer como un paraguas vuelto al revés. La velocidad seguía aumentando, ya había sobrevolado la pista de aterrizaje y estaba a menos de mil pies del suelo. Movié otra vez para atrás la palanca de mando; como las puntas de las alas volvieron a doblarse, cambió la palanca hacia adelante e intentó repetir el deslizamiento lateral, para reducir la velocidad. El avión giró mientras la cola describía un arco muy amplio, pero esta vez las alas se desprendieron del fuselaje y Bayard agachó la cabeza instintivamente cuando una de ellas le pasó rozando y fue a estrellarse contra la cola, arrancándola de cuajo.

AQUEL DÍA nació el hijo de Narcissa, y a la mañana siguiente Simón llevó a Miss Jenny a la ciudad, la dejó delante de la oficina de telégrafos y mantuvo a los caballos alineados y, al mismo tiempo, gracias a leves y subrepticios tirones de las riendas, mascando el freno y agitando las crines con elegante desasosiego, mientras él, bajo la chistera inclinada y el voluminoso sobretodo, lograba de alguna manera contonearse sin moverse del asiento. Así lo encontró el doctor Peabody cuando apareció, calle adelante, bajo el sol de junio, con su desaseada chaqueta de alpaca y un periódico en la mano.

—Pareces una rana, Simón —dijo—. ¿Dónde está Miss Jenny?

—Sí, señor —asintió Simón—. Sí, señor. Están todas hinchadas y contentas. Ha llegado ya el nuevo amito. Sí, señor, ha llegado el nuevo amito y vuelven los viejos tiempos.

—¿Dónde está Miss Jenny? —repitió el doctor Peabody, dando síntomas de impaciencia.

—Está ahí dentro, mandando un telegrama a ese muchacho para que vuelva a casa que es donde tiene que estar.

El doctor Peabody se dio la vuelta y Simón se lo quedó mirando, un poco molesto por su apatía ante el acontecimiento.

—Se lo toma como si hubiera nacido un cualquiera —reflexionó Simón en voz alta, con despreciativa irritación—. No importa; vamos a hacer que se despierten todos. Sí, señor; pueden estar seguros de que volverá a ser como en los viejos tiempos. Igual que en la época del amo John, cuando nació el Coronel y los negros de las cabañas se reunieron delante de la casa para felicitar a la señora y al nuevo amito.

Y Simón vio cómo el doctor Peabody abría la puerta con entrepaños de cristal y se acercaba a Miss Jenny, que estaba delante del mostrador con el mensaje en la mano.

«Vuelve a casa a ver a tu hijo o haré que te detengan», decía el texto del telegrama, escrito con su letra firme y clara.

—Son más de diez palabras —le dijo Miss Jenny al empleado—, pero esta vez no tiene importancia. Esta vez vendrá: ya lo verá usted. O mandaré al sheriff tras él, tan cierto como que se llama Sartoris.

—Sí, señora —dijo el telegrafista. Al parecer le costaba trabajo leer el texto, y al cabo de un rato levantó la vista y estaba a punto de decir algo cuando Miss Jenny se dio cuenta de su confusión y repitió el mensaje con voz firme.

—Puede usted usar palabras más fuertes, si le parece adecuado —añadió.

—Sí, señora —dijo de nuevo el empleado y desapareció detrás de su escritorio. En seguida, con curiosidad e impaciencia que iban en aumento cada segundo que pasaba, Miss Jenny se inclinó sobre el mostrador con un dólar de plata en la mano y

vio cómo el telegrafista contaba tres veces las palabras, presa de gran agitación.

—¿Qué sucede, joven? —preguntó—. El gobierno no prohíbe que se mencione a un niño de un día en un telegrama, ¿verdad?

El empleado levantó la vista.

—No, señora, no hay ningún inconveniente —dijo por fin y ella le dio el dólar de plata. Y mientras él seguía sentado con la moneda en la mano y Miss Jenny lo miraba con creciente impaciencia, el doctor Peabody se acercó a ella y le tocó el brazo.

—Ven conmigo, Jenny —dijo.

—Buenos días —respondió ella, volviéndose al oír su voz—. Vaya, ya era hora de que te dieras por enterado. Es el primer Sartoris al que llegas con un día de retraso en... ¿cuántos años, Loosh? Y tan pronto como ese cretino vuelva a casa, será otra vez igual que en los viejos tiempos, como dice Simón.

—Sí. Simón me lo ha dicho. Ven conmigo.

—Deja que me den el cambio —se volvió hacia el mostrador, donde el telegrafista seguía inmóvil con el impreso amarillo en una mano y la moneda en la otra—. ¿Qué pasa, joven? ¿Un dólar no es suficiente?

—Sí, señora —repitió el otro, mirando al doctor Peabody con ojos llenos de angustia.

El doctor Peabody extendió su voluminosa zarpa y se hizo cargo del mensaje y de la moneda.

—Ven conmigo, Jenny —dijo de nuevo.

Miss Jenny permaneció inmóvil un instante, con su vestido negro de seda y su bonete también negro colocado en el exacto centro de su pulcra cabeza, mirándolo con aquellos ojos suyos tan penetrantes que habían visto tantas cosas y lo habían hecho con tanta justeza. Después se dirigió hacia la puerta sin vacilar, salió a la calle y esperó a que el doctor Peabody se reuniera con ella. Tampoco vaciló su mano al coger el periódico doblado que él le ofrecía. AVIADOR DE MISSISSIPPI, decía en letras mayúsculas no demasiado grandes. Miss Jenny devolvió el periódico inmediatamente, se sacó de la cintura un pañuelito transparente y se limpió las puntas de los dedos.

—No necesito leerlo —dijo—. Cuando salen en los periódicos es sólo por una razón. Y ya sé que estaba en algún sitio donde no tenía por qué estar, haciendo algo que no era asunto suyo.

—Sí —dijo el doctor Peabody. Siguió a Miss Jenny hasta el coche y trató de ayudarla torpemente para que subiera.

—No me manosees, Loosh —dijo ella con voz cortante—. No soy una inválida.

Pero él le sujetó el codo con su mano enorme hasta que estuvo sentada y luego se quedó inmóvil en la acera, con la cabeza descubierta, mientras Simón extendía el guardapolvo de lino sobre las rodillas de Miss Jenny.

—Toma —dijo, tendiéndole el dólar de plata. Miss Jenny lo metió en el monedero, lo cerró con un chasquido y se limpió otra vez los dedos con el pañuelo.

—Bueno —dijo—, gracias a Dios éste es el último. Al menos, por una temporada. A casa, Simón.

Simón seguía sentado con su habitual magnificencia, pero dada la ocasión se relajó un poco.

—¿Cuándo vendrá usted a ver al nuevo amo, doctor?

—Pronto, Simón —contestó el otro.

Simón chasqueó la lengua y puso a los caballos en marcha con una barroca floritura, sin variar la inclinación del sombrero ni modificar la exacta posición del látigo. El doctor Peabody se quedó parado junto a la calzada, enorme como un tonel, con su raída chaqueta de alpaca, el sombrero en una mano y en la otra el periódico doblado y el impreso del telegrama sin mandar, hasta que la erguida espalda de Miss Jenny y su bonete se perdieron de vista.

Pero Bayard no fue el último. Una semana más tarde Simón apareció muerto en una cabaña de negros de la ciudad. Un instrumento romo manejado por manos anónimas le había destrozado la cabeza.

—¿En casa de quién? —preguntó Miss Jenny cuando le dieron la noticia por teléfono. De una mujer llamada Meloney Harris, le dijo la voz. Meloney... Mel... El rostro de Belle Mitchell cruzó fugazmente por su imaginación y en seguida recordó: la mulata del elegante delantal, la cofia almidonada y las esbeltas y relucientes pantorrillas que daba tanta prestancia a las fiestas de Belle y que se había despedido para abrir un salón de belleza. Miss Jenny dio las gracias y colgó el teléfono.

—El viejo réprobo —dijo, yéndose al despacho del viejo Bayard y sentándose—. De manera que eso fue lo que pasó con el dinero de la iglesia. Algo así me temía yo...

Se quedó un rato sentada, tan tiesa y erguida como siempre, con las manos sobre el regazo. «Bueno, aquél *era* el último», se dijo a sí misma. Aunque en realidad no podía decirse que fuera un Sartoris: Simón tenía al menos algo que se parecía a un motivo, mientras que los otros...

—Creo —dijo Miss Jenny, que no había pasado un día en la cama desde que cumpliera los cuarenta—, que voy a estar enferma una temporada.

Y eso fue precisamente lo que hizo. Se metió en la cama, donde yacía rodeada de almohadones, con una frívola cofia de encaje, y sin aceptar otra visita médica que la del doctor Peabody, que se presentó como amigo y no como profesional, y que estuvo con ella durante treinta minutos, haciendo gala de una timidez en proporción con su volumen, mientras Miss Jenny descargaba sobre él su malhumor de enferma y la indignación retrospectiva que le provocaba el fiasco del ungüento. Sin salir de la cama, Miss Jenny celebraba diarias asambleas con Isom y Elnora y en los momentos más inesperados descargaba su furia desde la ventana con juvenil vigor sobre Isom o Caspey que holgazaneaban en el patio.

El niño y la plácida y alegremente enturbantada montaña que supervisaba su horario, pasaban la mayor parte del día en la habitación de Miss Jenny y en seguida empezó a hacerlo Narcissa; y las tres permanecían extasiadas durante horas, en una especie de colectiva orgía de abnegación, mientras el objeto de sus desvelos digería durmiendo, se despertaba y volvía a llenarse la tripa para, acto seguido, echarse a dormir de nuevo.

—Es un Sartoris, no cabe duda —dijo Miss Jenny—, pero un modelo perfeccionado. No tiene ese aire salvaje de los otros. Creo que era el nombre. Bayard. Hemos hecho bien en ponerle Johnny.

—Sí —dijo Narcissa, contemplando a su hijo dormido con serena expresión.

Miss Jenny siguió en la cama hasta que se cumplió el plazo que ella misma había fijado. Decidió la fecha antes de encamarse y la respetó testarudamente, negándose incluso a levantarse para asistir al bautizo. Las tres semanas terminaron un domingo. Corrían ya los últimos días de junio y el aroma de los jazmines invadía la casa en continuas oleadas. Narcissa y la niñera, con un turbante todavía más llamativo que de ordinario, le habían traído al niño para que lo viera bañado, adornado, perfumado y cubierto con sus ropas dominicales, y más adelante les oyó salir en el coche de caballos, con lo que la casa quedó de nuevo en silencio. En las ventanas los visillos se movían suavemente y todos los apacibles aromas del verano llegaban junto con la brisa soleada; y también los sonidos: pájaros, un lejano campaneó dominical, y la voz de Elnora, un tanto en sordina por su reciente luto pero todavía sonora y dulce mientras su poseedora se afanaba en los preparativos de la comida. Elnora cantaba triste e interminablemente y sin palabras mientras se movía por la cocina, pero se quedó callada de repente al levantar la vista y ver a Miss Jenny, con aspecto un poco frágil, pero completamente vestida y tan erguida como siempre, en pie delante de la puerta.

—¡Miss Jenny! ¿Se ha vuelto loca? Vuélvase ahora mismo a la cama. Vamos, déjeme que la ayude —y Elnora cruzó la cocina, pero Miss Jenny vino hacia ella con paso firme.

—¿Dónde está Isom? —preguntó.

—En el establo. Pero usted vuélvase a la cama ahora mismo. Si no, se lo contaré a Miss Narcissa.

—Me he cansado de estar en la cama —dijo Miss Jenny—. Voy a ir a la ciudad. Llama a Isom.

Elnora siguió protestando, pero Miss Jenny insistió sin ceder un ápice. Elnora llamó a Isom desde la puerta y regresó sin abandonar por un momento sus ominosas advertencias. Isom se presentó en seguida.

—Toma —dijo Miss Jenny, entregándole las llaves—. Saca el coche.

Isom salió y Miss Jenny lo siguió más lentamente; Elnora la hubiera acompañado,

llena de solicitud, pero Miss Jenny la obligó a retirarse a la cocina; y sin ayuda de nadie cruzó el patio y se sentó en el coche junto a Isom.

—Y tú ya puedes conducir con cuidado —le dijo—, o me sentaré donde estás tú y lo haré yo misma.

Cuando llegaron a la ciudad, desde los esbeltos chapiteles que se alzaban entre los árboles contra las panzudas nubes de verano, las campanas de las iglesias tañían perezosamente. En las afueras de la ciudad Miss Jenny le indicó a Isom que torciera por un estrecho callejón; siguiéndolo llegaron en seguida frente a las puertas de hierro del cementerio.

—Quiero ver cómo está la tumba de Simón —explicó—. Hoy no voy a ir a la iglesia: ya llevo demasiado tiempo encerrada entre cuatro paredes.

La simple idea de su defeción le produjo cierto regocijo, como el de un niño que decide hacer novillos.

El terreno donde se daba sepultura a los negros estaba situado más allá del cementerio propiamente dicho, e Isom llevó a Miss Jenny hasta la tumba de Simón. La sociedad funeraria a la que pertenecía se había encargado de todo lo concerniente al entierro, y al cabo de tres semanas el montículo de tierra estaba todavía cubierto de coronas amontonadas que habían perdido todas las flores, dejando una masa de malolientes tallos descarnados sobre los amazones de alambre herrumbroso. Elnora, o alguien, había estado allí antes que Miss Jenny y la tumba estaba rodeada de meticulosas hileras de chillones fragmentos de loza y de cristales de colores.

—Habrás que ponerle una lápida —dijo Miss Jenny en voz alta y, al volverse, vio que Isom se estaba subiendo a un árbol, alrededor del cual dos tordos alboroteaban en alarmados círculos—. ¡Isom!

—Diga, señora —contestó Isom, dejándose caer al suelo, mientras los pájaros lo amenazaban con una final explosión de histéricos insultos. Entraron en la sección de los blancos y pasaron junto a losas de mármol con nombres que Miss Jenny conocía bien y con fechas grabadas en desnuda simplicidad sobre la piedra imperturbable. De cuando en cuando las lápidas estaban adornadas con urnas y palomas simbólicas y rodeadas de verde césped muy cuidado, que se destacaba contra el mármol blanco, el cielo azul entreverado de nubes y los oscuros cedros entre los que las palomas se arrullaban, interminablemente reiterativas. Aquí y allá brillantes flores sin marchitar yacían en inesperados estallidos de color contra la monotonía de verde y blanco; y muy pronto John Sartoris alzó su espada de piedra y su gesto melodramático entre un grupo de cedros. Un poco más allá empezaba una brusca escarpadura que descendía hasta el valle.

La tumba del joven Bayard era también una masa informe de flores marchitas, y Miss Jenny hizo que Isom las quitara y se las fuera llevando. Los albañiles se disponían a colocar el reborde y la lápida misma descansaba allí al lado, protegida con una lona. Miss Jenny alzó la cubierta y leyó la nítida inscripción recién grabada: Bayard Sartoris. 16 de marzo de 1893 - 5 de junio de 1920. Así era mejor.

Simplicidad: sin ningún Sartoris que pudiera inventar frases altisonantes. Ni siquiera eran capaces de estar enterrados sin contonearse y fanfarronear. Junto a la tumba había una segunda lápida; igual que la otra, excepto en la inscripción. Pero el estilo de los Sartoris estaba allí, a pesar de la conspicua ausencia de tumba que la acompañara, de manera que resultaba algo así como un grito jactancioso en una iglesia vacía. Y sin embargo dentro había algo más, como si el alegre y desenfrenado espíritu del que había rechazado a fuerza de risas gran parte de su pomposa y excesivamente solemne herencia de vanagloria, consiguiera —aunque sus huesos yacieran en una tumba anónima al otro lado del mar— quitarle también rigidez más allá de la muerte al gesto arrogante con que los otros se despedían de él:

TENIENTE JOHN SARTORIS, R.A.F.

Muerto en acción de guerra, 19 de julio de 1918

«Lo coloqué sobre las alas de las águilas para traerlo hasta Mí.»

Una débil brisa recorrió los cedros como un profundo suspiro y las ramas se movieron suavemente bajo su impulso. Más allá de las espaciadas lápidas de mármol las palomas se arrullaban interminablemente. Isom regresó a por otra brazada de flores marchitas y desapareció con ella.

La lápida del viejo Bayard también era simple, habiendo nacido como lo había hecho demasiado tarde para una guerra y demasiado pronto para la siguiente. Miss Jenny pensó en la mala pasada que Ellos le habían jugado al no darle oportunidades de fanfarronear y negándole el privilegio de que lo enterraran otros hombres dispuestos a inventar su parte alícuota de vanagloria. Los cedros casi ocultaban por completo las tumbas de su hijo John y de su mujer. La luz del sol les llegaba sólo de manera intermitente, marcando las lápidas con breves ráfagas moteadas; hubiera costado bastante trabajo descifrar la inscripción. Pero Miss Jenny no ignoraba su contenido, acorde con la inscripción y el ejemplo de aquel que los dominaba a todos y que dotaba a todo el cementerio, consagrado en teoría al descanso de gente muy fatigada, de una retumbante solemnidad que tenía tan poco que ver con su concreta mortalidad como la encuadernación de un libro con la temporalidad de sus personajes, y donde las lápidas de las mujeres que los Sartoris habían conseguido atraer a sus arrogantes órbitas, a pesar de sus pomposas referencias genealógicas, resultaban ser tan modestas y quedaban tan eclipsadas como los cantos de las alondras bajo el nido de un águila.

La efigie de John Sartoris se alzaba sobre un pedestal de piedra; llevaba levita, la cabeza descubierta y adelantaba ligeramente una pierna mientras la mano izquierda descansaba apenas sobre el pilar que tenía al lado. Su rostro estaba un poco levantado, con el gesto de altanera arrogancia que se repetía con fatídica fidelidad generación tras generación; de espaldas al mundo y contemplando, con ojos

esculpidos en la piedra, el valle que recorría su ferrocarril, las inmutables colinas azules y, más allá, los baluartes de la eternidad misma. El pedestal y la efigie tenían manchas producidas por la lluvia, el calor del sol y el gotear de las ramas de los cedros; pero las letras de rasgos rotundos, aunque desfiguradas por el moho, resultaban todavía fácilmente descifrables:

CORONEL JOHN SARTORIS, C.S.A.^[22]

1823 1876

Soldado, Estadista, Ciudadano del Mundo.

*Vivió para esclarecer a los hombres
murió a causa de la ingratitud humana*

Detente aquí, hijo del dolor; acuérdate de la muerte.

Esta inscripción causó considerable indignación entre los familiares del homicida, que llegó a concretarse en una protesta oficial. Pero al acatar la opinión de los otros, el viejo Bayard se había vengado cumplidamente: hizo que se borrara a golpes de escoplo la frase «Murió a causa de la ingratitud humana» y añadió debajo: «Cayó a manos de Redlaw el 4 de agosto de 1876».

Miss Jenny, una delgada silueta muy erguida, vestida de negro y con el pequeño bonete también negro, colocado como siempre en el centro de su pulcra cabeza, se quedó allí durante un rato meditando. El viento pasaba entre los cedros dando profundos suspiros y, con la constancia de una pulsación, el triste y desesperanzado arrullo de las palomas llegaba hasta ella a través del aire soleado. Isom regresó a por la última brazada de flores muertas y mirando más allá del panorama de mármol, donde empezaban a alargarse las sombras del mediodía, Miss Jenny se fijó en un grupo de niños que, en silencio y un poco envarados dentro de sus galas dominicales, jugaban entre los tranquilos muertos. Bien; era ya el último, reunido por fin en cónclave solemne en torno a los ecos de sus arrogantes anhelos, mientras sus restos se pudrían plácidamente bajo los paganos símbolos de su vanagloria y bajo los gestos esculpidos sobre la piedra duradera que la representaban; y Miss Jenny recordó algo que Narcissa había dicho una vez sobre un mundo sin hombres y se preguntó si sería allí donde existiesen pacíficas avenidas y casas con techumbre de paz; y no supo qué responder.

Isom regresó y cuando Miss Jenny se daba la vuelta para irse, el doctor Peabody la llamó. Estaba vestido como de costumbre, con sus desastrados pantalones de velarte, su chaqueta de alpaca llena de brillos y su jipijapa flexible y lo acompañaba su hijo.

—Hola, muchacho —dijo Miss Jenny, estrechando la mano del joven Loosh.

El hijo del doctor Peabody tenía una cara de huesos prominentes, toscamente

moldeados, una recia pelambreira de cabellos negros que crecían muy rectos, ojos castaños y tranquilos y una boca muy grande; y la fealdad de sus facciones no conseguía ocultar que era una persona íntegra, amable y con sentido del humor. Además era huesudo, vestía como si la ropa que llevaba no fuera suya y con sus manos —grandes y también huesudas— realizaba delicadas operaciones quirúrgicas con la precisión de un cazador que despelleja una ardilla y con la celeridad de un prestidigitador. Vivía en Nueva York, donde trabajaba con un cirujano famoso en todo el país, y una vez al año, o a veces dos, pasaba treinta y seis horas en el tren, hacía compañía a su padre durante otras veinte (durante las cuales paseaban por la ciudad o recorrían los campos en la calesa escorada del doctor durante las horas de luz y luego se sentaban en la veranda o delante del fuego toda la noche), cogía de nuevo el tren y al cabo de noventa y dos horas estaba otra vez en su clínica. Tenía treinta años y era el único hijo de la mujer que el doctor Peabody había cortejado durante catorce años antes de poder casarse con ella. El noviazgo tuvo lugar en los días en que el doctor Peabody medicinaba y amputaba a todo el condado en calesa; a menudo, cuando después de un año de separación, Peabody recorría cuarenta millas para verla, salían a buscarlo al camino y tenía que desviarse para asistir a un parto o recomponer un miembro roto, enviándole tan sólo un mensaje apresuradamente garrapateado para aliviar la espera de otro año.

—Así que has vuelto otra vez a casa —comentó Miss Jenny.

—Sí, señora. Y a usted la encuentro tan activa y tan guapa como siempre.

—Jenny tiene demasiado mal genio para terminar de otra manera que secándose y dejando que se la lleve el viento —dijo el doctor Peabody.

—Recordarás que nunca te he permitido que me atiendas cuando no estoy bien —replicó ella—. Imagino que te irás corriendo en el próximo tren —le preguntó al joven Loosh.

—Así es, mucho me temo. Todavía no tengo derecho a tomarme unas vacaciones.

—Bueno, como sigas así, tendrás que pasarlas en algún asilo de ancianos. ¿Por qué no os venís a casa a comer y así tu hijo podría ver al niño?

—Me gustaría mucho —contestó el joven Loosh—, pero como me falta tiempo para hacer todas las cosas que quisiera, he decidido no hacer ninguna. Además, tengo que pasarme la tarde pescando —añadió.

—Sí —intervino su padre—, y destrozando excelente pescado con un cortaplumas para ver qué lo hace funcionar. Déjame que te cuente lo que ha hecho esta mañana: agarró el perro al que Abe le pegó un tiro el invierno pasado, le abrió la pata y le rehizo los ligamentos tan deprisa que no sólo Abe no se enteró de lo que estaba pasando sino que el mismo perro no se dio cuenta hasta que ya era demasiado tarde para aullar. Pero te olvidaste de ahondar un poco más para ver si tenía alma —añadió, dirigiéndose a su hijo.

—Tú no estás seguro de que no la tenga —dijo el joven Loosh, sin inmutarse—. El doctor Straud ha estado experimentando con la electricidad; cree que el alma...

—Bobadas —le interrumpió Miss Jenny—. Loosh, será mejor que consigas un tarro del ungüento de Will Falls para que se lo lleve a su doctor. Bueno —alzó los ojos para ver dónde estaba el sol—, será mejor que me vaya. ¿Estáis seguros de que no queréis venir a comer?

—No, muchas gracias —contestó el joven Loosh.

—Lo he traído para enseñarle tu colección —dijo su padre—. No sabía que tuviéramos aspecto de estar tan hambrientos.

—Mi colección está a vuestro servicio —contestó Miss Jenny. Echó a andar y ellos se quedaron quietos mirándola hasta que su pulcra espalda se perdió de vista más allá de los cedros.

—Y ahora hay ya otro más —dijo el joven Loosh como reflexionando en voz alta—. Otro más que crecerá y tendrá en vilo a toda la familia hasta que finalmente haga lo que todos esperan de él. Bueno, quizá la sangre de los Benbow consiga frenarlo de alguna manera. Son gente tranquila; esa chica, por ejemplo, y Horace hasta cierto punto... Y no tendrá más que mujeres que lo eduquen...

Su padre lanzó un gruñido:

—Pero también tiene la sangre de los Sartoris.

Miss Jenny llegó a casa con aire fatigado. Narcissa la riñó y consiguió convencerla para que se echara un poco después de comer. De manera que estuvo adormilada mientras la tarde soñolienta seguía su curso, y al despertarse las sombras se alargaban ya y del piso bajo llegó el sonido del piano tocado en sordina. «He dormido toda la tarde», se dijo Miss Jenny con un vago sentimiento de consternación, pero siguió tumbada durante un rato mientras los visillos ondeaban suavemente sobre las ventanas y las notas del piano le llegaban mezcladas con el aroma de los jazmines y los parloteos de los gorriones en las moreras del patio trasero. Luego se levantó, cruzó el pasillo y entró en el cuarto de Narcissa, donde el niño descansaba en su cuna; junto a él la niñera daba cabezadas plácidamente. Miss Jenny salió de puntillas, bajó las escaleras, entró en la sala y sacó su silla de detrás del piano. Narcissa dejó de tocar.

—¿Ha descansado? —preguntó—. No debiera usted haber salido esta mañana.

—Bobadas —replicó Miss Jenny—. Siempre me sienta bien ver a todos esos locos pomposos con sus inscripciones en mármol y todo lo demás. Gracias a Dios ninguno de ellos conseguirá que sufra por él. Imagino que el Señor sabe Lo que se hace pero tengo que decir que, algunas veces... Toca algo.

Narcissa obedeció, posando suavemente las manos sobre el teclado, y Miss Jenny estuvo escuchando durante algún tiempo. La tarde siguió su curso imperceptiblemente; en el cuarto, las sombras se fueron marcando cada vez más. Fuera, los gorriones charlaban, chillones, en espesas bandadas. Desde el jardín les llegaba el aroma de los jazmines con la persistencia de una respiración, y muy pronto

Miss Jenny se animó y empezó a hablar del niño. Narcissa siguió tocando, mientras su vestido blanco con una cinta negra en la cintura resultaba vagamente luminoso en la penumbra de la sala de visitas. El perfume de los jazmines seguía llegándoles, insistente; los gorriones ya se habían callado y Miss Jenny continuaba hablando en el crepúsculo del pequeño Johnny. Narcissa tocaba con absorto desinterés, como si no estuviera escuchando. Luego, sin dejar de tocar y sin volver la cabeza, dijo:

—No se llama John. Se llama Benbow Sartoris.

—¿Cómo?

—Se llama Benbow Sartoris —repitió Narcissa.

Miss Jenny se quedó muy quieta durante un momento. En la habitación vecina se oía moverse a Elnora, poniendo la mesa para cenar.

—¿Y crees que eso servirá de algo? —preguntó Miss Jenny—. ¿Crees que a los Sartoris se les puede cambiar con un nombre?

La música siguió fluyendo en la oscuridad llena de fantasmas de cosas viejas tan seductoras como desastrosas. Y si tenían el encanto suficiente, habría un Sartoris en ellas y en ese caso el desastre estaba asegurado. Peones. Pero el Jugador y la partida que juega... Aunque está claro que necesita un nombre para Sus peones. Pero quizá sea Sartoris el nombre del juego mismo: un juego pasado de moda y disputado con peones tallados demasiado tarde y utilizando un modelo demasiado viejo, del que el Jugador mismo está ya un poco cansado. Porque se evoca la muerte al pronunciar ese nombre y está cargado de romántica fatalidad, como flámulas plateadas alejándose a la puesta del sol, o como un agonizante resonar de trompetas en el camino hacia Roncesvalles.

—¿Crees de verdad —insistió Miss Jenny—, que porque su nombre sea Benbow ese niño dejará de ser un Sartoris y un sinvergüenza y un loco?

Narcissa siguió tocando como si no escuchara. Luego volvió la cabeza y, sin dejar de pulsar el teclado, sonrió a Miss Jenny tranquila, ensoñadoramente, con serena y afectuosa indiferencia. Más allá de la pulcra cabeza de Miss Jenny, ya casi fundida con la oscuridad, los visillos permanecían inmóviles; y más allá de la ventana, el anochecer, madre adoptiva de la quietud y de la paz, era un calmoso sueño de color violeta.



WILLIAM FAULKNER (Oxford, Mississippi, 1897 - 1962). Su primera novela, *La paga de los soldados*, es de 1926. Luego, tras una breve estancia en Europa, publicó *Mosquitos* (1927), *Sartoris* (1929, Alfaguara, 2010, primera novela de la saga ambientada en el condado ficticio de Yoknapatawpha), *El ruido y la furia* (1929; Alfaguara, 1987), *Mientras agonizo* (1930), *Santuario* (1931; Alfaguara, 1980), *Luz de agosto* (1932; Alfaguara, 1991), *Pilón* (1935; Alfaguara, 2002), *¡Absalón, Absalón!* (1936), *Los invictos* (1938), *Las palmeras salvajes* (1939), *El villorrio* (1940; Alfaguara, 1987), *Intruso en el polvo* (1948; Alfaguara, 2012), *Réquiem por una monja* (1951), *Una fábula* (Premio Pulitzer 1954; Alfaguara, 1999), *La ciudad* (1957; Alfaguara, 1988), *La mansión* (1960; Alfaguara, 1990, 2012) y *La escapada* (1962; Alfaguara, 1997), que aparece poco antes de su muerte y por la que recibe nuevamente el Premio Pulitzer. Además de las novelas mencionadas y de su enorme producción cuentística, recogida en *Cuentos reunidos* (Alfaguara, 2009), colaboró en varios guiones cinematográficos y publicó también ensayos, poemas, obras teatrales y cartas, reunidas en el presente volumen. En 1950 recibió el Premio Nobel de Literatura.

NOTAS

[1] Al traducir el lenguaje de los negros he preferido no tratar de producir sus peculiaridades sintácticas y fonéticas. Me parece más artificioso hacer que los negros del Sur de los Estados Unidos hablen como andaluces o cubanos que atribuirles un castellano sin peculiaridades regionales. Creo que un texto traducido tiene siempre unas limitaciones con respecto al original que hay que aceptar como punto de partida a la hora de traducirlo. El ideal —utópico, desde luego— sería disponer siempre de textos bilingües. <<

[2] Referencia a uno de los incidentes que desencadenaron la guerra se Secesión americana (1861-65) <<

[3] James E.B. (Jeb) Stuart (1833-64), destacado general de caballería del ejército confederado. <<

[4] El comentario del comandante es irónico ya que Henry W. Halleck (1815-72) era el inmediato superior de John Pope (1822-92) en el ejército de la Unión y responsable, según varios historiadores, de algunos de sus fracasos. <<

[5] Young Men's Christian Association (Asociación de los Jóvenes Cristianos). La Y.M.C.A. tuvo una intervención humanitaria en la primera guerra mundial, proporcionando, entre otros servicios, distracciones para los combatientes americanos. <<

[6] Delicatessen, palabra de origen alemán con que se designan en EE.UU. unos establecimientos mitad restaurante, mitad repostería donde se vende sobre todo comida preparada para llevar a casa. <<

[7] Referencia a la actitud de parte de la opinión pública americana, que se intensificó después de terminada la guerra, de aislacionismo y antibelicismo y que contribuyó a que los EE.UU. no entraran a formar parte de la Liga de Naciones. <<

[8] Old Bailey era un tribunal de lo criminal en Londres. La deportación a las colonias era uno de los castigos más usuales que aplicaban los jueces de la metrópoli. <<

[9] Los empréstitos para la Libertad fueron lanzados por el gobierno americano durante la primera guerra mundial. El cuarto fue el mayor de todos, por un total de casi siete mil millones de dólares. Lo suscribieron casi 22 millones de personas (la quinta parte de la población de los EE.UU. en aquel momento). <<

[10] Otra referencia a los sentimientos aislacionistas. W. Wilson (1856-1924) es el presidente que decidió la entrada de los EE.UU. en la primera guerra mundial. <<

[11] Emblema de la Y.M.C.A. Véase en n. 5. <<

[12] Tres de los generales más destacados de la Confederación: Albert S. Johnston (1803-62), Thomas J. Jackson («Stonewall») (1824-63) y Pierre G.T. Beauregard (1813-93). <<

[13] Nathan B. Forrest (1821-77), destacado general de caballería del ejército confederado. <<

[14] *Thou still unravish'd bride of quietness*, primer verso de la «Oda a una urna griega», de John Keats (1795-1821). <<

[15] La reina de las hadas en *El sueño de una noche de verano*. <<

[16] Earle Van Dorn (1820-63), general de caballería confederado. <<

[17] William T. Sherman (1820-91), destacado general del ejército federal al que sin embargo se recuerda en el Sur por su despiadada quema de Atlanta y su posterior Gran Marcha hacia el mar, durante la cual fue destruyendo sistemáticamente todo lo que encontró en su camino entre Atlanta y Savannah. <<

[18] General confederado Joseph Eggleston Johnston (1807-91). <<

[19] La «Era» de la Reconstrucción fue el período inmediatamente posterior al final de la guerra civil (1865-77), con el proceso de readmisión de los estados confederados dentro de la Unión y las diferentes medidas para dotar de un *status* jurídico a los negros recién liberados. <<

[20] Cincinato es un legendario héroe romano (c. 500 a. de C.) que, después de haber sido cónsul, tuvo que dejar la agricultura para convertirse en dictador. Luego de salvar a Roma del peligro, dejó su cargo para volver a empuñar el arado. <<

[21] La costumbre de la zona era que si alguien se adelantaba a decir: «¡Regalo de Navidad!» en ese día, la persona a quien se decía quedaba en deuda de un regalo con la otra. Parece, sin embargo, que siempre se ha tratado más de un juego que de otra cosa, sin que afectara materialmente el tradicional flujo de regalos que se produce en ese día <<

[22] C.S.A. (Confederate States of America), Estados Confederados de América: los estados del Sur durante la guerra de Secesión. <<